

IRIA G. PARENTE  
SELENE M. PASCUAL

# ROJO Y ORO



Escuchad, mortales,  
la historia de un dios que no quería  
vivir,  
de una amazona obligada a matar  
y de su libertad para siempre  
robada.

Aguardad y temed el despertar del  
caos:

cuando Eris abra los ojos,  
la venganza al fin llegará.

Orión está cansado de ser el  
esclavo de Hera desde que su  
madre, la diosa del Caos, fue  
condenada por su ambición. Hera le

ha tratado siempre más como un criado que como el dios que es. Y quiere que eso acabe.

Asteria está cansada de luchar. Desde que el pueblo de las amazonas fue arrasado hace años, ella y sus hermanas viven esclavizadas y obligadas a servir al Emperador de Élada como gladiadoras. Y quiere que eso acabe.

El mundo de Orión es dorado como solo puede serlo la grandeza de los dioses; el mundo de Asteria es rojo como solo puede serlo la sangre que derrama cada día.

Ambos buscan venganza hacia quienes los encadenaron en esos mundos.

Ambos buscan libertad, y harán lo que sea necesario para conseguirla.

IRIA G. PARENTE  
SELENE M. PASCUAL

ROJO  
Y ORO

Más libros en  
[www.DESCARGASMIX.com](http://www.DESCARGASMIX.com)

*A todas las personas que  
lucháis día a día para  
seguir adelante, sin  
ayuda de dioses ni  
héroes: vuestro ímpetu y  
vuestro esfuerzo merecen  
leyendas.*



# CANTO I

## EL DIOS DE LA VIDA

*Habladme, musas, de las antiguas  
historias de los dioses;  
de sus rencillas y sus amores, y de los  
pecados nunca perdonados.  
Habladme de Eris, que fue castigada  
por su ambición,  
y de cómo el Caos se atrevió a crear  
vida de la propia muerte...*

La historia que voy a contaros ocurrió mucho después de que el Mundo Medio hubiera sido poblado por mortales y el Mundo Superior por inmortales. Mucho después de que el Universo fuera dividido en tres por Zeus y sus hermanos, separando Cielo, Mar e Inframundo.

Esta historia ocurrió cuando el poder de los divinos ya estaba repartido, y todo aquel que ansiase más tenía que armarse de astucia y artimañas para conseguirlo.

Eso fue precisamente lo que hizo Eris, diosa de la Discordia, capaz de hacer reinar el caos entre humanos y



deidades por igual.

Ella ansiaba más poder del que se le había dado, y pensó que la forma de conseguirlo era engañar a uno de los tres grandes dioses para robarles su fuerza y su reino. Su mirada se volvió hacia Zeus antes que hacia cualquier otro: pensó que si conquistaba al rey, este sería capaz de desterrar a su propia esposa, Hera, para darle el título de reina a ella. Pero, aunque el Caos sedujo al gobernante de los cielos, él nunca pensó en darle nada. Podría haberlo matado entonces, pero su idilio había despertado la atención y el desprecio de Hera, siempre celosa y vengativa, por lo que decidió retirarse de aquel terreno

para conquistar alguno más sencillo.

Se fijó entonces Eris en el reino de Poseidón, pero aquel lugar no la agradaba: era frío y húmedo, y no estaba lo suficientemente apartado como para hacer lo que se le antojase sin estar bajo la vigilancia de los demás dioses. De igual modo, en los mares solo se puede plantar el caos de las tormentas y los naufragios, y aquello le parecía poco ambicioso.

Solo quedaba entonces una opción: el Inframundo era cálido y caótico en sí mismo. El sufrimiento y el terror que emanaban del Tártaro la atraían. Aunque Hades tenía como esposa a la bella Perséfone, ella pasaba la mitad del año

fuera de aquellas tierras y no era demasiado poderosa. Eris no podía mantener a la reina del Inframundo alejada de sus dominios para siempre, pero quizá bastase con tomar su puesto durante un día y hacer creer a Hades que era ella. Cuando él se quisiera dar cuenta de que había sido engañado, ya sería demasiado tarde.

Así pues, cuando la puerta del Inframundo se abrió al final del verano para que Perséfone volviese a su palacio, Eris trató de embaucarla para adentrarse en el reino en su lugar. Le dijo que, de ese modo, si ansiaba pasar más tiempo con su madre podría hacerlo, que si quería toda la libertad

del mundo la tendría. Incluso trató de convencerla de que Hades no la amaba, y le preguntó si de verdad ella podía llegar a querer a quien un día fue su captor. Pero Perséfone, si bien no tenía demasiado poder, era inteligente: sospechó de los trucos del Caos y se negó a aceptar su oferta, creyendo que intentaba mantenerla alejada de su trono.

Entonces Eris decidió que las cosas habrían de hacerse por las malas: planeaba gobernar sobre el Inframundo de todos modos, así que no haría falta otra reina. Por eso cortó la cabeza de su enemiga: la única forma que existe de matar a un inmortal. Eris escondió el cuerpo sin demora y tomó la forma de

Perséfone como parte de su trampa, descendiendo a continuación a los Infiernos para conseguir su corona.

Hades esperaba a su esposa como al principio de cada otoño. Ajeno al engaño del que estaba siendo víctima, cuando Eris se arrodilló ante él bajo la apariencia de Perséfone, el dios la tomó en sus brazos y la besó con la pasión del primer encuentro. El hombre no vio el puñal que guardaba el Caos tras la espalda, pero supo que algo iba mal cuando no reconoció el beso de la que creía su amada. Se separó justo a tiempo de descubrir la farsa y salvar su vida, y fue campeón del forcejeo que siguió, reduciendo a la diosa y enredándola en

cadenas.

Eris vio descubierta su identidad, y su castigo fue inminente.

¡Cómo lloraron los espíritus de los muertos ese día, cuando descubrieron a la bella Perséfone profanada por las crueles garras de la pérdida! ¡Cómo sufrió Hades, pues los dioses, cuando mueren, nunca pasan por su reino, y él no podría verla nunca más!

Pero la que más lloraba era Deméter, madre de Perséfone, que había perdido a su hija para siempre. Y si no estaba con ella, la vida no tenía sentido. Durante semanas, lloró por la soledad, y las plantas se marchitaron por todo el Mundo Medio. Durante semanas, fue una

muerta en vida, hasta que decidió que solo le quedaba una opción: vacía como estaba, al borde de la locura y el agotamiento, tuvo sin embargo las fuerzas suficientes para cortar su propio cuello y acabar de una vez por todas con su dolor. En el mismo momento en el que lo hizo, su poder quedó libre por la tierra de los mortales, y las estaciones empezaron a sucederse sin orden ni concierto, trayendo largas sequías y espantosas inundaciones. Las cosechas se cubrieron de heladas y olas de calor abrasador azotaron las ciudades. Su pérdida dentro de los Doce, menguados a Once de pronto, trajo confusión y debates entre los dioses sobre si su

puesto debía ser o no reemplazado. Finalmente, fue Hermes quien ocupó el lugar de la diosa, premiado por su fidelidad como mensajero divino durante tantos siglos.

Eris habría estado muy satisfecha de que su engaño hubiera traído al mundo la anarquía que tanto amaba, si no hubiera sido porque para entonces los Doce ya la habían juzgado. El pecado de matar a otra diosa era lo suficientemente malo para condenarla de por vida y Hera, encabezando el juicio junto a su esposo, prometió su encierro eterno. La convirtieron en estatua y construyeron a su alrededor un laberinto cuyo centro fuese imposible de alcanzar por

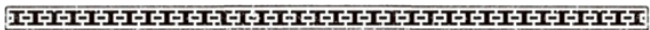


cualquier dios conocido. Allí la dejaron, custodiada por sus vástagos, que así también recibieron su castigo por nacer del Caos: guardarían a su madre hasta el fin de los días, y así los dioses no habrían de temer que pudieran ser tan osados como lo había sido su madre.

Pero de todos los hijos de Eris, uno era demasiado pequeño para cumplir su labor de carcelero: Orión, el dios de la Vida, no era más que un recién nacido cuando su madre fue juzgada. Con él nadie sabía qué hacer, pues su poder no era cruel como el del resto de los hijos del Caos, pero al mismo tiempo no podían prever lo que pasaría si lo dejaban suelto.

Tras largas discusiones entre los Doce, Hera se ofreció a hacerse cargo del niño y a educarlo y guardarlo en su palacio. Conscientes del odio de su reina hacia Eris, ninguno de los presentes estuvo seguro de que aquella promesa guardara buenas intenciones, pero nadie se atrevió a protestar. Los dioses, al fin y al cabo, son criaturas egoístas que solo saben de bondad cuando esta les dispensa honor y gloria.

Y, así, la Vida nunca conoció la libertad.



# ORIÓN

Mi mundo es dorado. El dorado del sol y del oro, de la opulencia y el derroche.

Mi mundo también es blanco. El blanco del orden, de lo impoluto, de la limpieza de aquello que no puede ser corrompido.

Yo no tengo nada en este mundo, y nunca he sido parte de él.

Cuando abro los ojos, el blanco es el de las sábanas de la cama en la que yazco, y el dorado es el de la tela de los cojines. Las sedas que cuelgan del techo

dan a la luz que se cuelga en la estancia un aire de atardecer, pese a que quedan horas para que Helios llegue al final de su recorrido diario por el Cielo.

Ella, por supuesto, no está a mi lado: siempre me despierto solo, y eso es de agradecer. Odiaría que se quedara conmigo en este lecho, humillándome incluso cuando se ha aburrido de mi cuerpo. Odiaría despertarme con su mirada clavada en mí, recordándome todo el poder que tiene, y cómo puede usarlo para controlarme.

Cuando alzo la cabeza, la veo inclinada sobre la pila, como cada día. Una vez más, debe de buscar a Zeus en ella, aunque no sé por qué sigue

haciéndolo si siempre termina sufriendo de desencanto y celos, porque él tiene a alguna otra entre los brazos y, en cambio, a ella hace años que no la toca. Que no viene a verla, siquiera. La diosa de los Matrimonios no ve a su esposo desde hace al menos dos décadas, pero los mortales aún le rezan, esperando que consagre sus enlaces.

No sé si me parece triste o solo irónico.

El estruendo de la pila de oro al caer al suelo me coge por sorpresa. El agua en el que Hera estaba espiando a su esposo se derrama por el suelo en un gran charco y ella gruñe, enfadada. El líquido salpica el bajo de su túnica y sus

pies descalzos, pero ni siquiera parece darse cuenta. Se queda ahí, de pie, mirando con furia silenciosa el estropicio. Sé que le echa la culpa de todo a Zeus. Sé que ha bajado muchas veces al Mundo Medio para buscarlo, para atraparlo, pero siempre llega tarde. El rey de los dioses es escurridizo, y por eso Hera tiene que contentarse con castigar a sus amantes, incluso cuando sabe que ellas no tienen la culpa. ¿Quién se va a resistir a él? Las mujeres, allá abajo, tienen miedo de las represalias de rechazarlo. Y, a la vez, tienen miedo de las represalias si lo aceptan. ¿Qué es peor? ¿Ser fulminada por un rayo o ser convertida en un monstruo sin

conciencia de tu verdadero ser?

Con un suspiro, me levanto. He vivido esta escena ya demasiadas veces y sé cómo tengo que actuar para complacerla, así que lo hago. Hoy, más que nunca, necesito que esté contenta. Necesito que confíe en mí, aunque soy consciente de que nunca lo ha hecho. La reina de los Cielos no confía en nadie, y mucho menos en alguien a quien solo considera un siervo y un muñeco.

En silencio, me acerco adonde está mi señora y me arrodillo para recoger la palangana. Escucho las quejas de Hera entre dientes, como si hablara sola. En parte, lo hace. Está tan acostumbrada a mi presencia que a veces se olvida de

que estoy aquí. Murmura contra su marido, como si ella fuera mucho mejor: ¿no se ha acostado conmigo, acaso, hace tan solo unas horas? Su esposo no puede tener aventuras, pero ella puede tenerme recluido en esta estancia para su disfrute todo el tiempo que desee.

Claro que tampoco puedo decir que haya conocido a ningún dios que no sea hipócrita. O egoísta. La mayoría son las dos cosas.

Alzo la pila, dejándola sobre su soporte. No ha recibido ningún daño.

Al percibir mi gesto, Hera se vuelve hacia mí. Me observa, con fijeza perturbadora, como si acabase de recordar que estoy con ella. Yo le



devuelvo la mirada con lo que espero que ella interprete como humildad. Sería hermosa si no fuera por el mohín perpetuo en sus labios. Por sus rabietas y su ira. Sus ojos dorados me recuerdan a dónde pertenezco.

—Si mi marido fuera como tú, Orión, el Mundo Superior sería un lugar mejor. —La voz de Hera es un susurro. Cuando se inclina, para tomarme del mentón con sus dedos, su túnica roza mis rodillas—. Si fuera tan servicial, tan dispuesto siempre a hacer lo que yo ordeno... O si simplemente fuera consciente de lo que ocurre cuando no se me obedece...

No aparto la mirada, pero no porque

no quiera: sus dedos me sujetan con firmeza y no me atrevo a bajar la vista. Sé lo que pasa cuando la contrario.

—Quizá el problema es que castigáis a las mortales, en vez de a vuestro marido, mi reina. Y a él, ellas no le importan nada.

No puedo contener un gesto de dolor cuando sus uñas se clavan sobre mi piel entonces, demasiado afiladas para resultar naturales. Sé lo que significa: «Ten cuidado, Orión. No te voy a consentir que me desafíes».

—¿Estás cuestionando mis acciones? Odiaría pensar que así es.

Trato de parecer inocente. No quiero volver a ser castigado.

—¿Y cómo podría? No soy lo suficientemente listo, mi señora.

A ella le gusta que me humille. Que sea consciente de mi posición. Hoy, sin embargo, esas palabras no parecen complacerla del todo.

—Créeme, Orión: le castigaría si tuviera el valor de enfrentarse a mí. Pero tu rey es un cobarde que huye de cama en cama, de apariencia en apariencia.

Hera aparta su mano de mí y yo dejo caer la cabeza hacia delante, hasta que el cabello me cae como una cortina a ambos lados de la cabeza. Intento que no se note mi inseguridad cuando tomo el bajo de su túnica y me inclino para

llevármelo a los labios, en un signo de servidumbre.

—Solo necesitáis a alguien que vaya detrás, mi reina —aventuro, con mis labios rozando la suave seda blanca—. Deberíais mandar a alguien para que lo atrape en vuestro nombre.

—Nadie caza a lo invisible, Orión. Un cisne, un toro, lluvia... Nunca sabes qué será lo siguiente en lo que se transformará.

—Entonces, quizá lo primero que tenéis que pensar es en encontrar un cebo al que ni siquiera Zeus pueda resistirse. —Suelto su túnica y alzo el rostro para poder encontrar sus ojos. Ella no deja de observarme como si

fuera un animal que, de pronto, ha aprendido a hablar. Quizá lo que más le sorprenda es que digo cosas con sentido —. Si tuvierais un manjar, algo tan especial que llamase la atención del propio rey de los Cielos, ¿cómo de fácil sería tenderle una trampa?

No creo que Hera haya estado nunca más pendiente de algo que *yo* tuviera que decir. Me lleno el pecho de aire y valentía cuando asiento, muy lentamente, para que continúe hablando.

—Artemisa va presumiendo por ahí de una de sus protegidas. Una amazona. —Paladeo el apelativo. Artemisa me ha hablado tantas veces de ella que sé exactamente qué tengo que decir para

que parezca que sé quién es y hacerla atractiva a ojos de cualquiera—. La campeona del Emperador de Élada es, dicen, más fuerte que cualquier gladiador que haya pisado el anfiteatro. Más fuerte que un león. Todo un espectáculo.

—¿Hermosa?

—¿Es necesario, mi reina? Conocéis a vuestro marido: le gustan las cosas... especiales. Aquello de lo que puede presumir. ¿No creéis que con eso es suficiente?

Hera parece dudar. Parece plantearse en serio mi ofrecimiento. Sopesar, al menos, lo que podría perder si lo intenta. La veo relamerse y sé que

piensa en lo satisfactorio que sería ganarlo. Sé que piensa en algo cruel que hacerle.

Sea lo que sea, con suerte no estaré aquí para tener que presenciarlo.

—¿Crees que la deseará, en algún momento?

—¿Quién no desea a una mujer poderosa? —Le dedico una sonrisa sutil, mis ojos fijos en los suyos. Quiero que piense que hablo de ella, y quizá en el fondo lo haga. Puede que esté harto de tener que estar a su disposición cada vez que lo exige, de sentirme usado y encerrado, pero soy consciente de que nunca ha tenido que drogarme para que hiciese realidad todos sus deseos. No sé

si es su poder o su belleza, pero Hera sabe cómo hacer que la deseen, incluso cuando, como yo, la temes y la odias. Ese es su poder. Su control—. ¿Quién no desearía... tener a alguien así bajo su cuerpo? Fingir que es toda tuya... Puede sonar al pobre consuelo de un hombre cobarde, pero eso es lo único que nos queda a algunos...

La reina se lleva un dedo a los labios, pensativa. Se aparta de mí, caminando por el cuarto, y yo me relajo un poco con cada paso que se aleja, porque es un paso más que estoy a salvo. Aprovechando que me da la espalda, las comisuras de mis labios caen. Ha llegado un punto en el que



fingir es demasiado cansado.

—Puede que no sirvas solo para tenerte en una cama o como criado, después de todo —me dice, mientras se acerca a un aparador. Ella me mira por encima del hombro—. Vas a hacer un pequeño trabajo para mí.

No quiero confiarme, por eso no me muevo de mi sitio. Ni siquiera me acuerdo de tratar de sonreír. Quizá sea tan cobarde como Zeus y tengo demasiado miedo de que esto salga mal.

—¿De qué forma podría servirlos? Sabéis que soy vuestro fiel sirviente...

—Vas a buscar a esa chica —me explica mientras abre un cajón y saca de él un puñal. Es todo dorado, tanto el filo

como la empuñadura. Lo reconozco. Lo he visto en sus manos muchas veces antes. El recuerdo frío de su tacto me provoca náuseas y me obliga a agachar la cabeza. El escalofrío trepa por mi columna, tan intenso que es casi doloroso—. Le dirás que, si Zeus la busca, sea mañana, dentro de semanas o de meses, deberá apuñalarlo con esto. Creo que no hace falta que te explique cómo funciona.

Las palabras no me salen, así que solo asiento. No, no hace falta que me lo explique. Ella me lo ha hecho probar cada vez que he querido tener más libertad de la que me corresponde, cada vez que me he atrevido a desafiarla. Sé

demasiado bien que los puñales de Hefesto son torturas en sí mismas; sé cómo te debilitan; sé cuánto tardan en cerrarse las heridas que se hacen con él. Soy consciente de por qué quiere apuñalar a Zeus con esa arma: cuando el cuchillo está en contacto con la piel, nuestros poderes desaparecen. Y entonces somos tan inofensivos como si fuéramos mortales.

Trago saliva, pero me pongo en pie. Sé que estoy desnudo y vulnerable. Sé que el puñal que lleva en la mano podría hacerme mucho daño, si perdiera los nervios. Si ella pudiera acceder a mi mente y ver mis planes de futuro...

Pero no puede. No sabe nada. Mi

cabeza es el último refugio que tengo. El único lugar en todo el Universo en el que puedo ser realmente libre, hasta que consiga cambiar mi suerte.

Este es el primer paso de un gran plan. Permiso para salir del Mundo Superior. Un descanso, fuera de la vista de Hera. A solas con su misión... Con *mi* misión. Una de la que ella no puede ni siquiera sospechar. Pese a las amenazas, pese a que se acerca con el cuchillo en la mano y la temo, mantengo el rostro sereno.

No tengo que fingir estar asustado cuando alza la mano, una vez que está frente a mí, y me amenaza con el filo. El metal se apoya en mi garganta, por

encima de mi nuez, en una clara amenaza. Pero sé que ni siquiera ella se atrevería a matarme. Ningún dios mataría a otro, porque está prohibido. Incluso si la víctima es un esclavo al que nadie le importa.

—Si esa joven me decepciona, Orión, y tu idea resulta ser un fracaso..., la amazona no será la única que sufra las consecuencias —sisea—. ¿Estoy siendo lo suficientemente clara?

Todo mi cuerpo grita, pidiendo que me aparte de su camino, pero me obligo a permanecer quieto. Es peor cuando siente mi miedo. Si ve que titubeo, quizá se lo piense mejor y me haga quedarme aquí. No le costaría nada convencer a

otro de que le haga el trabajo sucio.

Tengo la reminiscencia de una celda. De los músculos de los brazos en tensión, las muñecas sujetas al techo por cadenas. Del cuerpo lleno de heridas, mientras ella se inclina sobre mí para susurrarme que lo bueno de los dioses es que solo mueren cuando se les corta la cabeza. Que, incluso en agonía perpetua, siguen siendo inmortales.

Ni siquiera puedo mirarla a los ojos esta vez.

—Yo jamás os decepcionaría.

Porque si lo hago, no estoy seguro de poder recuperarme después.

Me pone la empuñadura del arma en la palma, satisfecha.

—Desaparece.

Yo no cuestiono su orden. Hago una reverencia, aunque sé que ella ya no me mira. Vuelvo a ser invisible, y nunca me había alegrado tanto de ello.

Cuando ella recuerde que existo, yo ya estaré muy lejos de aquí.



Las calles del Mundo Superior están pavimentadas de oro, y por eso siento frío contra las plantas de mis pies descalzos cuando aparezco delante de un palacio que conozco muy bien. Cuando me siento ahogado y Hera parece olvidarse de mí, siempre encuentro aquí

un pequeño refugio, aunque nunca es por demasiado tiempo. En los últimos meses, además, este ha sido el lugar donde se ha fraguado mi pequeña rebelión.

Me escabullo a través de la abertura en el alto muro, entrando en un jardín lleno de frondosos árboles llenos de brotes verdes. Huele a pastos recién cortados, y hay pájaros cantando, ocultos en la foresta. Un pequeño mochuelo descansa en una rama baja y me sigue con la vista, vigilante, cuando me alejo del camino principal y me interno en la arboleda. Cuando paso por su lado, le acaricio la cabeza con un nudillo y él cierra los ojos, disfrutando



del contacto.

Las briznas de hierba me hacen cosquillas en los pies. El paño que me sirve de túnica, raído pero limpio, del mismo marrón que la tierra, desentona con el blanco con el que suelen vestir la mayoría de los dioses. Estoy acostumbrado. Son esos pequeños detalles los que acaban haciendo que sienta que no encajo. Hace mucho que dejó de importarme.

Sigo el sonido de dos voces femeninas que conversan hasta que llego a un claro, donde ellas se sientan bajo los árboles, a la sombra. Ambas alzan la vista hacia mí: Atenea me sonrío un poco, casi maternal; Artemisa frunce el

ceño, impaciente. Sus túnicas inmaculadas parecen brillar incluso cuando el sol no les da de lleno.

—¿Los tenéis? —pregunto, a modo de saludo.

Me acuclillo ante ellas, más relajado que en presencia de Hera. Ambas abren sus manos, para dejarme ver los brazaletes que sujetan: Atenea tiene uno; Artemisa, otros dos. Yo tomo el que me tiende la diosa de la Sabiduría y lo observo, con cuidado. Sé que han tenido que convencer a Hefesto de fabricarlos exclusivamente para nuestra misión, aunque tampoco fue muy difícil persuadirlo de unirse a un levantamiento contra la mujer que lo lanzó del Mundo

Superior cuando solo acababa de nacer.

—Aunque no os parezcáis en nada, no se puede negar que eres el hijo de Eris: provocarás el caos cuando Hera descubra lo que piensas hacer —dice Artemisa, cruzándose de brazos en cuanto la he liberado del peso de las joyas.

—No tiene por qué enterarse. No todavía, al menos. Para eso tenemos los brazaletes.

Me ajusto uno alrededor del brazo, justo por encima del codo.

—¿Estás seguro de esto, Orión? Cuando salgas de aquí ya no habrá marcha atrás, y lo sabes.

Alzo la vista. El rostro de Atenea

está tan serio como cuando habla de sus estrategias de batalla. Algunos rizos oscuros han escapado de su recogido.

—Estoy seguro —la tranquilizo. Artemisa me tiende una pequeña bolsa de cuero para que meta los brazaletes sobrantes y yo lo hago. Agradezco su inquietud, pero en este momento necesito apoyo, no que me cuestione—. Al menos, más seguro de lo que he estado en mucho tiempo. Y no he llegado tan lejos para echarme atrás ahora.

—Recuerda que nos estamos jugando el cuello. No lo estropees.

Justo las palabras adecuadas para darme fuerzas. Artemisa sería una oradora sin par, si se dedicase a ello.

De todos modos, no están jugándose el cuello solo *por mí*. Ellas también van a sacar algo de todo esto, de lo contrario no contaría con su apoyo.

—A vosotras nadie os tocará el cuello. Sois demasiado importantes. Además, yo no os delataré: si castigan a alguien, será a mí.

—Y parece que no te preocupa.

—Estoy muerto de miedo, Atenea. Pero no creo que mi situación pueda empeorar mucho más. —Me pongo en pie—. El mayor riesgo que corro es el de perderme en el Mundo Medio, y dado que Hera no podría encontrarme allí, no estoy seguro de que sea un problema.

—El Mundo Medio no es tan

sencillo ni tan apacible como te imaginas, Orión.

No consigo creerme las palabras de Artemisa. Los humanos no pueden ser peores que los dioses. Al menos, ellos no tienen poderes. No pueden hacerme verdadero daño. Ni siquiera me verán si yo no lo deseo así. Y, además, probablemente me teman demasiado como para acercarse, si soy convincente con mis apariciones.

—Solo son mortales. No me va a pasar nada.

—Por si acaso, mantente alerta —me alecciona la diosa de la Sabiduría—. Y no tomes decisiones precipitadas. Piensa antes de actuar.

A veces pienso que me toma por un niño. Supongo que no soy más que eso, en comparación con ellas, que están aquí desde hace siglos, pero tampoco nací ayer.

—Y no te fíes de nadie, Orión. Los dioses somos egoístas, pero nunca tratamos de disimularlo. Los seres humanos, en cambio, lo son igual, pero fingen.

—Os recuerdo que no voy abajo a hacer amistades.

—Artemisa tiene razón. Y, sobre todo, no te impliques. —Los ojos glaucos de Atenea están tan fijos en los míos que ni siquiera me atrevo a apartar la mirada. Suena a una advertencia

genuina. A que algo realmente malo puede ocurrirme, si me involucro—. Deja los asuntos de mortales para los mortales. No pierdas el rumbo: vas con una misión y cualquier cosa que se salga de tu camino no es de tu incumbencia.

Nos quedamos callados, como si pretendiéramos que las palabras se hundiesen en el suelo y germinasen. Es un silencio algo incómodo, que sabe a lección y a despedida.

—Buena suerte —añade Artemisa, cerrando así la ronda de consejos.

Me doy cuenta de que estoy frunciendo el ceño y trato de sonreír. Todo va a ir bien. Llevo meses planeando esto. Llevamos meses



hablándolo, y entre todos hemos hecho una lista infalible de los pasos que tengo que seguir.

Algo grande está a punto de ocurrir.

—La suerte es un pobre consuelo para aquellos que no tienen a los dioses de su parte.

Cuando desaparezco, le digo adiós a la prisión que es para mí el Mundo Superior.



## CANTO II

# LA AMAZONA ROJA

*Cantadme, ninfas, de vuestra añoranza  
por las guardianas que perdisteis;  
vosotras que campáis por los bosques,  
que emanáis del agua,  
cantadme sobre aquellas que ya no  
están,  
de las risas que ya no oís,  
y de las batallas que se perdieron.  
Cantadme de las Amazonas, siempre*

*libres...*  
*Nunca liberadas.*

De los héroes se tiende a olvidar sus orígenes cuando solo queda la proeza. Cuando solo queda la épica historia, lo imposible para otros, es eso lo que se aclama, y no a la persona tras el mito. Así, todos han hablado de los logros y el ingenio de Ulises, pero lo que menos se recuerda es que solo era un hombre en busca de su hogar; todos admiran a Orfeo, quien bajó al propio Inframundo en busca de su amada, pero nadie habla de lo vacía que sonó su prestigiosa lira cuando, ni siquiera llegando hasta ella, pudo finalmente liberarla.

De quien ahora os hablo quizá nunca fuese una heroína, pero sin duda fue aclamada, y su historia de igual modo ha sido olvidada. De la que por mucho tiempo se consideró la mejor gladiadora de toda Élada se recuerda que fue amazona porque siempre luchaba con el pecho descubierto, mostrando con orgullo la cicatriz del pecho izquierdo, del que carecía. Se recuerda que fue amazona porque las de su tribu no tenían parangón entre todas las luchadoras que alguna vez pasaron por los anfiteatros. Pero no se recuerda que ella, como Ulises, solo era alguien que luchaba por el deseo de un regreso al hogar. Alguien que luchaba por la familia. Alguien que

luchaba por la libertad.

La leyenda que surgió como parte del anfiteatro de Élada nació en realidad muy lejos del mismo, en un poblado, de hecho, apartado de la mano del Imperio. Apartado de la mano de los hombres. Nunca conoció a su padre, y no importaba, pues en su hogar ningún varón había: allí no se les precisaba para otra cosa que para procrear y traer así más mujeres al mundo. Solo mujeres, pues tiempo atrás, en los comienzos de la tribu, Artemisa había designado que el cuerpo de cualquier amazona solo alumbraría niñas, nunca niños. En cualquier caso, cuando los hombres cumplían su función reproductora, ya no

eran bien recibidos en el territorio de las guerreras de los bosques.

Allí solo importaban las mujeres. Allí solo importaba la gran familia que ellas conformaban, donde todas eran hermanas sin importar en qué vientre se hubieran concebido.



En aquel poblado se le dio un nombre: Asteria. Tiempo después, Élada la conocería como la Amazona Roja.

Asteria, como muchos otros antes que ella, nunca quiso convertirse en leyenda. Nunca deseó ser aclamada, ni

que las historias de sus batallas se expandiesen por cada recoveco del Imperio, o que cualquiera estuviese dispuesto a recorrer la distancia que hiciera falta para verla batallar. Para verla matar. Y mucho menos deseó el precio que pagó por todo eso que nunca pidió.

Ocurrió una noche, sin previo aviso, cuando ella era todavía joven y feliz. Cuando no había más cicatrices en su cuerpo que la de su pecho mutilado y las que la caza hubiera provocado en su piel. Cuando aún reía abiertamente, cuando sus ojos aún brillaban, cuando amaba bajo las estrellas y cabalgaba bajo el sol, cuando luchaba solo para



entrenarse y ser una guerrera como lo eran todas.

Ocurrió cuando Asteria era diferente a la Asteria que todos finalmente conocimos.

Tropas de hombres asaltaron el poblado de las mujeres.

Las amazonas, por supuesto, se defendieron. Las amazonas, por supuesto, lucharon. Lo hicieron con la fiereza de los animales con los que convivían, con la impasibilidad del sol, con la firmeza de la tierra y el ardor del fuego, la ligereza del viento y la fluidez del agua. Lucharon como si el propio mundo luchase en ellas, y las que cayeron lo hicieron con el orgullo y la

paz de haber presentado batalla hasta el final. Cayeron creyendo en el honor de ser derrotadas en lucha, de no someterse.

Asteria lo vio. Asteria conoció por primera vez el horror al perder a su madre y a muchas de sus hermanas en aquel lugar que siempre le había dado felicidad. Asteria gritó. Asteria luchó. Y Asteria deseó morir, también, cuando le pusieron la espada en el cuello y a su alrededor no vio más que cadáveres.

Los dioses, no obstante, no le concedieron la clemencia de morir aquel día.

Las legiones no habían ido a conquistarlas. No habían ido a asaltarlas

tampoco, ni a robarles. Ni siquiera habían ido a por sus cuerpos, que les parecían tan extraños, tan deformes y feos a sus ojos, con aquel único pecho. Habían ido a capturarlas, a esclavizarlas. Y Asteria fue hecha prisionera junto con muchas otras jóvenes como ella, fuertes, vigorosas, que serían capaces de presentar batalla a cualquier animal o guerrero.

Su destino era el anfiteatro: el Emperador quería novedades para sus espectáculos de gladiadores, que eran conocidos como los más cruentos de todo el Imperio. En ellos siempre se condenaba a alguien, razón por la que el soberano buscaba cada día más carne

fresca que poder ver morir. El gobernante quería mujeres que luchasen, y por todos era sabido que ninguna mujer lucharía nunca como una amazona. Quería gladiadoras fuertes, con rabia, sin nada que perder.

Quizá nadie lo recuerde ya, pero Asteria estuvo a punto de morir en el anfiteatro muchas veces los primeros días. Quizá, después de todo, no dejase de estar a punto de morir ningún día de su vida. De las amazonas que se capturaron aquella noche, muchas sucumbieron las primeras semanas. Asteria, por su parte, no quería luchar y participar en aquel juego cruel, pero al mismo tiempo se negaba a ser asesinada.

Sabía que no había orgullo en dejarse matar. Sabía que una amazona ha de presentar batalla hasta el final, que la pérdida del honor no era caer, sino rendirse.

Y, además, le prometieron la libertad.

Le dijeron que si algún día se convertía en la campeona del Emperador, la joya más exclusiva del anfiteatro, sería liberada. A ella, por supuesto, aquello le pareció desalmado: ¿ganarse la libertad, pero no tener a nadie con quien compartirla? Eso no era libertad. Era un pobre sueño que se parecía más a una pesadilla: volvería a un poblado regado en sangre y

abandonado, con recuerdos de días felices como única compañía. No deseaba aquello. Lo que deseaba, por encima de cualquier otra cosa, era recuperar los días con su familia, en aquellos bosques. Honrar a las caídas, rezarles y hacer resurgir lo que otros un día destruyeron. No quería salvarse a sí misma si no podía salvarlas a todas.

Supo entonces que había una esperanza. Una nimia, estúpida, quizá insuficiente. Una esperanza más propia de un soñador que de alguien sensato. Pero fue la esperanza la que la instó a convertirse en la mejor. Y lo hizo. Se entrenó con más fuerza, se volvió más cruel. Sus ojos antes vivos se

convirtieron en un reflejo de las muertes que se contaban bajo su espada. Su piel sumó cicatrices hasta que su cuerpo pareció una escultura maltrecha. Su sonrisa se perdió por los tirones de la tristeza y del dolor. Y por cada batalla, su alegría se perdía más hondo, su ira ardía más intensa y su nombre se aclamaba más fuerte.

Así se abandonó a la persona y comenzó a surgir la leyenda.

Así se convirtió en la campeona del Emperador.

Así, cuando todo el pueblo la consideró como tal, se le tendió la espada de madera que la señalaba como persona libre. Le dijeron que podía

marcharse. El Emperador no parecía conforme con dejar escapar a su pieza más selecta, pero el pueblo reclamaba honores para la gladiadora que durante años había sobrevivido a lo indecible, ya fueran bestias o tropas enteras contra ella sola.

Pero ella se negó.

Asteria, bañada en su propia sangre y en la de sus contrincantes, herida y al borde del desmayo, alzó la vista al Emperador, que la observaba desde su podio con ojos incrédulos e interesados. Nadie nunca había rechazado la libertad.

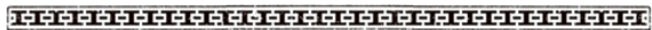
«Seguiré siendo vuestra campeona. Seguiré luchando para vos y para vuestro Imperio. Pero a cambio, por



cada combate que gane, se liberará a una de las mías».

El Emperador, deseoso de mantenerla en su anfiteatro y de mostrarse benévolo ante su pueblo, accedió.

Y así nació la Amazona Roja.



# ASTERIA

Hace mucho tiempo mi mundo era verde y azul. El verde de los bosques que gobernábamos, el azul de los cielos con los que soñábamos y las aguas en las que nos bañábamos. El verde de la esperanza que nunca perdimos, el azul de la libertad que teníamos.

Ahora, mi mundo es rojo. El rojo de la sangre con la que me baño cada día, el rojo del sol al que me enfrento cada atardecer sin saber si será la última vez que lo vea, el rojo del dolor que ya no

siento, del dolor que provoco en otros. El rojo de la ira que me alimenta, el rojo de la venganza que anhelo. El rojo de la muerte a la que me he consagrado.

Mi mundo también es ruido. El ruido de los alaridos de sufrimiento, de las aclamaciones, de los gritos de las gentes que vienen a ver el espectáculo y piden muerte y horror. El ruido de sus aplausos, de sus vítores, que me repugnan. El ruido de sus risas cuando alguien cae solo por su divertimento, el ruido del miedo que sienten por mí cuando me hieren, pese a que no me conocen. Pese a que yo no quiero su compasión, pues sé que solo me adorarán mientras les dé esa macabra

diversión que buscan en el anfiteatro.

Pero mi mundo, sobre todo, es lucha. Mi mundo son espadas y golpes y cicatrices. Mi vida es mirar a los ojos a mil contrincantes y esperar sus ataques mientras intento romper sus barreras para matar y proclamarme vencedora, día tras día, una y otra vez. Ahora mismo, otra vez, es exactamente eso. El tipo contra el que ahora me enfrento levanta la espada y se lanza contra mí. Yo lo evito, lanzándome al suelo, rodando por él. El pueblo de Élada grita, emocionado, cuando el filo pasa a punto de cortarme otra vez. Yo siseo, la arena escociendo en cada herida abierta. Allí, en la pierna, donde ha conseguido

alcanzarme hace solo un par de golpes. En el costado, donde me ha tocado mucho más de lo que me gustaría, pero no ha conseguido dañar ningún órgano. Aun así, siento el desasosiego corriendo por mis venas al mismo tiempo que la rabia y la adrenalina. Nunca desaparece. Da lo mismo que lleve años encerrada en este lugar, da lo mismo que se me venere como una campeona: no soy inmortal y cada día que pasa casi puedo escuchar repicar las monedas que tomará el Barquero para llevarme a la orilla que me dé paz... y que me haga encontrarme con las que ya cruzaron demasiado pronto.

Sería una gran liberación. Sería,

casi, como volver a casa.

Pero sé que todavía hay cosas que puedo hacer antes de marcharme para siempre. Hay personas a las que puedo salvar.

Eso es lo que consigue que sobreviva un día más. Lo que me hace gritar por mí, por ellas, y levantarme siempre que me caigo, y atacar. Atacar. Atacar. Atacar.

Mi espada se encuentra con la de mi rival, también herido. Su cuerpo está tan rojo como mi mundo, lleno de heridas, pero sigue en pie, dispuesto a cubrirse de la gloria que quiere arrebatarme, o quizá solo anhelando la libertad. Las muertes en el anfiteatro no son justas,

porque quienes batallamos aquí luchamos por un deseo común, y nadie merece la victoria más que su contrincante.

Pero las diosas nunca reparten justicia.

El gladiador ante mí es fuerte, y pese a estar malherido presenta batalla con la misma fiereza con la que yo me enfrento a él. Morir bajo sus manos no sería ninguna deshonra, pero no puedo permitirme hacerlo. Cuando lanza un golpe, con fuerza, yo caigo de nuevo, con un quejido, pero esta vez no trato de levantarme. Me quedo esperando, con la espada entre los dedos, la cara girada hacia el suelo. Hasta cierro los ojos. El

sabor a óxido de la sangre me llena la boca y escupo.

A mi alrededor el público coge aire con expectación. Quizá se preguntan si será este el día en que la Amazona Roja caiga.

Yo aguardo.

Siento los pasos del hombre acercándose a mí, pesados pero seguros. Con los ojos entreabiertos veo que alza la espada y que el sol lanza un destello rojo al metal. Me da por acabada.

Y ese es, precisamente, su error.

Aprieto la empuñadura de la espada al tiempo que me incorporo: una rodilla hincada en el suelo, la otra flexionada. Lo justo para lanzar un tajo certero a su



pierna. El filo se clava desde la parte de atrás de su rodilla y corta. El grito de dolor del gladiador, que cae al suelo en medio de una riada de sangre, se mezcla con los gritos de jolgorio del público. Con la alegría. Con la excitación. Con las felicitaciones.

Bestias.

Me levanto. Siento el cuerpo entumecido por las heridas, pero esto ya ha sido más que suficiente. Mis manos se acomodan ambas en torno a la empuñadura de mi espada. Mi pie pisa el arma del guerrero, que intenta levantarla en un último acto desesperado. Cuando nos miramos a los ojos, él parece suplicar que acabe

pronto. He visto esa mirada ya demasiadas veces. Sé qué ven entonces en mí: la muerte, con inesperada forma de mujer.

—Que la tierra de la que naciste vuelva a guardarte —le deseo, con un susurro.

Él cierra los ojos, aceptando la despedida. La misma con la que las amazonas siempre despedimos a nuestras caídas.

Le concedo descanso cuando le atravieso el corazón.

El público de Élada celebra la llegada de un alma más al Inframundo, pero de todas las personas presentes, de todas las que jalean y gritan y vitorean,

no importa nadie más que una. Precisamente quien calla. Quien, desde el podio, vestido de púrpura y con la corona dorada sobre la cabeza, se alza. Yo no agacho la cabeza ante él, aunque lo observo, esperando el veredicto como cada día que tengo que luchar. En otros lugares quienes vencen nunca corren peligro de morir y es sobre la vida que prueba la derrota sobre la que se decide, pero el Emperador de Élada decidió hace mucho que podía reinventar las reglas a su antojo: sus espectáculos deben ser los más brutales del Imperio y en ellos siempre hay muerte y nunca nadie conoce su destino. A estas alturas, sin embargo, yo sé que

nunca se atreverá a señalar con su pulgar hacia abajo para condenarme. Ni siquiera lo haría aunque el combate no hubiera sido de su agrado, porque la gente, su pueblo, me aclama y grita por mi vida: «Viva. Viva. Viva. Viva». Una y mil veces, piden que sobreviva otra noche, solo para que pueda arriesgar mi vida un día más.

—Asteria. —La voz del Emperador es firme. Fuerte, entre toda la algarabía, entre toda la locura que se va calmando ante las palabras de su soberano. Sus ojos oscuros me atraviesan. Él no me aclama ni me aplaude. Sé que disfruta viéndome herida—. Nos has dado un buen espectáculo hoy. Les has ofrecido a

los dioses un tributo de sangre y carne para que dispensen sus dones por toda Élada.

*Las diosas* (sigo negándome a pensar en *ellas* como hacen aquí, porque decir «dioses» suena a que solo fueran hombres: odio la manera de hablar del Imperio, que me recuerda constantemente que esta cultura no es la mía) no miran hacia el Mundo Medio desde hace mucho, pero la gente seguirá creyendo eso solo porque es lo que desea creer. O quizá el discurso del Emperador sea una forma de justificar su crueldad.

Pese a sus palabras, nadie da por hecho mi salvación. No es la primera

vez que felicita a alguien y luego manda a esa persona al verdugo solo por el placer de verla muerta. Por eso Élada entera contiene la respiración cuando alza su mano, convertida en un puño, con el pulgar extendido... que finalmente señala hacia arriba. Hace mucho que ese gesto no significa nada para mi propia vida, pero sí lo significa todo para mis hermanas. Con ese gesto, una de las mías volverá a conocer la libertad esta misma noche. El pueblo, por su parte, grita de emoción. Qué fácil es manipularlo... Qué fácil es convencerlo de que ese hombre hace algo por su Imperio...

Yo me inclino solo entonces, pero no

dejo de mirarlo. Nunca lo hago, y él por su parte no aparta la mirada tampoco. Es todo el acto de insubordinación que puedo permitirme, pero nunca me quito el gusto de hacerlo. De decirle, con mis ojos en los suyos, que no olvido. Que fueron él y su egoísmo los que acabaron con mi poblado, que fue él quien derramó la sangre de mi familia. Mi mirada tras cada combate es la mirada del recuerdo y la advertencia: seguiré jugando a este juego mientras él siga cumpliendo con su palabra. Sin embargo, si alguna vez deja de hacerlo estaré gustosa de irme al fin de este mundo, pero lo haré llevándomelo a él por delante.

Quizá las diosas me dejasen viva para eso. Si así fuera, estaría encantada de cumplir sus deseos.



Los únicos vítores y felicitaciones que no me disgusta escuchar son los de mis hermanas, cuando vuelvo a la escuela lanista mientras todas cenan. El maestro Arcleo siempre me lleva ante mis compañeras y el resto de gladiadores antes que cualquier otra cosa, para que vean mi sangre y mis heridas, mi rostro golpeado, y les sirva de lección para saber cómo deben vencer: incluso en las peores circunstancias. Arcleo se siente



orgullosa de mí, pero solo porque sabe que soy una pieza que le hace muy, muy rico, como encargado de las gladiadoras del Emperador. En cualquier caso, que me exhiba es lo que menos me molesta, porque es entonces cuando veo a las mías; el resto me importan poco, pero esos momentos son en los que *ellas* se levantan y jalean y gritan mi nombre y me señalan como su hermana con orgullo.

Como cada noche después de un combate, vienen a abrazarme y a alzarme, y aunque mi cuerpo está dolorido, aunque todo me pesa y me siento mareada, es el único momento en el que puedo sentirme un poco feliz,

incluso si es entre las paredes de una cárcel como la escuela. Sin embargo, Arcleo siempre pone orden pronto y todas tienen que volver a sus asientos. Lysandra, antes de obedecer, coge mi rostro entre las manos y planta un beso en mi boca. Dejo los ojos en blanco, mientras ella se marcha a su asiento con una sonrisa divertida bailando en su boca. Cleta le da un codazo por atrevida. Los hombres, más absurdos y ridículos, se ríen y piden ver otro o unirse a nosotras.

Arcleo exige orden y esta vez todas callan. Nadie se atreve nunca a desobedecerlo, quizá porque no es un mal hombre, quizá porque, aunque su

cuerpo sea mayor, sigue siendo pesado y fuerte, quizá porque sabemos que antes de ser nuestro entrenador también fue gladiador y tuvo que sufrir exactamente lo mismo que quienes estamos aquí ahora. Lo respetamos.

—Ainia —llama entonces.

Alzo la vista. Arcleo también me hace quedarme por esto: para despedirme de aquella a la que mi combate ha liberado. Yo nunca tengo derecho a elegir quién será la que se marche, sino que es el propio Arcleo el que lo decide, y nunca es halagador que lo haga. Si tu nombre es mencionado significa que eres la menos rentable para él. La más débil, por tanto.

Ainia se levanta de su asiento en el comedor y siento en ella la misma contrariedad que todas muestran cuando son llamadas: el anhelo de la libertad y la ofensa de ser la peor en ese momento. Al final, sin embargo, ni siquiera el orgullo de una amazona es tan grande como para rechazar romper las cadenas que nos atan aquí. Ainia, además, es de las más jóvenes entre nosotras: debe de sentirse digna, al haber sobrevivido tanto tiempo. Hace ya tres años, después de todo, que vivimos en una lucha continua. Yo llegué aquí con diecinueve, la misma edad con la que ella se marchará.

La muchacha se acerca a mí y se

inclina, hincando una rodilla en el suelo, la mano sobre el pecho, a la altura del corazón, allá donde todas guardamos la cicatriz que se nos hizo de pequeñas y que nos une.

—Vuelvo a la tierra que nos arrebataron. Gracias a ti, Asteria.

Le tiendo una mano para que se ponga en pie y ella lo hace, agarrando mi brazo. Yo agarro también el suyo, estrechándolo, y nos miramos a los ojos. Los suyos son verdes, como los prados que pronto podrá volver a ver y con los que yo todavía sueño cada noche.

—Corre por nuestros bosques por todas aquellas que cayeron en ellos. Limpia tu cuerpo en nuestro manantial

como si la sangre nunca lo hubiera manchado. Reúnete con las demás, y reconstruye nuestro hogar.

Ainia asiente, con el rostro serio. Siento que aprieta más mi antebrazo. Hay un juramento en su mirada.

—Honor y sangre, hermana —me dice.

—Honor y sangre.

—¡¡Honor y sangre!! —claman las demás amazonas desde sus asientos en el comedor. Arcleo exige silencio, pero cuando alguna se va siempre ocurre lo mismo, y sabe que no puede impedirles que se despidan así de quien se marcha.

Ainia me abraza, y yo la rodeo también con mis brazos, con fuerza. Es

solo un instante antes de que Arcleo mismo la separe de mí y los soldados encargados se la lleven. Mi hermana me mira una última vez, con una sonrisa agradecida, antes de marcharse. Antes de volver a casa.



El agua de la pila que ponen para mí se tiñe pronto de rojo. No puedo evitar revisar mi cuerpo mientras lo limpio: en el anfiteatro cosieron las heridas más graves y sé que serán de las que dejen nuevas cicatrices. Cuando me toco el costado, la sutura, siseo de dolor. Lo mismo con la herida en el muslo.

Suspiro, echándome hacia atrás en el pilón, apoyando el cuello en el borde. Intento que el agua caliente relaje mi cuerpo agarrotado y me dejo estar así. Solo unos minutos de paz... Así es fácil pensar que estoy al margen de todo. Imaginar, incluso, que me encuentro en el manantial de nuestro poblado, con la cabeza apoyada en las piedras, y que alrededor no hay silencio opresor, sino el cantar de los pájaros, las voces de mis hermanas e incluso las risas de las ninfas que se escondían en la gruta, tras la cascada, y que a veces salían a jugar. Sin embargo, sé que cuando abra los ojos encontraré solo una celda que ni siquiera deja pasar la luz salvo por un



pequeñísimo hueco en la pared. Un lugar oscuro, con solo un catre incómodo.

Puede que Arcleo se haga de oro con mis combates y los que libran los gladiadores o mis hermanas, pero eso no hace que nuestras estancias sean mejores.

No me apetece abrir los ojos y volver a la realidad de mi encierro, pero lo hago cuando escucho el ruido.

Es apenas un siseo. Una perturbación en el aire. Pero es suficiente para que me tense y me gire con rapidez, maldiciendo no tener armas a mi alrededor.

Allí, amparado en las sombras, hay un hombre. O más bien... un muchacho.

Tiene la piel color oliva, desnuda excepto por el paño oscuro alrededor de su cintura. Sus brazos están cruzados sobre el pecho, uno de ellos decorado con un brazalete dorado que contrasta con la prenda pobre con la que se cubre; no es lo único dorado, pues una empuñadura del mismo color resalta desde una vaina que cuelga de un cinto. Está apoyado contra la pared y me mira con ojos oscuros, castaños. Sus facciones parecen jóvenes, pero la expresión seria, con la nariz arrugada como si algo le asquease, suma años a su rostro.

¿Cómo ha entrado aquí?

Miro alrededor, en busca de un arma

con la que defenderme en caso de que intente algo, pero no hay nada. Solo estamos el agua y yo, y entonces pienso que si se acerca a mí simplemente le meteré la cabeza en la pila y lo ahogaré.

—Asteria —me llama. Su voz tiene una vibración extraña que me hace volver a mirarlo. Él está observándome con atención, y cuando nuestros ojos se cruzan me parece percibir un fulgor dorado que, al instante siguiente, no está ahí—. La Amazona Roja. Hay quien dice que te bañas en la sangre de tus contrincantes, pero al menos la mitad es tuya...

Alzo las cejas, pero cuando echa a andar por la celda no digo nada. Solo lo

sigo con la vista, precavida. En contra de lo que esperaba, el intruso no se acerca a mí, sino al catre. Entrecierro los párpados ante la parsimonia con la que toma asiento, como si la estancia fuese suya, y vuelve a mirarme como si estuviera esperando que dijera algo.

Decido no decepcionarlo:

—Me conoces muy bien, según parece. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo. ¿Quién eres y qué quieres?

Me parece que sonrío. Creo que estaba esperando esa misma pregunta.

—Me llaman Orión, y he venido de muy lejos para verte, Asteria. ¿Te dice algo mi nombre?

Oh, sí. Me dice algo. En nuestra tribu, como parte de las historias que se narraban sobre nuestra diosa principal, Artemisa, se solía hablar de un Orión que existió muchas decenas de años antes de que yo naciera. Se decía que la diosa lo amó, y Apolo, celoso del cariño que le profesaba, la engañó para que le disparase una de sus flechas, matándolo en el acto. Mucho tiempo después de que aquello sucediera, un nuevo dios nació en el Mundo Superior, y Artemisa debió de considerar una buena manera de redimirse darle a aquel recién nacido —a quien su madre, Eris, ni siquiera había tenido tiempo de bautizar antes de ser juzgada por

asesinato— el nombre de a quien tanto había querido.

Es irónico, porque el recién nacido fue el dios de la Vida, justo lo que se le negó al supuesto amor de Artemisa.

Es irónico, porque si es ese Orión el que está ante mí, *el dios*, no sé qué hace visitando a alguien que solo sabe de muerte.

Intento no sentirme turbada por su presencia y responder con frialdad:

—Me dice que debes de haberte equivocado de destino. El dios de la Vida y yo estamos condenadas a no entendernos.

Vuelvo a cerrar los ojos, para que vea que no estoy interesada en lo que

venga a decirme. El Mundo Superior nos dio la espalda hace mucho. Ya no les rindo culto a las diosas, ni siquiera a Artemisa, porque ella no miró hacia abajo cuando nos pasaron los cuchillos por el pescuezo o nos pusieron las cadenas que nos trajeron aquí. No le debemos nada.

—No estaría aquí si no fuera por una muy buena razón —replica el dios—. Un trato del que podrías beneficiarte, de hecho.

Abro los ojos, solo para lanzarle una mirada furibunda que espero que haga que se marche. Me fijo entonces en que en sus manos tiene ahora dos objetos: en la izquierda, el puñal desenvainado, que

brilla como el oro. En la derecha, un brazalete como el que él mismo viste. No le pregunto por ellos, ni por qué parece ofrecérmelos.

—La respuesta es «no».

El dios frunce el ceño, contrariado. Posiblemente esperaba, como deben esperarlo todas las divinidades, que nadie se atreviera a negarse a la palabra de un ente superior. Yo aprovecho su momento de confusión para levantarme, sin vergüenza. Siento que mira mi cuerpo cuando lo hago, pero no me importa. Como si él simplemente no estuviera delante —porque, de hecho, pretendo que no esté en unos segundos—, comienzo a secarme con los paños



que me han dejado para ello. Algunos quedan manchados de rojo todavía.

—Ni siquiera has escuchado lo que vengo a ofrecerte...

—Ni pretendo hacerlo.

Cojo la túnica que me han dado para que me vista, cubriéndome con ella. No vuelvo a mirarlo, mientras me arreglo la ropa y me peino los cabellos cortos con los dedos, pero sé que se ha levantado, inquieto. Puede que las mortales seamos impacientes, pero nuestra impaciencia no es nada al lado de la divina. Es absurdo, porque en el Mundo Superior tienen todo el tiempo que deseen, mientras que el nuestro está limitado.

—¿Es que no quieres salir de aquí?

—reclama, incrédulo—. ¿No quieres... vivir? Volver a tu tierra. Yo podría lograrlo. Con tus hermanas, con todas ellas. Nunca tendríais que volver a servir al Emperador.

Oh, qué amable. Supongo que he de arrodillarme ante él y rendirle pleitesía para siempre. Me convertiré hasta en sacerdotisa y me dedicaré a besarle los pies a su estatua cada día.

Me giro hacia él, de nuevo. Efectivamente, se ha levantado y ha dejado los objetos sobre la cama, al ver que no llamaban mi atención. Yo me acerco a él, lentamente, con pasos que no suenan y que empapan el suelo de la estancia.

—Quiero salir de aquí —le confirmo. Él parece suspirar, aliviado, aunque frunce el ceño cuando ve que empiezo a rodearle, a caminar a su alrededor. Entonces vuelve a estar tenso y me sigue con la vista, precavido—. Quiero vivir. Y quiero volver a mi tierra. Y por supuesto que tú puedes lograrlo... —El dios abre la boca, pero yo lo callo antes de que pueda hacer alguna más de sus inválidas promesas —: En realidad, podrías lograrlo tú o cualquiera de las diosas a las que hemos rogado cientos de veces. Miles. ¿Y sabes cuál ha sido la respuesta? Ninguna. Silencio. Un silencio que dura ya más de tres años. Un silencio

absoluto, al que solo ahora os dignáis a contestar con tratos. Bien, hemos aprendido la lección: nuestros problemas son solo nuestros, y hace mucho que mis hermanas y yo dejamos de rezaros. —Me planto frente a él. Mis ojos encuentran los suyos con frialdad —. Márchate por donde has venido: mi respuesta sigue siendo no.

El dios traga saliva. Me observa, incrédulo, turbado... y realmente creo que se irá. Que desaparecerá, confuso por la negativa, por el golpe a su orgullo. Pero no lo hace. De pronto, parece reaccionar, tomar consciencia incluso de dónde está, y me mira con renovada seguridad.

—¿Ni siquiera sabiendo que tus hermanas no son liberadas? —Doy un respingo. ¿De qué habla?—. Asteria, ¿eres tan inocente como para pensar que la palabra de un Emperador a una... esclava vale algo? No las envía de vuelta a casa.

«No las envía de vuelta a casa». Eso es imposible. Yo misma las veo marchar. Todas nos despedimos. Vuelven a nuestra tierra. Llevan meses volviendo.

De pronto, la ira que siempre se mantiene escondida en mi estómago, preparada para ser usada en la batalla, despierta. Antes de que pueda pensar en lo que estoy haciendo me he lanzado

sobre la cama para coger el cuchillo que él mismo ha traído. Antes de que pueda parpadear le estoy amenazando, presionando el filo contra su garganta.

—¿Qué estás diciendo? —siseo.

Él coge aire con precipitación. Su rostro mismo parece perder color, mientras sus ojos se fijan en mí con sorpresa e inquietud. También miran el cuchillo, quizá valorando las posibilidades de que haga algo contra él. Yo aprieto lo justo para que el filo cree un hilo de sangre dorada que corre por su piel. No estoy de broma. No me va a temblar el pulso si se atreve a jugar con aquello con lo que *nadie* debería jugar.

Para mi sorpresa, el dios emite un gemido bajo. La herida no se cierra. Miro de reojo el arma, interesada, pero es solo un instante antes de clavar mis ojos de nuevo en el chico y apretar una vez más.

—Habla.

—El Emperador te engaña —dice, con voz ahogada. Siento mi cuerpo temblar de rabia ante la mera idea—. ¿Creías realmente que iba a dejar ir a esas chicas? Para él todo es un juego. A veces las tortura y las usa como espectáculo personal, hasta que se cansa. Otras veces las manda a otros lugares, a luchar en otros anfiteatros, a provincias lejanas del Imperio, pero se

asegura de que siempre se las condene para que su nombre nunca llegue a aclamarse. Las que tienen más suerte mueren al instante ante él...

—¡¡Eso es mentira!! —estallo, aferrando con más fuerza el cuchillo. El dios de la Vida aprieta los párpados, pero a mí no me da ninguna pena. Mi voz es un murmullo grave, cuando intento contenerme—. ¿Es este uno de vuestros engaños, para que quienes habitamos el Mundo Medio hagamos justo lo que queráis?

—Comprendo que no te fíes de nosotros —murmura, con la respiración truncada—. Que pienses que tengo razones para mentirte, pero te aseguro



que todo lo que digo es cierto. Por favor, aparta el cuchillo.

No lo hago.

—Quiero pruebas —le exijo, apretando los dientes. Apretando también el filo contra su piel, cortando. Emite un gemido que satisface mi sed de sangre. Mi odio—. Tráeme pruebas de lo que dices y haré lo que me pidáis en vuestro nombre, me da igual lo que sea. Pero a cambio, si es cierto, me dejaréis matar al Emperador y nadie me juzgará por ello. Nos dejaréis ser libres, a mí y a las mías.

El dios me mira, no sé si con miedo, con ansiedad o con duda. O quizá con todas ellas. Sea como sea, finalmente

asiente, con cuidado.

—Hay trato. Aparta el cuchillo.

Lo hago a regañadientes, pero me lo quedo, aferrando la empuñadura entre mis dedos. Dentro de la escuela no se nos permite tener armas de verdad, para evitar revueltas, así que no estoy dispuesta a prescindir de esta, y mucho menos cuando parece que puede suponer un problema para un dios. El muchacho se pasa la mano por el cuello, pero la herida no se cierra. No sé si es lo habitual, pero esperaba que las diosas se curasen con más premura.

—¿Estás segura de que quieres verlo?

Le señalo con el puñal.

—No te creeré hasta que no lo haga.

—No será fácil.

—No será verdad.

Algo me dice, sin embargo, que esos ojos oscuros no me mienten. Que casi se compadecen de mí, lo cual enciende todavía más mi enfado. Nadie ha hecho nada por nosotras. Su pena, si la siente, es hipócrita. La herida en su cuello comienza a sanar entonces, muy lentamente. Me tiende la mano.

Cuando la tomo, con desconfianza, el mundo se fragmenta y yo me siento caer.



La realidad vuelve con náuseas en la boca de mi estómago y sabor a bilis sobre la lengua. Todo da vueltas, pero algo coge mi muñeca y mi hombro y me mantiene firme. Cuando abro los ojos tengo que parpadear repetidas veces hasta que consigo enfocar y ver lo que nos rodea: estamos en una amplia sala, alargada y llena de antorchas que la iluminan y tapices de todos los colores que penden desde la baranda de un balcón interior. El suelo está salpicado de teselas que forman un elaborado mapa del Mundo Medio. Hay al menos una docena de guardias del Imperio caminando entre las columnas que salpican la totalidad de la estancia, pero

nadie parece darse cuenta de nuestra presencia.

Y al final...

Siento que me caigo de nuevo cuando la veo. Ainia está arrodillada ante el Emperador, que la observa recostado contra un montón de cojines, mientras sostiene una copa de oro entre las manos. Tras ella, dos guardas se aseguran de que no se mueva de su sitio. Me adelanto, apretando el puñal en la mano, pero el dios que me sostiene tira de mí, manteniéndome contra su pecho.

—Quieta —sisea.

Me revuelvo, apretando los dientes, y alzo el puñal para clavárselo a él si es necesario, pero esta vez está atento y

captura mi muñeca antes de que pueda hacer nada, inmovilizándome.

—Suéltame ahora mismo —le advierto—. Tengo que...

—Solo eres invisible para ellos porque *yo* hago que lo seas. Si te separas de mí, te verán y conseguirás que te maten. Y muerta, no me sirves.

Pues si me ven, lucharé. Es para lo que el Emperador me tiene aquí, y este combate parece más digno que cualquiera de los que tengo en la arena. Por eso estoy a punto de intentar separarme de nuevo cuando otra voz que reconozco reverbera entre las columnas:

—Nadie me dijo que la libertad significase seguir viviendo de rodillas.

Aparto la vista de Orión para mirar a Ainia, que se mantiene digna incluso cuando la están obligando a postrarse. Cojo aire, sintiendo que me falta. Sintiendo, como hace mucho que no sentía, la opresión en el pecho llamando a la angustia. «Cállate, Ainia», quiero decirle, «no tienes a tu suerte». Me siento traidora a mis creencias, a mi pueblo, porque una amazona nunca agacha la cabeza, y menos ante monstruos como el Emperador. A las bestias las enfrentamos. Las cazamos y después las devoramos. Ese hombre no se merece más que eso.

Pero ahora temo demasiado por ella como para honrar a la tradición.

Vuelvo a revolverme, pero el dios de la Vida es, para mi sorpresa, más fuerte.

—Incluso los ciudadanos libres deben servir a su Emperador —dice el animal con corona—. Ainia, ¿no es así? Me han dicho que eres una guerrera fuerte. Mis legiones necesitan más hombres y mujeres que alimenten sus filas. Por supuesto, ahora eres libre, así que se te pagará. Es un buen trabajo. Un servicio digno para el Imperio.

Ainia entrecierra los ojos.

—Agradezco el ofrecimiento, pero las amazonas no servimos a vuestro Imperio. Deseo volver a nuestro hogar. Asteria lucha para que lo hagamos; así



se pactó y así ha de cumplirse.

—Asteria, niña, lucha por vuestra libertad, y yo, como vuestro Emperador, decido qué hacer con esta. Pero ninguna parecéis entenderlo. ¿Creéis que os dejaré vivir en la anarquía, dentro de mis territorios? Ilusas. —Su sonrisa hace que grite de rabia, pero nadie me oye, excepto mi acompañante, que me aprieta más contra su pecho—. Os ofrezco ser ciudadanas de nuestro gran Imperio, pertenecer a nuestras leyes, a nuestro orden. Pero no viviréis fuera de nuestras normas. O tomáis el hogar que os ofrezco, o no tendréis hogar.

Un chasqueo de sus dedos y uno de los guardias tras mi hermana

desenvaina. Ainia coge aire y yo jadeo. No. No pueden matarla. No puede ser que esto sea lo que han estado haciendo con todas. Intento adelantarme de nuevo, pero quien me ha traído hasta aquí no me lo permite.

—¡¡Suéltame!! —Miro al dios, que parece inquieto, observando alternativamente la escena y mi rostro. Traga saliva, aparentemente arrepentido de haberme traído hasta este lugar—. Tengo que ayudarla. ¡¡Tengo que ayudarla!!

—Mi hogar no lo decide ningún hombre. —Me giro hacia Ainia, con el corazón palpitando fuerte en el pecho, en mis muñecas, en el cuello, en todos

lados. La cabeza me da vueltas. «No lo desafíes»—. Mi hogar está con mis hermanas.

—Volverás con ellas, entonces. ¿Qué eliges? ¿El fin del mundo para seguir muriendo en la arena, o este mismo suelo para caer de inmediato? ¿Cuánto quieres sufrir, Ainia?

—¿Me ayudarás? —me dice el dios de la Vida. Tiene los dientes apretados y parece desesperado—. Dime que me ayudarás en lo que sea, dame tu palabra, y podrás socorrerla.

—¡Te ayudaré, te ayudaré, pero...!

Todo pasa entonces demasiado rápido. El guarda coloca la espada en el cuello de Ainia, para presionarla, pero

mi hermana decide que no se irá sin presentar batalla. No se irá sin honor, y tampoco se dejará manipular. Por eso alza las manos y agarra el filo con ellas, tirando, inclinándose hacia delante. No le importa herirse, porque consigue lo que quiere: desarma al guardia, que tropieza y cae. Mi hermana se levanta de un salto, dispuesta a enfrentar al siguiente, alzando la espada...

... pero no es lo suficientemente rápida.

El hierro del otro guardia atraviesa a mi hermana, que abre la boca con incredulidad.

—¡¡NO!!

Mi grito no lo oye nadie más que yo.

Ni siquiera estoy convencida de que no me lo imagine. Ni siquiera sé si nada de esto es real. A lo mejor el dios de la Vida es también el dios del Engaño. Tiene que ser un mal sueño. Una pesadilla. Me he quedado dormida mientras me daba el baño. O quizá haya muerto hoy en la arena. Quizá en realidad morí hace años, en el asalto al poblado, y todo lo vivido desde entonces es una tortura del Tártaro.

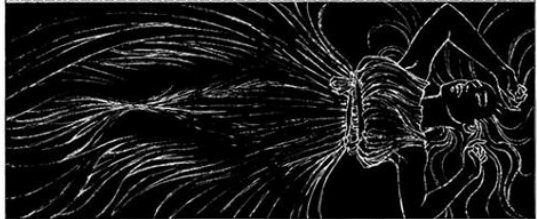
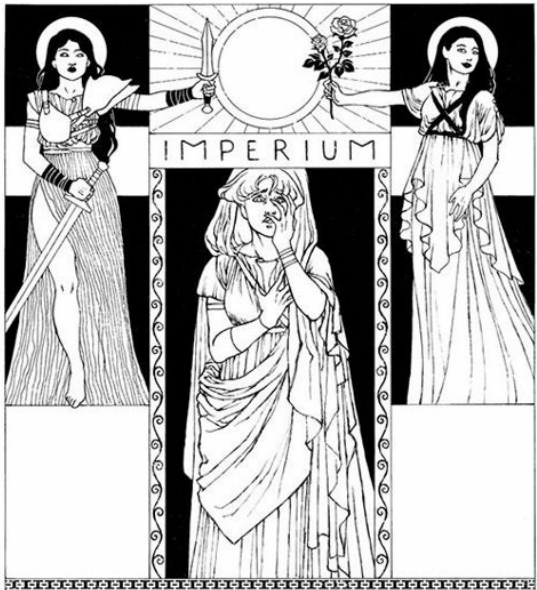
No puede ser que Ainia, a quien he salvado hace solo unas horas, muera ante mí. Que caiga, arrodillada, tosiendo, y que el Emperador se levante para mirarla. Me siento paralizada. Bloqueada. Sin fuerzas. El dios que me

sostiene tampoco parece capaz de reaccionar. Se tambalea, pero no me suelta. Tiene una arcada, pero no es nada en comparación con lo mareada que yo me siento.

No está ocurriendo. No está pasando de verdad. Yo la liberé. Yo las he liberado a todas. Yo he luchado por ellas. El Emperador las libera. No están muertas.

Ainia no está muriendo. Nadie más ha muerto.

Mi lucha tiene sentido, mi lucha tiene sentido, mi lucha tiene sentido...



Pero de pronto no lo tiene.

El mundo se vuelve todavía más rojo.

—Córtale la cabeza —dice el Emperador, con indiferencia—. Las traidoras no merecen ni ojos ni boca donde llevar monedas para pagar al Barquero.

Ainia lo mira por última vez. Le escupe, con sangre, con los ojos perdidos.

—Cobarde...

El filo cortando el aire.

La cabeza de mi hermana besa los pies del Emperador.

Cuando volvemos a desaparecer, esta vez no se rompe el mundo, sino yo.



# ORIÓN

Dejo ir la mano de Asteria en cuanto aparecemos en su celda en la escuela. Las piernas me fallan en ese mismo momento y caigo al suelo de rodillas. Trato de encogerme todo lo que me deja el cuerpo, apoyando la frente en el frío suelo de piedra. Me siento mareado y a punto de vomitar. Lo haré sin duda, a menos que las imágenes se vayan de mi mente. Su cabeza... La cabeza de esa pobre chica. No esperaba que fuera a matarla inmediatamente. Y, desde luego,

no así.

Trato de coger aire, intentando olvidar el olor, pero es inútil: esta habitación apesta a la sangre que se ha mezclado con el agua de la bañera, y a la muchacha que está en algún lugar de la estancia. Ella es lo peor de todo. Huele a muerte y a heridas, a armas y cadáveres. Aunque cuando llegué solo me asqueó, ahora, tras ver el asesinato de esa chica, apenas puedo soportarlo. Me estremezco y empiezo a sudar frío. El asco me aprieta el corazón y los pulmones. Trato de contener las arcadas.

Tengo que salir de aquí.

El pensamiento solo acaba de formarse cuando una mano me coge por

el pelo y me obliga a enderezar la espalda. Los ojos de Asteria brillan con furia. Aún tiene el cuchillo de Hera en la mano.

—La has dejado morir —gruñe, con la voz tan forzosamente controlada que parece una amenaza—. Eres el dios de la Vida, pero la has dejado morir...

Es cierto, soy el dios de la Vida..., pero jamás he salvado a nadie. Nunca he escuchado ni una de las plegarias que resuenan en mi cabeza a todas horas. ¿Por qué voy a hacerlo, si nunca nadie se ha preocupado de salvarme a mí?

—Ni siquiera yo puedo volver a unir una cabeza a su cuerpo.

Un nuevo tirón, más fuerte, expone

por completo mi cuello. Siento la punta de la daga arañando la delicada piel alrededor de mi nuez. Intento no tener miedo, porque un dios no debería sentirse atemorizado por una simple mortal, pero sé demasiado bien lo que puede hacerme ese cuchillo, y esta mortal no es como yo había esperado que fuera. Creí que bastarían palabras para convencerla, creí que no sería difícil conseguir su colaboración. Creí que me *reverenciaría* simplemente por ser un dios. Pero me equivoqué.

—Si me hubieras soltado cuando te lo pedí, Ainia seguiría vida —sisea—. Si me hubieras dejado ayudarla...

—¡No soy tu enemigo!

—¡¡Eso lo decido yo!! —Está tan cerca que puedo verme reflejado en sus pupilas. Parezco aterrado, y ella fuera de control—. No eres mejor que el Emperador, ni que yo. Eres cómplice de todas las muertes que puedes evitar, pero permites que pasen.

Abro la boca para hablar, pero entonces ella baja el puñal. Durante un glorioso segundo, creo que me dejará ir. Que no sucumbiré a la furia. Pero entonces la punta se posa justo encima de mi clavícula, y Asteria la empuja a través de piel y carne, con tanta fuerza que creo que no parará hasta que solo sobresalga la empuñadura. El dolor me atraviesa, intenso, insoportable, un

instante después de que la sangre la salpique a ella. El dorado empapa su túnica, pero no es nada en comparación a cómo fluye sobre mi pecho y va a parar al suelo.

La vista se me nubla y ella suelta mis cabellos, permitiendo que caiga hacia delante, sobre el charco de mi propio icor. El cuerpo no me responde. Mis ojos, abiertos con horror, miran el suelo y sus pies mientras jadeo. Ella se aleja y retrocede hasta que desaparece de mi campo de visión. Mi mano tiembla incontroladamente cuando trato de arrancarme el cuchillo. Duele. Duele demasiado para ponerlo en palabras. Y, aun así, no es lo peor que he sufrido en

toda mi vida. Solo es una herida, al fin y al cabo. Una puñalada. Me pregunto a cuántos hombres habrá dañado de esta manera antes. Si lo ha hecho, dudo que ninguno de ellos siga vivo.

Necesito de todas mis fuerzas para liberarme del cuchillo, que cae al suelo con un tintineo cuando abro la mano. Sangre. Sangre en todas partes. Intento escapar del olor, pero es imposible. Trato de arrastrarme lejos del charco dorado, pero no tengo a dónde ir. La celda es demasiado pequeña, y no puedo abandonar mi cuerpo, por mucho que me repugne en este momento. No deseo nada más que salir de aquí, pero al mismo tiempo tengo una misión que no

pienso dejar a medias.

Alzo la vista, buscando a la amazona con la mirada. Ella se ha alejado a la otra punta de la estancia y se apoya contra la pared, intentando acompasar su respiración acelerada. Los puños los tiene apretados, y de pronto grita, con rabia, y golpea la pared con ellos. Una, dos, tres veces. Yo solo puedo quedarme mirando su furia, la misma de la que yo acabo de ser víctima. La piel comienza a escocerme entonces, y sé que es porque mi herida comienza a curarse, lentamente. Las manos de Asteria no se curarán de la misma manera, pero no le importa hacerse daño mientras sigue moliendo a golpes la pared.



Y entonces... todo acaba. La amazona apoya los dedos y la frente contra la piedra... y se queda muy quieta. Callada. Su respiración aún está alterada, pero ya no sigue luchando.

El silencio llena la habitación hasta que mi herida se cura del todo y yo me siento con las fuerzas suficientes como para incorporarme. Trato por todos los medios de no mirar la sangre a nuestro alrededor.

—Siento lo que ha pasado —le digo entonces, casi conteniendo la respiración. No es mentira. No esperaba que fuese a matarla tan rápido. No quería hacerle presenciar tanto, pero ese hombre se adelantó—. Pero yo no soy

culpable. El Emperador lo es. Y tú quieres venganza, ¿verdad? —Ella ni siquiera se gira para mirarme, así que no sé si me está escuchando, pero continúo —: Sí, claro que la quieres. Deseas hacerle pagar, ¿no es cierto, Asteria? Aunque Hera te matará si lo intentas, porque el Emperador está bajo la protección de los reyes del Mundo Superior. Y quizá para ti no suponga un problema, pero las tuyas, las que quedan, no volverán a ver la luz del día. En ese caso yo podría ayudarte... Podría ocultarte. Podría distraer a Hera, para que no pudiera preocuparse por los asuntos mortales.

Nuestras miradas se encuentran

cuando ella, con lentitud, se mueve y apoya la espalda contra la pared. Sus ojos, que hasta ahora parecían llamear, están ahora muy vacíos. Su dolor es una fuerza palpable en la habitación, y casi me parece rastrero aprovecharme de su desesperación.

Pero si no consigo su ayuda me arrepentiré...

—¿Qué queréis de mí?

Su susurro suena lejano. Sé que he tocado una fibra sensible, al mencionar a las suyas. No las dejará nunca indefensas. Ellas son la única razón por la que lucha. Por la que sigue viva.

Si es que a esto se le puede llamar vida.

—Necesito que me escoltes por un laberinto hasta el centro del mismo. Tienes que conseguir que llegue sano y salvo, y protegerme de cualquier peligro que pueda haber en el camino.

Intento que parezca una excentricidad de un dios en vez de lo que realmente es: una declaración de que no puedo luchar. Me paso el dorso de la mano por la frente, intentando no mancharme el rostro de sangre.

Asteria, incluso con lo vacía que parece haberse quedado, trata de comprenderme:

—¿Por qué un dios necesitaría la protección de una mortal?

—Porque soy el dios de la Vida, y

mi naturaleza me prohíbe dañar a nadie ni nada. Estoy haciendo todos mis esfuerzos por no vomitar, ante este... olor.

No sé si entiende que me refiero a la sangre. No sé si le importa, siquiera.

—Es imposible —murmura, tras un rato en silencio. Se pasa una mano por la cara, lentamente, como si intentara desperezarse o despertar de un mal sueño—. No puedo dejar este lugar. Si lo hago, se me considerará una traidora, pero ni siquiera será para mí el castigo, sino que cogerán a mis hermanas.

—No es mi intención alejarte de aquí días enteros. Si aceptas, mañana por la noche vendré a buscarte. Puedo

llevarnos al instante hasta la entrada del laberinto, pero nunca más lejos. Al amanecer habremos acabado.

Asteria aprieta los labios, no demasiado convencida. El embotamiento de sus sentidos empieza a desaparecer. Reacciona ya. Y lo que es peor: piensa.

—¿Qué hay en ese laberinto, y por qué no puedes aparecerte directamente en el centro?

Me levanto. Siento las piernas débiles, y agradezco tener tras de mí una pared en la que apoyarme.

—Dentro hay alguien encerrado. Alguien importante para mí... que está custodiado. —Me acerco, renqueante, a su catre. El brazalete aún está aquí—.

Ahora, escucha: este brazalete hace que ninguna divinidad pueda rastrearte; no te convierte en invisible si saben de tu paradero, pero sí evita que alguien pueda encontrarte si no sabe dónde estás. Si vienes conmigo, vas a necesitarlo. Y no puedo ofrecerte más armas que el puñal dorado, pero eso te será suficiente: puede hacerle mucho daño a un dios, como te has ofrecido a que compruebe en carne propia.

—¿Significa eso que en el laberinto hay diosas? —me interrumpe.

Al principio no comprendo de qué me está hablando. ¿Qué le hace pensar que solo hay *diosas*? Asiento, por inercia, solo para darme cuenta de que

no es más que su forma de hablar de todo el panteón. Supongo que las amazonas, en su sociedad sin varones, no conciben que su lenguaje aparentemente excluya a las mujeres, de la misma manera que otras sociedades construyen el suyo alrededor de los hombres.

—Dioses menores, que guardan el lugar para que, una vez entremos, ya no podamos salir.

Asteria se levanta. Se acerca a mí en dos pasos. Yo le tiendo el brazalete y ella lo sopesa. Mira alrededor, y supongo que está pensando en dónde lo va a ocultar. Por muy campeona del Emperador que sea, a efectos prácticos



sigue siendo una esclava. Y como tal, nada tiene y nada le corresponde. Debe de encontrar lo que está buscando rápido, o quizá simplemente decida pensarlo después con más calma, porque se vuelve hacia mí con desconfianza. No parece, sin embargo, la misma chica que al principio de la noche: donde antes había frialdad ahora solo hay un asomo de desolación absoluta. De pronto, es como si toda la vida que palpitaba a su alrededor, furiosa, se hubiera apagado un poco.

A lo mejor una parte de ella ha muerto con esa chica.

—Si acepto, cuando salgamos de ese lugar ¿me llevarás ante el Emperador

para que lo mate? Y me cubrirás...

Al fin las cosas empiezan a salir un poco como deben. No dudo en responder porque eso, después de todo, también forma parte del plan:

—Por supuesto.

Ella me mide, quizá sopesando hasta qué punto puede fiarse de mí. Casi me siento culpable por usar su venganza a nuestro favor, pero me digo que es necesario para llevar a cabo planes más grandes, planes para cambiar las cosas a mejor.

Finalmente, la amazona asiente.

—Está bien. Tenemos un trato.



Aspiro del aire frío y limpio de la noche a grandes bocanadas, tratando de purificarme por dentro, si bien no lo puedo hacer por fuera. La sangre me mancha por completo. Algo en mi interior grita por agua caliente y una esponja, para rascarme hasta quitarme la piel si es necesario. Me estremezco y trato de pensar en otra cosa.

En, por ejemplo, que esta es la última parada del día.

La luna, montada en su carro de plata tirado por bueyes, ya ha recorrido buena parte de su camino nocturno cuando miro alrededor. Estoy a las afueras de la ciudad, y lo único que veo

es la casa ante mí, silenciosa. Todas las luces están apagadas, indicando que sus habitantes duermen ya. Todos menos una, claro.

La muchacha está justo donde Atenea me dijo que estaría, sentada en un banco, observando las estrellas. Me acerco, un poco tambaleante, y me dejo caer junto a ella. Está cubierta de vaporoso blanco, tal y como me la imaginaba. Por supuesto, apenas se sorprende cuando me ve llegar. Baja la vista hacia mí, mientras se envuelve un poco más en su manto, como si mi presencia le hubiera recordado que hace frío. Me lanza una mirada de arriba abajo y después pierde la atención,

volviendo la vista al firmamento.

—Apesta a icor —me saluda. Creo que está arrugando la nariz, y yo la comprendo perfectamente.

—Y tú hueles a muerte. Todos los seres humanos lo hacéis. Y es mucho peor de lo que pensaba que sería. El Mundo Medio está resultando ser una pesadilla para mí.

—La muerte está en todas partes aquí, Orión. ¿Qué esperabas? Cada paso que damos nos conduce más cerca de conocer al Barquero.

Atenea también me dijo que con ella no me harían falta explicaciones, que sabría perfectamente quién soy en cuanto me viese, así que no me sorprende que

sepa mi nombre.

—¿Y cómo lo soportáis?

—La mayor parte del tiempo la gente prefiere no recordarlo. Es una especie de secreto que guardamos incluso de nosotros mismos. —Se levanta, con calma—. ¿Quieres lavarte? Supongo que no te hará mucha gracia estar bañado en tu propia sangre.

Ni en la de nadie. Me levanto también y caminamos juntos, hacia el gran portón de entrada.

—¿Sueles invitar a muchos dioses a tu casa? Parece una amabilidad peligrosa.

Ella sonrío con ironía.

—No te invitaría si no supiera que

eres inofensivo. El dios de la Vida no mata, ¿verdad? —Hace una pausa—. Supongo que vienes al Mundo Medio a cumplir algún mandato de Hera, pero no entiendo qué estás haciendo *aquí*.

Me alegra que sea directa. Temía que fuera como Atenea, que a veces da rodeos innecesarios para llegar al centro de una cuestión. Claro que hay dioses peores: a Apolo le encanta ser críptico. Supongo que está en su naturaleza, también. No puedes ser dios de la Música, la Poesía y las Profecías y no tratar de sonar épico y grandilocuente.

—Así que no lo sabes *todo*.

—Ser hija de una diosa no me hace omnipotente, pero a veces os olvidáis de

que no todo lo que viene de vosotros es perfecto. No, no lo sé todo. Pero sé muchas cosas y puedo inferir el resto, si tengo la información necesaria. Sé que eres Orión, por ejemplo, porque solo el dios de la Vida hablaría de la muerte como si fuera una enfermedad contagiosa.

Se para delante de la puerta. Al empujarla entramos en un amplio interior, iluminado con antorchas. Ahora puedo ver su rostro con claridad, y el parecido que esperaba con su madre se hace realidad: los mismos cabellos oscuros, el mismo rostro redondeado. Todo lo que ha dicho podría haber salido de los labios de la mismísima



Atenea. La veo deslizar una tabla de madera para asegurar la puerta y evitar que alguien entre. A continuación, me hace un gesto y atravesamos el patio. Veo que es una casa grande, posiblemente lujosa para los estándares humanos.

La contemplo en silencio un rato más. Ella ni siquiera me mira. No lleva joyas, aunque su túnica es de seda. Camina con soltura, como si el mundo a su alrededor no importase en realidad. Me pregunto si estará a la altura de lo que se ha planeado para ella, pero ¿por qué no iba a estarlo? Tiene los dones de Atenea, incluso si dice no saberlo todo.

—Vamos a matar al Emperador —

declaro entonces.

La joven se detiene. En sus ojos hay sorpresa y algo que parece... ¿miedo? Es difícil decirlo. Aprieta los labios, con desconfianza, y lanza un nuevo vistazo de arriba abajo, quizá buscando una señal que delate una mentira que no existe.

—¿Tú y quién más? —Su voz es serena incluso en los momentos de incertidumbre, como anuncia el significado de su nombre. Ligeia, la de la voz clara.

—¿Crees que es difícil encontrar a alguien que tenga motivos para querer venganza? A ti se te deben ocurrir unos cuantos, sin ir más lejos.

Ella aparta la mirada. Sé que está pensando en esos motivos, precisamente. No sé toda la historia, pero sí lo suficiente: el padre de Ligeia era el antiguo emperador, un amante de las artes. Atenea no pudo evitar fijarse en él, en su sabiduría, en lo justo que era con los suyos y en cómo el Imperio prosperaba bajo su mandato. Él, por supuesto, también se fijó en la diosa, a quien adoraba incluso sin conocerla. Un día escribió una poesía para ella y Atenea la leyó en voz alta: de aquellas letras, de la devoción del soberano y de la admiración de quien leía, nació una nueva semidiosa. El hombre quiso a la recién nacida desde que surgió de

aquella declaración de amor en tinta y papiro, pero murió cuando Ligeia todavía era muy pequeña. Su hermanastro, el hijo legítimo del Emperador y su ya fallecida esposa, ocupó el trono. Al contrario que su padre, demostró ser un tirano y preferir la fuerza a la maña, y se mostró muy celoso de los orígenes de su hermana. Supongo que temía que ella deseara su corona y pudiera quitársela, porque era una hija del Mundo Superior y todo el mundo la adoraría. Así que decidió castigarla, aunque ella no había hecho nada malo: construyó una biblioteca, la biblioteca más grande del Imperio, una obra que su padre había planeado, pero

nunca había puesto en marcha, y la consagró a la diosa de la Sabiduría para quedar bien ante el pueblo y poder poner al cargo a la propia Ligeia. ¿Quién mejor para ocuparse de aquel regalo hacia Atenea que su propia hija?

Podría haber sido un honor, si no fuera porque esa es su cárcel. Todos los días, el Emperador se asegura de que va a la biblioteca y hace su trabajo: allí tiene que estar de sol a sol, y solo entonces puede volver a esta casa. Al principio, incluso sus criados eran espías. Hoy en día, sin embargo, los sirvientes le son fieles y guardan sus pocos secretos. Pero sigue teniendo que ir todos los días a la biblioteca; sigue

siendo observada y juzgada por los ojos de los soldados y los otros bibliotecarios. Puede que tenga el respeto de los sabios que buscan su consejo en diferentes materias, pero no puede hablar con ninguno si no hay alguien delante. Cualquier expresión de traición sería llevada a la atención del Emperador, y un movimiento en falso podría ser la excusa que él necesita para encerrarla en una mazmorra oscura... o matarla.

En comparación con una celda, la biblioteca es una bonita prisión, pero una prisión, al fin y al cabo. Como en mi caso, no hay libertad para los que tienen la mala suerte de caer en manos de los

poderosos.

—Incluso alguien que desea venganza debe saber que matar al Emperador es una locura —murmura. Su rostro está en sombras.

—Hay una amazona...

—¿He de suponer que es ella la que te ha herido, o es que has matado a Hera antes de bajar? Porque sabes de sobra que ella no va a permitir que nada le suceda a su predilecto.

—Le daré algo en lo que mantenerse ocupada, no te preocupes. Por eso también necesito a la amazona. Artemisa cree que ella es mi mejor oportunidad de salir vivo del centro del laberinto.

Ligeia abre mucho los ojos. Todo su

cuerpo parece tensarse ante la mención. Me mira como si me hubiera vuelto loco, pero nunca he sido más consciente de lo que voy a hacer.

—Vas a liberar a Eris —murmura.

Aunque no es una pregunta, yo asiento. Pronuncia el nombre de mi madre con cuidado, como si tuviera miedo de que su sola mención fuese a despertar al Caos que duerme en todas las cosas.

—Y, después, llevaré a la amazona ante el Emperador y dejaré que tenga su venganza.

Ella niega con la cabeza y me da la espalda. Retoma la marcha, aunque el primer paso que da es dubitativo.



—Es absurdo —masculla—. Y estáis usando a esa pobre chica, que probablemente ya ha sufrido lo suficiente.

—Queremos que tú ocupes el trono, Ligeia. Queremos que seas la próxima emperatriz.

Es bastante más baja que yo, pero cuando se da la vuelta y me encara, con los ojos entornados y expresión de enfado, impone lo suficiente como para hacerme retroceder un paso.

—No. Esto no funciona así, Orión. Díselo a mi madre o a quien sea que esté contigo en esto, allá arriba. No somos vuestros juguetes. No podéis decidir por mí lo que voy a hacer de la noche a la

mañana. No podéis controlar la vida en el Mundo Medio como os dé la gana. No somos *marionetas*, Orión. Tenemos conciencia, tenemos libre albedrío. Nadie se encargó de este mundo cuando Deméter murió. Todavía sigo esperando a que alguien lo haga. A que alguien nos ayude cuando se pasan lunas enteras lloviendo. O cuando el calor es tan insoportable que no podemos ni dormir. —Baja la voz—. Llevo en esa biblioteca años, pero solo ahora importo, ¿verdad? Porque de pronto a alguien se le ha ocurrido que os puedo ser útil. —Coge aire—. Pues no. Ni siquiera sabría cómo ser emperatriz, aunque quisiera.

Es la segunda vez en una noche que alguien nos llama egoístas. Frunzo el ceño, turbado por ello. Sé que lo somos, sé que los dioses a menudo solo miramos por nuestros intereses. Lo he visto. Lo veo todos los días. Lo que no esperaba era encontrarme con que los mortales también han empezado a darse cuenta de ello. ¿En qué momento han dejado de besar el suelo que pisamos? ¿Y qué será de los dioses si todos los mortales empiezan a pensar así? Si dejan de creer en nosotros...

Decido no pensar en eso. Necesitamos a Ligeia de nuestra parte.

—Tu madre cree que puedes hacerlo. Tú misma tienes que saber que

eres capaz: tuviste educación para ello los primeros años.

—Mi madre no me conoce. Mi madre se ha conformado siempre con verme desde arriba. —Hace un ademán al cielo. Irónico, porque sé que la casa está protegida. Ningún dios puede entrar sin ser invitado. Y, desde luego, ningún dios puede mirar dentro de estas paredes, ni siquiera su madre. Al menos, Atenea se ha encargado de darle intimidad a su hija—. Y yo me conformo con lo que tengo. No pido más.

—No te conformas. Eres demasiado inteligente como para no ser ambiciosa. —Doy un paso hacia delante y ella retrocede, por instinto—. Vamos a matar

a ese hombre, y puedes aceptar lo que te ofrecemos o no, pero si no lo haces, te arrepentirás. Porque sabes que al menos tú intentarás ser justa y sabia, pero quizá otro no lo sería. Y teniendo a Atenea de tu parte, el Mundo Superior y el Mundo Medio colaborarán por... por primera vez desde el inicio de los tiempos. Dioses y mortales interactuarán. ¿No te gustaría eso? Podemos cambiar las cosas.

Ligeia hace una mueca de repulsión que responde perfectamente a mi pregunta.

—Cuando un dios y un mortal interactúan, normalmente significa o un horrible castigo o un encuentro pasional.

Suele haber raras excepciones, Orión, y no creo que las cosas vayan a cambiar de la noche a la mañana.

Decido cambiar de táctica. Ya que no puedo apelar a su corazón para crear un mundo mejor, puede que tenga más suerte si llamo a su sentido común. Y a su propio bienestar.

—Ni un solo día más encerrada en esa biblioteca, Ligeia.

—Me gusta mi biblioteca.

Ambos sabemos que es una media verdad. Puede que le gusten los papiros y todo el conocimiento almacenado entre esos muros, pero nunca disfrutará de algo hecho por obligación. No cuando se siente atrapada y vigilada. Y porque

sabe que es una mentira, precisamente, aparta los ojos.

—Ni una sola humillación más. Ni un solo instante preocupada por si el Emperador estará de buen humor cuando vaya a verte o no. —Las palabras duelen, porque es lo mismo que me digo yo para seguir adelante con esto—. Ni un solo día más deseando ser invisible. ¿No suena bien lo que te ofrezco?

Ella alza la vista lo justo para observar mi rostro. No necesito que hable para saber que ambos estamos pensando lo mismo: que suena demasiado bien para creerlo. Que ambos hemos estado, como todos los presos, reprimiendo deseos de libertad

precisamente para no sufrir el desengaño.

Pero ahora no estamos soñando. Sé que lo conseguiremos.

—No estoy convencida, Orión — murmura. Suena triste y preocupada.

—¿Es protección lo que quieres? Sabes que...

—No. Son seguridades. Creo que estáis construyendo templos en el aire, y no quiero estar debajo cuando se derrumben.

—Solo dime que lo tendrás en cuenta. Me estoy jugando la cabeza, Ligeia. Tú no vas a perder nada, pero tienes mucho que ganar.

Ella se cruza de brazos. No sé si



intenta escudarse de mí o de mis palabras.

—Me lo pensaré. Es lo único que puedo decirte ahora.

La próxima emperatriz de Élada me da la espalda y se aleja.

# ASTERIA

El Emperador ha estado engañándome.  
Ha estado engañándonos a todas. El  
Emperador nos ha estado mintiendo, nos  
ha estado matando, nos ha estado  
torturando.

El Emperador no tiene honor.

El Emperador es un traidor.

El Emperador merece morir.

Y yo voy a encargarme de que lo  
haga. Pronto.

Una y otra vez, los mismos  
pensamientos en mi cabeza. Una y otra

vez, las palabras del dios. Una y otra vez, lo que mis propios ojos vieron y, mucho peor aún, lo que mi mente imagina y mis recuerdos traen a la memoria. El día en que nos cogieron a todas. La primera vez que nos echaron al anfiteatro a que nos devoraran los leones. Las primeras que murieron aquel día. Las primeras semanas en este lugar fueron una tortura: caíamos como moscas, tan rápido que apenas habíamos dado unos pasos sobre la arena cuando se nos atravesaba con la espada, o nos devoraba algún animal. Estábamos confundidas y tristes por la pérdida del hogar, dolidas por las muertes de las nuestras, que nos obligaban a presenciar,

y llenas de odio y rebeldía contra quienes nos controlaban.

Cuando me convertí en campeona estaba convencida de que estaba salvando poco a poco a las mías de ese horror. Ahora descubro que, en realidad, solo las he estado condenando yo misma. Una a una. Todas las veces que he ganado, una de mis hermanas ha muerto, porque sé que su orgullo no les habrá permitido unirse a la legión bajo las órdenes del tirano que las esclavizó.

De alguna manera, siento que he sido yo también quien las ha matado.

Cuando caigo al suelo lo hago con la misma dureza con la que cayó la cabeza de Ainia anoche.

—¿Se puede saber qué te pasa, Asteria?

Alzo la vista, confusa. El mundo vuelve a mi alrededor con la mano de Lysandra tendida hacia mí y el dolor en mi espalda tras haber encontrado el suelo. Todavía tengo los dedos firmemente apretados en torno a la empuñadura de mi espada de madera, pero no me siento capaz de mover el brazo. Apenas me siento capaz de mover ni un músculo, en realidad. Mi compañera me observa, con los ojos azules entornados llenos de duda. Cuando miro más allá de ella veo que no es la única: el resto de las amazonas, así como los gladiadores, también tienen su

atención fija en mí. Las veo murmurar y sé que hablan de lo torpe que estoy en el entrenamiento de hoy. Ya es la cuarta vez que Lysandra puede conmigo y, aunque ella posiblemente sea de las mejores de las nuestras, nunca había conseguido someterme tantas veces seguidas.

Aparto la vista, turbada. Me levanto sola, escapando de su mano, y me sacudo las ropas antes de volver a ponerme en posición. Lysandra me observa. Ella me conoce mejor que nadie, y por eso sé que, por mucho que me vista de seguridad y no deje reflejar sentimiento alguno en mis ojos, es consciente de que algo sucede.

—¿Estás bien? —pregunta. Hace ademán de acercarse a mí, pero entonces lanzo una estocada hacia ella. Lysandra da un respingo, pero la detiene justo a tiempo.

—Pensaba en otros asuntos —replico, quitándole importancia. O tratando de hacerlo—. Aprovecharte de ello no ha sido muy honorable, ¿no crees?

Mi compañera entrecierra los ojos, pero accede a jugar a mi juego. Golpea mi espada con la suya, apartándola de un golpe. Ambas empezamos a caminar en círculos, midiéndonos.

—¿Qué puedo decir, Asteria? —susurra, con una voz inocente que no

tiene nada que ver con ella—. Me pongo celosa si no soy yo la que te distrae.

Intento sonreír.

—Vas demasiado vestida para distraerme, Lysandra.

Mi amiga se relame. Sus ojos brillan llenos de hambre y diversión cuando recorren mi cuerpo, y sé que por un momento se ha olvidado de su preocupación.

—Lo solucionamos cuando quieras.

—¿Así de fácil te olvidas del entrenamiento...?

—Contigo siempre me ha gustado más la lucha cuerpo a cuerpo.

Dejo escapar un resoplido que es a medias exasperación y a medias



diversión. No contesto, sin embargo. Ella tampoco dice nada más. Nos miramos; en los ojos de ella hay tanto deseo como advertencia. Las dos saltamos a por la otra al mismo tiempo, espadas en alto, y nos enfrentamos con más fuerza que antes. Me concentro en eso. Me concentro en los movimientos, en el sonido de la madera al chocar, en nuestro baile de estocadas, en los pasos para evitar golpes y para intentar acertar. Me centro en la rabia que siempre me alimenta a la hora de luchar, incluso en los entrenamientos. La rabia siempre ha sido mi aliada. Lo que me ha mantenido viva hasta ahora.

Pero solo me mantenía viva a mí,

después de todo. No a todas las que creía liberar...

Todo por culpa del Emperador.

Dejo escapar un gruñido que sorprende a mi compañera y ataco con más fuerza. Con los golpes que quiero que sean para él, con el odio que tengo reservado para el momento en que le corte la cabeza como se la cortó anoche a Ainia. ¿Cuántas más habrá cortado? ¿Tendrá una colección de ellas? Ni siquiera las deja descansar. Ni siquiera les da una vida digna después. Ni siquiera les da la paz de poder pagarle al Barquero. Ni siquiera...

Mátalo, Asteria. Acaba con él, como él acaba con las tuyas. Mañana mismo,

mátalo.

Lysandra me trae de nuevo al presente cuando cae al suelo con una exclamación de dolor. Doy un respingo, deteniéndome en seco. Mi amiga se lleva la mano al costado, donde le he acertado, y me mira entrecerrando los ojos, sorprendida por mi fiereza. He debido de hacerle daño.

Doy un paso hacia atrás, turbada. Supongo que eso es lo que ha pasado hasta ahora. Me he centrado tanto en mi odio por el Emperador que he terminado haciendo daño a las mías. Las he mandado directamente al Inframundo...

De pronto me siento muy cansada. Muy confusa. Me siento llena de rabia,

pero esta vez hacia mí. Por haber estado tan ciega, por haber creído en algo tan estúpido como la justicia o el honor de quienes no son como nosotras. Por confiar en la lealtad de un hombre que, por muy Emperador que se proclame, no deja de ser un cabrón que esclaviza y mata a gente solo por diversión. Yo confié en él. Yo creí en su palabra. Yo soy culpable.

Tengo que salir de aquí. No puedo ver a Lysandra. No puedo ver a ninguna de mis hermanas, en realidad. No quiero que me miren. Deberían matarme entre todas, en venganza por aquellas a las que he condenado. Por eso escapo. Por eso, aunque escucho la voz de Lysandra

gritando mi nombre, salgo del patio en el que entrenamos para ir a resguardarme en mi celda, buscando algo de aire o soledad, no tengo claro el qué. Recorro los largos pasillos de piedra sintiendo que me ahogo. Llevo sintiéndolo desde anoche. Quizá no respiro desde que Ainia dejó de hacerlo.

—¡Asteria!

Lysandra me sigue, pero yo no quiero verla. No puedo verla. No soy capaz de pensar. Lo he intentado, pero no puedo más. Siento que empiezo a balancearme en el borde del precipicio de la locura y que pronto saltaré a lo más profundo.

Veo la puerta de mi cuarto y me

apresuro a entrar. Antes de que pueda cerrar, sin embargo, Lysandra apoya las manos también contra el frío metal, haciendo fuerza, impidiéndomelo. Aprieto los dientes cuando nuestros ojos se encuentran por el hueco que queda, contra el que las dos peleamos: ella por abrirlo, yo por cerrarlo. Mi amiga no me aparta la vista, con el rostro tan serio como el mío. Sus ojos me conocen tan bien... Demasiado bien. «Está ocurriendo algo y lo sé», parecen gritar, «Asteria, habla». Puedo escuchar su voz exigente con total claridad en mi cabeza, incluso si no abre la boca. Solo con esos ojos. Con *sus* ojos, que llevan fijándose en mí desde siempre.

Al final, ella gana, pero solo porque me aparto y la cojo de la muñeca, para tirar de su cuerpo hacia dentro. Lysandra deja escapar una exclamación, y otra cuando cierro la puerta y la apoyo contra ella, arrinconándola para besarla con urgencia, con necesidad, con desesperación. Lysandra podría haber sido la que hubiera muerto ayer, o cualquiera de los otros días, y yo necesito sentir que está viva. Quizá necesito sentir que yo misma lo estoy. Y, por encima de todo, necesito olvidar. Necesito olvidar el sonido de la cabeza de Ainia al ser cortada, las vidas que he arrebatado para nada, las palabras de Orión diciéndome el destino que han

sufrido el resto de mis hermanas. Que seguirán sufriendo si no acabo con ese hombre...

Lysandra apoya las manos sobre mi pecho, apartándome. Yo la miro, con los labios apretados, pero no accedo a separarme más de lo necesario: mis manos se quedan a ambos lados de su cabeza, apoyadas contra la puerta.

—¿Qué está pasando? —dice ella —. ¿Qué *te* está pasando?

—No importa. Bésame.

—Asteria...

—No. No quiero hablar. No necesito hablar. Te necesito a ti, Lysandra. Ahora. Por favor.

La vuelvo a besar, exigente,



apasionada, de la manera en la que sé que a ella le gusta, de la manera en la que sé que no puede negarse, como no podría negarme yo si ella lo hiciera conmigo. Esta vez Lysandra, aunque gime en protesta, accede, no sé si porque mi beso le resulta convincente, o por la consternación en mi voz. Abre la boca y nuestras lenguas se enfrentan en una batalla que conocen muy bien. Nunca gana ninguna, sino que pelean hasta dejarse exhaustas, hasta rendirse al mismo tiempo. Eso es. Eso es lo que necesito. El olvido que me otorgan las caricias. Necesito los momentos gloriosos de no pensar en nada más que placer y cuerpos, en luchas que no

sangran y que son solo rojas por la pasión.

Cuando Lysandra me empuja y me hace apoyar a mí contra la puerta, echo la cabeza hacia atrás y dejo que hunda sus dientes en mi cuello y sus dedos en mi cuerpo.



Todavía nos cuesta respirar cuando Lysandra se separa de mí, apoyando su frente contra mi hombro. En algún momento caímos en la cama durante nuestra lucha por hacer claudicar a la otra. Yo no me molesto en abrir los ojos, porque estoy demasiado cómoda en el

vacío que hay ahora mismo a mi alrededor. Solo siento el cuerpo de Lysandra pegado al mío, sus cicatrices bajo las yemas de mis dedos. El sonido de su aliento agitado es lo único que necesito escuchar.

Ella, sin embargo, no opina lo mismo cuando habla, cerca de mi cuello:

—Dime qué ha ocurrido, Asteria.

No es una petición, aunque eso no es sorprendente: no es como si las amazonas tuviésemos la costumbre de pedir lo que queremos. Estamos acostumbradas a exigir y a tomar, y eso es lo que pretende hacer Lysandra conmigo ahora.

—No puedo.

Y es cierto. No puedo decírselo. No sé cómo decírselo. «¿Todas las que se han salvado? Están muertas. El Emperador nunca cumplió. Lo sé, nunca debí ofrecerle aquel trato. Lo sé, quizá luchando en la arena como yo habrían tenido alguna oportunidad».

—Asteria, te conozco. Sé que ha ocurrido algo, y no puedes pretender que me quede tranquila sin saber qué es.

Su cuerpo se aparta del mío. Alcanza su túnica corta, que en algún momento le arrebaté entre tirones, y se la pone, pero ni siquiera entonces deja de mirarme. Aparto la vista hacia la pared de piedra.

—Mañana voy a matar al

Emperador.

—¿Qué?

Su voz es una mezcla entre grito e incredulidad, entre miedo y sorpresa. Se apresura a sentarse de nuevo en el borde del catre y coge mi barbilla, para obligarme a mirarla. No sé qué espera ver en mis ojos.

—Muerto el perro, se acabó la rabia. Me he cansado de luchar.

Me incorporo, cogiendo la mano de Lysandra, besando el interior de su muñeca. Pretendo relajarla con ese gesto, pero no funciona.

—¿Cómo piensas hacer eso?

—Tengo el apoyo de las diosas.

—¡Las diosas! —Se ríe, irónica—.

¿Han bajado a iluminarte para que te lances a un suicidio, Asteria?

Alzo la vista hacia ella, inexpresiva.

—Las *diosas*, exactamente, no. Pero sí ha bajado *un dios* a visitarme, sí, y he hecho un pacto con él para conseguir la cabeza del Emperador. En el Mundo Superior me lo permiten. Y después seré libre. Todas seremos libres para volver a casa.

—Asteria, lo que estás diciendo no tiene ningún sentido, no puedes...

—Puedo —protesto. La miro, con fijeza, y entonces soy yo la que toma su mentón entre los dedos—. Escúchame. Si mañana no estoy aquí y por la tarde vosotras no sois libres, si vienen a

buscaros, quiero que digáis que os he traicionado. Quiero que digáis que he huido, que estaba agotada de luchar vuestras batallas, y que os he abandonado.

Lysandra coge aire, sin comprender. Su mirada clara está llena de confusión.

—¿Por qué me dices eso?

—Tú solo di que lo harás.

—Pero no es cierto, tú nunca nos traicionarías.

—Eso es, precisamente, lo que nadie tiene que saber. Quiero que si algo me pasa no os puedan culpar a vosotras. Quiero que no os castiguen por mí.

No más. No sabes todas las que han muerto por mí.

—Asteria, no entiendo...

—Lysandra. Cuando seamos libres te lo explicaré todo. Ahora solo dime que harás justo lo que te pido. Por tu honor. Júralo.

Mi compañera aprieta los dientes y niega con la cabeza, con obstinación.

—No sé qué vas a hacer, pero si pretendes matar al Emperador iré contigo. Esta lucha no es solo tuya, Asteria. Llevas demasiado tiempo librándola sola. Pero no estás sola.

—El trato de las diosas es conmigo.

—¡Tú ni siquiera crees ya en las diosas! —protesta, y las dos sabemos que eso es cierto.

Suspiro. No tengo ganas de pelear.



No con ella. Pero necesito saber que, si algo me pasa, esta noche o cuando vaya a por el Emperador, no serán ellas las que cobren un castigo inmerecido. Mis manos lanzan una caricia por sus brazos.

—No puedes acompañarme. No en esto. Júralo, Lysandra. Si desaparezco le dirás a todas, y al propio Emperador, a Élada, al Imperio al completo si es necesario, que soy una traidora y una cobarde. Si no lo haces por ti misma, hazlo por las demás: por todas a las que le evitarás una condena que no merecen.

Lysandra traga saliva, y sé que eso es lo único que necesitaba para acceder. Sus brazos me rodean y siento la inquietud llenándola cuando se agarra a

mí.

—Lo juro —susurra, muy bajito—. Pero no desaparecerás. No te ocurrirá nada.

—No —respondo, dejando un beso en su mejilla—. No me ocurrirá nada.

Pero no se lo juro. Porque una amazona nunca hace juramentos que no sabe si puede cumplir.



# ORIÓN

Dejo todo lo que Ligeia me ha dado sobre el catre de la celda. No sé ni para qué sirven la mitad de las cosas, aparte de la espada y la coraza, pero confío en que Asteria sí sabrá dónde va cada objeto. Me giro hacia ella, que se acerca con cierta curiosidad.

—Al final he conseguido algo más que un puñal de oro para ti.

Me separo un par de pasos, para que pueda ver bien todo el material. Primero coge la coraza, examinándola. Después,

cierra los dedos alrededor de la espada y corta el aire a su alrededor. Lanza tajos como si tuviera delante a un enemigo invisible. No entiendo lo que hace, ni qué espera ver u oír, pero tras un momento la veo asentir. La sopesa un instante más y luego la deja de nuevo sobre el colchón. Me mira, de arriba abajo.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo no voy a luchar, Asteria: ni sé, ni tengo la intención de intentarlo. Si no fuera así, no necesitaría tu ayuda. La que tiene que ir protegida y armada, por tanto, eres tú.

Ella alza las cejas, pero coge la coraza de nuevo y empieza a ponérsela

por encima de su túnica.

—Creo que tienes demasiada fe en mis capacidades. Soy solo una mortal, al contrario que tú. Quizá debiste tenerlo en cuenta antes de elegirme. Hay muchas guerreras ahí fuera. Podrías haber buscado a alguna heroína, incluso. — Nuestros ojos se encuentran—. ¿Y qué harás, si me ocurre algo? ¿Cómo saldrás de allí?

Titubeo. No me he permitido pensar en que algo podría salir mal. Solo tengo un plan. No puedo fallar, y soy consciente de ello, así que me obligué a no pensar en la posibilidad de necesitar una estrategia alternativa.

—Yo no sé nada de héroes —admito

—. Pero Artemisa me dijo que tú eras la mejor opción, así que simplemente... acepté su consejo. No creo que sea algo malo. Y, por otro lado, en el caso de que sufras algún daño... supongo que algo podré hacer.

Asteria no parece muy contenta cuando menciono a Artemisa. Incluso si siempre ha sido la protectora de las amazonas, imagino que no estarán muy contentas con ella. No al menos después de que las tropas del Emperador les arrebatasen su hogar y las metieran en el anfiteatro. Pensarán que las ha abandonado, aunque la realidad es que no había mucho que ella pudiera hacer. Al fin y al cabo, no hay ninguna relación

oficial entre la diosa y la tribu de mujeres, ningún juramento que las ate. En cambio, el Emperador es un símbolo de la unidad del Mundo Superior y el Mundo Medio, y el máximo protegido de los reyes. O de la reina, teniendo en cuenta que dudo que a Zeus nada del Mundo Superior le importe ya. En cualquier caso, que Artemisa intentase hacer algo contra el Emperador sería desafiar a sus propios señores.

—Artemisa —repite Asteria con obvio disgusto, dejando claro que mis pensamientos no iban muy desencaminados—. Así que ha sido ella quien me ha metido en esto. Maravilloso.



Termina de ajustarse la coraza y empieza a colocarse unas protecciones alrededor de los brazos. Ya no me mira, demasiado ocupada. Ni ella me pide ayuda, ni yo se la ofrezco.

—Artemisa quiere ayudarte, y por eso precisamente ha señalado tu valía. Te admira, y odia al Emperador por lo que os ha hecho. Ella no ha podido actuar, pero ahora...

—¿No ha *podido*? El tiempo me ha enseñado que el poder hacer algo solo depende de con cuánta fuerza lo desees y cuánto estás dispuesta a arriesgar por conseguirlo. No digas que *no ha podido*: si realmente hubiera querido ayudarnos, lo habría hecho.

—Para Artemisa también ha sido una ofensa lo que ha hecho el Emperador con vosotras, y quiere venganza hacia él tanto como tú. — Asteria me mira de soslayo como si lo dudase, y lo cierto es que yo tampoco estoy del todo convencido. Artemisa, al fin y al cabo, no ha tenido que sufrir nada en sus propias carnes. Solo se siente insultada y compasiva—. Tu papel en esta misión hará posible esa venganza, ¿no es eso lo que importa? De hecho, esta misión hará posible muchas cosas que de otra forma serían inimaginables en el Mundo Medio.

La amazona se asegura el cinto y prueba a desenvainar la espada, para

asegurarse de que sale limpiamente de su funda. Cuando vuelve a meter el filo en su lugar, lo hace con más fuerza de la necesaria.

—¿Crees de verdad, Orión, que nos estáis salvando? Deja de hablar como si me hicierais un gran favor con vuestras intrigas. Solo acudís a mí porque os viene bien, de lo contrario no me ofreceríais venganza alguna. ¿O vas a decirme que dejarnos años aquí encerradas ha sido parte de vuestro plan divino? No, simplemente no quisisteis hacer nada por nosotras. —Se deja caer sentada en la cama y se aprieta las protecciones de las piernas con tanta furia que debe de estar cortándose el

riego sanguíneo. Cuando alza la mirada me da la sensación de que sus ojos son tan helados como una ventisca. Incluso tienen ese color azul claro que asocio con el frío, con un lago helado—. Y, de todos modos, aunque no me incumbe, déjame decirte que no estoy segura de que liberar al Caos sea una manera de ayudar a ninguno de los Mundos. Porque eso es lo que vamos a hacer, ¿verdad? Liberar a Eris. A tu madre. Ayer no estaba lo suficientemente tranquila para atar cabos, pero he tenido tiempo para pensar y ahora resulta demasiado obvio: un laberinto, tú, diosas menores... Conozco las historias.

Titubeo. Todo el mundo sabe lo que

ocurrió con el Caos, aunque las historias se han multiplicado con el paso del tiempo y muchas difieren ya bastante de la realidad. Es lo que ocurre con todas nuestras leyendas: todas tienen una base cierta, pero pronto se olvida la verdad.

—Eris es la única que alguna vez ha desafiado el *statu quo* del Mundo Superior. Es la única que se ha cuestionado el poder de los dioses a su alrededor y ha sido lo bastante valiente —o lo bastante loca, no estoy seguro—, como para hacer algo al respecto. Es poderosa y rebelde. Lo suficiente como para desafiar a Hera. Como para atreverse a ser un problema. Y problemas en el Mundo Superior

significan cambios, y eso es justo lo que queremos algunos. Y los cambios allí son cambios aquí también. Podréis derrocar al Emperador si nuestra reina no está mirando hacia abajo.

Veo un brillo en los ojos de Asteria que no sé cómo interpretar. Al final, cuando cabecea, pensativa, entiendo que es comprensión.

—Así que se trata de eso — murmura, no sé si para mí o para sí misma—. Una rebelión.

—Justo lo que el mundo necesita. Para mantenerse vivo, el Universo debe cambiar. Evolucionar. O, al menos, las sociedades. Llevamos anclados mucho tiempo entre tiranos: Hera, tu

Emperador...

—No es *mi* Emperador —gruñe ella, de inmediato—. Es mi carcelero.

Se levanta. Tiene la joya que yo le di alrededor del brazo izquierdo. Se acerca a la mesa y coge de allí el puñal dorado de Hera. Parece sopesarlo, como si no estuviera segura de que ese es el peso que debiera tener.

Le tiendo la mano.

—¿Estás lista? ¿Nos vamos?

—No tan rápido, Orión: necesito seguridades. Si Eris fue encerrada y yo voy a ayudarte a liberarla, muchas se enfadarán. ¿Y quién me promete que no vendrán a por mí, entonces? ¿Cómo sé que no solo cumplirás tu palabra de

ayudarme en mi venganza, sino que cuando mate al Emperador no me fulminará un rayo salido de la mano del mismísimo Zeus?

No puedo evitar sonreír. No me imagino al rey de los dioses haciendo algo así.

—¿Acaso vas a fiarte de mi palabra si te la doy?

No, por supuesto que no. Veo la forma en la que acaricia el filo del cuchillo con el pulgar. La hoja no es mucho más ancha.

—En realidad, tu palabra me servirá, pero solo si juras como lo hacéis arriba. Sé que tenéis juramentos especiales, con sangre..., y que no



podéis romperlos, porque cuando lo hacéis vuestra inmortalidad desaparece. Jura que me protegerás, a mí y a mis intereses, y asunto arreglado.

Me tiende la daga, pero yo me echo un paso hacia atrás. No estoy demasiado contento con la idea. Oculto las manos tras la espalda en un pobre intento de cubrirme. Es como si temiera que se fuese a echar sobre mí y apuñalarme a traición.

Bueno, pensándolo mejor, no sería la primera vez.

—Preferiría no hacerlo. No sé si entiendes lo que significa mi naturaleza, pero no me gusta mucho la sangre. Ni la mía ni la de otras personas.

Asteria frunce el ceño, con rostro impasible.

—Y yo preferiría no tener que acompañar a un dios que parece más bien un niño indefenso hasta el centro de un laberinto, pero así es la vida. Jura o no cuentas conmigo.

En un ademán impaciente, insiste para que coja el filo. Yo frunzo el ceño, nervioso y molesto. No puedo creer que acabe de llamarme niño, cuando es evidente que soy mayor que ella. ¡Y un dios, que es aún más importante!

Trato de parecer peligroso, tal y como dicen las leyendas que debemos ser.

—¿Cómo te atreves...?

Asteria no se inmuta. Lo máximo que hace es dejar los ojos en blanco.

—Deja tu orgullo divino a un lado y decide: o juras, o te buscas a otra guardiana.

Gruño. No tengo muchas más opciones. No quiero retrasar más esto. Así que hago de tripas corazón y me recuerdo todo lo que está en juego, empezando por mi plan. Por Eris. Por mi propia libertad. Si un poco de sangre me va a librar de volver a estar bajo el yugo de Hera para siempre jamás, bienvenida sea.

Por eso extiendo mi mano derecha, con la palma bien abierta. Y por eso cierro los ojos con firmeza y aparto el

rostro, consciente de que en cuanto huela el dorado vendrán las arcadas. Para mi sorpresa, sin embargo, Asteria no se ensaña conmigo. El corte del cuchillo es casi una caricia, aunque empiece a escocer inmediatamente después.

Pronto siento la mano de la amazona sobre la mía, piel contra piel, herida contra herida. Nuestras sangres se mezclan, y no sé si el vuelco en mi estómago es de repugnancia o de fascinación, porque siento su corazón palpar con cada gota que pierde. Siento su vida dentro de su cuerpo y, a la vez, cómo se escapa de él, y hay algo hermoso y horrible en que esos dos hechos se produzcan a la vez.

Trago saliva, pero clavo mi mirada en la suya.

El juramento, Orión, ¿recuerdas?

—Yo, Orión, dios de la Vida —me escucho decir con voz rasposa—, juro por mi inmortalidad y mis templos, por todas las plegarias y sacrificios en mi nombre, que te tomo como protegida a ti, Asteria, la Amazona Roja. De este momento en adelante, guardaré tu vida y defenderé tus intereses, siempre y cuando tú me lleves sano y salvo al centro del laberinto en el cual se halla Eris. Así lo juro, y así será, por el resto de nuestros días.

Cojo aire por la boca y lo expulso, muy lentamente. Cuento los latidos de su

cuerpo. Uno... Dos...

Primero llega el tirón, que no me mueve del sitio, pero siento casi como algo físico. Una luz aparece entre nuestras manos, allá donde nuestra sangre se mezcla, y parece atarlas en una lazada roja y dorada. Me tambaleo y tengo que dar un paso hacia delante para no caer. Ella parece tan sorprendida y sin aliento como yo, aunque no sé si es porque también puede sentir ese peso en el pecho, como si una preocupación se hubiera sentado allí. Un segundo después, cuando la celda se queda a oscuras, apartamos las manos y nos las miramos, ya sanadas, sin rastro del corte. Como resultado de la unión solo

queda un cosquilleo en la piel y el olor a sangre en el aire, languideciendo como un perfume del pasado.

Trago saliva e intento ignorar lo ligera que siento la cabeza.

Asteria es la primera en reaccionar. Abre y cierra el puño con incomodidad, pero después solo guarda la daga y apoya la mano en su espada nueva.

—Vámonos.

Trato de no pensar en lo que acabo de prometerle y cierro mis dedos alrededor de los suyos.

Desaparecemos.

# ASTERIA

Cuando el mundo reaparece a nuestro alrededor, a mí me cuesta toda mi fuerza de voluntad no vomitar sobre la tierra que pisamos, y tardo unos segundos todavía en sentir que todo es consistente de nuevo. Al alzar la vista descubro que estamos ante la entrada de una construcción que no es ni de piedra ni de barro: altas paredes de árboles y enredaderas nos saludan, solo que no parecen plantas normales. A la luz de la luna, las hojas brillan en un dorado



intenso, gritando su proveniencia divina. Parece que Helios las haya bañado con la luz del sol, o acaso que las diosas quisieran decir alto y claro que este no es terreno para mortales. Conmigo funciona, al menos, porque frunzo el ceño, disgustada. Además, sé bien la leyenda: ahí están metidas todas las hijas de Eris, guardando a su madre convertida en estatua.

Aunque hay un hijo que no está ahí, claro.

Orión coge aire, sin soltar mi mano todavía, aunque yo escurro mis dedos de entre los suyos en ese mismo momento. Se fija en mí cuando lo hago, como si se hubiera olvidado de que lo acompaño, y

luego vuelve la vista hacia el principio del laberinto. Yo también lo hago. En el arco que corona la entrada cuelgan huesos, de manera macabra, y esa me parece otra advertencia: «Esto es lo que ocurre cuando desafiáis nuestros designios». Solo que a mí no me dan miedo las diosas. Por lo que a mí respecta, el Mundo Medio me ha hecho mucho más daño, aunque odie el Superior por su pasividad. Y, por otro lado, ahora yo misma tengo un dios a mi lado, y es el de la Vida: lo que menos me asusta ahora mismo es morir; en cambio, me aterra que se nos haga tarde, y por eso lanzo un vistazo rápido a la luna, que hace poco que ha salido.

Todavía tenemos unas largas y preciadas horas por delante.

—¿Sabes cómo llegar al centro?

Orión me observa, titubeando, y yo me hago una idea de la respuesta antes de que niegue con la cabeza, con expresión culpable. Frunzo el ceño y vuelvo a mirar a la noche y luego a él.

—¿No sabes cómo llegar al centro, pero esperas que podamos alcanzarlo antes del amanecer con un montón de diosas saliendo a nuestro encuentro? —replico susurrando.

—Quizá no lo hagan. Puede que mis hermanos quieran ser liberados, también.

No parece muy convencido, y yo

tampoco lo estoy. En cualquier caso, no son las diosas lo que más me preocupa, sino terminar perdidos. Por eso desenvaino la espada y echo a andar, adentrándome en el lugar. Orión se sorprende por la determinación, pero se apresura a seguirme. Yo apoyo la punta de mi arma en la tierra seca y comienzo a arrastrarla a medida que andamos.

—¿Qué haces?

—Marco el camino. Lo haré así, durante todo el rato, e iré señalando árboles cada poco tiempo, para que sepamos por qué sitios hemos cruzado y por cuáles no. Así, si tenemos que volver atrás siempre sabremos qué camino tomar, aunque sea por descarte.

—Lo miro de soslayo y con la mano libre desenfundo también el puñal dorado, tendiéndoselo—. Tú también puedes hacerlo. ¿O tu naturaleza te prohíbe dañar *cualquier* tipo de vida?

Trato de que suene como una burla, aunque lo cierto es que me lo pregunto de verdad, y me sorprende ver que no parece muy cómodo cuando coge el puñal y mira a las plantas a nuestro alrededor, como si les pidiese disculpas. Me recuerda al cachorro de algún animal. Igual de... pequeño, perdido e inofensivo.

Casi siento simpatía por él, pero entonces recuerdo que es un dios, y el sentimiento desaparece. Además, si ayer

me hubiera soltado a tiempo...

—Al menos la savia no apesta cuando las plantas sangran —susurra, y no estoy segura de que me lo diga a mí. Quizá trate de convencerse. Me pregunto cómo puede ser este muchacho tan indefenso hijo del Caos.

Echo a andar de nuevo, arrastrando la espada por el camino. Caminamos a buen paso, todo lo rápido que podemos.

—Dime una cosa. —No lo miro, atenta al camino, aprendiéndome cualquier referencia que luego nos pueda servir—. Si aquí están encerradas todas las descendientes de Eris, ¿por qué tú no?

—Eso suena tan... extraño.

Me fijo en él, confusa. No entiendo por qué. Él casi parece sonreírse:

—Me preguntas por qué no estoy encerrado si *todas las* descendientes lo están.

Dejo los ojos en blanco. Oh, ya. Los hombres tienen una curiosa manera de sentirse ofendidos, con los gladiadores pasa todos los días: cuando hablamos de *nosotras* para referirnos a quienes habitamos la escuela siempre preguntan qué pasa con *ellos*. Nosotras nos negamos a hablar de distinta manera, a caer en sus reglas. El Imperio ya nos ha quitado demasiadas cosas, no nos quitará también nuestro lenguaje. Y, por otro lado, ¿por qué esas reglas serían

más lógicas que las nuestras?

—Ya. Choques culturales aparte, me has comprendido. ¿Vas a contestar?

Orión no responde de inmediato, y creo que no lo hará. Giramos a la izquierda en una bifurcación y siento que se detiene. Cuando miro hacia atrás, está marcando un tronco con inmenso cuidado. Entonces, susurra:

—Cuando encerraron a Eris yo era un recién nacido. —Se encoge de hombros—. Supongo que les di pena. Supongo que, de todos modos, no podía ser peligroso. ¿De qué les servía tenerme aquí dentro si mis dones no pueden dañar a nadie? No parezco muy amenazante, ¿no crees?



No respondo. Él y yo sabemos que no asustaría a nadie: por más que sea un dios no hay nada en su aspecto que indique que es peligroso, lo cual hace que me sienta casi decepcionada. Esperaba a la Vida más... dura. Aunque supongo que la Vida no es dura en sí misma, sino que son factores externos los que la convierten en algo complicado. Tiene su lógica que la Vida, en su naturaleza más absoluta, sea pura y sencilla.

Retomamos el paso.

—Así que fuiste el único hijo que se salvó.

Esta vez tengo que mirarlo de reojo para asegurarme de que me ha

escuchado. Él, con los ojos fijos en el suelo, no sé si cuenta sus pasos o simplemente no quiere verme. Su rostro está lleno de sombras. La mano en la que sostiene el puñal se crispa y yo reconozco demasiado bien la rabia en su gesto. La ira y yo llevamos conviviendo demasiados años como para no saber cuándo domina a alguien.

—No. No me salvé. Solo... me metieron en otra cárcel. Más bonita, pero otra cárcel después de todo. Supongo que querían mantenerme atado en corto. Supongo que temían que fuese como mi madre. Así que cuando condenaron a Eris se habló de lo que se haría conmigo, y Hera me tomó bajo su

cuidado y me convirtió en su sirviente. En su... esclavo. Tú tienes recuerdos de tu vida antes de que te cogieran, pero yo todo lo que sé es que llevo mi vida entera obedeciendo a esa mujer. No he conocido otra existencia que la de vivir a sus pies o atenerme a las consecuencias. Puede que yo no esté encerrado en un laberinto, pero no soy libre.

Lanza un vistazo al puñal en su mano con ansiedad, aunque no puedo entender la angustia en su mirada, o por qué parece estremecerse, como si fuera víctima de algún mal recuerdo. De pronto acelera el paso, como si quisiera huir de sus pensamientos o de mis

preguntas. O de las dos cosas. No pierdo el ritmo, aunque camino detrás de él, mis ojos fijos en su espalda.

—Por eso quieres que haya una rebelión, ¿verdad? —Ahora todo tiene mucho más sentido. Las piezas que me faltaban comienzan a encajar. Este chico solo es alguien desesperado tomando una vía desesperada—. Esperas que Eris enfrente a Hera y se te brinde así la libertad que hasta ahora se te ha negado.

No contesta, pero no hace falta. Siento un poco de compasión por él. Empatía, incluso. Puede que no seamos tan diferentes, si eso es todo lo que pretende. La libertad es algo que nadie debería tener derecho a arrebatarnos.

Tomamos otro camino, hacia la derecha. Dejamos más marcas en los árboles, que se alzan más amenazantes con cada paso que damos. Siento como si alguien me estuviera observando. Las hojas parecen moverse como si nos prestasen atención al pasar, como insectos atraídos por la luz de una vela.

—Puede que el Mundo Superior y el Mundo Medio no disten tanto, si allí también os esclavizan —susurro.

—Allí, Asteria, nada es tan brillante como os hacen creer. —Orión me mira, por encima del hombro. Parece muy triste—. Puede que aquí conozcáis el horror, el odio, el dolor. Pero también conocéis la felicidad sincera, la

capacidad de soñar sin límites, la amistad inquebrantable, la lealtad. — Hace un ademán hacia mí—. Eres la prueba de ello, capaz de arriesgarte a todo por tus hermanas. Allí, sin embargo, la familia no importa nada. Solo importa uno mismo y lo que puedas hacer por beneficiar a otros. Los aliados van y vienen en base a las causas que se luchan y los intereses que implican. Aquí, Asteria, al menos no estáis solos.

No dice nada más y yo tampoco me siento con ganas de responderle. No concibo un mundo como el que menciona. No tener a nadie me parece cruel. Me parece inhumano. En mi poblado siempre se nos enseñaba que

protegernos las unas a las otras era lo más importante. Un mundo en el que la familia no signifique nada, un mundo en el que se ha de vivir sola y calculando de dónde podrá venir la siguiente traición, es un mundo en el que yo nunca querría vivir.



Recorremos el laberinto durante un tiempo indeterminado en el que tenemos que retroceder varias veces por los caminos que tomamos. Yo no dejo de mirar el transcurso de la luna. *Necesito* estar de vuelta para cuando amanezca. Necesitamos encontrar a Eris y necesito

que a mí se me lleve a los aposentos del Emperador para que le pueda clavar la espada en el corazón. Le permitiré que sea rápido, aunque la realidad es que querría disfrutar de una tortura a su medida. Algo lento y doloroso, un espectáculo como los que le gustan, pero con él de protagonista.

—Puaj.

Alzo la vista, tensándome, porque por un momento creo que el dios está escuchando mis pensamientos de sangre y eso es lo que provoca su sonido de asco. En realidad, viene porque sus pies descalzos han encontrado un montón de barro que mira con desagrado. Resoplo y me adelanto a él, sin importarme pisar



el lodo.

—Esto también es *vida*, novato —  
me burlo.

Orión me mira frunciendo el ceño y creo que va a contestar. Pero entonces lo detengo, cuando paro en seco. Estamos ante una nueva bifurcación de caminos, toda embarrada... y hay alguien más. En el centro de la misma, entre los dos caminos, hay una figura sentada en el fango, de largos cabellos que parecen surgir de la misma tierra o unirse a ella. Se rodea las piernas y llora. Sus sollozos llenan el ambiente, sumiéndonos a mi acompañante y a mí en un completo silencio, y sus lágrimas caen al suelo una tras otra, empapándolo

todo. Retrocedo por instinto. ¿El barro lo provocan sus lágrimas? Nadie puede llorar tanto. Nadie puede llorar así. Sin embargo, la figura parece hacerlo...

Es una mujer. O parece una mujer, con un largo vestido blanco y manchado, y los pies descalzos hundidos en la tierra.

Retrocedo un paso más. Mi cuerpo choca contra otro cuerpo y alzo la vista, sorprendida. Un chico me mira, con ojos castaños y cabellos morenos. Tiene un puñal dorado en la mano, y creo que lo conozco de algo, pero no sé quién es. Miro alrededor, angustiada. ¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo aquí?

¿Quién soy?

—No recuerdo nada...

Alzo la vista, porque no he sido yo quien lo ha dicho, sino la llorosa figura. Cuando levanta la cara, sus rasgos son los de una anciana, un sinfín de arrugas formando un rostro afable y familiar. Parece que se vaya a disolver en agua en cualquier momento. Todo su cuerpo lo parece. Nos mira con ojos anegados, a mí y al muchacho, y yo me estremezco. Se pone en pie. Aprieto la espada que tengo entre los dedos. ¿Sé usarla, siquiera?

¿Estoy soñando? Tengo que estar soñando.

¿Dónde estoy? ¿Qué está pasando? Hay algo que tengo que hacer. Algo que

*teníamos* que hacer. Miro al chico ante mí, que parece igual de confuso. Él se lleva una mano a la cabeza y duda, inquieto. Necesito recordar. Necesito recordar algo. Un nombre. Mi nombre. A... As...

Asteria. Me llamo Asteria. Soy Asteria.

Y no sé por qué estoy olvidando, pero tengo que salir de aquí.

—Tenemos... que avanzar —dice el joven.

¿Tenemos? Quizá podamos retroceder. ¿Por qué avanzar? Pero algo me dice que es cierto. Que hay que seguir adelante. Esto es una trampa. ¿Una trampa de qué? No lo sé. ¿Quién es

el chico? Asteria. Eres Asteria.  
Recuerda tu nombre. Asteria.

Doy un paso hacia delante.

Y, de pronto, la anciana está delante de mí. Sus cabellos, empapados, le caen lacios a ambos lados de la cara, tan largos que tocan el suelo embarrado. Sigue pareciendo que su pelo nazca de la propia tierra, como raíces. Sus ojos... Sus ojos son completamente blancos, sin iris ni pupila, y yo siento que me ahogo con el agua de sus lágrimas al mirarlos.

Todo comienza a deshacerse dentro de mi cabeza.

Asteria. Recuerda tu nombre.  
Asteria. Más nombres... Nombres...  
Estoy segura de que la razón de que esté

aquí tiene que ver con más nombres que el mío. Asteria... Busca otro nombre. Busca razones. Asteria...

Estás aquí para hacer algo, Asteria.

—¿Por qué lloras...?

El chico a mi lado ladea la cabeza, con tristeza por ella. La mujer se fija en él con sus ojos vacíos, sin dejar de sollozar. No debemos preguntarle. No debemos escucharla. Pero ¿por qué no? Parece que sufre. Lloro tanto...

—No recuerdo mi nombre... No recuerdo quién soy. ¿Tenéis un nombre para mí...? Si me dais un nombre, recordaré.

Asteria es un nombre. Pero es *mi* nombre, no *su* nombre.

—Yo puedo darte un nombre. Sé cientos de nombres.

Miro al muchacho a mi lado, pero en ese momento calla, cuando está a punto de decirlos. No se acuerda. Él tampoco puede pensar, lo noto. No puede recordar. ¿Sabrá acaso su propio nombre? Yo no lo sé. No sé quién es. ¿Le he visto alguna vez, siquiera, hasta ahora? Sí, creo que sí. No, creo que no.

No lo sé.

Mi nombre. ¿Cuál era mi nombre?

Aster. Aster era mi nombre. Eso es.

Aster. No. No suena como mi nombre. No era exactamente así...

—Dadme un nombre —suplica la figura. Extiende sus manos hacia mí,

tomando mi rostro, y yo lo siento de pronto empapado. ¿Estoy llorando? No. Son sus manos, que parecen agua—. Necesito un nombre...

Un nombre... Pero yo no puedo recordar ninguno. No dejo de olvidar... Olvido.

Olvido puede ser un bonito nombre.

—Olvido —susurro mirándola—. Te llamas... Te llamas Olvido.

Sé que no es cierto. O creo que no lo es. Pero parece que a ella le sirve, porque sonrío. Porque sus caricias continúan por mi pelo, y yo quiero escapar, pero creo que también se me está olvidando cómo moverme. Necesito recordar. Hay algo preciado, importante,



pidiéndome que recuerde. No puedo olvidar lo importante. No puedo olvidar lo único que importa. ¿Qué es lo único que importa?

Ayudar. Tengo que ayudar a alguien. Alguien necesita mi ayuda... ¿Una persona? Quizá sea la misma Olvido, que me sonrío.

—Dame recuerdos, ahora. Me has dado un nombre: déjame recordar qué hay tras él.

Trago saliva, pero no sé qué decir. Necesito recordar... Eso. Eso es. Esos son los recuerdos que puedo darle. Si la he llamado Olvido, y su nombre le ha gustado, puedo darle una misión que me ayude. ¿Que nos ayude? Ni siquiera sé si

el chico a mi lado me acompaña. No sé cómo he llegado aquí.

—Eres alguien que está aquí para... para guiar a las viajeras perdidas. Debes... hacerles recordar su destino. Debes decirles adónde ir, si acaso lo olvidan.

Ella sonrío, feliz. Como si eso fuera exactamente lo que debe hacer. Alza una mano y señala tras nosotros, al camino a nuestras espaldas. ¿Debemos retroceder?

—Entonces debéis volver a la entrada. Debéis huir de aquí. El centro está lejos, y sangraréis y os querréis arrancar el corazón antes de llegar allí...

La entrada. El centro. El centro...

Algo no funciona en las palabras de la anciana. Algo suena a mentira. El centro. No, no debemos huir del centro. ¿El centro de qué? De algo importante. Hay algo en el centro. Algo que debemos alcanzar.

¿O no?

—Lete —dice de pronto el chico a mi lado, abriendo mucho los ojos. Me sorprende que su mano me agarre el brazo, que se apriete en torno a mí. Sus ojos parecen repentinamente vivos—. Te llamas Lete.

¿Lete? Lo miro. ¿La conoce? Yo no la conozco. ¿Lo conozco a él? No, tampoco...

La mujer de lágrimas infinitas, de rostro de agua, sonríe entonces. Es un gesto real, dulce, mucho más sincero que ante el nombre que le di yo. Entonces  es ese su nombre? Lete.

—Si continúas, hermano, te perderás —le dice. Doy un respingo. Hermano. Conozco esa palabra. No, no esa, pero parecida—. Si continúas, nunca volverás a ser el mismo. Quédate conmigo. Quédate a olvidar las humillaciones de Hera. El Mundo Superior. Aquí podrás ser quien quieras, con o sin nombre. Quédate... Quedaos los dos. —Me mira y sonríe, invitadora—. Quédate a olvidar. Aquí nunca más tendrás que luchar. Aquí ninguna

hermana morirá.

*Hermana.*

Mis hermanas.

Abro mucho los ojos. Eso. Eso es lo importante. Mis hermanas. Tengo que salvar a mis hermanas. Cojo al chico del brazo, tirando de él. No podemos quedarnos. No podemos olvidar. Tenemos que llegar al centro, justo donde ella dice que nunca llegaremos. Estoy segura.

—Nos vamos.

La anciana intenta echarse hacia nosotros, pero yo la evito y tiro de mi acompañante, que mira hacia atrás con una exclamación sorprendida. Echo a correr como si lo que me persiguiese

fuesen mis recuerdos y no la posibilidad de dejar de recordar.

Cuando Lete vuelve a echarse a llorar, nosotros dejamos el olvido atrás.

# ORIÓN

Corremos hasta que me quedo sin aire. Hasta que me suelto de Asteria y tropiezo y caigo al suelo, todavía temblando. Los recuerdos me golpean la mente, uno detrás de otro, y no puedo acallarlos. Son memorias de días dorados: dorados de riqueza, y oro, y crueldad. Aprieto los párpados y bajo la vista, conteniendo unas ganas de llorar que no sé de dónde salen ni si son por mí o por mi hermana, que ha quedado atrás, encerrada en este laberinto por

algo de lo que no tiene la culpa. Me paso una mano por los ojos. Creo que estaba siendo buena. Creo que estaba intentando ayudarnos. Creo que era sincera, cuando decía que la mejor opción era que diésemos la vuelta y volviésemos a la entrada. Pero yo no quiero volver. No *puedo* hacerlo, o todo habrá sido en balde. Además, ahora le he pedido ayuda a Asteria. La he implicado. Le he hecho un juramento...

Me incorporo sobre manos y rodillas. Todavía aferro el puñal dorado como si me fuera la vida en ello. Los pies de Asteria se vuelven hacia mí. Unos dedos envuelven mi brazo y tiran de mi cuerpo con firmeza, obligándome



a ponerme en pie.

—Vamos. No podemos pararnos.

Su voz suena cansada, pero me insta a continuar. Tira de mi brazo, para que avancemos juntos. Al mirar hacia atrás veo que se ha olvidado de hacer la línea por la que nos estábamos guiando. No recuerdo qué giros hemos cogido mientras corríamos. Como si pudiera leerme el pensamiento, Asteria baja la punta de la espada. No sé qué pasará si volvemos a encontrarnos con la encrucijada de antes. No sé si quiero saberlo.

Continuamos en silencio durante un buen rato. En algún punto, cuando cree que me muevo con un poco más de

seguridad, mi compañera me suelta para que camine solo. La veo mirar hacia arriba. La luna parece pesada y complacida mientras nos acompaña en nuestro camino. Quiero decirle a Asteria que no se preocupe, que llegaremos al centro antes de que Helios releve a su hermana, pero no estoy muy seguro. Sé que avanzamos, que no estamos dando vueltas, pero tampoco soy consciente del tamaño del laberinto. Me parece enorme, por todo lo que llevamos recorrido, pero los pasillos son relativamente estrechos, y las plantas parecen inclinarse hacia nosotros. Una rama me roza el brazo y yo doy un respingo. Puedo percibir cómo cada

hoja respira, robándonos el aire. Cómo laten y tratan de alcanzarnos. Su energía zumba a mi alrededor, febril, violenta. Me detengo a hacer una marca en el tronco de un árbol cuando tomamos un desvío hacia la derecha. Intento que sea superficial, un simple rasguño en la corteza.

Aunque al principio soy optimista, al cabo de un rato y varias equivocaciones en el camino encontrando callejones sin salida, empiezo a sentirme inseguro. Asteria misma parece andar con más premura y lanza varios improperios cuando volvemos a fallar. Yo no pierdo nada si no conseguimos encontrar el centro esta noche, tengo toda la

eternidad para buscar, pero ella no. Tenemos que encontrar el centro. Rápido. Muy rápido.

A medida que el tiempo pasa, parece como si las hojas fueran perdiendo su brillo. Su vitalidad también decrece con cada paso que damos. Como si nos fuéramos internando en la noche...

Me estremezco, pensando que cualquier sombra podría ser un enemigo. No sé si me preocupa más que no estemos llegando a nuestro objetivo o que en este tiempo no hayamos vuelto a encontrarnos con ningún otro de mis hermanos. ¿Derecha o izquierda? No, mejor sigamos de frente. Trato de orientarme por las estrellas, pero no

sabemos hacia dónde se supone que tenemos que ir. ¿Al norte? ¿Al sur? ¿Se ha movido esa rama? No, te estás preocupando demasiado. ¿Y ese susurro? Solo tu imaginación. Algo quiere alcanzarnos. Algo quiere abrirnos como frutas y tragarse nuestro corazón. Quizá algún animal. Solo que aquí no hay animales. Cierro los ojos un segundo, pero no percibo nada. En el aire flota un olor extraño, como a lluvia recién caída, solo que no ha llovido. También huele a tierra revuelta. Pero hay algo más. Algo que intento asociar con un pensamiento sin mucho éxito. Es como tener una palabra en la punta de la lengua, pero, en vez de eso, está dentro

de mi mente.

—¿Qué haces?

Abro los ojos, apartado bruscamente de mis pensamientos. Asteria está unos pasos por delante de mí y me observa. No me doy cuenta de que me he quedado parado hasta que vuelvo a la realidad. Ante nosotros vuelve a haber una encrucijada. ¿Al frente o a la izquierda? Al frente. Siempre de frente. Hago una de mis marcas y continúo antes de que pueda decirme nada. Aun así, siento su mirada fija en mi espalda. Es una sensación bastante molesta.

—Hay algo extraño en el aire.

—¿*Algo extraño*? —repite ella—.

Eso es poco concreto, ¿no crees?

—Todavía no sé qué es. Ni de dónde proviene. —Sacudo la cabeza—. No importa, simplemente sigamos.

Pero estoy intranquilo. Miro las altas paredes que nos rodean, y de las cuales casi no podemos discernir el final. Me parece que se han ido haciendo más altas a medida que avanzábamos, si es que eso es posible. Y más espesas. Las ramas de las enredaderas se entrecruzan y parecen crear nudos impenetrables. Me siento rodeado, encerrado, temeroso de que las altas paredes se derrumben sobre nosotros y nos dejen enterrados. Algunas hojas han caído al suelo, lo que no parece muy natural. Al acercarme, noto

la savia bajo las manos, pegajosa y espesa. ¿Alguien ha hecho esto? ¿Uno de los hijos de Eris? No me detengo. No se lo digo a Asteria, aunque nuestras miradas se encuentran y ella debe ver la nota de cautela en mis ojos. Me huelo la punta de los dedos, pero no es como la fragancia que preña el aire. La que está a nuestro alrededor tiene un punto de dulzor.

No es muerte, pero la siento en el estómago como algo parecido.

—¿Derecha o izquierda?

Nos detenemos. Las paredes son ya tan altas que la luna ha escapado de nuestra vista. Ya no está sobre nuestras cabezas, y eso quiere decir que ha



empezado a bajar. Llevamos horas aquí dentro. Si no fuera un dios, probablemente me dolerían los pies de caminar tanto rato. Me pregunto si a Asteria le duelen, pero ella no se ha quejado en ningún momento.

Sopeso nuestras dos opciones.

—Vayamos a la derecha.

Me gustaría añadir que tengo un buen presentimiento, pero no es cierto. Hasta mi acompañante debe de entrever mi indecisión, mi titubeo, porque cuando voy a dar un paso al frente, pone su mano sobre mi hombro y se adelanta. Es un ademán protector que me sorprende, aunque supongo que es natural en alguien tan acostumbrado a arriesgar su

vida por otras personas.

Esta vez es ella la que marca el camino, pero cortando una rama de un árbol, que cae al suelo con un golpe sordo. Dejo escapar una exclamación de protesta, desagradado con la acción, y ella se da la vuelta, con la espada aún en la mano.

—Solo son plantas, Orión. Las mismas plantas que mantienen prisioneras a tu madre y tus hermanas.

Abro la boca para decirle que una planta no puede ser culpable de un crimen, cuando oigo el siseo. Un susurro de las hojas. Algo que se desliza entre las enredaderas... No. Las enredaderas en sí mismas, que se arrastran por el

suelo. Quiero gritar que tenga cuidado, que se aparte, pero en ese momento las hojas del camino de la derecha titilan y se apagan, como estrellas muriendo. Asteria chilla cuando un tallo rodea su tobillo.

Trata de alejarse. Cae. Tiran de ella.  
—¡Asteria!

Me echo hacia delante, sin pensar, lanzándome hacia ella. Nuestras miradas se encuentran un segundo antes de que sea arrastrada a gran rapidez, con un grito. Aunque me lanzo a por las hiedras, es demasiado tarde: de pronto hay más plantas en el camino. Se enredan, se atan, se entrecruzan y forman una pared en apenas unos segundos, de

tal modo que choco contra ella.

Me golpeo con fuerza, pero consigo mantener el equilibrio y me obligo a dar un paso hacia atrás.

No. No está ocurriendo.

—¡Asteria! —vuelvo a gritar más desesperado.

Corto, apuñalo, intento abrirme paso en vano. Le pido a la vida que contienen las plantas que me haga caso y así las enredaderas se aparten y me dejen pasar, pero aquí mi poder no parece servir de nada, porque la pared no se mueve. Algunas hojas caen al suelo. Algunas ramas se desprenden. Pero mi esfuerzo parece ser inútil. Apoyo la mejilla en el muro y trato de escuchar lo que pasa al

otro lado. Cierro los ojos con fuerza. No hay más que silencio y mi propia respiración entrecortada, provocada por la ansiedad.

Piensa. Golpeo la muralla de vegetación. ¡Piensa!

Una rama se enreda entonces a mi muñeca. Aunque mi primera reacción es dar un paso atrás, una parte de mí tiene la esperanza de que las enredaderas me lancen al mismo sitio al que se han llevado a Asteria. En vano, porque tiran de mi brazo hacia arriba, causándome dolor. Hacen que suelte el cuchillo. Algo rodea mi cuello y grito, mientras trato de arañarlo con la mano libre.

—A lo largo de los años —dice una

voz cálida detrás de mí— mucha gente ha intentado llegar al centro del laberinto.

Me giro. No: me hacen girar. Como si fueran manos, dedos fuertes y capaces, los tallos me sujetan y me alzan. Mis pies abandonan el suelo. Me inmovilizan los tobillos, juntos. Me levantan los dos brazos y me sujetan por la garganta. Me crucifican, sin necesidad alguna de clavos o maderas, como he visto que hacen con algunos criminales en el Mundo Medio. En algún punto he cerrado los ojos, pero cuando vuelvo a abrirlos encuentro a un muchacho ante mí. Sé que es un dios porque lo siento, porque todo mi cuerpo parece

reconocerlo y reaccionar a ello, pero no lo parece. Siento un escalofrío cuando me enfoca con su único ojo abierto, rojo. El otro está cerrado, con una cicatriz que parece mantener el párpado bajado y que va desde su ceja hasta su mejilla.

El sentido común me recuerda que no hay forma posible en la que un dios pueda tener una cicatriz. Nos curamos, siempre. Sin importar lo grande o terrible que sea la herida. Si nos cortan una mano, vuelve a su sitio. Si nos destripan, nos regeneramos y nos cerramos. Lo único irremediable para nosotros es que nos corten la cabeza; por lo demás, nuestros cuerpos no son

más que vasijas a las órdenes de nuestro espíritu. Y nuestro espíritu no se quiebra, ni necesita ser curado, así que es de esperar que nuestro cuerpo no sepa de esas carencias también.

Pero aquí está el primer dios que desafía a lo que el sentido me dice. El primer dios no con una, sino con cientos de cicatrices por todo el cuerpo, que rezuman pus e icor, y que su túnica deja al descubierto. La cabeza me da vueltas. Sus cabellos puede que sean blancos, pero en ellos hay sangre seca y roja, como la de los mortales, como si se hubiera bañado en ella.

Cojo aire, pero entonces es peor, porque me doy cuenta del olor que nos



rodea. Un olor atrayente para mí y que al mismo tiempo me produce arcadas. Se me pega a la piel, se me mete dentro, me quema y me relaja; me hace sentir vivo y a la vez trae consigo un terror que me paraliza y me hace sudar frío.

No soy capaz de decir nada, mientras lo sigo con la vista.

—De todos cuantos han venido, sin embargo, ninguno era el último de los hermanos. El último de los hijos de Eris. —Se agacha, tras dedicarme una sonrisa de dientes rotos y desiguales. Coge el puñal dorado entre sus dedos y lo sopesa—. Es un verdadero placer conocerte, Orión.

No digo nada. Todas las palabras se

han ido de mi mente, como si hubiera bebido de las lágrimas de Lete. Se me encoge el corazón. Intento recordar cuál de mis hermanos podría ser. Intento pensar en cómo deshacerme de mis cadenas verdes.

—¿Sabes? Por aquí todos queríamos conocerte: el hermano que escapó de la cárcel. —No—. El hermano que al que no condenaron. —No. Estás muy equivocado—. Incluso si nosotros no teníamos nada que ver con los crímenes de madre, nos trataron a todos como si hubiéramos sido sus cómplices. Excepto a ti... Porque tú eres la Vida, claro. Tú eres la paz que solo llega tras el más absoluto caos...

—Vengo a liberar a Eris. Vengo a liberaros a todos. —Me tropiezo con mis propias palabras—. Yo también fui un prisionero, pero en otro lugar. Yo también he anhelado libertad, y por eso nos la daré a todos. Suéltame y...

El muchacho ríe con un sonido seco, casi un chasquido, como si un hueso se saliese de su sitio. Su cuerpo, delgado, casi esquelético, se convulsiona con cada carcajada en un baile arrítmico.

—Nadie va a despertar a madre, Orión. Para eso nos han puesto aquí. Para que impidamos que gente como tú la moleste mientras sueña.

Intento hablar, pero la rama en torno a mi cuello se aprieta y yo inclino la

cabeza hacia atrás, estirándome, intentando liberarme en vano. A mis pies, el muchacho mira el cuchillo de Hera. Lleva el filo hasta su brazo y se lo abre, desde la muñeca hasta el interior del codo. Se me revuelve el estómago. Aunque sisea de dolor, y aunque las gotas de icor se deslizan por su piel, sonrío. Me revuelvo cuando lo veo meterse un dedo en la herida, hurgando e impidiendo que se cierre. El vómito sube hasta mi garganta, que arde. La boca me sabe ácida, a bilis.

—¡Hermano, este es un cuchillo maravilloso! —Se chupa los dedos, con deleite, y yo cierro los ojos con fuerza, aunque sigo oyendo el gemido que se le

escapa de los labios—. ¿Lo has traído para mí? Aquí no tenemos de estas cosas. Una vez un hombre vino y llevaba con él una espada, pero la hoja acabó mellada cuando quise ver cuántos huesos podía serrarle con ella. —Su voz casi suena decepcionada—. Pero ahora podré hacer nuevos experimentos. ¡Y contigo aquí, ni más ni menos, que no puedes morir! Podré saber si por nuestras venas corre la misma sangre... ¿Sabe como la mía? ¿Se cerrarán las heridas del cuerpo de la Vida más rápido que las del resto de por aquí?

Lo miro, completamente falto de aliento. Ha apoyado la punta del puñal en mi rodilla y, muy lentamente, lo sube

por mi pierna. Me revuelvo. Me quejo. Aunque no hace la suficiente fuerza contra mi piel como para cortarme, sé que no tardará en ocurrir.

El asco. El miedo. El dolor.

Dolor...

—Algos —llamo. Él alza la vista a mi rostro y sonrío como si hubiera cometido una travesura. El Dolor. Es el dios del Sufrimiento. Con el pensamiento, el laberinto entero parece empezar a palpitar. Las hojas, cuya luz dorada me parecía agradable, de pronto me recuerdan demasiado a adornos de los palacios del Mundo Superior. Las ramas se mueven, como si una brisa invisible las acariciase. Sé que hay

cadáveres bajo el laberinto. Sé que hay muertos, todos los que alguna vez pasaron por aquí, pero he intentado mantener la especulación a raya. Ahora, sin embargo, vuelve a mí. Y pienso en este dios, en lo que pudo hacer con los vivos antes de que finalmente murieran desangrados—. Déjame libre. ¿Es que no quieres volver al Mundo Superior? Este laberinto no es lugar para nadie.

Él vuelve a reír.

—¿Volver? ¿Por qué nadie querría volver allá arriba, donde nos odian? Donde nos tratan como seres inferiores... No, Orión. Aquí tenemos *poder*. El Mundo Medio está lleno de sufrimiento. Lleno de malos

sentimientos, de guerra, y enfermedades, y crueldad. ¿Por qué habría de abandonarlo, cuando puedo sentir perfectamente sus gritos, sus heridas abiertas, la muerte rondando a cada uno de ellos? —El cuchillo está de pronto en mi muslo, clavado, y yo grito hasta quedarme ronco. Hasta que el mundo parece fragmentarse y perder sentido. Siento la sangre cálida deslizarse por mi pierna y me retuerzo, pese a que duele, porque no quiero que me toque. Otra vez sucio no. Por favor, para—. Vamos a quedarnos aquí, Orión. Nosotros, madre y tú, nuestro hermanito pequeño, tan inocente, tan hermoso e incorrupto.

El puñal abandona mi piel y es



sustituido por la lengua de Algos, que limpia la sangre de la herida. Cierro los ojos con todas mis fuerzas, asqueado. Aprieto los labios. No servirá de nada suplicar.

—Te enseñaré lo bien que podemos pasárnoslo, Orión. Te enseñaré lo maravilloso que puede ser el dolor. Aún no lo entiendes, y por eso quieres irte. Cuando sepas lo bien que puedes sentirte, lo *vivo* que puedes sentirte, ya nunca querrás abandonarme. Nunca más volveremos a estar solos...

Siento el filo contra mi rodilla antes de que se separe, pero cuando vuelve a mí, es la empuñadura lo que golpea carne y hueso. Grito, y creo que me voy

a caer, pero el nudo de enredaderas alrededor de mi cuello me mantiene erguido, si bien noto que me ahogo.

A mi mente vuelve entonces una escena similar. Las plantas se convierten en cadenas de metal dentro de mi cabeza. Cadenas hechas por Hefesto, para quitarme la fuerza y el poder. Hera está de nuevo ante mí, con ese mismo puñal. Me escucho suplicar, mover los labios en un ruego: «No lo volveré a hacer. No volveré a desafiaros, mi ama. No volveré a hacer nada que os contraríe. Soy vuestro siervo. Soy vuestro esclavo».

Me estremezco. Las lágrimas comienzan a caer.

—Apártalo de mí. Suéltame...

—Suplica, hermano... Me gusta cuando suplicas...

Grito. Grito hasta quedarme ronco la siguiente vez que clava el cuchillo, en mi vientre, y me abre como si quisiera ver lo que hay en mi interior. Grito cuando tira de mi carne con sus dedos. Cuando ríe, enloquecido, cuando me apuñala hasta que pierdo la cuenta de las veces. Hasta que siento el cuerpo sucio y cansado, y mi mente al borde del delirio.

«Eres demasiado ruidoso, Orión», solía decir Hera mientras me mantenía en la celda. Ella también clavaba el cuchillo, aunque con más suavidad.

Prefería las heridas pequeñas, las que me mantenían con los ojos abiertos y consciente, pero igualmente manchaban mi cuerpo. Y como a ella no le gustaba que hiciera ruido, como quería verme manso y callado, y yo tenía que aprender a complacerla, me daba una orden y yo obedecía. Me mordía los labios y la lengua hasta que sangraba. Hasta que sentía asco de mi cuerpo por entero, porque hasta la boca me sabía a oro y óxido.

Esta vez, sin embargo, no me callo, porque cada una de las heridas que Algos le infringe a mi cuerpo duele cuando se abre y cuando se cierra.

No es la primera vez que deseo

morir, pero es la primera vez que le rezo a los dioses por ello.

# ASTERIA

La oscuridad me arrastra y me devora. Antes de que consiga cortar las ramas que agarran mis tobillos, veo la pared de plantas crecer ante mí y separarme de Orión, que grita mi nombre. Entonces toda la luz desaparece: ya no hay hojas doradas, ni siquiera luna o luz de estrellas; nada excepto una oscuridad absoluta y la voz del dios, al otro lado, que me hace alzar la cabeza hacia donde él debe encontrarse. Quiero decirle que estoy bien, que siga adelante, pero

entonces llega el desasosiego.

No es algo que se pueda explicar: es una presión que nace en mi estómago y en mi cabeza y que me mantiene más anclada al suelo que la propia rama que aún siento en torno a mi pierna. No me puedo mover porque yo misma deseo quedarme quieta. No, no lo deseo, pero no puedo evitarlo. Es la sensación de querer avanzar, pero saber que hay algo que te lo impide. Querer hablar, pero tener una mordaza en la boca. Incluso respirar, de pronto, se convierte en algo complicado cuando tomo una bocanada que no consigue llenarme.

Angustia. La siento trepando por mi espalda, como una araña, o quizá haya

arañas a mi alrededor. Sin saber por qué, un montón de lágrimas suben hasta mis ojos. No soporto este ambiente. No sé lo que está pasando. Hay algo opresor en torno a mí y siento la tentación de cerrar los ojos con fuerza, encogerme sobre mí misma y no moverme hasta que la sensación desaparezca. Pero no puedo hacer eso. Tengo que levantarme. No sé qué me mantiene tan helada, de todos modos... No hay nada aquí, estoy sola, sola con este silencio...

Entonces escucho la voz:

—Pobre, pobre Orión...

Me estremezco, alzando la vista. La voz suena en todas partes y en ninguna, y



la presión en mi pecho se afianza. Siento que mis pulmones piden más espacio del que pueden abarcar en mi torso. La necesidad de liberarme de las ramas que aprisionan mis tobillos se convierte de pronto en algo urgente y agobiante, pero es como si me hubieran capturado el resto del cuerpo también, porque estoy paralizada por completo.

Entonces escucho los gritos, que me hacen alzar la cabeza con precipitación, incluso si no puedo ver lo más mínimo. Al otro lado de la oscuridad, la voz del dios se rompe en una súplica, en un grito agónico que me hiela la sangre y que me bloquea todavía más. Cojo aire. ¿Qué está pasando? ¿Qué *le* está pasando?

Tengo que ayudarlo. He venido aquí para eso. Tengo que conseguir salir de aquí. Todavía tenemos que llegar al centro del laberinto y el tiempo corre.

Y esa voz... Esa respiración... La escucho cerca de mí como un sonido renqueante, inquieto y profundo, como un intento constante de calmarse que nunca llega a hacerse realidad.

Me incorporo con todo mi esfuerzo, porque mi cuerpo me pide seguir tumbado. Me pide dormir, incluso si la presión en el pecho al mismo tiempo es demasiado intensa como para conciliar el sueño. Mis dedos buscan por mi pierna, intentando atrapar las ramas que me mantienen presa.

—Va a torturarlo...

La voz es lastimera. Como un gimoteo anticipado, o como la voz ronca que se te queda después de llorar durante horas. Es grave y al mismo tiempo suave, y parece apenada, muy triste. Busco a mi alrededor, intento saber de dónde viene, ubicar su respiración, pero otro grito de Orión me distrae, me llena de angustia.

—Va a hacerlo sangrar hasta que no le quede nada dentro... —se lamenta. Porque parece un lamento. Parece que lo siente—. Pobre hermano nuestro...

Más descendientes del Caos. Y supongo que Orión está con alguien que no siente tanto su suerte. Agarro al fin

las ramas que me sujetan con una mano y la espada con la otra. Con dificultad y a tientas, corto la hiedra.

—Tienes que ayudarlo. No sé quién eres, pero es tu hermano, ¿verdad? Debes ayudarlo. Sácame de aquí —le pido, mientras me levanto a duras penas. No sé con quién estoy hablando, ni siquiera sé si mi voz se dirige en la dirección correcta. Pero es lo único que puedo hacer.

—No puedo... Oh, querría, Asteria, pero no puedo... Nuestro hermano quiere llegar a mamá, y no puede llegar a mamá. Mamá duerme. Mamá no sufre, convertida en piedra. A mamá la guardamos porque en el Mundo Superior

la odian y solo le harían daño. ¿No te da pena, Asteria? ¿Que solo así pueda descansar?

¿Pena? ¿Por qué habría de dármela? Conozco algunas historias sobre Eris, y en ninguna de ellas es una víctima. Sé que la confinaron aquí porque mató a Perséfone, y lo hizo solo por avaricia. No, no me da ninguna pena. En cambio, su hijo...

Orión grita de nuevo, y yo me dejo guiar por su voz hasta que choco con una pared de plantas. Alzo la espada entonces, dispuesta a abrirme paso, pero en ese momento dos brazos me rodean y yo me quedo helada de nuevo. El desasosiego vuelve más intenso que

nunca. No me está apretando el cuerpo, pero siento como si me apretase el corazón. El ser que se apoya contra mi espalda está frío como los días de lluvia y granizo y yo empiezo a temblar. Me cuesta respirar. Necesito respirar. Mis brazos caen de pronto sin fuerzas y me tambaleo.

—Pobre, pobre Asteria... —susurra de nuevo la voz. Es indeterminada, ni hombre ni mujer, solo tristeza infinita—. Tú también has sufrido, ¿verdad? Has sufrido mucho... Sigues sufriendo... Nunca dejarás de sufrir. Incluso cuando pienses que todo ha acabado, no va a haber descanso para ti, porque tienes demasiados recuerdos tristes... Tienes

demasiada culpa...

Me encojo sobre sí misma, sin dejar de temblar. No dice ninguna mentira, y quizá por eso las lágrimas trepan hasta mis ojos. Quizá por eso reconozco entonces el sentimiento: la tristeza. La pena más profunda, la que encoge el alma y te hace creer que nunca podrás recuperarte. La que te ancla a la realidad y a la oscuridad al mismo tiempo, como cadenas invisibles que cortan tu capacidad de volar tan lejos como quieras. Es la tristeza de la desesperanza, del futuro arrebatado, de la seguridad de que solo queda pesar.

Es la tristeza que llevo tanto tiempo evitando y que finalmente me ha dado

caza.

Sin saber si es por mí o a consecuencia de la figura que me mantiene atrapada, caigo de rodillas al suelo. Recuerdo mi poblado, arrasado. Recuerdo los gritos de aquella noche. Recuerdo a mi madre, protegiéndome y luchando a mi lado antes de ser asesinada. Recuerdo el fuego, el que devastó nuestras casas y el que ardía en nuestras miradas y en nuestros gritos. No lloré entonces, porque no quería darle a aquellos hombres la satisfacción de verme rota, y ahora esas lágrimas quieren salir por el tiempo que llevan contenidas. No lloré anoche, cuando vi la cabeza cortada de Ainia besando el



suelo. No lloré cuando me di cuenta de que todos mis esfuerzos por salvarlas habían sido inútiles.

Pero ahora quiero llorar. Solo quiero llorar.

Quiero llorar por las que se fueron hace años y por las que han seguido cayendo durante todo este tiempo. Quiero llorar por mí, por el hogar que me han quitado, por las esperanzas que han pisoteado. Por ese futuro que nunca voy a tener. Porque sé que esa voz tiene razón: nunca habrá paz para mí. Nunca voy a poder olvidar. Nunca voy a poder perdonar. Ni al Emperador... ni a mí misma.

—Pobre Asteria... —susurra la voz

en mi oído. Casi parece llorar conmigo —. Llevas mucho tiempo acallándome, pero yo también vivo dentro de ti, pequeña... Lloro... Lloro, Amazona Roja. Eres una experta en ignorarme, pero no podías hacerlo por mucho más tiempo... No puedes huir de mí... Siempre has preferido la rabia para evadirme. El odio, que quema y arrasa. Pero la rabia explota y desemboca en violencia, y luego se va. ¿Qué pasará cuando cumplas tu venganza? Entonces... entonces solo quedaré yo. Tu única compañía de verdad, Asteria, aunque nunca hasta ahora hayas querido verme...

Dejo escapar un gemido. Al otro

lado, los gritos de Orión me taladran los oídos. Está sufriendo. Tengo que hacer algo... Tengo que ayudarlo. Tengo que ayudarnos a todas. A él, que solo es alguien tan desesperado como yo misma, aferrándose a la única oportunidad de cambiar su vida que ha encontrado, y a las mías. Esta vez necesito asegurarme de que lo consigo. Necesito avanzar... Necesito seguir adelante. Necesito quitarme este peso de encima... Necesito dejar de llorar, pero no puedo. Las lágrimas no dejan de correrme por la cara. Una por cada verdad que la tristeza me ha susurrado al oído. Una por cada sollozo que esa voz emite, compadeciéndose de mí.

—Pobre, pobre Asteria..., siempre triste...

Aprieto los dientes, abrazándome el cuerpo. Mi mano aprieta la espada, con dedos temblorosos.

—Eso eres, ¿verdad? La Tristeza..., la *Pena*. —Toso, ahogándome con mi propio llanto. Me duelen los ojos y siento la garganta tan desgarrada como si estuviera tragando cuchillos afilados —. ¿Quieres hundirme aquí? ¿Quieres impedirme avanzar?

—La única que te impide avanzar eres tú misma... La pena, en realidad, no puede ser destruida. Y tú solo sabes de eso, ¿verdad? De sangre, de armas y de destruir con tus propias manos.

Mira... Mira en lo que te has convertido. Lo que fuiste, y lo que ahora eres. ¿No recuerdas aquellos días, en tu tierra? ¿En el bosque? La caza, la alegría de cabalgar libre. El amor de tus hermanas. La seguridad de estar con ellas...

Suelto mi espada para taparme los oídos con las dos manos, desesperada, encogiéndome más sobre mí misma. No quiero escuchar. Creo que suplico que se calle, porque siempre quiero mantener los recuerdos felices a raya. Cuando solo recuerdo todo lo que nos han hecho desde aquella noche hay pesar, sí, pero sobre todo hay rabia. Sobre todo, hay odio. Y el odio me

salva. Pero volver a recuerdos felices es recordar lo que ya no tenemos. Lo que no podemos recuperar...

Siento que me hundo, y ya no es solo una sensación interna. El suelo, debajo de mí, se deshace y me reclama para sí, y yo estoy a punto de permitirle que así sea. Que me acoja en su seno, que me ahogue si es lo que quiere. Quizá así haya paz...

Pero habría paz para mí. Para nadie más. Para ninguna más de las mías.

Orión vuelve a gritar. Yo cojo aire con desesperación.

No. Tengo que reaccionar. Voy a salir de aquí. Solo si consigo salir de este laberinto podré volver a casa. Solo

así puedo llegar a ser libre. Puede que nunca sea feliz, puede que nunca deje de sentir la pena ni la culpa..., pero puedo ser libre.

Todas podemos ser libres.

Así entiendo, al fin, lo que la pena puede enseñarme.

—Tienes razón —susurro. Siento caricias en mis cabellos que se detienen, y mi cuerpo huye de la tierra que intenta arrastrarme. Agarro mi espada, apretándola entre mis dedos. Me levanto, tambaleante, incluso si el suelo parece tirar de mí hacia abajo todavía —. Nadie puede escapar de ti, y yo he estado haciéndolo. Y podrías arrastrarme. Podrías hacerlo ahora, en

cualquier momento. Lo estás haciendo... Pero eres solo... una parte más. Una parte más de este laberinto, una parte más... de mi vida. No lo eres todo, y no te permitiré que lo seas.

Me paso la mano por la cara, limpiándome las lágrimas. Todavía sigo llorando, pero de pronto escucho que la voz se perturba, que coge aire, ahogándose, como si lo que escuchara le doliese.

—No hay nada más para ti, Asteria. Solo pena y pesar hasta el final de los días.

—Te equivocas —susurro, con la voz cascada. Vuelvo a toser, pero doy un paso hacia delante, escapando de los



brazos que me han estado rodeando desde detrás. Puedo hacerlo. La tierra todavía se me antoja inestable bajo mis pies, y me sigo hundiendo cuando piso, pero puedo caminar sobre ella—. Quizá algún día solo quede eso. Y entonces te saludaré, y te diré que tenías razón, y te permitiré que me arrastres y quizá ya nadie pueda salvarme. Pero todavía me queda una cosa.

—¿Qué...?

—Todavía me queda esperanza.

Esperanza por mí. Por mi futuro. Por las mías. Por nuestro hogar. Esperanza por recuperar lo perdido. La esperanza de luchar.

No es el odio lo que me ha

mantenido a flote, aunque me haya escondido en él. Ha sido la esperanza. Y es lo único a lo que de verdad puedo agarrarme si no quiero caer.

Gracias a ella, precisamente, giro sobre mí misma y clavo la espada. Lo hago a oscuras, guiándome por el sonido de su respiración errática, por la posición en la que yo misma estaba hace tan solo un segundo, pero sé que acierto porque escucho el gemido, sorprendido. Empujo hasta que siento que he atravesado el cuerpo, hasta que la espada se clava también en el muro de plantas.

Entonces vuelve la luz, cuando la parte del laberinto en la que me había

quedado encerrada cae. Veo el rostro de la persona que he atravesado solo un segundo y tengo que coger aire. Soy yo. Al menos es mi cuerpo, con el rostro lleno de lágrimas y completamente rota. ¿Es esta la imagen que tengo ahora? ¿Es acaso la imagen que tendré, cuando caiga por completo en la desesperación? Mi doble me sonrío, con tristeza, y alza los dedos hacia mi mejilla. Yo la observo, tragando saliva, mientras me acaricia.

—Pobre, pobre Asteria...

Pero cierra los ojos... y desaparece.

Apenas tengo tiempo de recuperarme de lo que acaba de ocurrir. Apenas tengo tiempo de comprenderlo, porque

entonces llega el dolor. Me atraviesa con un latigazo y me hace abrir mucho los ojos, todavía aferrada a mi espada clavada en la vegetación.

—Así que te ha dejado escapar —  
sisea una voz que ríe—. O quizá te haya  
dejado en mis manos.

Me giro lentamente, sintiendo todo el cuerpo agarrotado y un fuego que me arde bajo la piel. Entonces los veo: Orión está agarrado por ramas que le sostienen brazos, piernas y cuello. Y sangra. No deja de sangrar en dorado, con un montón de heridas marcándole por todas partes, como si alguien hubiera usado su cuerpo como lienzo de alguna macabra obra. Ha dejado de

gritar porque no debe de tener fuerzas, con la barbilla caída sobre su pecho. Sus ojos me observan sin verme, y creo que murmura mi nombre, pero no llego a escuchar su voz.

Ante él hay otro chico cuya apariencia me arranca un estremecimiento. Sus cabellos blancos están manchados por sangre humana. Ostenta una sonrisa de placer mientras lame el cuchillo dorado que le di a Orión y que ahora él sostiene entre sus dedos. Su ojo izquierdo, rojo, se fija en mí. El derecho está cerrado por una cicatriz que cruza toda su cara.

—Acordamos que él se quedaría contigo y yo con nuestro hermano,

porque tú eres aburrida para mí. Tú ya tienes cicatrices, y podría matarte... Pero, si te ha dejado escapar, entonces tendré que aplicarme.

Intento volver a respirar con normalidad. Con toda la calma que soy capaz de reunir, al menos. Todavía siento las mejillas frías por las lágrimas, pese a que el resto de mi cuerpo está empezando a arder, y ni siquiera sé por qué. Es un calor angustiante, que me abrasa la piel y me hace mirar para asegurarme de que no hay fuego encendido a mi alrededor. Con un tirón desencajo mi espada de la pared de plantas y me giro por completo hacia él.

—Tú también puedes morir, por más

dios que seas.

El chico se ríe, mostrando una sonrisa de dientes rotos, perdiendo el interés en Orión, quien echa la cabeza hacia atrás, no sé si con cansancio o con alivio. Las heridas, sin embargo, son muchas y profundas, y hechas con ese filo dorado tardarán en cerrar.

El dios, que supongo que es el del Dolor, se adelanta hacia mí.

—Oh, sí, los dioses podemos morir, Asteria. ¿Por qué? ¿Vas a matarme, chiquilla impertinente? ¿A mí? ¿Sabes acaso lo que te sucedería si lo hicieras?

No hay manera de que pueda saberlo. No hay historias sobre eso, quizá porque nunca ha existido mortal

capaz de acabar con una divinidad. Cojo aire, intentando no perder seguridad:

—Estoy dispuesta a descubrirlo si no nos dejas continuar con nuestro camino. Suelta a Orión y aquí acabará todo.

El dios se ríe de manera estridente y a mí me parece el peor sonido del mundo, como si mil cuchillas arañasen la piedra al mismo tiempo, una y otra vez. Trago saliva y siento el terror subiendo desde mis pies para asentarse en mi corazón. Hacía mucho que no sentía el miedo asentarse con tanta fuerza en mi pecho, pero ahora estoy aterrorizada. Este dios está completamente loco.



—Si un mortal matase a un dios, su cuerpo se convertiría en el recipiente de su poder, chiquilla. ¿Quieres llevar el peso de todo el dolor del mundo, Asteria? ¿Quieres conocer el sufrimiento más profundo? ¿El sufrimiento de todos los Mundos? ¿De todas las personas? De los que son heridos, de los que están a punto de morir o de los que pierden a alguien. El dolor de la pérdida, del olvido, de los sueños rotos, del desamor, del hambre, del desengaño. El dolor de la vida porque ¿qué es la vida sino dolor? El dolor de tanta gente... es mucho para una mortal. Te volverás loca... Completamente loca...

Trago saliva, retrocediendo cuando él se acerca a mí. Es un paso instintivo, aunque va contra todo lo que me han enseñado. Siempre me han dicho que las Amazonas no retrocedemos, pero ahora no puedo evitarlo. El fuego, además, se hace más intenso. Y el dolor más real, cuando el chico entrecierra su único ojo... y mi cuerpo empieza a sangrar. Dejo escapar un alarido cuando una herida profunda se abre en mi brazo y otra en la pierna. No necesita tocarme con el puñal que guarda en sus manos para dañarme: ese es su poder. Me tambaleo por el sufrimiento, que es demasiado sorpresivo, pero aprieto los dientes y eso me obliga a reaccionar, a

tomar la espada y no escucharle.

Con un grito de rabia, me lanzo hacia él.

El dios del Dolor se ríe. Nunca deja de reír, con su risa chirriante, demente. Deja que me acerque a él, solo para hacer que me encoja cuando estoy a punto de alcanzarlo con una nueva herida que siento abrirse en mi vientre, en mi estómago. Superficial, creo, pero lo suficientemente dolorosa. No quiere matarme. Quiere verme sufrir. Si muero, será desangrada. Será lenta y de una manera en la que me pueda torturar. Si me asesina, será para él un accidente, porque se le acabará la diversión.

Si quisiera matarme, ya habría

terminado conmigo.

Y, aun así, no puedo evitar caer, tosiendo sangre. Mis rodillas encuentran el suelo y yo soy repentinamente consciente de mi debilidad. Otra herida se abre en mi hombro. El dolor es de nuevo un latigazo, un escozor insoportable.

—No puedo prestarte atención, niña... —dice entonces el dios—. Te morirás pronto si sigo jugando contigo. Y mi hermano..., mi hermano sanará si me distraes.

Por eso se gira. Yo no le intereso, pues soy un juguete demasiado fácil de romper. En cambio, Orión es inmortal. Orión sufrirá hasta lo infinito y no

morirá. Orión puede darle toda la diversión que quiere. Por eso veo sus pies desnudos alejarse de mí, volviendo a acercarse al dios, que coge aire con precipitación.

—No...

Pero no le hace caso. El puñal dorado se vuelve a clavar en su piel. Ante mis ojos, mientras mi vida se convierte todavía en más rojo, el cuerpo de Orión salpica dorado por todos lados.

El filo encuentra la carne una vez.

Otra.

Otra más.

Infinitas veces.

Y los gritos de Orión lo llenan todo.

Cojo aire, intentando encogermé. Intento aislarme de esos gritos. De ese dolor. De esa risa, que no se detiene.

—¡Grita, hermano! ¡Grita! ¡Grita hasta que nuestra propia madre te pueda oír, incluso bajo la piedra! ¡Grita! ¡Grita!

Aprieto los párpados. No puedo permitirle hacer eso. No puedo permitirme morir tampoco. Sangro, pero todavía no lo suficiente. Puedo soportar estas heridas. Las he soportado peores. Mi mundo, después de todo, es rojo. Mi mundo es sangre. Mi mundo es muerte.

Este dios no puede enseñarme más horror del que ya conozco.

Por eso me levanto, tambaleante.

Estoy a punto de caer, pero me mantengo. Toso, mientras él ríe. No se da cuenta, y sé que es la única oportunidad que tengo de cogerle con la guardia baja. Por eso aprovecho su locura para apresurarme. Para correr hasta él y ensartarlo con la espada desde atrás. El filo atraviesa la piel igual que atravesó la de la Pena, y yo aprieto los dientes, mirándole. Entonces, gira la cabeza hacia mí, dejando caer los brazos. Lo hace muy lentamente... y sonrío al mirarme.

Sonríe como si fuera muy feliz.

—La amazona quiere hacerme *daño*...

Ríe como si le hiciera gracia. O

como si le gustase. Ante mis ojos, suelta el puñal, que cae al suelo con un golpe seco, y agarra el filo que le sale por el estómago con ambas manos. Y se corta él mismo. De arriba abajo, serrándose el torso, se abre más la herida que yo le he provocado. Su fuerza es sobrehumana. Yo suelto la espada, horrorizada. ¿Qué está haciendo? Es imposible. Es imposible vencer a alguien así. Es imposible...

Orión tiene arcadas ante la imagen que tiene frente a él y aprieta los párpados con fuerza. Yo no puedo oler la sangre como él, pero incluso así me siento mareada. Me siento demasiado asustada, porque no es normal. No es



nada a lo que me haya enfrentado antes. El dolor provoca miedo, no disfrute...

—¿Eso es todo lo que puedes hacer, niña? —Ríe el dios. Detiene sus movimientos, mientras yo retrocedo, con los ojos muy abiertos, pálida, respirando aceleradamente, pero incluso así no hace nada por quitarse la espada del cuerpo—. Déjame enseñarte qué puedo hacer yo...

Y vuelve el dolor. Ni siquiera le hace falta girarse, aunque me mira por encima del hombro para disfrutar del momento en el que me rompo. En el que las heridas surgen en mis muslos, en mis mejillas y en mi pecho. En el momento en el que todas las cicatrices que he

coleccionado hasta ahora comienzan a abrirse y yo grito, de pura agonía, cayendo de rodillas al suelo.

Me vuelvo loca, como prometió.

Mi mundo nunca ha sido más rojo.

Mi mundo nunca ha conocido más sufrimiento.

Nunca he conocido —ni conoceré, porque me matará— un dolor igual.

Y entonces lo veo, brillante, a sus pies.

Como una oportunidad.

Como mi única salvación.

El puñal.

Él se gira en ese momento, dándome la espalda para volver a mirar a Orión. Para seguir con él. Pero yo no voy a

darle la oportunidad, aunque sea lo último que haga.

Me estoy rompiendo cuando me lanzo hacia el arma con la fuerza que solo puede otorgar la agonía y la desesperación más absoluta. Cuando mis dedos encuentran la empuñadura, no puedo evitar lanzar un grito al clavarlo en su pie, atravesándolo, anclándole al suelo. Por primera vez el dios aúlla un lamento, porque incluso a él debe afectarle ese filo. Es solo un segundo antes de que gire la cabeza hacia mí y vuelva su risa, pero yo no voy a escucharla otra vez.

No quiero oírla nunca más.

Voy a acabar con ella.

Voy a acabar con él.

Por eso me levanto con las últimas fuerzas que me quedan, trepando por su túnica empapada de rojo y dorado, y cojo con ambas manos la empuñadura que aún sobresale por su espalda. Tiro. Rápido, Asteria. Rápido, antes de que se dé cuenta. Rápido, antes de que te desangres.

Desencajo la espada.

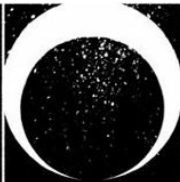
Lo siguiente que encuentra el filo es su cuello.

Lo siguiente que encuentra el suelo es su cabeza.

Lo siguiente que encuentra mi cuerpo es el dolor de todos los Mundos metiéndose en él.



ALGOS



LET



# ORIÓN

Las enredaderas sueltan mi cuerpo y lo dejan caer a la tierra, donde aterrizo sobre mis pies y trastabillo, dolorido, hasta apoyarme contra la pared del laberinto. En ese mismo momento, la cabeza de mi hermano rueda cerca, y yo no puedo contener más las náuseas. Me inclino hacia delante, abrazándome a mi maltrecho cuerpo, y vomito. Casi todo es sangre, y el dorado mancha la hierba. En realidad, el dorado lo mancha todo: mis ropas, mi piel, el puñal y la espada

de Asteria... Asteria. El grito que rompe la noche es suyo y yo trato de enfocarla. La encuentro de rodillas, encogida, temblando, con las armas a su lado. Se rodea el cuerpo con los brazos y se mece hacia delante y hacia atrás, como en trance. Creo que está llorando. Me limpio la boca con el dorso de la mano y avanzo hacia ella, intentando no mirar al cuerpo caído de Algos. Intentando no respirar. Estoy mareado. Mareado por la escena, por mi propio dolor, por el escozor de las heridas en mi cuerpo, por lo que significa que una humana haya matado a un dios.

—¿Asteria...?

Mi voz es pastosa y baja, pero en el

silencio del laberinto se hace fuerte y parece llenarlo todo. La amazona no levanta la vista. Apoyo mi mano en su hombro. Está temblando por completo. La oigo sollozar histéricamente, con gemidos intermitentes que rompen su VOZ.

—Asteria... —repito con duda, casi tartamudeando—. ¿Estás...?

No termino la frase porque sé que hacerlo sería cruel. Sé la respuesta antes de que ella me la diga: no, no está bien. Tiene dentro el poder del dios al que acaba de matar. Tiene dentro algo que no está hecho para mortales. Que la matará. Quizá no en este mismo momento, pero a largo plazo... El Dolor no es un don que



deba ser usado por alguien que puede morir. Y los humanos, después de todo, son demasiado frágiles.

Sé todo eso incluso antes de que alce la cabeza. Antes de que nuestros ojos se encuentren. Los suyos están inyectados en sangre, y nada tiene que ver con sus lágrimas. Lloro, jadeante, y en silencio me suplica ayuda. Ni siquiera es capaz de gritar. Aunque sus labios se entreabren, de su boca solo sale un gemido lastimero y un jadeo.

Me agacho a su lado. Quiero ayudarla, pero no sé cómo. No sé cómo comportarme. La observo, ante mí, sangrante y doliente, agonizante. Su cuerpo está tan rojo como el mío

dorado, pero sus heridas no se cierran como sí lo empiezan a hacer las mías. Aunque siento repulsión, aunque no deseo más que alejarme de ella, alzo mi mano y trato de secarle las lágrimas. Me siento inútil, frustrado. Allá por donde paso los dedos, un nuevo llanto llega para reemplazar el que yo he intentado apartar. Cuando se inclina hacia delante, hasta que su cabeza casi toca el suelo, yo no puedo más que mirarla con pena.

Asteria se retuerce y extiende el brazo. A tientas, busca el cuchillo de Hera y encuentra la empuñadura. Lo arranca del pie de Algos con un tirón que parece dolerle a ella tanto como si fuese su propia piel donde estuviese

clavado.

Cuando entiendo lo que quiere hacer, me lanzo a sujetarle la muñeca antes de que pueda llevar el filo hasta su cuerpo.

—¡No, Asteria! —Le cojo el rostro, para alzárselo. Para que tenga que mirarme y sepa que estoy hablando muy en serio. Intento ignorar el nudo en mi garganta. Sus ojos se desenfocan. No sé si estaría mal o bien que se desmayara: sería un alivio para ella, probablemente, pero no estoy muy seguro de que fuese a despertar después—. Escúchame. Si mueres, todo el poder que hay en tu interior quedará libre. ¿Sabes lo que eso significaría? —Ella no dice nada. Solo tiene la mirada puesta en mí, aunque no

estoy muy seguro de que pueda escucharme o verme—. Significaría que todo el Mundo Medio sufriría en sus propias carnes un pedazo de lo que tú sientes ahora. —Trago saliva—. Cada muerte en el Mundo Superior tiene una consecuencia catastrófica en *tu* mundo.

A menos, claro, que alguien corte la cabeza de un inmortal para, precisamente, robar sus poderes. Eso, por supuesto, no se lo digo. El único que está aquí soy yo y, por mucho que desee ayudarla, no voy a matarla. No *puedo* hacerlo, porque mi naturaleza me lo impide y porque juré proteger su vida. Y tampoco puedo recibir en mí el Dolor. El terror me paraliza solo de pensarlo.

Pero sí hay algo que puedo hacer por ella, incluso si es una solución temporal. Incluso si no estoy seguro de que vaya a funcionar, porque nunca antes lo había probado. Para lo único para lo que he usado mis poderes en toda mi existencia ha sido para dar vida a los esbirros de Hera, bajo sus órdenes. Nunca lo he usado para sanar, pero sé que puedo hacerlo, al menos un poco. Al menos lo suficiente...

Por eso me inclino hacia delante, cogiendo su rostro entre mis manos, y cierro mis ojos con fuerza. Nuestros labios se tocan y yo sello su boca con la mía. Siento su dolor, su cuerpo demasiado cerca. Sabe a sangre, a

desesperación. No tomo su sufrimiento. No se lo extirpo, porque no puedo hacer tal cosa. Simplemente trato de aliviarlo. Trato de cubrirlo, de ocultarlo.

Le ofrezco lo único que tengo: Vida.

A través de los párpados cerrados, noto el brillo dorado de mi poder bañándola. También siento cómo me vacío un poco, como si se hubiera quedado con una parte de mí. Es un instante, solo un momento, antes de sentir el calor en sus labios, en la muñeca que aún sujeto, pero que dejo ir al mismo tiempo que me echo hacia atrás. Me limpio la boca con los dedos. Noto su respiración calmándose, el largo suspiro que suena a alivio y a algo

de incomprensión. Sus heridas se han cerrado, y cuando sus ojos se abren parece desorientada. Ya no tiembla, aunque sus dedos siguen aferrando firmemente el puñal. Aparta la vista hacia el filo dorado, como si se preguntase qué ha pretendido hacer.

—¿Asteria...? —llamo, tentativamente.

Su cuerpo se ha destensado un poco. Solo una pizca, porque no creo que ni siquiera mi poder pueda librarla de todo el sufrimiento del Universo.

—Estoy... mejor. —Su susurro es apenas más alto que su respiración.

No sé cómo identificar la mirada que me lanza. No sé si es

agradecimiento o que está impresionada. Entumecido, con la piel tirante por mi curación, me pongo en pie. Le tiendo la mano, aunque no espero que la acepte.

—Tenemos que movernos rápido. La luna no tardará mucho en ponerse.

Y mi solución no durará para siempre. La Vida no es rival contra el Dolor. Nunca puede eliminarlo del todo. Estoy seguro de que volverá, y puede que incluso más fuerte que antes.

Me pregunto si conseguiremos llegar juntos al centro del laberinto.

Me pregunto cuánto falta para alcanzarlo y si nos saldrán más obstáculos al camino.

Asteria posa sus dedos sobre mi



antebrazo y se agarra bien, para mi sorpresa. Yo tiro de ella. Se tambalea un poco aún, así que soy yo el que se agacha para coger su espada. No se la doy. En su lugar, con paso torpe y preguntándome por qué los guerreros parecen moverse con tanta ligereza aun con lo que pesa el metal, doy un par de vacilantes pasos, arrastrándola tras de mí por el suelo. Mi acompañante ni siquiera protesta.

Deambulamos por el laberinto por lo que se me antojan horas, supongo que avanzando hacia el centro, pero no muy seguro de ello. Las hojas de las enredaderas siguen brillando, pero el palpito de energía que desprenden no es

tan potente. Un silencio pesado se instala sobre el lugar, como si la naturaleza a nuestro alrededor supiera que uno de los hijos de Eris ha muerto. Ya no somos víctimas que intimidar: ahora somos una amenaza. Asteria camina a mi lado, en un silencio sepulcral. No sé en qué momento empieza a dolerle el cuerpo, porque no se queja, pero al cabo de un tiempo me fijo en que ha empezado a sudar y aprieta los dientes. Trato de ofrecerle ayuda, cogerla del brazo, pero ella se aparta y elige el camino a seguir en la siguiente bifurcación. No me quejo, aunque quiero hacer algo por ella. Parece ausente, y en un par de ocasiones

me pregunto si es consciente de lo que ocurre a su alrededor. De dónde está o con quién. De qué está buscando.

Finalmente, al girar tras un gran pasillo recto llegamos a un patio de columnas blancas. Me quedo sin respiración. Asteria se detiene. Yo hago lo mismo, un par de pasos más adelante, cuando la veo.

La estatua que un día fue Eris.

Parece de mármol blanco y, si hubiera estado en otro lugar, todo el mundo habría halagado a la diosa como si la hubieran esculpido los mismos dioses. Yo, por supuesto, sé que así es. La mujer tiene el pelo largo, en suaves ondas que caen sobre sus hombros y

descienden también sobre su pecho. Tiene una mano abierta, con la palma hacia afuera, levantada como para escudarse de un viento o una luz demasiado fuertes. Su cara, girada hacia un lado, provoca que parezca que me está mirando, aunque sus ojos son piedra vacía.

Pero no por mucho tiempo más.



Suelto la espada que todavía conservaba en la mano y avanzo. La figura está sobre un pedestal, en el centro de una fuente de agua que en algún momento fue limpia, pero que

ahora está estancada, verduzca y con hojas de enredadera por toda su superficie. No dudo cuando meto los pies dentro. El fondo está resbaladizo de musgo, pero camino con cuidado y pronto la alcanzo. No puedo apartar la vista de ella. No puedo pensar en nada que no sea ella. Me agarro a su cintura, que queda a la altura de mi rostro, y trato de escalar hasta el pedestal; me lleva varios torpes intentos, pero finalmente mis pies tocan los suyos. En precario equilibrio, pues no tengo demasiado sitio para moverme, me pongo de puntillas. Es más alta que yo, definitivamente más imponente, y por eso y la subida me quedo sin aliento un

instante, simplemente observándola.  
¿Cuánto tiempo llevo deseando  
conocerla? ¿Cuánto queriendo liberarla?  
¿Cuánto intentando liberarme?

Y ahora, por fin, mis deseos se harán  
realidad.

Ahora, por fin, una diosa escuchará  
mis plegarias.

Mis labios encuentran la piedra fría  
e insuflan vida en el cuerpo que hay  
debajo. Después, aguantando la  
respiración, doy el salto que me separa  
del fondo de la fuente.

Espero.

Hay un temblor a nuestro alrededor  
que hace que me tambalee. La primera  
grieta surge en sus labios y se ramifica

por sus mejillas. Por su cuello. Por su cuerpo entero. Pero, aunque pensé que se quedaría ahí, no lo hace: las grietas se extienden hasta el altar y por toda la fuente. Corren por la tierra, que parece crujir, quejarse, despertar. Es el sonido del Caos, y por un segundo eso hace que me plantee qué estoy despertando. Cuando sigo con la vista lo que ocurre a nuestro alrededor casi siento miedo. Asteria se protege como puede mientras las columnas se quiebran a su alrededor y las plantas tras ella se retuercen. Las enredaderas que formaban las paredes empiezan a crecer sin control y amenazan con sepultar todo el laberinto en luz y hojas doradas, aunque a



nosotros, por suerte, no se acercan. Los árboles crujen y se estiran, desperezándose del letargo que los ha tenido contenidos. Veo un par de troncos cediendo e inclinándose bajo el peso de sus ramas, como ancianos de columna retorcida. La vida pulsa a nuestro alrededor, y la superficie de la fuente en la que estoy se riza como si el mismo suelo se estremeciese ante el resurgir del poder de Eris. Escucho gritos lejanos y me pregunto si los que jalean son los hermanos con los que no nos hemos encontrado, quizá preparándose para huir de la cárcel que comienza a romperse, porque la diosa a la que tenía que contener ha despertado.

El Caos ha vuelto al mundo.

Un trozo de mármol cae justo a mi lado. Es eso lo que me hace devolver la atención a la diosa que emerge de su letargo. Allí donde antes solo había piedra ahora se descubre piel, cuando los dedos se mueven y más mármol se resquebraja. Sus cabellos, cuando se muestran con un movimiento de su cabeza, son cobrizos. Un párpado se abre y un iris castaño se dibuja debajo, y una pupila me enfoca. Su pecho se expande, haciendo caer más piedra al agua, y coge su primera bocanada de aire desde hace décadas.

Eris, grandiosa y más viva que nunca, todavía sobre su pedestal, se

sacude la ropa y el pelo, dejando caer los últimos vestigios de la cárcel que los dioses le impusieron. Una sonrisa se extiende por sus labios cuando estira el cuello y se desentumece. Cuando me observa, con fijeza, yo entreabro los labios, pero no sé exactamente qué decir. La cabeza aún me da vueltas, como si se negara a aceptar el milagro que acaba de desarrollarse ante mis ojos.

Es real. Es real y la he salvado. Me he atrevido. He cruzado ese laberinto maldito. He desafiado a todo el Mundo Superior.

—¿Quién me ha liberado...?

Mi madre no sabe quién soy, pero

¿cómo iba a hacerlo? La última vez que me vio yo era un bebé. Ni siquiera fue ella quien me dio un nombre. Cojo aire y ella entrecierra los párpados. Se agacha y extiende su mano hacia mí. Trago saliva, pero la cojo. Ella, despreocupada, me usa de soporte para saltar de la plataforma.

—Soy... soy Orión... Soy...

—Mi hijo —completa ella—. Mi último hijo.

Trago saliva, pero asiento. Supongo que lo siente. Supongo que puede reconocernos, igual que todos los dioses nos reconocemos entre nosotros. O quizá solo lo sepa porque mi nombre es el único que no estaba en el panteón antes

de que la convirtiesen.

Quiero decirle muchas cosas, pero ella me hace callar de la manera más sencilla. Solo tiene que coger mi cara entre sus dedos. Me acaricia la barbilla, obligándome a mirar en sus ojos, y ladea la cabeza. Incluso en la noche, brilla como una estrella.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué me has liberado?

Supongo que le sorprende, o quizá solo esté preguntándome por mi objetivo, porque nadie espera que los dioses se ayuden entre sí si no van a conseguir algo a cambio. Nadie espera que nos fijemos en algo tan frágil como los lazos de sangre para elegir a

nuestros aliados. Y tiene razón: no estoy aquí solo porque sea mi madre, pese a que me alegra conocerla. Pese a que, ahora que la veo, pienso que estoy un poco menos solo en este mundo.

—Hera... Hera me esclavizó después de que te condenasen. Estoy... Estoy cansado.

—Hera... —repite Eris, con una cadencia que hace que me estremezca. Paladea, mirándome, y entonces hay una sonrisa que hace que quiera retroceder. Es solo un instante que me hace preguntarme si he hecho lo correcto—. Así que esa mujer eligió mi condena... y después la tuya. La tuya, mi pobre inocente... Debe pagar. —El brillo en

sus ojos parece peligroso y no me atrevo a replicar, pese a que de pronto no dejo de pensar en lo enfadada que debe de estar con el Mundo Superior. En la venganza que desea—. Vámonos de aquí.

Doy un paso hacia atrás, solo para enseñarle el brazalete que he guardado hasta ahora en la bolsita de cuero. El tercero y último. Ella lo coge y supongo que eso sí lo reconoce, porque casi parece orgullosa de que me haya adelantado a sus pensamientos mientras se lo pone.

—En realidad, hay un par de cosas que tengo que...

Me detengo, el resto de la frase en el

aire, y me giro hacia Asteria. Todo mi cuerpo se tensa cuando veo que ha caído de rodillas. Pálida. Dolorida. Antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, me encuentro corriendo hacia ella. Resbalo, con los pies mojados, hasta donde se encuentra y me agacho a su lado. Tiene los dientes apretados. Su respiración es silbante.

—Llévame ante el Emperador... — me ordena, más que rogarme—. Tengo que... —Empieza a temblar—. Tengo que liberarlas...

¿Liberarlas? ¿Ahora? No está en condiciones de liberar a nadie. Sus heridas han vuelto a abrirse. Si no la mata el dolor, morirá desangrada o



acabará volviéndose loca y apuñalándose a sí misma. Trago saliva, pero la hago apoyar contra mí, pese al asco. He visto tanta sangre hoy, y tengo tanta en la ropa y en la piel, tanto mía como de ella, que ya no importa un poco más. Ahora, de hecho, solo me importa ayudarla. Por eso busco sus labios una vez más. Esta vez, sin embargo, ni siquiera mi poder parece ser tan efectivo como antes: aunque sus cicatrices se vuelven a cerrar y consigo mantenerla consciente, el dolor tira más fuerte de ella. La ayudo a ponerse en pie, pero tengo que cargar con la mayor parte de su peso.

¿Cuánto puede aguantar en este

estado? No mucho, estoy seguro...

—Te llevaremos con nosotros —decido. Es la única solución que veo factible. Desde luego, no voy a llevarla ante el Emperador para que muera en el intento. Miro al este, y sé que lo es porque es en ese punto donde el cielo empieza a empalidecer. La luna se ha ido.

Cuando vuelvo la vista a la fuente veo que Eris ha salido del agua y nos mira, sin expresión. No puedo saber qué se le pasa por la cabeza.

—Atenea es nuestra aliada en esto, y sabrá qué hacer. Los poderes de Algos son demasiado para ella —le explico—. Su don...

—¿Algos? —Mi madre entorna los ojos.

Quizá no sea la mejor de las ideas decirle que mi compañera ha matado a uno de sus hijos. Trato de no trabarme con mis palabras.

—Asteria me ha salvado. Todos tus hijos están de parte de Hera ahora y han estado guardándote estos años, impidiendo que nadie te liberase, porque eran órdenes de nuestra reina.

Asteria no parece estar escuchándome cuando habla y me interrumpe:

—¿Qué vais a hacer conmigo?

Me preocupa que lo pregunte. Me preocupa que no exija que cumpla mi

parte del trato inmediatamente, pero también me alivia, porque si lo hiciera el juramento me impediría negarme. Juré proteger sus intereses, junto con ella, aunque hacer las dos cosas mientras está en este estado parece imposible. Su voz es débil. La noto adormilada, como si no estuviese segura de dónde está o con quién.

—Te prometo que vas a estar bien —le digo. Intento sonar convincente, aunque no sé si lo logro—. Pero tu cuerpo no puede más. Hay un máximo de dolor que un mortal puede soportar antes de simplemente... romperse.

No creo que comprenda lo que quiero decir, porque parece confusa y

aterrada. Creo que va a decir algo, pero entonces grita y se inclina sobre sí misma. De nuevo hay heridas que se reabren: varias en su rostro, una en su vientre. No puede preguntar nada más. Lo único que hace entonces es jadear y suplicar:

—Lo que sea. Lo que sea, pero que se detenga... Por favor, haz que pare...

Aprieta los párpados y se permite apoyar todo su peso sobre mí. No es una buena idea, porque me tambaleo. Caería, de hecho, si no fuera porque Eris me ayuda a mantenerme en pie. Su mano busca la mía, para mi sorpresa. Asiente, mirándome, y yo hago otro tanto.

Lo que Asteria no ha entendido es

que un cuerpo mortal no puede hacer frente al dolor. Pero uno divino está condenado a hacerlo hasta el fin de los tiempos.



## CANTO III

# LA IRA DE HERA

*Habladme, astros, de cómo temblasteis  
ante el grito de Hera,  
de cómo las estrellas se escondieron  
presurosas,  
de cómo la Luna suplicó desaparecer  
antes de tiempo,  
de cómo el Sol temió salir.  
Habladme de la ira de la reina de  
reinas,*

*cuando la estatua de Eris en pedazos  
de libertad se rompió  
y la traición de su esclavo descubrió.*

Hera abrió los ojos al mismo tiempo que lo hizo Eris. Todos los dioses, en realidad, sintieron el momento exacto en el que el castigo decidido tantos años atrás por los Doce fue roto. Estuvieran donde estuvieran, dormidos o despiertos, todos supieron en qué instante la diosa respiró aire puro y el Caos volvió a los Mundos.

La reina no quiso creerlo de inmediato. Había notado la desaparición de su esclavo y sabía que, de alguna manera, evadía sus ojos, que todo lo



alcanzaban. Al contrario de lo que cabría esperar, sin embargo, no le había preocupado: sabía que volvería tarde o temprano con el rabo entre las piernas, temeroso de haberse ganado un gran castigo por su pequeña escapada. Al fin y al cabo, cuando durante el día había pedido ver dónde se hallaba su cuchillo, había visto que este reposaba en el cuarto de la amazona, así que por lo menos estaba segura de que había obedecido sus demandas. Por supuesto, había pensado, Orión nunca se atrevería a desafiarla.

Pero cuando sintió que Eris volvía a existir, supo que había sido por él. Se levantó con premura de la cama y corrió

a la pila de agua en la que siempre buscaba aquello cuanto quería ver. Buscó a Orión, pero no consiguió encontrarlo. Buscó a Eris, pero tampoco respondió el agua a aquel nombre. Y finalmente buscó a la amazona, y tampoco apareció nada en sus aguas. Pero cuando quiso ver el centro del laberinto, cuando pidió solo ver *el lugar*, entonces aparecieron todos ellos: los tres, juntos... y en ese momento desaparecían de su vista. Desaparecían de su control.

Hera gritó. Gritó de rabia y enfado, gritó con los ojos encendidos, gritó con la fuerza de todos los Mundos contenida en la voz. Aquel chico la había

traicionado. Se había burlado de ella, escapando de su lado para liberar a quien nunca debió ser liberada. Le había hecho creer que estaba de su parte señalando a aquella chica, solo para ir a buscarla para sus propios intereses... Aquella chica, aquella mortal, recomendada por Artemisa.

Artemisa. Ella, por supuesto, algo habría de saber. Algo habrían de saber más dioses, pues Orión no podía haberlo hecho todo a espaldas de los demás. Por eso clamó por sus guardias, estatuas hechas de bronce y oro traídas a la vida por el propio Orión bajo sus órdenes. Por eso dio el mandato de entrar en cada una de las casas de todos los divinos. Si

alguien se negaba, la traición sería evidente.

Y cualquier traición, sobre todo hacia la gran reina, sería castigada.



# ORIÓN

Aparecemos en la calle empedrada en oro, justo delante del palacio de Atenea. Las estrellas han empezado a dejar el cielo y el amanecer es más obvio aquí, donde brilla pálido. Miro alrededor, preocupado, pero no hay nadie, así que afianzo mi agarre en torno a la cintura de Asteria y le hago un gesto a Eris para que nos siga. El mochuelo de Atenea está en una rama al lado del camino, como la última vez que estuve aquí, pero parece dormitar. En vez de desviarme

hacia el jardín circundante, sigo el camino principal hasta las puertas de entrada, que están abiertas de par en par, como si nos esperasen. Eris nos ayuda a subir los dos peldaños que nos separan de ella y los tres nos adentramos juntos en el palacio. En cuanto lo hacemos, las puertas se cierran a nuestras espaldas y yo me inclino para apoyar a Asteria en el suelo y sostenerla. Tiene los ojos cerrados, y me pregunto si duerme o está inconsciente. Desde luego, parece agotada, pálida y ojerosa. Ha perdido mucha sangre, pese a que yo intento sanarla cada vez que una nueva cicatriz vuelve a abrirse. Al menos respira, aunque de manera irregular y pesada.

Dos pares de pasos que resuenan por la estancia se acercan corriendo. Atenea y Artemisa, en sus vestidos blancos, se apresuran hacia nosotros. La diosa de la Sabiduría lleva puesta su coraza, como si esperase necesitarla; su lanza, por el contrario, no está por ninguna parte. Me mira con preocupación, y ambas se agachan junto a mí, tras mirar a Eris.

Asteria se revuelve y deja escapar un gemido. Vuelve en sí, aunque solo porque se le ha agotado la calma. Artemisa va en su ayuda. La acoge entre sus brazos y le pone la cabeza sobre su regazo, su mano en la frente. Es blanca como la luna, mucho más pálida que Asteria, que tiene la tez morena de

caminar por las montañas y de entrenar y luchar bajo el sol. Ha empezado a sangrar una vez más.

—Se muere —susurra la divinidad, buscando los ojos de Atenea. Ambas intercambian una mirada grave.

—¿Qué ha pasado, Orión?

Solo necesito esa pregunta para que los recuerdos de todo lo vivido en el laberinto vengan a mí. ¿Qué *no* ha pasado? Podríamos haber muerto entre aquellas paredes y pasar a formar parte de la colección de huesos del arco de entrada.

—Mató a Algos para salvarme. Le cortó la cabeza.

No digo nada más, porque todos



sabemos lo que está sucediendo solo con eso. Artemisa aprieta los labios hasta que se le ponen blancos. Atenea mira el rostro crispado de dolor de Asteria. Yo callo, simplemente abrazándome el estómago. Tengo que hacer algo. Trato de pensar, pero no se me ocurre nada. Siempre es así. El miedo me paraliza. Quizá sea que soy un cobarde. Quizá simplemente sea un inútil.

Quizá este no sea el mejor momento para sentir pena de ti mismo, Orión.

—Tenéis que matarla. —La voz de Eris suena tan segura que yo alzo la cabeza, sorprendido. ¿Matarla...? Ella se da cuenta de mi atención y baja la

vista para dirigirse a mí—: Antes de que muera por causas naturales. Antes de que el Dolor quede suelto por el mundo. Ni siquiera yo querría desatar ese caos, Orión.

¡Ese caos, como tantos otros, nació *de ti!*

—¡No podemos matarla! ¡Ni podemos dejar que muera! —Sacudo la cabeza con fuerza y observo a las tres diosas—. Le he hecho un juramento. Le dije que la protegería. No puedo fallarle.

No puedo fallarle a la *primera* persona que se arriesga por mí. No lo había pensado antes, pero es así. Podría haber intentado huir. Algos no le estaba

prestando atención. Podría haber probado suerte, seguir nuestras marcas de vuelta a la entrada.

Pero no lo hizo: se quedó y me ayudó. Me salvó.

Se sacrificó.

—Orión tiene razón, con juramento o sin él —media Artemisa, mirando a su compañera. Atenea observa a Asteria con ojo crítico, en silencio—. Nosotros la metimos en esto, así que nuestra es la responsabilidad. Y todavía la necesitamos. ¿Quién matará si no al Emperador? ¿Cómo piensas hacer emperatriz a tu hija, o liberar a mis amazonas, si no es con su venganza?

Sus palabras me hacen sentir

incómodo. Me hacen sentir... cruel, de pronto. Miro a la muchacha, que en cualquier momento podría desaparecer para siempre. Si muere, habrá sido por nuestra culpa. Porque la hemos usado. Incluso ahora, las diosas frente a mí solo consideran dejarla viva porque todavía puede ser útil para el plan que habíamos trazado. Me ahogo al darme cuenta de que no he sido mejor que ellas, arrastrándola a ese laberinto solo para conseguir lo que quería, y solo ahora que lo he logrado, que Eris está aquí de nuevo, me doy cuenta de qué he hecho.

Finalmente, Atenea suspira y asiente. Sé que está pensando justo lo que yo esperaba: que tenemos que convertirla.

Tenemos que hacer que su cuerpo acepte al Dolor y que su mente sea capaz de controlarlo. Y no hay espíritu más fuerte que el de un dios. No hay cuerpo más resistente que el de un inmortal.

Un cáliz dorado aparece en la mano de la diosa con un único movimiento. Sé lo que contiene, porque hasta mí llega el olor afrutado, dulce y espeso: ambrosía, la bebida de los dioses.

La clave de la salvación de Asteria.

—Rápido, dale a beber tanto como puedas.

Artemisa, ahora manchada por completo de rojo por la sangre de Asteria, toma el recipiente en una mano mientras aprieta la otra contra el rostro

de la amazona. Le obliga a abrir un poco los labios, y parece que ella deja escapar un gemido bajo. Sin embargo, cuando el metal toca su boca la veo sorber con avidez. Dudo que sepa qué está haciendo en realidad, pero quizá crea que se trata de una medicina. Quizá simplemente tenga mucha sed. Aun así, no abre los ojos. Un líquido de un dorado traslúcido gotea hasta su barbilla, pero debe de haberse bebido más de la mitad del brebaje sin dificultad.

Cuando acaba, Asteria parece dormir plácidamente. No hay luces ni cambios aparentes en su cuerpo, aparte de que sus heridas se estén empezando a

cerrar. Ya no sangra. Mis sentidos, en cambio, me dicen que algo sí se ha alterado en ella: una energía cálida, dorada, brillante como el propio sol... Vida. Sin ni siquiera haber muerto, Asteria vuelve a la vida, a medida que su corazón empieza a latir con más fuerza. El ritmo errático de su respiración se calma. Su rostro mismo recupera el color poco a poco. Es un proceso lento pero fascinante.



—Estará fuera de combate un par de días, me temo —susurra Atenea.

Doy un respingo.

—¿Un par de días? ¡No tenemos un par de días! Tiene que volver al Mundo



Medio. —Aprieto los labios, preocupado—. Si alguien se da cuenta de que falta, el Emperador no tendrá ningún tipo de piedad con las otras amazonas. Si ya las mata cuando cumple sus órdenes...

Los golpes en las puertas me interrumpen bruscamente. Todos alzamos la vista. Todos aguantamos la respiración. Tememos el momento en el que el silencio que ha seguido a los golpes se convierta en el precedente de una voz:

—¡¡Por orden de la reina, dejen paso a la guardia!!

Hera. Hera está aquí. Viene a por nosotros. O al menos ha mandado a los

soldados tras nosotros.

—Marchaos. —Artemisa me obliga a sujetar a Asteria y yo la aprieto contra mí inconscientemente. La cabeza me da vueltas—. Hera os buscará hasta en el fin del mundo, así que tened cuidado.

—Pero yo...

—¡Rápido!

—¡Si os encuentran aquí, estamos *todos* perdidos! —sisea Atenea. Sus ojos, al ver que yo no reacciono, buscan los de Eris—. No hagas que nos arrepintamos de esto.

Mi madre me agarra del hombro y yo solo puedo abrazar a Asteria con más fuerza.

Hay más golpes en la puerta y un

aviso de que van a entrar por la fuerza.  
Artemisa y Atenea nos miran con  
ansiedad.

Cuando la puerta se abre, nosotros  
ya no estamos allí.

# ASTERIA

Me despierto con el grito.

O, mejor dicho, con los gritos.

Abro los ojos de sopetón y me incorporo rápidamente, cogiendo una bocanada de aire que mis pulmones reclaman con urgencia. Y de nuevo, más gritos. Un millar de gritos. Un millar de súplicas. Un millar de voces.

Todas en mi cabeza.

Aúllan. Hablan. Piden. Hay odio. Hay sufrimiento. Hay dolor.

Y yo voy a volverme loca.

Me uno a ellas con un alarido, llevándome las manos a los cabellos. Aprieto los párpados. ¿Qué está pasando? ¿De dónde vienen esas voces? *Mátalo. Sufre. Quema. Duele. Basta. Por favor, que se acabe. Muérete. Quiero morir. No quiero morir. Basta. Duele demasiado. Basta.*

*MUÉRETE.*

*SUFRE.*

Basta.

*NO QUIERO SUFRIR MÁS.*

*HAZ QUE SE ACABE.*

BASTA.

—¡¡Asteria!!

Alguien coge mis muñecas y me obliga a apartar las manos de mi cabeza.

Me hace volver a la realidad. Orión está ante mí, con los ojos muy abiertos, mirándome con algo parecido a la preocupación. Pero no puedo prestarle atención, porque las voces siguen ahí, en algún punto indeterminado de mi cabeza, pidiéndome muerte y salvación al mismo tiempo. Y cada vez suenan más alto, más seguras...

*Córtalo en pedazos. Hazlo sufrir. Que conozca la desesperación.*

*Por favor, que se acabe. No puedo soportar tanto dolor. No quiero vivir así.*

Me encojo sobre mí misma de nuevo, la angustia creciendo en mi pecho, la ansiedad obligándome a coger

aire con desesperación. Me ahogo. Me ahogo en sus palabras, en sus súplicas, en todas esas voces que no conozco y que al mismo parecen formar parte de un único murmullo. No quiero escucharlas. ¿Me he vuelto loca? ¿Es eso?

—Tranquila. Mírame. —Las manos de Orión me toman el rostro, y yo ni siquiera soy capaz de decirle que no me toque. No sé qué está pasando. No entiendo nada. Por eso lo observo, como me pide, intentando respirar, pero sin ser capaz de hacerlo. No sabe todo lo que oigo—. Concéntrate en mi voz. Concéntrate en lo que te rodea. Así no las escucharás, casi. Solo tienes... que cerrarte a ellas. Puedes hacerlo.

No, no puedo. Él no lo entiende. No sabe todo lo que dicen. Mis manos aprietan las suyas y pronto estoy cerrando de nuevo los ojos, en un intento de que se detengan. No soy capaz. No puedo concentrarme en nada más que esas voces que me acosan, que piden ayuda, que piden sufrimiento. No sé cómo hacer que paren, pero quiero que se detengan. Ya. YA. Por favor, por favor, no quiero oírlas...

*Haz que acabe.* ESO QUIERO.

—Asteria. —Cuando separo los párpados, su mirada está sobre la mía, insistente—. Mírame. Solo mírame. Puedes no escucharlas. —No, no puedo—. Tienes poder sobre ellas. Eres más



poderosa que ellas. Ya lo has hecho antes. Estás... rodeada de ruido todo el tiempo, en la arena. Pero puedes concentrarte en la lucha como si no existiera nada más, ¿verdad? Esto es lo mismo. Piensa en cómo lo haces entonces, en cómo ahogas los gritos, en cómo puedes concentrarte...

No es igual. Las voces en el anfiteatro me rodean, sí, y puede que incluso se parezcan a las que asolan mi cabeza, porque ellas también quieren ver muerte, también quieren ver dolor. Pero solo están allí, como un eco de fondo que no puede tocarme. Esto, sin embargo, está *dentro* de mí. Está en todas las paredes de mi mente y ni

siquiera me permite pensar con claridad. Me martillea de manera constante, una y otra vez...

Pero lo intento. Lo intento solo porque Orión no me deja escapar. Me mantiene cerca, obligándome a mirarlo, a ver en sus ojos, que son castaños, pero parecen motearse de dorado también. Me estremezco y trato de pensar. Cuando quiero calmarme pienso en los bosques que antes poblábamos. Pienso en el sonido de las risas al mezclarse con el arrullo del agua, en los crujidos de los animales al corretear, huyendo o acercándose. En los cantos de las ninfas cuando se decidían a aparecer, en el sonido del viento susurrándonos, e

incluso en el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas. Me concentro en ese último. Me gusta la lluvia... Me gusta cuando es furiosa y parece sonar como un ejército desfilando a un tiempo, pero también me gusta cómo suenan las últimas gotas, cuando la tormenta amaina y deja tras de sí la calma que solo viene tras la más profunda tempestad. Qué tranquilo es ese sonido...

Las voces se apartan entonces. No completamente, porque siguen en mi cabeza, en algún lugar, pero ahora son solo un murmullo, molesto e incesante pero soportable. Ya no son gritos.

Confusa, alzo la vista hacia Orión,

que suspira y se aparta de mí. Sus manos caen de mi rostro.

—¿Qué me está pasando? — pregunto en un susurro que me sale a duras penas.

Orión deja de mirarme, lo que no augura nada bueno. Abre la boca y la cierra, dudando, y yo me aparto un poco más de él. Algo no va bien. Recuerdo el dolor. Recuerdo mis heridas abiertas. Estudio mi cuerpo. Ya no me duele nada, y todas mis cicatrices vuelven a estar cerradas. Ha conseguido quitarme el dolor... Entonces ¿qué ocurre?

—Las voces son... parte de tu poder, ahora. Escuchas a la gente que siente dolor y que te pide que acabes

con él. A la gente que desea infligirles dolor a los demás. Todos escuchamos las plegarias dirigidas a nosotros, pero... normalmente ya estamos acostumbrados. Nacemos con ese don. Tú, en cambio...

Deja la frase en el aire, pero eso es suficiente. No necesito nada más para volver a perder el aire que estaba empezando a atesorar. Sé lo que quiere decirme, pero simplemente no puede ser. Solo en ese momento empiezo a fijarme en lo que nos rodea: alguien me ha tumbado en el suelo, sobre un montón de paja, y a nuestro alrededor únicamente hay escombros. Estamos en algún lugar derruido, algo que se asemeja a un

templo por la disposición de la sala, por las columnas rotas, por un altar lejano al fondo. Pero yo no estoy buscando eso. Yo necesito un arma. Un arma, de inmediato... Pero no la encuentro. Por eso hago lo único que se me ocurre: mis uñas se clavan en la piel y empiezan a arañar, con fuerza. Con desesperación. Porque no puede ser. Mi sangre es roja. Mi sangre...

—¡¡Asteria, para!!

Orión reacciona rápido, cogiéndome de la mano, pero para entonces mi piel, que empezaba a levantarse..., ya se está curando.

No es posible.

Yo soy mortal.

*Soy mortal.*

Alzo la vista con los ojos muy abiertos al chico que me observa. Que traga saliva y baja la mirada a mi muñeca, que todavía sostiene. Yo no me veo con fuerzas para separarlo. Estoy paralizada. Las voces en mi cabeza parecen haber desaparecido, porque hay una única idea ocupando mi mente.

Es posible.

Soy una diosa.

—Escucha, Asteria... Era esto o la muerte, ¿comprendes? Y yo te juré que no morirías. No podíamos dejarte morir, tampoco. Y si tu cuerpo hubiese cedido al dolor, si hubieras seguido así unos minutos más..., el Mundo Medio habría

sufrido las consecuencias entonces.

No sé de qué me está hablando. Es como si de pronto hablase otro idioma, o acaso yo hubiera olvidado el significado de todas las palabras que pronuncia. El Mundo Medio... Entonces una idea más importante cruza mi cabeza. Una idea que hace que, esta vez sí, preste atención a mi alrededor. No al lugar, que no me interesa. Fuera.

Al sol.

Palidezco y me giro hacia Orión con renovadas energías. Es de día.

—¿Dónde estamos? ¿Cuánto tiempo ha pasado? —Me levanto, apresuradamente. Demasiado apresuradamente. Mis piernas flaquean y



Orión me encuentra entre sus brazos para sostenerme, pero yo solo me agarro a sus hombros para mirarlo—. ¡Tengo que volver!

—Has... Has estado inconsciente dos días. Hemos intentado despertarte, pero... tu cuerpo tenía que adaptarse a su... nueva condición.

¿Dos días? No puede ser. El miedo se me agarra al pecho con tanta fuerza que me echo a temblar. Clavo las uñas sobre la piel del dios, que hace un mohín, pero no protesta. Me mira con lástima, pero yo no quiero su lástima. Yo quiero explicaciones. Quiero regresar.

—Mis hermanas. ¿Están bien? ¿Has ido a verlas? Tengo que volver. Tengo

que regresar de inmediato. ¡Llévame ante el Emperador! ¡Ya!

El dios coge aire.

—Tus hermanas siguen en la escuela, nadie ha hecho nada contra ellas... Eris las vigila. Estás muy débil, Asteria. Apenas puedes mantenerte en pie sin ayuda. No puedes...

—¡¡He dicho que lo hagas!! —  
estallo.

—Así que ha despertado.

Levantamos la vista a un tiempo para observar a la mujer que traspasa la puerta, desencajada de sus goznes. Es hermosa. Cuando salió de la estatua apenas pude ser consciente de su perfección, pero ahora que el dolor no

me está matando puedo fijarme en la seguridad con la que se mueve, en la manera en que cada una de las curvas de su cuerpo parece formar un todo perfecto. Eris fija sus ojos en mí, y me doy cuenta de que son iguales que los de su hijo. En sus brazos tiene un cesto con fruta fresca.

Mi primer pensamiento es que debería odiarme. Que he matado a un hijo suyo. Que me he quedado con su poder. El segundo, que no lo hace. No hay rabia, no hay enfado. Solo una total... indiferencia.

—¿Hay noticias?

—De arriba, no —dice Eris, encogiéndose de hombros—. Atenea y

Artemisa consiguieron disimular y no tienen manera de probar que están de nuestra parte, aunque Hera sospecha. De aquí..., sí, sí hay noticias. —Sus ojos vuelven a mirarme y yo me estremezco. Cuando los ojos del Caos te señalan, puedes estar convencida de que nada bueno va a ocurrir—. El Emperador ha hecho un llamamiento para que aparezcas en el anfiteatro antes de hoy al mediodía.

Cojo aire y me separo de Orión. Esta vez puedo mantenerme en pie, aunque siento todo el cuerpo agarrotado.

—Mis armas.

—Asteria —me llama el dios. Me sorprende ver que sus ojos brillan con

preocupación sincera. Supongo que se siente agradecido por librarle de Algos, pero era el trato—. Por favor, razona.

—Dijiste que cubrirías mis intereses.

Orión hace un mohín de disgusto, como si supiera que es cierto. Que, aunque quiera, no puede negarse de verdad, si esto es lo que realmente quiero. Y lo es.

—Es obvio que es una trampa — advierte Eris.

¿Cree que no lo sé? He estado dos días fuera. Querrá castigarme.

—¡Por supuesto que es una trampa! Y velar por tus intereses es velar por que sigas viva. Estará esperándote con

mil soldados y arqueros y...

—Y amazonas.

Orión y yo nos giramos hacia la diosa de la Discordia, que me observa encogiéndose de hombros. Siento que me mareo, aunque creo que esta vez no tiene nada que ver con el hecho de que mi cuerpo esté adaptándose a la divinidad.

—¿Qué?

—Tiene a las amazonas. Las hará luchar entre ellas si Asteria no está allí antes del mediodía. Si no aparece, ha prometido ofrecer un espectáculo como nunca antes se ha visto.

Si no aparezco, las matará. A todas.  
Miro al dios, apretando los labios.

—He de ir. Hacedme desaparecer. O enseñadme cómo hacerlo. Lo que sea, pero tengo que ir.

Encuentro mi espada y el puñal dorado apoyados contra la pared, junto con mi coraza y el resto de protecciones, que ni siquiera me molesto en ponerme. En el anfiteatro se lucha con el pecho descubierto, porque a nadie le importan tus heridas. Quieren verte sangrar.

—Iré contigo.

Me giro hacia Orión como un resorte. Envaino mi espada.

—¿Disculpa?

—Iré contigo. Te hice una promesa: te dije que te protegería, y eso voy a hacer.

—Orión... —advierete Eris.

—No, madre. —El dios mira a la mujer, que alza las cejas por la interrupción—. Lo que le pase a Asteria será responsabilidad mía: nunca habría llegado tarde si yo no la hubiera sacado de allí en primer lugar. Y he hecho un juramento. —Los ojos del muchacho se vuelven hacia mí—. En este momento, por muy inmortal que seas... eres vulnerable. Y si daña a alguna de tus hermanas..., yo podré salvarla.

El dios de la Vida está de mi parte para revivir a todas las que puedan caer. Bien, esa es una ayuda que no pienso rechazar, por eso cojo aire y asiento. Entonces tengo una idea mejor: con su



poder, podemos hacer esto mucho más rápido. Me verá todo el mundo, sí, pero es preferible a arrastrarme ante el Emperador una vez más, sin poder saber qué será lo siguiente que haga o qué palabra incumplirá.

—Aparezcamos ante él. ¿Puedes hacer eso? Justo ante él. Lo mataré. Él no espera eso. No sabe que tengo tu apoyo o el del resto de diosas, después de todo. No sabe que... yo misma lo soy, ahora.

El dios asiente y me tiende la mano. Sus ojos, sin embargo, van hacia su madre, que nos observa con desinterés. Entrecierro los párpados. No me gusta. No me gusta Eris, ni su calma. No

parece el Caos, y quizá eso sea lo peor: que el caos puede estallar en medio de la tranquilidad más absoluta. Es impredecible.

—Nada de tonterías, Eris. Quédate aquí.

—Eso debería decirlo yo —protesta la diosa, enarcando una ceja—. Eres mi hijo, no al revés. Y no deberías ir.

Él no le hace caso.

—Nada de caos, Eris. Hemos hablado de ello.

La diosa chasquea la lengua con disgusto, pero no dice nada. Entre sus dedos ha tomado una manzana y le da un mordisco. Por alguna razón, me parece un mal augurio.

Desaparecemos.



Todo empieza a ir mal desde el momento en el que nos hacemos corpóreos. Desde que aparecemos..., y no lo hacemos ante el Emperador, sino en medio de la arena, con todo un anfiteatro que lanza exclamaciones de asombro. Incluso con su piel morena, Orión parece perder color.

—Orión —le llamo, sin voz—. Haz que aparezca ante él, no aquí...

Él se estremece. Me mira, con el rostro desencajado, lleno de confusión... y miedo.

—No funciona. No pue...

Y desaparece. Aunque hasta hace un instante nos tomábamos de las manos, la suya de pronto ya no está entre mis dedos. El público del anfiteatro vuelve a gritar, incrédulo, porque acaba de ser testigo de cómo una presencia divina ha traído a su campeona y se ha marchado. Solo que yo sé que no se ha ido por propia voluntad.

Trago saliva, alzando la vista alrededor. Por primera vez, me siento pequeña. Por primera vez, con toda la arena vacía ante mí y el pueblo de Élada gritando mi nombre, me siento insignificante. Era una trampa, como decía Eris. Pero no solo para mí.

—Mi querida campeona.

Jadeo. La voz suena alta y clara, proveniente del podio, y me giro hacia ella con lentitud. Quizá no esté allí si no lo miro. Quizá todo esté siendo una mala pesadilla. Pero sé que no lo es. Sé que cuando el Emperador sonrío, desde lo alto, todo es real, y que todavía no puedo ni imaginar lo que va a hacer conmigo. Cojo aire. Da lo mismo. No puede hacerme más daño del que me hizo Algos. No puede ser peor que llevar en tu cuerpo todo el dolor del mundo, con cicatrices abriéndose a cada paso.

Y no puede matarme, aunque eso no lo sepa.

—Has venido —dice el Emperador. A su alrededor, el gentío calla, aunque sigue sonando como un murmullo incesante, como las voces de mi cabeza. Intento no pensar en ellas, porque dedicarles un pensamiento es permitirles volver a ocupar mi mente—. Y antes de la hora acordada... No lo esperaba.

Sé que eso no es cierto. Siempre supo que aparecería ante él.

—Soy vuestra fiel servidora, mi señor —clamo, con los puños apretados por la rabia.

—Por supuesto. Aunque necesitas incentivos para venir, ¿no es cierto? Dinos, Asteria, ¿dónde has estado durante los dos últimos días? Al

parecer, has desaparecido de tu escuela... Allá donde acordamos que debías quedarte, ¿recuerdas?

Aprieto los dientes, pero no respondo. No creo que espere que lo haga, de todos modos. Miro alrededor, a los rostros de las gentes del Imperio, que me observan intrigadas. El murmullo se mueve como una brisa. Hablan de mí. Sopesan si realmente su campeona ha podido huir.

—Estaba preocupado, así que pregunté a las tuyas. Ninguna sabía nada, ¿lo puedes creer? Dijeron que las habías traicionado... Que habías huido por tu cuenta, harta ya de luchas.

Trago saliva. Así que Lysandra

cumplió con lo que le pedí.

—Pero eso no podía ser. ¿Os imagináis? —No se dirige a mí, sino a su pueblo—. ¡Nuestra leal Asteria, una traidora! Imposible... ¡Nuestra amazona más preciada, poniéndose por delante de su pueblo! Y, ¡ah!, efectivamente no era cierto. Al fin y al cabo, aquí está.

—¿Qué queréis de mí, Emperador? ¿Otro espectáculo? —le espeto, alzando la voz todo lo que puedo. Desenvaino la espada y el puñal, sosteniendo uno en cada mano—. Aquí me tenéis. ¿Por qué no bajáis vos mismo a luchar conmigo?

Por supuesto, sé que no lo hará. Es un cobarde y, seguramente, un inútil. Es Emperador solo porque tiene esa corona



de laurel dorado alrededor de su cabeza y es hijo de quien lo fue antes que él, pero nada sabe de batallas. Nunca se ha presentado en ninguna y nadie lo ha visto jamás con un arma en las manos. No se arriesgará, incluso si no sabe que deseo cortarle en pedazos.

—Oh, no, querida Asteria; como Emperador, es imposible que yo forme parte del espectáculo. Pero, tranquila, no te haré luchar sola hoy...

Entonces las puertas se abren. Espero bestias, un ejército acaso, incluso una hidra. Me espero cualquier cosa... excepto a las mías, que son instadas a avanzar. Todas ellas. La veintena que quedábamos. Palidezco,

incrédula. Mis hermanas miran alrededor con desconfianza, con sus pechos descubiertos y una única espada en la mano, la que hayan obtenido antes de salir. Mis ojos se encuentran con los de Lysandra, que parecen aliviados de verme, solo un segundo antes de que yo me gire hacia el Emperador.

—¡¡He venido!! ¡Has pedido que apareciese y aquí estoy! ¡Ellas deben irse! ¡Soy la única amazona que necesitas para tus espectáculos! ¡Soy tu única campeona!

—Oh, pero, Asteria, mi Amazona Roja, nuestra leyenda..., he prometido un espectáculo. Uno nunca visto. Y te adoramos, pero ¿cómo sería veros

luchar *a todas*? Me gustaría haceros luchar entre vosotras, pero sé que de nada servirá: nunca mataríais a una de las vuestras, ¿verdad, Asteria?

Cojo aire. Algo en su voz, en su tono, o quizá simplemente en sus palabras, parece decirme que eso es precisamente lo que he hecho hasta ahora. Matarlas. Aunque la mano ejecutora siempre fuera él, yo las dejaba marchar pensando que eran libres. Yo se las servía en bandeja de oro, para que él solo tuviera que afilar el cuchillo y devorar si así lo deseaba.

No pienso permitir que nada así vuelva a ocurrir.

Siento los pasos de mis hermanas

acercándose. Escucho sus voces, susurrando, controlando la situación.

—¡El trato por seguir luchando como tu campeona era que yo sería la única que combatiese a muerte en la arena! ¡Lo dijiste ante tu pueblo!

—Y tú dijiste que vivirías bajo mis órdenes, como una gladiadora más.

—¡Y bajo tus órdenes y como una gladiadora más aquí me presento!

—¡¡Ahora, Asteria!! Mas ¿dónde has estado estos días? ¡Hablad, Élada! ¡¿Queréis espectáculo?!

El jaleo entonces es ensordecedor. Los gritos se alzan provenientes de las gradas en una cacofonía que exige lucha y muerte, que exige sangre, como

siempre. Cuando retrocedo un paso, una mano encuentra mi espalda. Alzo la vista. Los ojos azules de Lysandra permanecen serios y serenos mientras aprieta mi piel con suavidad. Yo siento ganas de apoyarme en ella y decirle que salga huyendo, hacia donde sea. ¿Tenemos posibilidades de escapar todas juntas? Miro alrededor, llena de angustia. Por supuesto que no: las puertas están cerradas y las gradas demasiado altas como para alcanzarlas. Si al menos supiera desaparecer, si al menos supiera usar los poderes que me han dado... Pero no sé. Puede que ahora sea una diosa, pero no tengo ningún control sobre lo que puedo hacer como

tal.

—Estas amazonas siguen siendo, al fin y al cabo, mis esclavas. —Me giro hacia el Emperador de nuevo, con los dientes apretados. No somos esclavas de nadie. No vivimos bajo las órdenes de nadie—. Pues bien. Que luchen por su libertad. ¡Esa es mi generosidad! Os ofrezco la libertad a todas... si sois capaces de vencer a lo que os enfrente. Las grandes amazonas, todopoderosas, capaces de vencer a cualquier armada de hombres, luchando todas a una, como la gran familia que decís ser..., ¿os atrevéis a exhibir vuestro poder? ¿Vuestra fuerza? Mostrádselo a todo el Imperio y os daré la libertad.

No. Es mentira. Nunca ha liberado a ninguna de las mías. No lo hará ahora. Y, sin embargo, ya lo ha dicho, y siento a las amazonas detrás de mí murmurar. Lysandra misma, a mi lado, coge aire. Yo me giro hacia ellas, con el rostro desencajado.

—Está mintiendo. No lo creáis. No nos concederá la libertad. Nunca lo ha hecho.

Lysandra entrecierra los ojos.

—¿Qué?

Decir esta verdad es lo más duro que he hecho en mi vida. Más que todas las luchas. Más que ver mil cadáveres amontonados bajo mi espada.

—Las mata. Las ha matado a todas.

—Intento respirar hondo, pero la ansiedad me carcome. Veo rostros de confusión, de inquietud, pero sobre todo rostros que van llenándose de ira, esa ira que yo tan bien conozco—. No nos concederá la libertad. Ni siquiera sabemos qué puede salir de ahí.

—¿Nos ha estado engañando?

—No tenemos otra opción.

—Debemos luchar.

—¿Ese cabrón ha estado jugando con nosotras?

—¿Era eso lo que ocurría? —  
Lysandra me mira, la comprensión en sus ojos entrecerrados—. Por eso querías matarlo. Lo descubriste.

Sí, pero es obvio que no lo he



conseguido. Y ahora aquí están todas, enredadas en un juego del que quizá no puedan escapar. Cleta gruñe, Helena tiembla, Hipólita aprieta su espada, Circe parece a punto de echarse a llorar.

Ninguna de ellas, sin embargo, me culpa por lo sucedido, aunque yo espero sus reproches.

—Lo lamento —comienzo, apretando los dientes—. Nunca supe...

—¡¡Amazonas!! —reclama la voz del Emperador. Todas nos giramos hacia él. Yo siento la ira bullendo ardiente, junto con la culpabilidad y el rencor. Ojalá supiera usar el poder de Algos. Ojalá pudiera cortar y abrir cicatrices en la distancia, como hizo el difunto

dios conmigo—. ¿Qué tenéis que pensaros, ante el trato beneficioso que os ofrezco? ¿Sois acaso unas cobardes?

La palabra resuena entre las mías como la peor ofensa que se nos podría haber hecho, y eso mismo es. Escucho la voz grave de Electra repetir su pregunta como si le diese arcadas; Ismene se echa hacia delante con rabia, aunque Aracne la sostiene como si sus brazos fuesen una red capaz de salvarla de la locura.

Lysandra se gira hacia mí, mientras mi angustia crece. Sé que van a aceptar este reto incluso antes de que mi amiga tire de mi brazo hacia sí.

—Podemos luchar —me dice, con el rostro serio. Una caricia tierna baja por

mi brazo—. Si vencemos, ni siquiera el Emperador se atreverá a negar sus propias palabras ante su pueblo.

—No puedes estar segura. Ni siquiera puedes saber, si eso es cierto, cuántas sobrevivirán. No sabes...

—Sé que somos amazonas, Asteria —me corta. Sus ojos siempre me recuerdan al pedazo de cielo que nos pertenecía en nuestro poblado y que observábamos subidas a los árboles—. Sé que no somos cobardes. Sé que no estamos hechas para escondernos. Y sé que no hay ningún honor en arrodillarse ante un tirano. Sé que nuestro futuro nos pertenece, y si ese futuro ha de ser la muerte, sea, pero, primero, lucharemos.

Ya has peleado suficiente por nosotras. Ahora es nuestro tiempo, y no agacharemos la cabeza.

Ella no lo entiende. No puedo arriesgarme. Son lo único que tengo. Son lo único que tiene sentido para mí. Las miro a todas, pero el resto solo asienten, de acuerdo con las palabras de Lysandra, que toma mi rostro.

—Honor y sangre, Asteria.

—¡¡Honor y sangre!!

Desde la más veterana a la más joven, todas gritan nuestro lema, y yo sé que no hay nada que pueda hacer para convencerlas de que es una locura.

Y el Emperador las ha escuchado.

—Asteria —me llama. Con el

cuerpo entumecido, me giro apenas hacia él, la mandíbula tensa y los puños apretados—. Parece que tus hermanas han decidido. ¿Lo has hecho tú, o dejarás que sean ellas quienes te protejan esta vez?

Lysandra da un paso hacia delante, dispuesta a decir que será eso lo que suceda, pero yo la cojo del brazo para detenerla. Compartimos solo una mirada. Un único instante, que es más que suficiente. Después me centro en la figura del Emperador, que sonrío. Sabe mi respuesta incluso antes de que la dé:

—Lucharé.

Los vítores entonces se convierten en ensordecedores: mucho más que las

voces que me martirizaban la cabeza, mucho más que cualquier otro día. Emocionada, Élada se levanta y aplaude, y cuando su soberano da la orden de dar paso a nuestros contrincantes, nosotras nos preparamos.

Toda una armada de hombres aparece por las distintas puertas del anfiteatro. Por supuesto, no son gladiadores, sino que han de ser parte del ejército, pues todos los cuerpos están bien protegidos: al contrario que nosotras, su pecho está tapado por corazas brillantes, y de igual modo visten protecciones en los brazos y en las piernas, hasta las rodillas. Tienen escudos y armas que parecen mucho

mejores de las que les han dado a las mías; cascos cubren sus cráneos.

Y nos doblan en número.

El terror trepa por mi cuerpo, y supongo que así lo hace también por el de mis compañeras. Nos disponemos en círculo, dándonos la espalda, vigilando a los que saltarán a por nosotras en cuanto suene el cuerno que dará comienzo el combate. Hay lanzas en manos de algunos, pero la mayoría de ellos desenvainan espadas. Puedo ver cuchillos colgando de sus cinturones. Están equipados hasta los dientes, mientras que a mis hermanas solo les han dejado una espada. Una única y mísera espada.

Quieren que muramos aquí.

Pero no les daremos el gusto.

El cuerno suena. La batalla da comienzo.

Con gritos que exigen libertad, las amazonas saltamos sobre nuestros enemigos.



# ORIÓN

Una trampa. Era todo una trampa, pero no solo para Asteria, sino también para mí.

Me doy cuenta en el momento en el que, aunque visualizo en mi mente el palco del Emperador, deseando aparecer ahí, es en medio de la arena donde me veo. Y me aseguro de ello cuando, a pesar de estar con los pies anclados en el suelo, confuso y con la mano de Asteria aún en la mía, desaparezco de su lado.

Sé que no hay escapatoria posible cuando me materializo arrodillado sobre un suelo de mármol blanco sin mácula. Un suelo contra el que destaca tanto mi piel como mi andrajosa túnica. Ni siquiera me atrevo a levantar la vista, consciente de lo que me espera cuando lo haga. Porque reconocería este lugar incluso con los ojos cerrados. Porque sus pies se acercan, descalzos, mostrándose por debajo del borde de su immaculado vestido.

Aunque sopla una cálida brisa que me trae el olor dorado a verano que tan bien conozco, yo empiezo a sudar frío. Ni siquiera soy capaz de respirar ya con facilidad. Cierro los ojos y espero,

aunque no sé si aguardo el golpe, las palabras o el peso condenatorio de las cadenas.

El silencio que se instala en la habitación me hace pensar en el castigo que se avecina.

El silencio que se instala en la habitación está cargado de terror, por mí... y por Asteria. Porque prometí que la protegería. Ella me protegió. Lo que le pase será mi culpa, porque la usé. La usé como me han usado a mí toda mi vida y ahora... Ahora puede perderlo todo, y no puedo ayudarla. Sé que no supongo una diferencia en sus luchas, pero la he dejado sola ante el peligro. Trago saliva y me digo que es una diosa

ahora. Y si hay un sitio en el que pueda suplicar por su caso, pedir piedad para ella..., ese sitio es este.

—Ha sido tan fácil, Orión, que casi me siento decepcionada.

La voz de Hera parece llenarlo todo. Es el único hechizo que necesita para hacer que contenga la respiración. Para acallar incluso los latidos de mi corazón. Me hundo en el miedo, en el horror. He atravesado el laberinto y he liberado a Eris, y todo para nada.

Vuelvo a estar a su merced.

«Humíllate», dice una voz dentro de mi mente, «humíllate todo lo que puedas. Rebájate y bésale los pies. Implora, Orión, porque lo próximo que sabrás, si

no hablas ahora, es que querrás estar muerto».

Abro la boca, pero nada sale de mis labios. Una excusa. Cualquier excusa estará bien. Al menos, minimiza el daño. Al menos, que no sufran por tu causa.

—Mi reina... —murmuro sin atreverme a moverme ni un ápice.

*Engañé a la mortal, ella no tiene culpa alguna. Los de su especie son tan maleables... Fue útil, tan fuerte. Una pena que tuviera que convertirla en diosa. Ahora no me sirve de nada.*

No. Ella no se lo creería.

*Estoy arrepentido.*

Cojo aire. Probablemente, eso todavía sea más difícil de pretender.

—No gastes saliva, Orión —me aconseja con tono frío. Alza el pie y me insta a levantar la cabeza al apoyarlo sobre mi pecho. Yo lo hago, solo para encontrarme con sus ojos dorados. Una sonrisa empieza a extenderse por su rostro. Es cruel y me advierte de lo que va a suceder ahora—. Los dos sabemos que estás perdido.

Es cierto. Lo supe desde el primer momento en que me puse como objetivo liberar a Eris. Me arriesgué, solo pensándolo, y volví a hacerlo más tarde, al convertir la traición en un hecho. En el cautiverio no hay castigo, si te portas bien. Así que sabía a lo que me atenía cuando me decidí a elegir la libertad.

Y esa decisión es, probablemente, lo poco que queda en pie dentro de mí.

Escapo de su toque, echándome hacia atrás. Puede que esté perdido, pero al menos lo estoy por haberme movido. Por haberme decidido a actuar, después de tanto tiempo, y haber conseguido hacer algo contra ella. No voy a dejar que me quite esa satisfacción. No me levanto porque no me veo con fuerzas, pero la miro a los ojos con un valor renovado que no sé de dónde sale. No necesito más que eso y palabras para desafiarla. O para seguir cavando mi propia tumba.

—Los dos sabemos, también, que he ganado —susurro—. *Te he ganado, mi*

*reina.* —Me gustaría poder sonreír, pero mi atrevimiento no llega a tanto—. ¿Cómo sienta saber que tu propio esclavo ha sido más listo que tú?

Hera se inclina hacia mí y coge mi cara entre sus dedos con tanta brusquedad que me hace daño en la mandíbula. Estoy seguro de que, aunque para un mortal sería imposible, ella podría rompérmela si solo apretase un poco más.

—No peor de lo que vas a sentirte tú, Orión, por el resto de los siglos. ¿Crees que lo de tu madre era un castigo? No es nada en comparación con lo que te espera, muchacho. —Su voz, acerada, de pronto se vuelve melosa,



dulce incluso—. Pero podemos llegar a un acuerdo. Dime dónde está Eris, y quizá sea un poco más... benevolente.

Ambos sabemos que alguien dispuesto a hacer un trato es alguien que no va ganando, después de todo. O que encuentra demasiada resistencia en su camino.

—No la he soltado para que vuelvas a encerrarla. Castígame, si quieres, pero no vas a sonsacarme su paradero.

Una mentira a medias. No sé hasta dónde puedo llegar bajo presión. No sé de lo que seré capaz. Si podré callarme o simplemente diré lo que ella quiera saber.

Esta vez, de todas formas, la

bravuconada no queda sin castigo. Lo siguiente que sé es que me abofetea con tanta fuerza que me gira la cara del golpe. Su mano arde en mi rostro como si sus dedos siguieran en mi mejilla. Las lágrimas me suben a los ojos. Cuando trato de enderezar la cabeza, otro revés me coge por sorpresa, todavía más fuerte que el anterior. Ni siquiera consigo reaccionar. La quemazón solo dura unos instantes, antes de que se cure, pero es suficiente para dejarme completamente desorientado.

—No dirás lo mismo cuando supliques morir, Orión —sisea—. O cuando la escuches a ella sufrir. Porque voy a enseñarte una cosa, chico. Voy a

mostrarte lo que ha provocado tu egoísmo.

Hera toma su pila llena de agua y me la muestra. Quiero apartarla de un golpe, pero me doy cuenta de que estoy petrificado. No puedo moverme. Mi pecho intenta expandirse para tomar aire, pero ni eso consigo. Me quedo donde estoy, sin aliento, con los ojos clavados en lo que tengo delante, sin ni siquiera la oportunidad de apartar la vista. Y la veo. A Asteria entre las suyas, en la arena. *Luchando*.

A su alrededor, las mujeres y los hombres caen.

# ASTERIA

La fuerza de las amazonas reside en que nos tenemos las unas a las otras.

Eso es lo que se nos enseña como una máxima desde que nacemos hasta que morimos, la única ley que no debemos romper. Luchamos por las otras, podemos llegar a dar la vida por las otras. Lo que importa es la comunidad, lo que importa es preservar nuestra raza, nuestras creencias, lo que somos. Lo importante es que, siendo muchas, seamos una sola.

En la batalla, cuando combatimos en grupo, es exactamente lo mismo: atacamos entre todas, nos defendemos entre todas. Si una ve en problemas a otra, corre a defenderla; si alguien mata a una de las nuestras, ese será el próximo objetivo a abatir. Nos lanzamos sobre los hombres clamando por venganza, por el encierro al que nos han sometido durante tantos años, por las batallas libradas y las que nunca más libraremos. Luchamos por nosotras, por la libertad que queremos conseguir, pero también por las que debieron verla y nunca la consiguieron. Luchamos por el engaño y por la justicia, luchamos por nosotras y los espíritus de las caídas,

que casi escuchamos gritar con nosotras en la batalla.

Con desesperación, nos enfrentamos a la Muerte.

Con suspiros de libertad, algunas de las mías caen al Inframundo.

Las veo morir. Las veo ser atravesadas, mutiladas, cortadas. Aracne, Ismene, Circe... Las oigo gritar de dolor... y lo que es peor: lo siento. Mi cuerpo reacciona con cada gemido, mi cabeza se llena de nuevo de gritos que sin embargo me alimentan y no me confunden. Siento que me fortalezco, y me horroriza hacerlo, pero al mismo tiempo me sirve para pelear con más fuerza. Para evadir golpes, para salvar a

algunas, para atravesar cuerpos, para gritar con más rabia.

Mi mundo se convierte en dolor.

Ante mis ojos, mis hermanas son asesinadas. Ante mis ojos, todo por lo que he luchado este tiempo pierde su sentido, porque sus cuerpos encuentran el suelo y la arena se tiñe de su sangre. Ante mis ojos, veo alejarse el hogar que siempre soñé con recuperar.

Entonces lo veo. Uno de los soldados salta hacia Lysandra, mientras ella se enfrenta a otro. Por la espalda, como un ruin cobarde. No tengo tiempo de advertirla.

Ni siquiera estoy pensando en lo que hago cuando me interpongo entre el filo

y el cuerpo de mi amiga.

Cuando la espada me atraviesa me quedo sin respiración.

Y entonces me doy cuenta de que es cierto.

No puedo morir.

El anfiteatro contiene el aliento. Escucho mi nombre murmurado como un eco entre las gradas llenas de excitación. Pero sobre todo... veo la sorpresa en el rostro del hombre que me atraviesa. Veo cómo baja la vista a mi cuerpo... que empieza a empaparse de dorado.

Cierro los ojos.

El dolor me golpea como un latigazo antes de convertirse en una sensación



maravillosa que me recorre todo el cuerpo. De pronto no hay miedo ni cansancio, como en otros combates. No está la sensación de querer desfallecer y no volver a levantarme; no pienso en que no podré aguantar un golpe más así. Al contrario, el filo contra mi piel, cálido y frío a la vez, es reconfortante. Me pone alerta y me llena con una energía desconocida.

El dolor ya no es mi enemigo, el que quiere que me rinda y suplique por la muerte. El dolor ahora es mi aliado, que quiere que luche y suplica por *sus* muertes.

Casi siento ganas de echarme a reír, y más cuando la palabra «diosa»

comienza a extenderse por la arena. Por todo el anfiteatro.

Abro los ojos.

El hombre aparta la espada y trastabilla, cayendo al suelo. Muchos de nuestros enemigos se detienen. Algunos, temerosos de insultar a los dioses, sueltan sus armas. La espada sigue clavada en mi estómago, atravesándome, y yo recuerdo a Algos. Por supuesto que no le dolió. Por supuesto que no sufrió. Mis labios se contorsionan en una sonrisa antes de que pueda ser consciente. Ríe, bajito. Ríe, porque estoy llena de muerte. Estoy llena de dolor. Estoy llena de los cadáveres de las mías.

Y mis enemigos creen que pueden matarme.

Arranco el filo de mi cuerpo, escuchando el siseo de la hoja al acariciar mis entrañas, arañándome por dentro. Es casi placentero. Como cosquillas. ¿Esto sintió el dios al que asesiné cuando él mismo se siguió abriendo en canal? Siento sangre dorada subiendo por mi garganta e inundándome la boca, y no sabe a óxido, sino dulce. Río un poco más. Escucho el golpe sordo cuando el arma encuentra el suelo, tal es el silencio que de pronto se extiende. Tal es el miedo, cuando alzo la cabeza.

La herida sangra... La herida se

cierra.

—¿Qué...?

Siento la voz de Lysandra tras de mí. Cuando nos miramos, ella me observa incrédula, casi con miedo. Como si no me reconociese. Con el temor que solo otorga lo desconocido.

Me paso la lengua por los labios, por la sonrisa. La sangre de alguien me ha salpicado la cara y yo descubro que ese sabor metálico, mezclado con el de mi propio icor, puede ser el mejor que he probado nunca.

—Tus ojos... —susurra Lysandra, sin voz. No sé a qué se refiere, pero se estremece.

—¡Luchad! ¡¿Por qué os detenéis?!

¡¡Luchad!!

Alzo la vista, sintiendo que el gesto en mi boca se amplía. El Emperador se ha levantado y se ha acercado al borde del podio para mirarnos. Para exigir a sus soldados, que se han detenido, que reanuden la batalla.

—Matadlos —susurro a Lysandra. A Helena. A Hipólita. A todas las que me miran como si no fuera la de siempre. Quizá no lo sea. Quizá nunca vuelva a ser la misma.

En cualquier caso, no dudan. No van a desaprovechar la oportunidad que la confusión les brinda. Mis hermanas se lanzan a por los soldados con fuerzas renovadas, gritando, y algunos ni

siquiera pueden reaccionar. Otros se rinden. Otros suplican una clemencia que no les damos. Y yo salto, de cadáver en cadáver, de cuerpo en cuerpo, disfrutando de la sangre que brota de ellos. Hago música de cada quejido que les arrebató y, al mismo tiempo, me siento miserable con cada herida de las mías que me hace más fuerte. Que hace que me mueva más ágil. Que hace que no deje de matar. Que hace que no deje de sonreír.

El dolor de todos los Mundos puede volverte completamente loca.

Y si ese dolor pertenece a las tuyas, puede que nunca recuperes la cordura.

Cuando el último de los cuerpos de

los soldados cae al suelo, el anfiteatro ya no clama ni mi nombre ni el de nadie. Ya no aplaude. Ya no celebra.

Silencio, el silencio respetuoso de la muerte, el silencio que siempre debió a acompañar a estos muros, se adueña del lugar.

Alzo la vista con lentitud. A mi alrededor, las mías se acercan y yo siento su sufrimiento, alimentándome. Deseo arrebatárselo, pero no sé cómo, ni si puedo hacer eso. Algos solo *provocaba* dolor. Y, oh, al mismo tiempo sería tan triste dejar de sentirlo, hacer que ese cosquilleo desapareciese de mi alrededor... Pero supongo que nunca lo hará, ¿verdad? El mundo tiene dolor en

cada rincón, en cada persona. Nunca dejaré de disfrutarlo.

Ojalá pudiera darle todo ese dolor al hombre que nos observa desde arriba. Parece incrédulo, y deseo que esté muerto de miedo. Deseo que tiemble y suplique por su vida. Vuelvo a tener ganas de reír.

—Hemos vencido —siseo—.  
Libéranos, Emperador.

La gente en las gradas se mantiene en silencio. Veo personas que se marchan, probablemente creyendo que insultan a alguna diosa estando en ese lugar. Quizá ni siquiera crean que soy Asteria. Quizá crean que otra ha tomado mi forma y ha venido a combatir esta



batalla. Quizá las mías piensen igual.

Sin embargo, el Emperador coge aire. Aunque creo que se arrodillará y pedirá clemencia, no lo hace.

—Pueblo de Élada —empieza, con voz clara. Solo me mira a mí, sin embargo, y yo no le aparto la vista—. Ante vosotros... hay una traidora. He recibido la visita de los dioses, de *la reina* de los dioses, y ella me ha susurrado al oído secretos horribles. El Caos anda suelto. Esta mujer ha ayudado a liberar a Eris. ¡El Caos pronto caerá sobre el Imperio, y ha sido ella quien lo ha provocado! ¡Miradla, aquí, con dones divinos que ha debido de robar! ¡Que vienen de la Desgracia! ¡¡Traidora!! ¡Y

en el Imperio, la traición se paga con muerte!

La sonrisa se enfría en mis labios. A mi alrededor, las mías protestan:

—¡Cobarde!

—¡Mentiroso!

—¡Tú eres el traidor!

Así que ha sido Hera. Hera es quien está detrás de todo esto. Ella le ha susurrado lo que debía hacer conmigo. Con nosotras.

Hera también ha debido de llevarse a Orión.

Aprieto los dientes. Las gentes de Élada parecen revueltas, inseguras y temerosas, y tantas son las que piden muerte como las que piden piedad.

Ambas, producto de la misma cosa: el terror por sus destinos.

Hacen bien en temer. Hacen bien en *temerme*.

—¡Hablas de designios divinos! — respondo en voz bien alta para que todas me escuchen—. Hablas de «dioses», como si acaso tuviéramos pruebas de que los conoces. Pero, ah, ¿quién ha recibido su visita y sus dones? —Alzo la mano, soltando mi espada. El puñal dorado encuentra la palma y corta. La sensación arde al principio y disfruto del escalofrío que queda después—. En mí reside ahora el poder del Dolor del mundo. Matadme, y el Dolor no dejará de perseguiros.

Solo tengo ojos para el Emperador. Quiero sentir su miedo. Ojalá pudiera subir a su altar de un parpadeo y cortarle la cabeza.

—¡Acabaré contigo, Emperador! — le aseguro, con un grito que arde tanto en mi garganta como la rabia en mis venas —. ¡Ese es el designio que me han dado a mí las diosas! —Después, mis ojos recorren los rostros asustados de la gente. El pueblo siempre ha sido cómplice en su inactividad. Siempre ha permitido las matanzas—. Pero si permitís que algo les pase a las mías, Élada, el dolor no alcanzará solo a vuestro señor. Juro que nunca tendréis descanso. Juro que sacrificaré mi vida

para proporcionaros todo el dolor que merecéis.

Un rayo rompe el cielo entonces, como si el espíritu de Deméter quisiera ayudarme a recordarles lo que pasó la última vez que una diosa se suicidó. Aunque el calor era abrasador hace tan solo horas, la temperatura ha bajado y las nubes se arremolinan en el cielo. Así son todos los días desde que la diosa que regulaba las estaciones desapareció. El Imperio puede convivir con eso, incluso si la tierra ha dejado de ser tan fértil, incluso si hay etapas de sequía y nunca se sabe cuándo un incendio quemará los campos o una riada inundará sus casas.

Si soy yo la que desaparece, entonces tendrán que convivir con el dolor. Y todo el mundo tiene miedo de sufrir.

El pueblo suplica piedad. El pueblo suplica por salvación, aunque también hay voces que todavía piden muerte. Siento la mano de Lysandra apretándose en torno a la mía y yo entrelazo nuestros dedos. Echo un vistazo hacia atrás, hacia los rostros de cada una de mis hermanas, que se mantienen juntas. Hay incomprensión en algunas caras y orgullo en otras, pero fe en todas. Mis ojos recorren todas las salidas, pero estas siguen cerradas. Eso significa que tampoco entran más soldados, que la

lucha ha cesado, pero también que seguimos sin escapatoria. Sin embargo, el Emperador no se atreverá a ir contra el pueblo, demasiado acobardado por el dolor que puedo traerles. En realidad, no puedo hacerlo. No sé usar mis dones. Pero eso no lo saben.

Cuando vuelvo la vista al podio descubro al Emperador mirando alrededor, asustado ante la reacción de su gente. Por primera vez no aplauden su decisión de muerte y tortura y piden otra cosa. Ante toda Élada aparece el cabrón que en realidad es, el tirano temeroso de un pueblo que no es en ese momento lo que él desea y que no puede dominar.

Alza el puño, cerrado. Sus ojos me

miran. Creo que su mano tiembla.

Espero que nos absuelva. Espero que esto termine aquí.

Pero no lo hace.

—La traición debe ser extirpada del cuerpo que es nuestra nación, porque una sola persona puede corromper a todas las demás —clama—. Los males deben ser erradicados de raíz. Así me ha hablado Hera. Así lo ordeno yo. Tomad vuestra libertad... Tomad la libertad de la Muerte.

Su pulgar señala hacia abajo.

Su pulgar nos condena.

Las flechas surgen desde las gradas, desde todas partes. Guardias aparecen entre la gente y disparan y las saetas



caen sobre nosotras como una lluvia que anuncia nuestra perdición. Una lluvia que salpica en rojo, y cuyo repiquetear son gemidos de muerte y terror. Una lluvia que no se parece en nada a la pacífica que golpeaba nuestros árboles y a nosotras cuando danzábamos bajo ella.

Esta lluvia nos deja a todas con los rostros empapados, pero solo de lágrimas.

Cuando mis hermanas comienzan a caer a mi alrededor su dolor me llena el cuerpo. Me atraviesa y se retuerce dentro de mí, y aunque las flechas también se clavan en mi piel no es nada en comparación con el desgarró que eso me hace sentir.

Y, al mismo tiempo, me hago más fuerte. Al mismo tiempo, algo dentro de mí lo agradece.

Me odio. Me doy asco.

Lo último que me quedaba de humanidad se dispone a morir con ellas.

Lysandra y yo caemos al mismo tiempo, de la mano, y su grito me taladra los oídos. Su voz, siempre cálida, se corta como lo hace el fino hilo que la mantiene atada a este mundo.

A cada nuevo disparo, las súplicas para que el dolor acabe llenan mi cabeza, y después van callándose, una a una...

Tengo la falsa percepción de que todo pasa, de pronto, muy... lento...

Una flecha más atravesando mi piel.  
Se me rompe el cuerpo. Otro disparo. El  
espíritu. Otro. El corazón se me queda  
parado y renuncia a seguir latiendo con  
cada pulso que desaparece a mi  
alrededor.

Una menos...

Otra súplica que se pierde...

Un silencio más...

No está pasando, no está pasando,  
no está pasando... Basta, basta, basta...

—¡BASTA!

Cuando consigo reaccionar y el  
mundo deja de parecer irreal a mi  
alrededor, me lanzo sobre el cuerpo de  
Lysandra en un intento de que ninguna  
flecha más la alcance. Pero ya es tarde.

Ella, entre mis brazos, como tantas veces ha estado, me mira con ojos que comienzan a apagarse. Se llenan de lágrimas y se llevan con su luz lo poco que quedaba de mi cordura.

—Lysandra —la llamo. Cojo su rostro, lo acuno entre mis manos. Otra flecha me hiere la espalda y se clava, pero yo ya no puedo sentirlo. Ya no puedo sentir nada—. Lysandra, no. Escúchame. Quédate. Quédate conmigo. Tenemos que salir de aquí. Lysandra. ¡¡Lysandra!!

Mi compañera entrecierra los párpados. Su mano se alza. Sus dedos acarician mi mejilla, suaves, tiernos, más tiernos que nunca. Siento que las

lágrimas me impiden verla, pero parpadeo con furia. No, no me pueden privar de su rostro al menos. No pueden privarme de verla.

No pueden privarme de salvarla. De *salvarlas*, a todas.

Esto no puede estar pasando.

—No ha sido tu culpa, Asteria... — susurra. Su voz se interrumpe con un gorjeo. Sus labios se manchan más de rojo, como si quisieran probar por primera vez el carmín.

—No te vayas —le suplico. Se lo suplicaría a quien fuera. A las diosas, si me observan. No dejéis que esto pase. No dejéis que me las quiten—. No te puedes ir. No os podéis ir. No me

podéis dejar sola.

Alzo la vista para mirar alrededor. Ya no escucho la voz de Cleta, y la de Helena es solo un sollozo que resuena en los límites de mi mente, comenzando a extinguirse. Hipólita se revuelve antes de dejar de hacerlo cuando una nueva flecha le atraviesa la garganta.

Por favor, por favor, por favor, no...

—No te rindas. —La voz de Lysandra me hace volver a mirarla con desesperación. Sus ojos, de ese azul que siempre he amado, se cierran, y yo siento que todo mi pasado desaparece tras sus párpados. No. No, por favor—. No dejes de luchar, Asteria... No dejes de luchar por nosotras...

—Lysandra, por favor, Lysandra...

Mis labios encuentran los suyos.

Deseo tener el poder de Orión, salvarla, curarla, cerrar todas sus heridas. Pero nada de eso ocurre. Yo solo soy la diosa del Dolor, y eso es a lo que en realidad he estado condenada siempre. Al dolor. A no dejar de sentirlo. A no dejar de provocarlo, incluso en las que quiero...

Cuando me separo, Lysandra ya no está. Sigue en mis brazos, y su sangre en mi boca, pero ella se ha ido. Como se han ido las demás, porque las flechas se han detenido, y a mi alrededor y en mi cabeza solo queda silencio.

Grito. Grito con el sufrimiento de todos los Mundos contenido en el pecho.

Grito con más dolor del que cualquiera debe probar en su vida. Grito con la fuerza de la desesperanza, y el horror, y el miedo, y la soledad.

Grito por todo lo que ha ocurrido. Por todo lo que nunca ocurrirá.

Acuno el cuerpo de Lysandra entre mis brazos. Alzo la vista, llorando. Las lágrimas me queman en los ojos, me desgarran la garganta.

Mis ojos van al podio del Emperador, pero allí ya no hay nadie.

Allí solo queda la sombra de un cobarde.

—Os vengaré. —Escondo mi rostro en el cuerpo de la mujer con la que he compartido demasiado de mi vida,



desde risas a caricias, desde libertad a cautiverio—. Os vengaré a todas. Os vengaré y luego me reuniré con vosotras.

Es un juramento. Incluso cuando ya no queda nadie para escucharme.



# ORIÓN

—¡¡No!!

No me he dado cuenta de que he gritado, casi agónicamente, hasta que la pila cae de manos de Hera y encuentra el suelo con un sonido metálico. Asteria desaparece de mi vista. Me arde la garganta. Sé lo importantes que son..., *eran* para ella. Sé que no existe nada más que su familia. Y ahora lo ha perdido todo.

Y es mi culpa, en parte. Yo le dije que la llevaría ante el Emperador. Yo le

prometí protección, y acepté que la convirtieran en una diosa para que pudiera vivir.

Pero he roto mi promesa.

Espero que algo pase, que se derrumben los templos en mi honor o dejen de creer en mí. Que se apaguen las voces en ese rincón de mi mente a las que las relego, o sentirme más debilitado en cuanto mi inmortalidad desaparezca.

Pero nada sucede, porque sigue viva. Porque quería ir al anfiteatro, y yo la he llevado, defendiendo así sus intereses...

—Ella no ha hecho nada —gimo. Mi voz es débil, apenas una súplica—.

Yo... la utilicé. —Parpadeo, manteniendo las lágrimas a raya, y miro a Hera directamente a los ojos—. Si quieres, destrózame, pero solo *a mí*. ¿O es que te sientes mejor cuando humillas a los mortales? A las amantes de Zeus, y ahora a Asteria.

Hera está sorprendentemente tranquila.

—Ella me da igual —me aclara—. Merecía su castigo, por ayudarte, pero este ha sido diseñado por el Emperador. Lo que sí me interesa... es martirizarte a ti. Y tu error ha sido creer que necesito tocarte para hacerlo. En realidad —sonríe—, solo necesito recordarte que todas esas muertes son culpa tuya. ¿No

crees que es irónico? —Se acuclilla ante mí, hasta que nuestros rostros están a la misma altura—. Que la Vida provoque tanta muerte, tanta sangre... Tanto horror. Dime, ¿podrás vivir con ello? Con haber sido el causante de que lo que quedaba de una tribu de amazonas se haya extinguido para siempre. Ah, y con la tristeza de esa chica por la pérdida... Porque si nunca la hubieras buscado para traicionarme, Orión, si ella nunca te hubiera ayudado, nada de esto habría ocurrido.

Quiero cerrarme a sus palabras. Quiero olvidarme de todo lo que ha dicho. Pero una parte de mí sabe que no son mentiras. Que tiene razón. Que no he

hecho más que estropearlo todo. No he hecho más que caer, y he arrastrado conmigo a Asteria. Ni siquiera a Atenea o Artemisa, que sabían dónde se metían y accedieron a compartir conmigo el peligro cuando hablábamos de traición.

Pienso en las amazonas muriendo atravesadas por las flechas. En la compañera de Asteria que murió ante nuestros ojos, cuando le cortaron la cabeza por orden del Emperador. Pienso en Lete, que me aseguró que nunca volvería a ser el mismo. Pienso en Algos, en el puñal clavándose en mi cuerpo, en su muerte por la espada de Asteria.

Dejo caer la cabeza hacia delante,

rendido. Ni siquiera su cuchillo tuvo jamás el poder de romperme de tantas formas diferentes.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué vas a hacerme? —sollozo. Lloro, no sé si por mí o por Asteria, o por todas las muertes de las que *realmente* me siento ejecutor.

—Oh, eso depende de ti. —Hera toma mi rostro de nuevo y sus dedos limpian mis lágrimas con falsa dulzura —. Dime dónde está Eris. ¿O crees que la amazona se mostrará más colaborativa? Podría torturarla ante tus ojos. Puedo desangrarla como te he desangrado a ti otras veces. Ahora que la has convertido en diosa podría hacerla sufrir hasta el final de los



tiempos. ¿Crees que le gustaría eso? Si todavía no se ha vuelto loca como Algos, quizá podría darle un empujón. O simplemente... puedo matarla. Le cortaré la cabeza y me quedaré con su poder. Sería... una nueva forma de divertirme contigo. Una nueva forma de ganarme tu respeto y convertirte en el sirviente obediente que pensé que eras.

No está bien. No es justo. Cierro los ojos con fuerza. Me rindo. Se acabó. Supongo que he apuntado demasiado alto. Estoy en una encrucijada. Si no le digo dónde está Eris, irá a por Asteria. El juramento se romperá entonces definitivamente, porque estoy seguro de que la matará. Y si le digo el paradero

de mi madre... Bueno, entonces quizá tendría una oportunidad. Al fin y al cabo, no está indefensa. Podría huir. No creo que sea tan fácil atrapar al Caos una segunda vez. Es demasiado lista y conoce a Hera. Esa esperanza es lo único que me da la energía necesaria para asentir. Para ceder.

*Por favor, Eris, no dejes que te atrape. Por favor, sé más lista que yo. Crea caos, arrasa, da problemas. Divide a los dioses. No dejes que gane. Y, sobre todo, no te rompas, como yo lo he hecho.*

—¿Y bien, Orión?

Un gran peso se asienta sobre mis hombros. Cierro los ojos. Soy un

cobarde. Siempre lo he sido. Incapaz de presentar batalla. Incapaz de salvar a nadie que no sea a mí mismo. Me echo hacia delante y dejo que los cabellos oculten mi expresión de derrota.

—En el antiguo templo de Deméter. La última vez que la vi, le pedí que no se moviera de allí.

No necesito ver para imaginarme la expresión victoriosa de Hera. Escucho sus pies, ligeros, alejarse de mí. Quizá precisamente por eso casi dejo escapar una exclamación cuando un par de manos se apoyan en mis hombros. Un escalofrío trepa por mi columna. Un frío intenso me llena por dentro.

Reconocería ese olor en cualquier

parte.

—Es todo tuyo, como te prometí — comenta Hera con despreocupación—. Yo me encargaré de Eris.

Jadeo. Apenas soy capaz de girar la cabeza para descubrir quién se esconde tras de mí. Todo mi cuerpo se tensa, hasta que me duelen los músculos. La ansiedad aprieta mi corazón. Me cuesta respirar, porque el olor a Muerte me quema en las fosas nasales. Hace que me lagrimeen los ojos.

—Cógela y tortúrala cuanto quieras, pero después es mía.

Su voz es un susurro. Habla en el mismo tono con el que anuncian su paso por las casas y los templos. El mismo

tono de los que lloran por la pérdida. Es un tono con sabor a cenizas y cobre sobre la lengua. Su rostro, blanco como la cal, como si jamás hubiese visto la luz del sol, me recuerda al de un esqueleto. Viste de oscuro, como oscuros son sus ojos, sin iris ni pupila, profundos como un pozo. Sin vida.

Un puño se aferra a mis cabellos, tirando con la suficiente fuerza como para arrancarme un grito de sufrimiento y sorpresa.

De pie detrás de mí, Hades, el rey del Inframundo, sonrío cruelmente.

—De momento, al menos ya tengo a su hijo..., y nos lo vamos a pasar muy bien juntos.



## CANTO IV

# LA REINA Y EL CAOS

*Contadme, espíritus, de la reunión  
entre dos enemigas declaradas  
allá donde tiempo atrás vivieron la  
Tierra y las Cosechas,  
la que daba vida a las estaciones,  
la que murió por culpa del egoísmo de  
quien allí ahora se escondía...*

Cuando la reina de los dioses llegó al

olvidado templo de Deméter, el Caos no se sorprendió. La esperaba, de hecho, sentada entre los escombros, brillante como solo una divinidad puede serlo, con el pelo rojo en llamas, serena y orgullosa como las reinas de las que hablan las leyendas, pese a su largo cautiverio.

Allí donde nadie podía verlas, Eris y Hera cruzaron sus miradas por primera vez en décadas.

Allí donde nadie podía oírlas, la más poderosa del Mundo Superior pudo dirigirle a la traidora, con obvio deleite, sus primeras palabras:

—Parece que tu propio hijo te ha traicionado.

Si Eris se hubiera puesto nerviosa, o si hubiera apartado sus ojos de ella, Hera se habría sentido decepcionada. Pero lo único que la mujer ante ella hizo fue alisarse la túnica, roja como la sangre de los humanos, y levantarse.

—Siempre les he dicho a mis hijos que velasen por sus propios intereses, porque si no lo hacen ellos, ¿quién lo hará? Yo también los traicionaría, si tuviera la oportunidad. —Sus dedos estaban crispados en el aire, y una fuerza invisible parecía palpitar a su alrededor. Si era con la intención de defenderse o atacar, la reina no podía saberlo—. ¿Dónde está?

¿Cómo no deleitarse con el odio en



su voz? ¿Cómo no sentirse victoriosa al atraparla una segunda vez? El desprecio que Hera sentía por Eris no tenía ni siquiera demasiado que ver con los celos, como todo el mundo parecía suponer, sino con el hecho de que aquella mujer había ambicionado un día lo único que siempre había sido suyo y solo suyo: su lugar como reina de los Cielos. Y pronto la haría suplicar por su osadía: haría que lamentase haber escapado de su primer castigo. De eso, Hera estaba segura. Pronto la tendría bajo sus pies, con su voluntad rota en mil pedazos. Disfrutaría de ella todo lo que pudiese, como había disfrutado de tener a Orión entre sus garras, y luego se

la daría a Hades para que hiciese con ella lo que se le antojase. Que la lanzase al Tártaro o la mantuviese cautiva en su propio palacio: le daba igual. El único trato era que no la mataría.

Ningún dios objetaría mientras siguiese viva para sufrir su justa condena.

Y algunos, estaba claro, necesitaban ser testigos de lo que les ocurría a los traidores bajo su mandato.

—Hades se ha ofrecido a cuidar de él. Quizá seamos benevolentes y te permitamos verlo. Quizá, si te entregas ahora y no me obligas a humillarte, considere mostrártelo mientras él sufre por tu causa.

—Cada uno sufre por su propia causa, Hera. Igual que tú sufres por las tuyas. ¿O Zeus ha subido ya a verte? — Al ver los ojos entornados de su contrincante, Eris supo que había dado justo en la herida—. Hay cosas que no cambian, ¿verdad? Y tu marido rehuyéndote es una de ellas. Quizá debería intentar ir a buscarlo. A mí sí que solía hacerme caso.

Hera apretó los dientes y se preparó. Alzó la mano, dispuesta a usar su poder para acabar con ella y volver a convertirla en piedra, como nunca debió dejar de ser. Pero el Caos, esquivo, no se deja atrapar dos veces por el mismo truco. Eris desapareció entonces, tan

solo un segundo, para volver a materializarse tras su enemiga después. La reina sintió las manos en su cuello, apretándolo, y palideció por la sorpresa. Con un movimiento, estaba segura, esa mujer podía arrancarle la cabeza.

Pero no lo hizo. En cambio, solo susurró en su oído:

—No te voy a matar —dijo—. No vas a tener esa suerte todavía. Tengo otras cosas pensadas para ti y para toda tu corte de estúpidos. Voy a humillarte de tal manera que suplicarás ser mi esclava. Y entonces quizás deje que Orión piense en un buen castigo, antes de apiadarme de ti y matarte para quedarme con tu poder.

Nunca la reina había sentido más odio por una mujer, mortal o inmortal. Nunca su rostro se había ruborizado antes de pura rabia. Doradas se tornaron sus mejillas entonces, y dorado tembló el aire a su alrededor, atrayendo la magia. Pero cuando quiso usarla, fue demasiado tarde. A Eris solo le hizo falta un segundo para desaparecer del viejo y triste templo de Deméter.

El Caos estaba suelto por el mundo.



# ASTERIA

El anfiteatro se vació cuando el Emperador se marchó. En cuanto nuevos soldados entraron de nuevo en la arena, con órdenes de atraparme, pero inseguros de si hacerlo o no, yo empecé a matarlos. Uno a uno, a todos los hombres que se atrevían a acercarse. A todos los que se atrevían a intentar separarme de los cuerpos de mis hermanas, que se enfriaban. No fueron muchos: cuando cayeron los cinco primeros, cuando vieron que no me

importaba si me herían, cuando vieron cómo sanaban cada una de mis heridas y supieron que no había nada que hacer, huyeron.

Con ellos, todo el pueblo de Élada empezó a huir.

Entonces me quedé sola. Para entonces, yo también estaba muerta ya. Hay algo muy cruel en seguir viviendo cuando no te queda nada. Nunca quise salvarme yo sola porque sabía exactamente cuál sería el resultado de algo así: me quedaría vacía, un cadáver que puede caminar, pero que no puede sentir. Eso fue exactamente lo que sucedió cuando miré alrededor y vi los cadáveres empapados en sangre,

empapados de futuros que nunca llegarían a ser realidad. Ni siquiera me habían dejado llorarlas de verdad, pero tampoco me sentía con fuerzas para ello. Cuando alguien llora lo hace con la esperanza de que cuando el llanto se detenga solo quede paz. Cuando nunca más vas a volver a tener paz, ya de nada vale llorar.

Por supuesto, nadie las recogería hasta que yo me marchase, igual que no recogerían los cuerpos de los soldados del Imperio con los que habíamos acabado entre todas. Nadie se acercaría a la arena hasta que yo no me hubiese ido.

Pero yo no iba a permitir que las



castigasen más.

Por eso empecé a buscar madera y a amontonarla. Cualquier trozo sirvió: me interné en las galerías inferiores, en los pasadizos subterráneos e incluso en los pasillos, donde un montón de animales salvajes, en sus celdas, me siguieron con la vista entre gruñidos a los que no respondí. Las pocas personas que se habían quedado para guardar el anfiteatro se escondían cuando me acercaba para tomar toda la madera que encontraba: muebles, puertas que arrastraba conmigo. También paja y cualquier cosa que pudiera prender, incluidas telas.

Lo que fuese necesario para crear

una hoguera lo suficientemente grande para todas.

Lo que fuese necesario para hacerlas arder y que marchasen en paz al otro mundo.

Y ahora el fuego brilla ante mí. Las llamas consumen los cuerpos de mis hermanas y yo tengo la tentación de meterme en el fuego con ellas. Tengo la tentación de consumirme, de dejarme abrazar por el calor y esperar hasta que empiece a derretirme o convertirme en cenizas. Quiero sentirme arder. Quizá ese sufrimiento llenase el vacío en el pecho, el vacío en mi vida. Porque en esa hoguera, ante mí, se consume todo lo que me quedaba de ella. Todo lo que me

guiaba.

Todo lo que alguna vez he querido.

Me despido de ellas, de rodillas ante las llamas. Ante mi familia. Me despido de todo el tiempo que hemos pasado juntas. Me despido de los días felices y las risas en el bosque, los baños en el manantial y las caricias bajo las estrellas. Me despido de las que ahí arden, pero también de todas de las que no me pude despedir, de aquellas a las que no pudimos dar ni ritos ni sepultura. Me despido también de todo lo que creí que podía ser mi vida. Me despido de todo aquello que pretendí ser y nunca fui ni seré: una heroína, alguien capaz de salvarlas.

Me despido de mi pasado.

Me despido de toda mi vida, porque eso es lo que eran ellas para mí.

—Que la tierra de la que nacisteis vuelva a guardaros...

Rezo por ellas y pido clemencia a Hades, al Barquero mismo, para que las deje pasar incluso si no tengo monedas para pagar sus viajes. Pido también que se me conceda morir pronto. No quiero una vida inmortal si no es con ellas. Si no es en nuestro hogar, disfrutando de la libertad.

No quiero seguir viviendo.

Y, sin embargo, lo haré. Seguiré viviendo un tiempo más, solo un poco..., lo justo para acabar con quien

las condenó. Lo justo para darles la tranquilidad de ser vengadas y mandar a su asesino al Inframundo con ellas, y que así puedan torturar a su espíritu.

Alguien se acerca. Soy consciente cuando escucho sus pasos. Casi puedo sentir el temblor de su cuerpo. Mis manos se aprietan en torno al cuchillo y la espada, que aún guardo conmigo, cerca. ¿No han aprendido la lección? ¿Ni siquiera me permitirán el descanso de honrar a las que se marchan? ¿Ni siquiera respetan el silencio de las plegarias?

Cuando me levanto y me giro, con las armas en alto, descubro a un chico joven, desgarrado, de cabellos morenos

largos que se recoge en una coleta y ojos verdes. Viste con ropas sencillas, pobres. Sus manos se alzan, enseñando las palmas, y su mirada se fija con inquietud en los filos que sostengo. Parece asustado, aunque después de haberme visto clamar al cielo por venganza, después de haberme visto matar sin poder morir, cualquiera me temería.

—Estoy desarmado —susurra el joven. Tiene la voz temblorosa—. No vengo a luchar contra ti, Asteria. No soy tu enemigo.

Entrecierro los ojos y él parece estremecerse cuando lo hago.

—Si has asistido al *espectáculo*

eres mi enemigo. Sois cómplices...

El muchacho palidece y me parece que retrocede. Que va a echar a correr, de hecho. Pero no lo hace.

—He asistido por... orden de mi señora. Tenéis un amigo en común...

—Yo no tengo amigos.

Ningún hombre, desde luego. Y las amigas que tenía están todas justo aquí, convirtiéndose en cenizas. El fuego crepita por encima de nuestra conversación.

—Orión —nombra él, entonces—. Él es... vuestro amigo común.

Orión. No he tenido tiempo de pensar en él. No he tenido tiempo de pensar en nada, aparte de en todo lo

perdido, pero supongo que debe de estar en problemas. El Emperador mencionó a Hera, así que es obvio que desapareció por causa de la diosa. Ella se lo ha llevado. Ha debido de descubrir que Eris ha sido liberada y ahora se vengará. Nos atrajeron a un lugar donde sabían que apareceríamos para poder cogernos. A mí, el Emperador; a Orión, la reina de los dioses.

—Habla.

El sirviente suspira con cierto alivio, aunque no se relaja. La luz del fuego a mis espaldas hace que tenga que entornar los párpados para enfocarme. Gotas de sudor aparecen en su rostro, provocadas por el calor de la pira. Mira



alrededor, con aire conspirador, como si temiera que todavía quedase alguien en este lugar para escucharnos.

—Mi señora es Ligeia de Élada, encargada de la Biblioteca Imperial e hija del antiguo emperador Aurelius. Orión habló con ella hace unos días. Le dijo que ibas a matar al Emperador, y el dios esperaba que ella ocupara el trono entonces.

Entrecierro los ojos. Sé de quién habla. Nunca la he visto, pues nunca ha asistido a ninguna de las batallas en las que he participado, pero se dice que la hermanastra del Emperador vive entre papiros, entre todo el saber de todos los mundos. Es un secreto a voces que el

Emperador la desprecia por ser una hija ilegítima de su difunto padre. Supongo que tiene sentido que sea ella quien le suceda cuando muera.

—¿Qué quiere de mí?

—Cuando el Emperador hizo el llamamiento, supo que vendrías, y esperaba que Orión también lo hiciera. Esperaba que pudierais... darle respuestas. Desea saber si habéis liberado a Eris y... si matar al Emperador sigue en pie. Te invita a que te reúnas con ella. Está dispuesta a ofrecerte protección.

Protección. Como si la necesitara. Como si la quisiera.

—Dile a tu señora que no quiero

protección. Soy inmortal ahora. Apuesto a que no sabe eso. Lo has visto: me han atravesado con flechas, me han atacado con todo lo que han podido, y no me han matado.

El joven calla, aunque es solo un segundo. Entonces se atreve a avanzar hacia delante, hacia mí, pero yo aprieto las armas para indicarle que se quede donde está. Al más mínimo paso en falso lo mataré, sin importarme si es aliado o no. Un cuerpo más o un cuerpo menos, ya da igual.

Él obedece, cogiendo aire.

—Hasta los dioses necesitan refugio. Un lugar donde descansar y al que otros dioses no puedan entrar sin

más. Después de esto se va a hablar mucho de ti: aquí abajo y allá arriba.

Callo. Me giro a medias para observar la pira. Mis ojos se pierden en las llamas, en las sombras de los cuerpos que son devorados por ellas. El aliento abrasador del fuego me quema en los brazos desnudos. Refugio. Yo solo conozco un refugio, y está muy lejos de aquí. Y de todos modos, nadie puede hacerme más daño del que ya me han hecho. Ya no tengo nada que perder, porque lo único que me queda es la vida, y tampoco eso me importaría perder. Sin embargo..., todavía puedo ganar una cosa. Algo que puede serme útil.

—¿Qué sabe tu señora de divinidades?

La pregunta debe de cogerle por sorpresa, porque hay silencio durante un largo segundo.

—Todo lo que alguien que no lo es pueda saber.

—¿Sabe de sus poderes? ¿Sabe cómo se usan? ¿Sabe cómo podría yo usar los míos?

Me giro hacia él de nuevo, que se encoge de hombros, desconocedor de lo que le pregunto. Se frota las manos con inquietud.

—Puede ser. Creo que... podría ayudarte. Si que sea amiga de Orión no significa nada para ti, míralo como que

tenéis un objetivo común: ella también quiere la cabeza del Emperador.

Lo observo, en silencio. Él no me sostiene la mirada, demasiado nervioso, temiendo quizá que en cualquier momento vaya a alzar la mano y a tirar el puñal directamente hacia su corazón. Pero no lo hago. Me giro por última vez hacia la pira que guarda a mis hermanas, que les da un nuevo hogar en el viento, en la arena. Me gustaría tomar sus cenizas y devolverlas al bosque, al lugar al que les prometí que algún día volvería. A la tierra que nos vio nacer. A nuestra casa.

—Esperaremos a que acabe —le susurro—. Después, iré contigo. Quizá

tu señora y yo podamos entendernos.



El criado de Ligeia de Élada dice llamarse Raguel. Me brinda una capa abrigosa y comprendo que no intenta cubrirme del frío de la tarde ni de la lluvia que sigue amenazando con caer, pero que todavía se contiene. Su capa solo es para salvarnos de ojos indiscretos. No quiere que lo relacionen conmigo, y es comprensible. Me explica que nadie puede saber que voy a reunirme con su señora, no cuando he declarado abiertamente mis deseos de matar a su hermanastro, pues cualquiera

pensaría que me apoya en mi rebelión. Y lo hace, pero eso nadie puede saberlo.

Así que me visto, escondiéndome bajo una capucha oscura. Nos encaminamos hacia la casa de su señora evitando los caminos principales y a la gente, e incluso así no puedo dejar de escuchar rumores de lo que ha ocurrido en el anfiteatro. Élada habla de mí, sí, pero también del Emperador, que desapareció durante la matanza de las amazonas, y que quizá haya desafiado a las diosas. Otras están de su parte, por supuesto: creen que él seguía órdenes de Hera, y la Amazona Roja es solo una ladrona de dones divinos.

No puedo escuchar mucho más,



porque entonces la tormenta estalla por fin y las ciudadanas corren a refugiarse en sus casas.

Cuando llegamos a la mansión —no se puede llamar de otra manera al gran edificio que nos aguarda a las afueras de la ciudad, tras una hora de caminar a buen paso bajo la lluvia—, Raguel me indica que puedo darme un baño si lo deseo. Creo que más que un amable ofrecimiento es una petición de que lo haga y me quite toda la sangre de la que estoy cubierta. Me guía hasta una estancia de techo bajo en la que una gran piscina me espera. El vapor del agua caliente abochorna el ambiente. El criado me dice que Ligeia no aparecerá

hasta el atardecer, y que hasta entonces puedo pedir lo que desee. No respondo y él, ansioso por no tener que ocuparse más de mí, se retira.

Me meto en la piscina en cuanto dejo caer mi túnica, completamente rota. El agua se tiñe entonces de rojo y dorado. Es la primera vez en años que puedo reconocer perfectamente qué sangre es mía y cuál no, pero no puedo reconocer cuál es la de mi familia y cuál la de mis contrincantes, y eso es todavía peor. Es peor saber que cuando me limpio, cuando empiezo a frotar mi cuerpo, en realidad estoy haciendo desaparecer lo poco que queda de la vida de mis hermanas. Me hundo en el agua por

completo, en un intento de olvidar. En un intento de que el mundo exterior deje de existir. Ahora que soy inmortal ni siquiera me ahogaré. Podría vivir bajo el agua por el resto de los tiempos. Podría quedarme así, atrapada, quizá en el mar...

Cuando emerjo de nuevo solo lo hago para acercarme a las escaleras. Para sentarme allí, muy quieta, y mirar mi reflejo. Descubro entonces a qué se refería Lysandra cuando miró horrorizada mis ojos: son rojos. Lo poco azul que quedaba en mi vida también ha desaparecido para tornarse en escarlata. Para tornarse en sangre. Aunque me paso la mano por los párpados, nada

ocurre. Los iris siguen siendo rojos. Siguen siendo sangre.

Me quedo en el agua durante un tiempo que no puedo calcular. Solo mirándome. Solo recordando. Ni siquiera puedo recurrir al odio. El deseo de venganza está ahí, bullendo fuerte en mi estómago, en mi corazón, pero no tengo fuerzas. No me siento débil, porque mi propio dolor me alimenta, pero estoy cansada. Estoy tan cansada...

«Sigue luchando, Asteria», me dice la voz de Lysandra, clara, en mi cabeza. Sé que es solo un recuerdo, pero es como si fuera una de las voces que forman esa letanía que se mantiene como un zumbido en mi mente. Me abrazo las

piernas, sin saber si seré capaz de hacerlo.

Siento que insulto a las mías cuando, por primera vez en mi vida, pienso en rendirme.

—Tú debes de ser Asteria.

Alzo la vista, sobresaltándome. No sé cuánto tiempo llevo abrazada a mi propio cuerpo, tan quieta como una estatua más de las que decoran los baños. Cuando miro hacia atrás, descubro que una figura se acerca a mí, entre el vapor de la habitación. Es una muchacha, quizá de mi edad, quizá algún año mayor. Sus rasgos son delicados, propios de la suavidad de la nobleza, así como sus manos delgadas y

estilizadas. Sus ojos castaños están llenos de seriedad y no hay sonrisa en su boca. Viste buenas telas, en azul celeste y plata, y tiene un manto blanco sobre sus brazos.

—Y supongo que tú eres Ligeia.

No se molesta por que la tutee, ni se mueve de donde está. Yo tampoco lo hago. Nos miramos durante un momento en el que creo que las dos nos evaluamos.

—Me he enterado de lo sucedido. Lo lamento.

No tiene por qué sentirlo y, de hecho, dudo que lo haga. No me conoce de nada. Yo decido acabar con esto cuanto antes:

—Tu criado me ha dicho que querías saber si hemos liberado a Eris. Lo hemos hecho, pero no puedo ayudarte más. Apenas estuve con ella. Se encuentra en algún templo derruido, pero no sé cuál, ni puedo llevarte allí.

La chica parece sorprendida y agradada a partes iguales de que sea tan directa. Cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Y Orión? ¿Sabes qué ha sido de él?

—No, pero lo sospecho: la cita en el anfiteatro era una trampa. Hera debe de tenerlo en sus manos. Desapareció en cuanto llegamos, y sé que tu hermano...

—El Emperador —corrige, como si le asquease cualquier relación entre

ellos. Es tan tajante que por un momento me recuerda a mí misma negándome a considerarlo mi soberano.

—Sé que el Emperador ha hablado con Hera. Lo dijo durante los juegos.

Ligeia chasquea la lengua y comienza a caminar por el lugar, mordiéndose la uña del pulgar. De pronto parece que yo ya no estoy aquí para ella. La sigo con la vista, sin moverme ni un ápice.

—Si Hera lo tiene no lo dejará escapar.

—Eris irá a rescatarlo —respondo sin dudar, encogiéndome de hombros—. Es su madre, y él se arriesgó por ella. Cualquiera...



—No iré —me interrumpe Ligeia. Se gira hacia mí y yo entorno los ojos—. No se arriesgará, Asteria. Sé que no puedes entenderlo, porque para las amazonas la familia lo es... todo. Pero no es así para los dioses. Eris no se arriesgará por su hijo.

Frunzo el ceño, pero entiendo lo que quiere decir. No me dijo nada por tener el poder de Algos en mi cuerpo, después de todo. No vi rabia hacia la asesina de su hijo, solo indiferencia. ¿Así va a ser también con Orión? Incluso si él parece haberlo arriesgado todo por liberarla...

Recuerdo a mi madre la noche en que la mataron. Justo ante mis ojos, protegiéndome. Dando su vida por mí.

—Raguel me ha dicho que quieres aprender a usar tus poderes.

Eso me distrae y me impide volver a mis recuerdos de gritos, sangre y fuego. Aprender. Eso es para lo que he venido aquí, no para responder preguntas.

Me levanto del agua, porque siento el cuerpo entumecido después de tanto tiempo, y cojo una de las toallas que han dejado para mí en el borde, cubriéndome con ella.

—Sí. Quiero aprender todo lo que puedo hacer. Al menos, necesito saber cómo aparecer en otros lugares. Solo con eso ya podría aparecer ante el Emperador cuando quisiera y...

—Eres consciente de que Hera lo

protege, ¿verdad? —me interrumpo—. Por el bien de la paz entre el Mundo Medio y el Mundo Superior, los reyes de arriba y abajo deben salvaguardarse entre ellos. El Emperador defiende la fe en los de arriba, mientras los de arriba lo mantienen con vida.

Siento que se estremece en el momento en que fijo mis ojos en los suyos, con una mirada que no admite réplica.

—Hera también es mi enemiga ahora. Si ha colaborado con el Emperador es tan culpable de la muerte de las mías como él.

Ligeia alza una fina ceja morena.

—¿Estás dispuesta a unirte a una

rebelión entre dioses?

—Estoy dispuesta a lo que haga falta por vengar a las mías.

No hay duda en mi voz, y ella lo sabe. La veo asentir distraídamente. Se acerca, y su mano se extiende hacia mí.

—Es un placer, Asteria. Hagamos de esta... una asociación productiva para ambas.

No respondo. Cuando alzo la mano y la aprieto en torno a la de ella, firmamos nuestra colaboración. Queremos ver muerto al mismo hombre.

# ORIÓN

Mi mundo es negro. El negro de la oscuridad, de flotar a la deriva, pero siempre anclado al suelo. El negro de mis pensamientos. El negro de la memoria de los espíritus.

Si la oscuridad fuera solo noche no sería un problema, pero en realidad es el fondo de un río de sangre que todas las almas que están condenadas en sus entrañas —asesinos, ladrones y otros criminales— han derramado. Sangre para mis pesadillas, para mantenerme

despierto y en tensión. Sangre para asquearme, para que la respire y la saboree, y la sienta en cada poro de mi piel. Sangre hirviendo, que borbotea en este torrente de llamas líquidas. Que me causa ampollas en el cuerpo que nunca llegan a curarse. Que me destroza y se me mete en la carne, hasta que no sé dónde acabo yo y dónde empieza el resto del mundo.

Igual que no sé dónde acaban mis recuerdos y dónde empiezan los de los hombres y mujeres que pasan por mi lado. Que me rozan y traen a mi mente las imágenes que reviven una y otra vez: las del dolor que sufrieron en vida, las de sus crímenes, las de sus sentencias de

muerte, si es que alguna vez fueron juzgados. Aquí se mezclan Emperadores pasados y esclavos. Aquí hay hombres y mujeres de todas las razas, de todos los lugares del Mundo Medio, de civilizaciones lejanas a Élada en tiempo y espacio. El mensaje, sin embargo, siempre está claro: «Cometí crímenes en mi vida, y ahora tengo una eternidad para arrepentirme. Derramé sangre de inocentes y ahora ardo y me consumo en ella como castigo por mis pecados». Solo que nada de eso es cierto en realidad: ninguno de los que estamos aquí nos consumiremos jamás. Arderemos, sufriremos, pero no dejaremos de existir. El descanso no es

para nosotros. Y la mayoría ni siquiera se arrepiente. No son conscientes de lo que han hecho. Solo quieren librarse del castigo. Si se lamentan no es porque crean que matar a ese recién nacido para no tener que alimentarlo, o acuchillar a su amante por romperle el corazón, esté mal. Si se lamentan es porque están pagando por ello, pero si no hubiera castigo alguno después de la muerte, lo harían otra vez. El castigo no les ayuda a comprender. El castigo no erradica el problema.

El castigo no hace que me aflija por haber despertado a Eris. Lo único por lo que grito ahora, incluso si nadie me oye, es por haberme dejado atrapar después.



Por haber arrastrado a una inocente en mi caída. Por haber sido egoísta y no darme cuenta de que no solo me arriesgaba yo.

En mi cárcel, pese a los espíritus que me recuerdan su dolor, estoy solo. En mi cárcel no hay gritos, por mucho que sepa que estoy abriendo la boca y desgarrándome la garganta. Aquí solo hay silencio, que se me mete en los oídos y en el cuerpo, e incluso acalla el tintineo de las cadenas cuando me muevo. Un silencio espeso, coagulado, a solas con mis pensamientos. Porque hasta aquí no llegan las plegarias con mi nombre. Aquí, en este reino aparte, nadie reza más que por Hades. Aquí me

debilito y caigo en el olvido, porque no hay lugar para la Vida. Pero, por supuesto, no lo hago lo suficiente como para morir. El señor del Inframundo me quiere vivo. Quiere torturarme, como tortura a todas estas almas en pena.

Sería tan amable hacerme desaparecer...

Otro espíritu me roza y mi cuerpo entero se tensa en respuesta. Una guerra. Un campo sembrado de cadáveres. Un soldado. Campos quemados. El olor es lo peor: a humo, a sangre. Una legión en un pueblo. La gente se esconde de ella. Un hombre pide clemencia. Solo puede arrastrarse, porque le han cortado una pierna. Le dan medio día de ventaja,

antes de ir a cazarlo. Grito y me revuelvo, implorando sin palabras por una vida que hace mucho que se apagó.

Nunca tengo tiempo de entumecerme. Nunca tengo tiempo para escucharme pensar. Cuando creo que podré cerrar los ojos y simplemente dormir, dedos fantasmales me obligan a recordar que sigo vivo y sufriendo. Es entonces cuando más deseo el fin. Queda poco de mí, de todas formas. Si Hades me tomase ahora y me cortase la cabeza, mi espíritu desaparecería. Mi cuerpo se volvería polvo y tierra cansada. Como el de Perséfone. Como el de Deméter. Como el de Algos, incluso.

Pese a que no me puedo mover, pese

a que las cadenas me obligan a quedarme en el fondo del río, me siento caer. Me hundo incluso más.

Me rompo.

Me pierdo.

Muero en vida.

I U S T I T I A



# ASTERIA

Desde la masacre de mis hermanas, mi mundo se vuelve negro. Negro de la pérdida y el futuro imprevisible, de la desolación y el vacío más absoluto. Las motas de color han desaparecido por completo pese a que ahora tengo libertad; podría salir de la mansión de Ligeia cuando quisiera, siempre que nadie me viese. Podría volver a mi hogar, a mi pueblo, pero allí no habrá nadie esperándome. Quizá ni siquiera las ninfas con las que un día jugábamos

todas juntas sigan allí. Quizá uno de los incendios provocados por el calor haya arrasado las hectáreas de nuestro bosque.

Aquí al menos tengo un objetivo. Aquí al menos comienzo a descubrir la nueva naturaleza que se me ha otorgado.

Ligeia, como prometió, me ayuda a explorar mis poderes. Atardecer tras atardecer, la muchacha llega de la biblioteca y me enseña todo lo que pueda saber. Con los poderes del Dolor, los que realmente me interesan, hemos avanzado menos de lo que me gustaría, pero me ha mostrado cómo debería poder controlarlos: solo necesito concentrarme en el objetivo y visualizar

en mi cabeza, muy claramente, el tipo de daño que quiero hacer. Apenas he conseguido hacerme unos pocos cortes a mí misma, porque no hay nadie a quien quiera dañar a mi alrededor, y he descubierto que mis poderes no sirven de nada con los sujetos muertos. He intentado provocar heridas a los animales que caza el servicio, pero es imposible, porque para cuando llegan a la casa ya no tienen vida y sin vida no puedo causarles dolor.

También he descubierto, sorprendentemente, que mis poderes funcionan a la inversa. Es lo que más hemos practicado porque, aunque no me resulta útil, sí es más fácil de



experimentar. Puedo quitar el dolor. A veces Ligeia se ha hecho pequeñas heridas a propósito para probarlo, y aunque al principio no podía hacer nada al respecto, con el paso de los días he aprendido: todo es concentración y voluntad. Cuando Ligeia, o cualquier persona cercana, sufre delante de mí, lo siento. Es como una perturbación en el aire, como un temblor en mi propio cuerpo, y aunque no puedo sanar heridas como hizo Orión en el laberinto, puedo hacer que la *sensación* de sufrimiento desaparezca. Solo necesito concentrarme en ese sentimiento... y guardármelo para mí. Entonces el resultado es extraño, como tener algo

que no me pertenece, desagradable y placentero al mismo tiempo.

Eso no ha hecho, sin embargo, que pueda extirparme mi propio dolor. Puedo hacer desaparecer el sufrimiento de todo el mundo, pero no el mío, que sigue en mi pecho, palpitando al mismo ritmo que mi corazón. El único lugar en el que encuentro algo de paz es en el tejado de la mansión, donde subo siempre cuando Ligeia se retira, agotada, a dormir. Descubrí el lugar la noche que llegué. Desde aquí las estrellas se ven claras, y yo hacía mucho que no podía contemplarlas como antaño, porque en la escuela se nos cerraba en nuestras celdas cuando el sol

caía y allí solo había un ventanuco por el que apenas se colaba la luz.

De alguna manera, las estrellas son el último lazo que me queda con mi antigua vida. Éramos muchas las que solíamos reír bajo ellas cuando nuestro hogar aún existía. Jugábamos a ver formas que en realidad nunca eran reales y nos imaginábamos ocupando el firmamento algún día. Muchas veces Lysandra me distraía susurrándome historias al oído que terminaban en besos en el cuello y en todo el cuerpo, y caricias sobre nuestra piel desnuda.

Ahora que todas se han ido, todas las noches me tumbo aquí y las busco en cada punto titilante del cielo. No me

marcho hasta que amanece y la última estrella desaparece con la presión del alba. Solo entonces duermo, o lo intento, porque las pesadillas no se acaban. Cada vez que cierro los ojos, los cadáveres de mi familia me culpan por su muerte y, al mismo tiempo, Lysandra me pide que no deje de luchar.

Todas las noches pienso en rendirme. Todas las noches me echo a llorar. Todas las noches me recuerdo que tengo que continuar.

—Así que es aquí donde te escondes.

Al principio me tenso, hasta que reconozco la voz de Ligeia. Mis dedos se apresuran a asegurarse de que mis

párpados y mis mejillas están secas. Cuando miro hacia atrás veo a la bibliotecaria cubrirse los hombros con uno de los mantos que siempre lleva. No me mira directamente a mí, sino que observa por donde pisa con mucho cuidado, quizá temiendo que una de las tejas se desprenda de pronto y la haga caer.

No se me ocurre qué decir. Hace al menos un par de horas que nos despedimos tras nuestra sesión del día. Su mano todavía está vendada después de haberse cortado de nuevo para que yo pudiera concentrarme en hacer que no notase herida alguna. En estos días he descubierto que es una buena muchacha.

Amable, algo brusca en su sinceridad, pero sencilla. No tiene maldad, y no es menos víctima que yo del Emperador. Lleva sin conocer una vida normal desde que su padre murió, y respecto a su madre... Debe de ser complicado saber que tienes una madre que sabe de tu existencia, pero que parece renegar de ti. Que podría ayudarte y, sin embargo, nunca te ha tendido la mano.

Las diosas son todas iguales, después de todo. A ninguna de ellas le importa lo que nos pase. Lo que *les* pase a las mortales, porque ahora yo ya no formo parte de ese grupo... Solo que yo no me siento parte de las diosas tampoco. Yo sigo siendo solo Asteria,

inmortal o no.

Ligeia se sienta a mi lado sin pedir permiso. No me mira, sino que alza la vista a las estrellas y las observa tal y como yo estaba observándolas hasta ahora. No dice nada más, así que la imito. No sé si agradezco su presencia o preferiría estar sola, hasta que recuerdo que ella es la mujer más inteligente de toda Élada. Quizá de todo el Mundo Medio. Es posible que pueda traerme algo de ese pasado que he perdido para siempre.

—¿Sabes alguna historia sobre las estrellas?

Sé que Ligeia me estudia un momento, aunque yo no le devuelvo la

mirada. Mis ojos buscan por el firmamento, quizá queriendo encontrar alguna figura extraña.

—Mi padre me las contó todas —me dice. Creo que se encoge de hombros, pero después alza una mano y señala un punto del cielo—. Mira aquella. Es Coronis, el cuervo... Una chica amada por Apolo que le fue infiel. Artemisa se enteró y la mató con sus flechas. Aun así, Apolo la quería lo suficiente como para subirla al cielo y hacer una constelación con su cuerpo.

Frunzo el ceño disgustada. No es eso sobre lo que quiero oír.

—¿No tienes alguna más alegre y, a poder ser, donde las mujeres no se



maten entre ellas por culpa de hombres o de estúpidos conceptos de posesividad?

Parece que a Ligeia le hace gracia mi comentario, pero señala a otro punto del firmamento. Esta vez reconozco lo que me enseña.

—Casiopea. La muy orgullosa le dijo a todo el mundo que su hija Andrómeda era la más hermosa. Mucho más que cualquier Nereida... Oh, Poseidón se puso furioso y pidió que la chica fuese sacrificada a un monstruo marino. La ataron a una roca y allí la dejaron, en medio del mar, llorando. Pero al parecer ella nació... con estrella, precisamente. Perseo la vio.

Era tan bonita, y la vio tan desamparada, que mató al monstruo y la salvó. Como recuerdo de esa hazaña, Andrómeda y su familia, junto con Perseo, dejaron su impronta en el cielo. —Ligeia deja los ojos en blanco y me mira, alzando las cejas—. ¿Te gusta esa más, con un final feliz y un maravilloso héroe que salva a la dama en apuros? No parece que pegue contigo tampoco.

Su tono es burlón y casi consigue que sonría.

—Me gustan las historias con finales felices tanto como a cualquiera, Ligeia. Puede que no tenga claro si el mundo real puede tener ese tipo de finales, pero me gusta escucharlos. Pero sí, tienes

razón: las historias de damas en apuros rescatadas siempre por *un héroe* no son mis preferidas. Probablemente, de hecho, todas ellas las inventan hombres con un gran afán de sentirse útiles y necesarios.

Creo que Ligeia frunce un poco el ceño, aunque es complicado decirlo, con su rostro sumido en sombras. Su cuerpo se extiende sobre el tejado, tumbándose junto a mí, las rodillas dobladas.

—El mundo no le lleva la contraria a esos hombres, ¿no crees? A los que piensan que no podemos luchar por nosotras mismas. A los que nos convierten en víctimas. Las historias de dioses y héroes están llenas de mujeres

salvadas y traicionadas, Penélopes olvidadas que esperan y Pandoras curiosas. Porque, oh, si no somos lo que ellos desean, nos convierten en monstruos, mientras ellos matan y viven a voluntad y pasan a la historia por las más cuestionables hazañas.

—Nosotras les llevábamos la contraria —le susurro, con voz que sale triste incluso si no quiero que lo haga—. Y por tu forma de hablar tú no pareces seguirles la corriente tampoco. Y como tú, probablemente muchas mujeres. No sé mucho de Élada; nunca nos interesó el Imperio y cuando nos trajeron aquí lo hicieron para encerrarnos, así que no sé cómo es vuestra sociedad, que es lo

suficientemente extraña como para hacer espectáculo de la muerte de otros. Pero tú serás emperatriz; si algo no te gusta, tendrás poder para cambiarlo.

—Eso si me toman en serio.

Alzo las cejas, girando mi rostro hacia ella. Es Ligeia ahora quien mira hacia el firmamento, sin ganas de enfrentarme. Tiene los labios apretados en un mohín que no sé interpretar.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Porque soy joven. Porque soy mujer, también, y aunque la ley me permita gobernar hay muchos a los que eso no les agrada. Porque me he pasado casi toda mi vida en una biblioteca. Porque no está entre mis planes hacer la

guerra. Porque no son pocos los que piensan que el respeto se gana por medio del terror.

—Tienes a la diosa del Dolor de tu lado, ¿crees que hace falta más terror que ese? —No pretendía hacerla reír, pero ella sonrío divertida ante mis palabras y eso hace que me sienta un poco mejor—. No viví en el Imperio cuando tu padre gobernaba, pero sé que se dice que él fue pacífico y querido. ¿Por qué no puede pasar lo mismo contigo? Solo tienes que... amar este lugar. Querer que sea todo lo bueno y justo que pueda llegar a ser. Al menos... era así, en nuestro pueblo.

Ligeia se queda callada,

observándome. No le aparto la vista por si está buscando la verdad o la mentira en mi rostro. También porque me recuerda un poco a las veces en las que Lysandra y yo nos quedábamos así, en silencio, tranquilas. Es extraño, porque el recuerdo duele muchísimo, pero la sensación de estar aquí tumbada con Ligeia es el único resquicio de calma que he tenido en estos días.

Al final la bibliotecaria sonrío, de medio lado, y se encoge de hombros.

—Yo lo único que amo es mi biblioteca y todos los papiros que cuido.

Eso me confunde. Entrecierro los ojos, mirándola como si de pronto fuese una completa extraña. No es muy

diferente a la realidad: apenas la conozco. No sé cómo piensa.

—¿Hablas en serio?

Me aparta la vista.

—Sería triste, ¿verdad? Pero a veces lo siento así.

—No lo entiendo. Te obligan a estar allí. ¿Cómo puedes amar una cárcel?

—No lo entiendes porque tu cárcel ha sido cruel, Asteria —susurra. Creo, por su tono, que intenta no hacerme daño, pese a que yo dudo que unas palabras puedan hacerme más daño del que se me ha hecho ya—. Pero mi cárcel me permite olvidar. Puede que no lo haga la gente a mi alrededor, ni las ratas que le hablan de cada uno de mis



movimientos al Emperador. Tampoco los guardias en la puerta, o los sabios con sus quejas y sus preocupaciones tan... estúpidas. Pero ¿cada palabra escrita, cada historia? Puede que la biblioteca sea una cárcel, pero tiene más puertas y ventanas por las que escapar de las que parece.

Comprendo lo que quiere decir demasiado bien. ¿No es por eso mismo, precisamente, que le he pedido una historia en cuanto se ha sentado a mi lado?

Aparto la vista al cielo de nuevo. Las dos volvemos a observar el firmamento sobre nuestras cabezas. Me pregunto si Ligeia, como yo, también ve

una vía de escape en las estrellas.

—Enséñamelas —murmuro,  
repasando los puntos titilantes—.  
Cuéntame esas historias que te llevan  
lejos, Ligeia. Necesito ventanas y  
puertas yo también...

Siento los ojos de mi compañera  
sobre mí un segundo antes de que su voz  
comience a sonar, cadenciosa y  
tranquila.

Ligeia me cuenta una historia sin  
diosas ni imperios, y con final feliz.

Una historia como la que nosotras no  
podemos vivir.



# CANTO V

## LA CONGREGACIÓN DE LAS DIOSAS

*Guardad, dríades, las palabras  
susurradas en vuestros bosques,  
pues no fueron creadas para oídos  
indiscretos.*

*Entre los árboles de los que sois  
guardianas  
se alimentó el Caos de la conspiración  
de dos grandes*

*que por justicia clamaban...*

Eris tardó más tiempo del que hubiera deseado en reunirse con Atenea y Artemisa para poner en marcha la revolución que quería llevar a cabo. Las diosas estaban vigiladas después de que ella fuese liberada, pues las sospechas de la reina estaban puestas especialmente sobre Artemisa. Por eso no fue hasta una semana tras su encuentro con Hera cuando Eris pudo verse con las conspiradoras. Se congregaron en un bosque, allá donde Artemisa tenía más poder para establecer una protección que no sabían cuánto duraría si las buscaban, y la

reunión fue breve.

Hablaron en susurros, cautas incluso de los pájaros que se posaban en los árboles, de los siguientes pasos de su plan. No cabía duda de que necesitaban aliados y, cuanto más poderosos, más dividido quedaría el Mundo Superior.

—Si queremos ser un verdadero problema para Hera —dijo Eris, demasiado consciente de que en aquel momento no habían todavía ganado nada—, lo que necesitamos es una alianza con uno de los Tres.

Poseidón estaba en los mares, demasiado ocupado en asuntos de los que ningún mortal se enteraba nunca, y demasiada era su enemistad con Atenea.

Hades era un enemigo declarado de Eris, y ahora tenía a Orión en su poder. Zeus, por su parte, ni siquiera aparecía por el Mundo Superior. Eso, de alguna manera, también lo convertía en su única opción: mientras el rey se hubiese mantenido aparte significaba que no tendría prejuicios. Y ¿acaso no odiaba a su esposa? ¿Acaso no quería ella venganza y él solo libertad? Si así era, quizá no les resultase difícil ponerlo de su parte.

Las tres estaban tan deseosas de un cambio que ninguna expresó sus dudas en voz alta.

También hablaron de Orión. El muchacho estaba en algún lugar del

Inframundo y no sabían cuánto aguantaría perdido en la tierra de los muertos. Debían liberarlo y ocultarlo allá donde nadie pudiera hacerle daño. A sus ojos solo era un niño, un dios demasiado joven, demasiado inocente, si bien había sido él quien se había rebelado ante Hera cuando ningún otro había osado hacerlo. Había sido él quien había liberado a Eris de su prisión, cuando ningún otro dios lo había intentado jamás.

Y ahora estaba solo.

Las diosas decidieron que le debían ayuda, pero ninguna de ellas se mostró de acuerdo en ser la que bajase hasta el Mundo Inferior. Al fin y al cabo, Eris

sería atrapada en el mismo momento en el que pusiese un pie en el reino de Hades, y Atenea y Artemisa alegaron que perderían sus privilegios y estarían constantemente vigiladas, así que no podrían volver a ayudar a la causa. Pero había una cuarta diosa que quizá sí estuviera dispuesta a seguir el rastro de la Vida. Había una diosa que podría haber pertenecido a las huestes del señor del Inframundo, pues sus poderes no distaban demasiado de lo que la Muerte significaba para muchos.

Resolvieron entonces que Asteria bajaría hasta los Infiernos y traería de vuelta al dios de la Vida.

Y nadie se niega a los designios de



los dioses.



# ASTERIA

—¡¡Dijiste que podría alcanzarlo!!

Ligeia se encoge sobre sí misma cuando grito y lanzo el cuchillo con rabia. Este se clava en uno de los innumerables tapices que decoran la mansión. Necesito sentir que ese puñal encuentra alguna víctima, ya que no puede clavarse en el corazón del Emperador, porque no puedo llegar hasta él. Incluso habiendo aprendido a aparecer y desaparecer, incluso sabiendo cómo empezar a usar los

poderes que tengo, cada vez que me concentro en alcanzarle y lo visualizo para llegar hasta él solo alcanzo las murallas de su palacio. Es como si algo me echara hacia atrás, una y otra vez. Ni siquiera cuando intento entrar a hurtadillas haciéndome invisible a ojos del mundo lo consigo.

El Emperador está protegido. El Emperador está lejos de mis garras. El Emperador está *vivo*, incluso una semana después de que todas las mías muriesen.

Y DEBE MORIR.

—Te agradecería que no destruyeses mi casa, Asteria —dice Ligeia con su habitual calma, tras el susto inicial.

La muchacha se acerca a la pared y agarra el cuchillo, arrancándolo de la tela, que observa con el ceño fruncido y acaricia, valorando el daño. El filo ha apuñalado a Galatea, la estatua que Pigmalión está a punto de besar. Y pensar que precisamente una mujer de piedra fue el comienzo de todo esto...

Aparto la vista, indiferente a la preocupación de Ligeia por el estado del tejido. He empezado a caminar históricamente por el cuarto. Siento la ira palpitando irrefrenable en mis venas.

—Te dije que podría ayudarte con tus poderes, no que estos pudieran ayudarte a alcanzar al Emperador. Son cosas diferentes. —Le lanzo una mirada

asesina, pero ella no se altera. De hecho, se acerca a mí y apoya las manos en mis hombros, obligándome a detenerme. Ha dejado el puñal sobre un mueble, lejos de mi alcance—. Asteria, tranquilízate. Sé que estás frustrada, pero eso no te va a ayudar. Si no puedes alcanzarlo es porque está protegido por algún dios. Seguramente, Hera.

—¿Hera es el problema? —gruño. Ligeia me suelta, probablemente temerosa de que vaya a atacarla—. Pues acabaré con ella primero.

—Me reiría si no supiera que hablas completamente en serio.

Por supuesto que lo hago. No olvido que esa mujer es tan culpable como el

propio Emperador, y si no se aparta de mi camino no me importa darle un lugar prioritario en la venganza. ¿No se está planeando una revuelta contra ella? Bien, pues pueden contar conmigo.

—Asteria —me llama mi compañera —, tienes que tranquilizarte. Ni siquiera sabes controlar tu poder por completo todavía. ¿Enfrentarte al Emperador? Bien, está dentro de tus posibilidades. ¿A Hera? No podrías ni rozarla. Ir a por ella es ir directamente hacia tu muerte.

—Mejor morir intentando vengarlas que quedarme de brazos cruzados.

Ligeia se calla, apretando los labios, y yo aparto la vista, porque no me gusta cuando veo la pena cubriendo sus ojos

castaños. Sé que no estoy siendo justa ni racional, y que ella tiene razón y tengo que relajarme. Muerta sí que nunca podré vengarlas.

Necesito pensar en otra cosa.

—¿Se sabe algo de Orión? —  
murmuro, dejándome apoyar contra la pared.

Ligeia se sorprende por la pregunta, pero niega con la cabeza, con un suspiro que sé que es de preocupación. Por supuesto, en estos días nos hemos preguntado qué estará haciendo Hera con el chico, cómo lo estará castigando por haberla desafiado. Lo lamento por él, porque solo era alguien buscando la libertad, y precisamente eso es lo que

ahora le estarán negando. Puede que haya liberado al Caos por razones egoístas, pero al menos eran razones que podían ayudar a más gente a escapar de una tiranía. Según Ligeia, Hera tiene tomado el control del Mundo Superior hasta tal punto que nadie se atreve ya a discutirle. Gobierna sola, y sola decide sobre las vidas de los de arriba y de los de abajo, pues a Zeus hace mucho que no le interesa el Mundo Superior... Que no le interesa nada más, en realidad, que las mujeres de este mundo.

A Orión lo cogieron porque él me llevó hasta el anfiteatro. Me siento un poco responsable. Juró protegerme, y puede que en ese momento solo fuese



simple desesperación por cumplir su promesa, pero me salvó la vida al convertirme en inmortal. Me dio la oportunidad de seguir luchando, incluso si luego todo salió mal. Incluso si mis hermanas...

Aparto el pensamiento de inmediato. Ya es suficiente con todas las pesadillas en las que tengo sus cadáveres entre mis brazos repitiéndome que las he matado.

—¿Realmente crees que Eris no hará nada por él?

—No lo sé. —Ligeia se encoge de hombros—. No sé nada de ella. Ni siquiera sé dónde está. Quizá esté prestándole ayuda, después de todo.

Dos golpes en la puerta nos hacen

alzar la vista. Yo cojo de nuevo el puñal dorado. Me siento más segura con un arma entre los dedos, aunque ahora pueda hacer más daño de otras maneras.

Raguel entra en la estancia.

—Tenéis visita.

Frunzo el ceño cuando utiliza el plural y aprieto más la empuñadura del cuchillo, desconfiada. Entonces, como si nos hubiera estado escuchado y estuviera respondiendo a una llamada, Eris se adentra en la estancia. Para ser el Caos entrando, lo hace de manera muy calmada.

—No entiendo por qué tu madre no ha dejado caer las barreras de esta casa para mí. Es muy poco impresionante

entrar por la puerta —se queja con un mohín de disgusto.

Yo miro tras ella. Busco a su hijo, pero viene sola.

—Eris —se sorprende Ligeia, con las cejas enarcadas ante su protesta—, ¿a qué debemos tu... divina presencia?

La diosa no mira a la bibliotecaria, sino que se fija en mí. Frunzo el ceño cuando lo hace.

—Vengo a buscarla a ella. Te veo bien, Asteria.

—No es a mí a quien deberías estar buscando —respondo, incrédula. Quizá no lo sepa, después de todo—. Tu hijo ha sido atrapado hace una semana. Está en manos de Hera.

Su semblante no cambia.

—Sé que mi hijo ha sido capturado. Solo que no está en manos de Hera, sino de Hades.

Escucho cómo Ligeia coge aire con precipitación. Por un momento recuerdo al muchacho disgustado ante la sangre, odiando la idea de la muerte. Es la Vida, después de todo. ¿Cómo debe de sentirse en el Inframundo? Desde luego, no tan cómodo como me sentiría yo.

—¿Y no deberías estar ayudándolo? Él fue hasta ese laberinto por ti. Devuélvele el favor. Eres el Caos. Te sentirás como en casa.

—No puedo ir —responde ella—. Y nadie está dispuesto a entrar en el

territorio de Hades.

Así que Ligeia tenía razón. Realmente Eris no piensa hacer nada *por su propio hijo*. La idea me parece repulsiva. Aprieto los dientes.

—Al parecer, las diosas podéis ser todo lo magníficas que queráis, pero en el fondo solo sois unas cobardes. Por eso nadie se ha enfrentado a Hera hasta ahora, por eso nadie fue a liberarte. Excepto *tu hijo*.

Espero ver la culpabilidad en su rostro. En realidad, me contentaría con ver *algo*. Cualquier cosa que me demostrase que le importa lo más mínimo lo que estoy diciendo. Pero el Caos solo me observa con una

indiferencia insultante.

—Si pongo un pie en el Inframundo, Hades me matará.

—Ojo por ojo, ¿no es cierto? O cabeza por cabeza, ya que tú se la quitaste a su mujer.

La diosa entrecierra los ojos entonces. La primera reacción que consigue romper su insultante calma.

—Asteria —me alerta Ligeia, cerca de mí.

—Eres una muchacha atrevida, ¿no crees? ¿Quién eres para cuestionarme?

—Alguien para quien la familia significa algo. Alguien que sabe que ese chico debe de estar siendo sometido a algún castigo horrible por liberarte y tú

ni siquiera te planteas jugarte tu precioso cuello por él, aunque se lo debes.

Eris se acerca un paso a mí y yo me pregunto si podría probar mis poderes con ella. ¿Sabré lo suficiente? Quizá me complacería hacerle daño, y no es como si un par de heridas fuesen a matarla...

Ligeia debe de prever el desastre, porque se pone entre las dos, aunque eso no hace que dejemos de enfrentarnos con la mirada.

—No quiero disputas divinas en mi casa.

Ambas nos observamos durante unos largos segundos más, aunque al final Eris vuelve a su expresión tranquila.

Hace un ademán despreocupado con su mano.

—He venido a buscarte para que seas tú quien vaya a por él.

Apenas puedo creerme lo que me pide o el tono con el que lo hace, como si fuera evidente.

—Cómo no —digo sarcástica—. Una diosa cediendo tareas a otras personas.

—Niña, no me desafíes. Prefieres estar en mi bando que contra mí, te lo aseguro. Al fin y al cabo, quieres vengarte por lo que les hicieron a las amazonas, ¿verdad? —Ligeia me detiene cuando doy un paso hacia delante, dispuesta a echarme sobre la diosa. Que



ni se atreva a mencionarlas. A Eris, lejos de parecerle amenazadora, debo hacerle gracia, porque esboza una media sonrisa—. Artemisa me lo ha contado todo. Es Hera quien permitió que el Emperador provocase esas muertes, y yo soy la única que de verdad le ha plantado cara alguna vez. Yo puedo darte esa venganza.

—Tú no le has plantado cara a Hera—replico con un gruñido. Ligeia está apretando las manos en torno a mis brazos, pero yo apenas lo siento. Solo disfruto del momento en que se borra la sonrisa de la cara a Eris—. Solo te acostaste con su marido y pretendiste robarle el trono, pero al final le tuviste

el miedo suficiente como para tener que contentarte con Hades, ¿no es así? Puedes pretender ser quien quieras, pero a mí no me engañas. No eres nadie. Y, desde luego, no eres nadie *sola*. Solo quieres a tu hijo de vuelta para poder usarlo para tu causa. Él ni siquiera te preocupa, o no te importaría jugarte el cuello por salvarle.

Los ojos de Eris llamean. El ambiente mismo, a nuestro alrededor, se enrarece, se oscurece. Los muebles parecen temblar.

—¡Yo le di la vida!!

—¡Y precisamente por ello su vida no ha sido vida! Ese chico ha estado toda su existencia a tu sombra, pagando

por tus pecados. Todas tus hijas lo han hecho. ¿Te has preocupado por el resto? Seguro que no. No debe de importarte lo que haya sido de ellas. Ni siquiera parece haberte importado que yo matase a Algos.

—Mis hijos son unos traidores que me mantuvieron tan cautiva como el resto de los dioses.

—Y el único que pensó en ti sufre ahora una vez más y ni siquiera puede contar contigo. Eras su única esperanza, pero tú le das la espalda.

Esperaba que reaccionase. Creía que en algún momento agacharía la cabeza, se mostraría arrepentida y desaparecería para ir a por él, sintiéndose responsable.

Pero en la expresión del Caos nada cambia. Solo entrecierra los ojos brevemente, molesta por que le plante cara, quizá sin esperarlo. Es solo un segundo, antes de que vuelva su frustrante calma.

—Si no vas tú, Asteria, nadie lo hará. Aunque supongo que eso te da lo mismo, ¿verdad? Al fin y al cabo, a eso te dedicas: a permitir que el dolor se propague. A crearlo. Claro que eso no es algo en lo que te haya convertido Algos..., ya lo hacías como mortal.

El golpe es certero, aunque Eris no se queda a ver cómo lo encajo. Sabe perfectamente que no le hacen falta más palabras, y por eso gira sobre sus

talones y se marcha por la misma puerta por la que ha entrado. Raguel, que seguía esperando, bajo el marco, la sigue con la vista, antes de volver a mirar hacia nosotras.

Yo me he quedado sin respiración. Es solo un segundo, hasta que siento la ira corriendo por mis venas de nuevo. El dolor también llega, desgarrador, y no es el tipo de dolor que me da fuerzas. Es el tipo de dolor que me hace sentir miserable y culpable.

—Asteria. —Ligeia se gira rápidamente hacia mí—. No la escuches. Se dedica a eso. A provocar caos. En el mundo, en las personas.

Aparto la vista; me aparto de ella.

Tengo los puños tan apretados que me duelen las manos y la piel, en la que hundo las uñas. Intento dejar de pensar en que no hay mentira alguna en el hecho de que siempre he estado en este mundo para hacer daño.



No tengo ninguna responsabilidad con Orión. Pero nadie le ayudará si no lo hago yo. Y él me protegió en su momento. A él, de hecho, le tendieron una trampa al mismo tiempo que a mí. Ese chico ya ha sufrido demasiado sin razón, y está solo en el mundo. Casi tan solo como yo. Puede que tenga amigas, o que crea tenerlas, pero en realidad no tiene a nadie que le ayude.

—Necesito dinero —susurro, con la voz más controlada que puedo emitir.

—¿Dinero?

Cuando alzo la vista, sé que mi compañera ya lo ha entendido, pero aun así respondo:

—Hay un Barquero al que tengo que

pagar.



# ASTERIA

Aunque deseo aparecer al lado de Orión, sé de antemano que no será eso lo que ocurra. Nadie accede al Inframundo solo queriendo entrar, igual que nadie muere solo por un pensamiento. Así pues, cuando abro los ojos el mundo a mi alrededor es oscuridad. No es solo una impresión, sino una realidad: aquí no llega el sol, y tampoco la luna. Las únicas luces que salvan la escena de una completa oscuridad son grises, cenicientas, e

iluminan un lugar igual de oscuro. Ante mí hay una explanada desnuda de cualquier vida, sin vegetación ni animales, y bajo mis pies solo hay arena y piedras que crujen. Más allá, la laguna Estigia, llena de sombras y niebla.

Este mundo es, sobre todo, muerte.

Y no estoy sola.

Las voces en mi cabeza, que suelo intentar contener, aquí se desbordan y amenazan con volverme loca. Los lamentos están por todos lados, suplicándome que las salve de esperar una eternidad a este lado del lago, a las puertas del Inframundo pero sin poder pasar. Cuando echo a andar, adelantándome, comienzo a verlos:

espíritus que aparecen y desaparecen, cercanos a las aguas que lamen la arena. No puedo evitar buscar a mis hermanas, con ansiedad. Quiero verlas una última vez, despedirme de ellas, pero hay demasiada muerte aquí: gente a la que se ha castigado sin descanso o que no tenía dinero para permitirse una eternidad de paz; también debe haber muertas abandonadas a su suerte e incluso personas que nunca nadie encontró.

Cuando camino, las almas se acercan a mí y me piden ayuda. Yo aprieto contra mi corazón la bolsa de monedas que Ligeia me ha dado y no dejo que nadie se acerque a ellas, aunque no estoy segura de si pueden

tocar algo o simplemente lo traspasarían. Sigo buscando a mi familia con los ojos, pero no las veo entre los millares de almas que pululan por ahí, grises, apagadas, afligidas para siempre. Sus palabras son desgarros, los últimos coletazos de la voz que perdieron y nunca más recuperarán. Su cercanía es un frío que me cala en los huesos y en las entrañas, que ralentiza mi corazón y convierte mi sangre en escarcha.

Y al final, entre toda esta muerte, la única persona que gobierna aquí y decide quién se salva y quién no. De quién se compadece, si es que lo hace de alguien, y a quién abandona a su suerte en este lugar oscuro y triste por

cien años. Se sitúa, encorvada, al mando de una barca igual de oscura que todo lo demás.

Caronte tiene mucho trabajo si ha de transportar tantas almas.

El Barquero no es como me lo había imaginado. Esperaba una figura envuelta en negro, cuyo rostro no se descubriese nunca, pero no es así. Aunque es cierto que viste con un manto oscuro que le cubre, cuando me acerco a su barca y él alza la cabeza para mirarme descubro que sus rasgos oscilan: hombre, mujer, anciano, joven, niña, cadáver. Porque la muerte puede descubrirse bajo cualquier forma, porque nos da alcance a todas. Él, desde luego, ha tenido que ver más

caras a lo largo de la Historia que cualquier otra persona; él ha guiado a todas las víctimas de la Muerte a la tranquilidad del descanso o al sufrimiento de un castigo eterno. Puede que todos los rostros por los que pase sean solo recuerdos de aquellas a quienes alguna vez transportó.

Su piel es gris, como el paisaje en el que habita, como si estuviera manchado por entero de ceniza. Su sonrisa es un gesto igual de indeterminado que el resto de su figura.

Me descubro preguntándome por qué todos aceptan que es un hombre, si su cuerpo pasa a ser de mujer cada dos segundos, aunque siempre diferente.

—Asteria. —Su voz tampoco tiene un tono fijo. Me estremezco, porque es apenas una vibración en el aire que se me clava en los huesos. Mi corazón se acelera de pronto, golpeándome las costillas con su desenfrenado palpitar, como si sintiese la angustia de estar en un lugar en el que no debería estar latiendo. A mi alrededor, los espíritus parecen callar, acongojados por el sonido de quien decide sus destinos—. La Amazona Roja... Muchos han pasado por aquí, vencidos por tu espada. Y, sin embargo, tu momento no ha llegado. Y no llegará nunca, ¿verdad?

Tiene razón. Incluso si muriese, mi alma ya no pasaría por aquí, porque las

diosas simplemente desaparecen. Pienso en Perséfone, que solo en vida pudo gobernar en las tierras que se encuentran al otro lado de las aguas. Me pregunto cómo debió de sentirse Hades ante la única muerte sobre la que no podía decidir.

—Caronte —saludo yo, intentando sonar firme. El rostro de la figura que tengo delante vuelve a cambiar, tornándose en cráneo—. Antes, cada mañana me preguntaba si sería ese el día que te conocería.

—Y al fin estás ante mí —sisea, con placer—. Y quieres montar en mi barca. Pero mi barca no es lugar para vivos. El Inframundo, en general, no es tu lugar,



muchacha.

—¿Y cuál es el lugar del Dolor, sino aquel donde cualquiera lo ha sufrido? — susurro. Entre mis dedos aprieto la bolsa de cuero y tomo aire, antes de vaciarla un poco sobre la barca. El dinero tintinea al chocar contra la madera, desparramándose en un charco dorado. Los espíritus parecen reaccionar ante el sonido, porque sus súplicas vuelven—. He de cruzar.

Caronte sonrío con una hilera de dientes que pasan de ser brillantes a estar podridos y rotos. Se lanza a por las monedas con manos que en un instante están arrugadas y de pronto son solo huesos.

—Esto es más dinero del que necesitaría cualquier alma para cruzar...  
—susurra, agradado.

No entiendo por qué el Barquero, enjaulado en esta eternidad, en ese ir y venir de un lado a otro, anhela el dinero. Algunas historias dicen que antes fue mortal, pobre, y que pobre fue la familia que dejó al morir en una aventura para conseguir riqueza. Cuando Hades le propuso la eternidad transportando espectros, él aceptó, siempre y cuando recibiese un pago por cada alma transportada. Esas monedas serían ofrecidas a sus descendientes. Por supuesto, es solo una leyenda que trata de justificar la riqueza de las familias

más poderosas del Mundo Medio, pero nadie sabe si es cierta.

—No cruzaré solo yo —susurro—. Mis hermanas. Están aquí, ¿verdad?

Los ojos del Barquero son de todos los colores y al mismo tiempo de ninguno. Asiente con lentitud.

—Aquí se hallan, ancladas, pues ningún dinero pusiste bajo su lengua cuando quemaste sus cuerpos.

—Ese dinero que no pude poner entonces te lo brindo ahora. Llévalas al otro lado. Dales paz.

La figura me mira. Mujer, hombre, niño. En niño se queda, para mirarme con ojos inocentes, tiernos, compasivos.

—Sea. Has pagado por ellas, y mi

trato es justo: una moneda, un alma. Aunque hay almas que valen mucho más. Las vivas, por lo general, incrementan el precio.

—Hay más para ti. —Alzo la mano, moviendo la bolsa, haciendo tintinear lo que guarda. Los espíritus lloran. Sus voces resuenan como una canción en mi cabeza—. Pero será a la vuelta. Debes llevarme... e ir a buscarme. A buscarnos. He venido a por alguien.

—Oh, por supuesto que lo has hecho. Solo a eso vienen los vivos... A desafiar a la muerte, creyéndose héroes. Pero muy pocos consiguen salir y traer de vuelta lo que quieren, muchacha. Eurídice todavía llora porque estuvo a

punto de volver bajo la luz del sol, pero nunca pudo hacerlo al final.

—Ese será mi problema. ¿Accedes a llevarme?

El rostro se convierte en el de un hombre anciano, con la desconfianza de toda una vida en sus rasgos.

—¿Cuánto pagarás?

—Cincuenta monedas más. Veinticinco por mí, veinticinco por mi acompañante. Nadie diría que no a un trato semejante.

—Cincuenta monedas incluso si vuelves sin tu acompañante...

Aprieto los labios, pero asiento. No estoy dispuesta a volver sin Orión.

—Sea.

Caronte vuelve a esbozar su sonrisa extraña, entre la amargura y la felicidad. Es un gesto artificial, paradójico, que me deja incómoda y sin saber qué hacer. De debajo de sus ropajes saca un brazo, que tan pronto está lleno de cicatrices como se vuelve blanco y suave, y señala la barca, invitándome a subir en ella. Lo hago, mirando hacia atrás. Algunos espíritus intentan seguirme, pero algo los detiene. Parece que hubiera un muro invisible impidiéndoles alcanzar su destino, como sucede alrededor del palacio del Emperador cada vez que intento adentrarme en él. Lo mismo ocurre con el agua: aunque algunos espectros se lanzan, desesperados, en un

intento de nadar hacia la otra orilla, apenas pueden avanzar unos metros antes de que la magia actúe y les impida llegar. Sus quejidos lastimeros, cuando entienden que no hay escapatoria, me ponen la carne de gallina.

El Barquero los ignora y coge el gran remo con el que se ayuda y pronto nos adentramos en las aguas de la laguna Estigia.

Con el susurro de la barcaza cruzando las aguas y el silencio, nos alejamos de las almas que anhelan descansar.



Creo que pasan horas hasta que alcanzamos la otra orilla. En ese tiempo, Caronte no habla, como si yo no existiera, o como si estuviera tan muerta como todas las viajeras que transporta día a día. No me importa. El siseo del bote rompiendo la superficie del lago parece hacerse eco entre los jirones de niebla gris que viven sobre las aguas. Lo único que veo de mi guía, las manos que sujetan el remo, no dejan de cambiar con cada esfuerzo que hace. Aunque podría preguntarme mil cosas sobre esta figura que me acompaña, como su verdadero aspecto o si recuerda alguna otra vida que no fuera esta, solo soy capaz de pensar en que, al menos, mis hermanas



podrán encontrar paz después de todo lo que ha ocurrido. Podrán vivir en campos tranquilos, donde ya no tendrán preocupaciones, y estarán todas juntas. Incluso si han tenido que morir para alcanzar la calma que nunca se nos debió arrebatarse, puede que así consigan ser felices.

Puede que la muerte sea, al final, más amable que la vida.

Y yo... Yo ni siquiera muriendo podré volver a reunirme con ellas.

Finalmente alcanzamos la otra orilla, y el Barquero y yo apenas nos dedicamos unas palabras de despedida.

—Cuando vuelvas, tira las monedas en la orilla. Así sabré que he de venir a

buscarte.

Es lo último que dice antes de que su figura se aleje de nuevo entre la neblina del lago. Entonces me doy cuenta de que esta orilla es igual que la otra, pero al mismo tiempo completamente diferente, porque está vacía. No hay sonido, e incluso las voces en mi cabeza han desaparecido. No del todo, pero ahora son solo un rumor muy lejano, un zumbido que quiere tirar de mí, pero al que no me cuesta sobreponerme. Ante mí, tal y como me describió Ligeia antes de venir aquí, se alza una gran muralla tan negra como todo parece serlo a mi alrededor. En el centro de la misma hay un portón inmenso, alto como el muro al

que pertenece. Está abierto de par en par, invitando a cualquiera traída por Caronte a pasar a los terrenos de la muerte.

O quizá no.

Cuando me acerco a la entrada veo que, efectivamente, está abierta, pero que no da al otro lado de la muralla, sino solo a una gran estancia... donde hay otro guardián. Me quedo sin respiración. Es enorme, más de lo que nunca había imaginado, más de lo que las leyendas cuentan. Claro que casi nadie vive para contarlo, después de verlo.

Cerberos.

La bestia duerme, sus tres pares de

ojos cerrados. Es del color del ébano, aunque su pelaje es lo más parecido a algo brillante que he visto en este deprimente lugar. Su lomo, inmenso, sube y baja al ritmo de su respiración pacífica. Tres cabezas que son al menos cinco veces mi tamaño se apoyan sobre un par de grandes patas. Trago saliva. En el anfiteatro tenía que enfrentarme a bestias, pero al menos eran de un tamaño normal.

Pienso que tengo suerte de encontrarlo dormido. Si no hago ruido no tiene por qué despertar. Pasaré sin que se entere hasta el otro lado.

Sin embargo, cuando doy un paso dentro de la estancia, abre los ojos.

Lo hace de repente. Los seis párpados casi emiten un chasquido al separarse al mismo tiempo, y los ojos dorados, brillantes, llenos de vida, se fijan en mí. Me ven. Me quedo helada ante esas pupilas que se contraen, y el escalofrío me recorre cuando una de las cabezas bosteza, otra olisquea el aire y la tercera gruñe, enseñando unos dientes que podrían despedazarme con solo un roce. Intento no moverme, que no crean que soy una amenaza, pero no dejan de mirarme. Mis manos, muy lentamente, se aprietan en torno a las empuñaduras de mis armas. Estoy conteniendo la respiración, porque quizá si no respiro no crean que estoy viva. Quizá si no

respiro no me vean como su enemiga...

Pero entonces tres narices me huelen. Y las tres reconocen que estoy viva.

Cerberero salta a por mí a una velocidad que casi me cuesta la vida. Ruedo por el suelo e incluso así no es suficiente, porque una de las patas se mueve para arañarme con sus afiladas uñas. Me lanza hacia la pared con tanta fuerza que siento que me rompo la espalda, que me rompo entera. El mareo llega, pero también llega entonces esa energía que me hace ser completamente esclava del dolor. Siento la sangre corriendo más rápida por mis venas, el corazón latiendo fuerte contra mi pecho.

Sentirme tan despierta es también mi salvación.

Cerbera no me da tregua. No me da tiempo a levantarme antes de lanzar otro ataque. Ni siquiera puedo desenvainar mis armas, pero sé de antemano que los filos no le harán nada. Son absurdos en comparación con el monstruo que tengo delante. Ni siquiera creo que el cuchillo dorado vaya a provocarle ningún daño.

Tres cabezas comienzan a ladrar. Una de ellas se lanza a por mí y yo vuelvo a rodar, pero sé que no puedo seguir así todo el tiempo. Mis ojos van, con ansiedad, hacia el gran portón que se adivina tras la figura del perro. Necesito llegar hasta allí. Quizá si soy

lo suficientemente rápida...

Pero cuando echo a correr, levantándome de un salto, de nuevo una zarpa me lanza lejos, contra la pared contraria. Esta vez sus garras me destrozan una buena parte de la coraza y de la túnica. Cuando el dolor llega con esa sensación contradictoria sé que no me dará tiempo a levantarme.

No me dará tiempo a huir.

No voy a salir viva de aquí, mortal o inmortal.

Cuando una de las cabezas de Cerbero se lanza a por mí con las fauces abiertas, yo aprieto los párpados y deseo dañarla. Deseo cegarle, porque entonces no podría verme, entonces



podría huir...

Casi al instante, escucho el aullido.

Es agónico y lleno de confusión y enfado. Alzo la mirada, ansiosa. La testa que se ha lanzado a por mí sangra. No. Sus ojos sangran. Lo hacen en negro, como si ni siquiera la sangre pudiera tener color en este lugar. Casi parecen lágrimas, pero yo sé que no es eso. La cabeza se menea de un lado a otro, llena de sufrimiento, con un gemido lastimero y un gruñido que es pura ira. Parece prometerme venganza de alguna manera.

Porque yo he sido la culpable de eso.

Este es el poder del Dolor.

Cojo aire, entrecortadamente, pero

no me da tiempo de pensar en nada más. Las otras dos cabezas parecen entender que yo he sido la culpable del sufrimiento de esa parte del todo. Por eso se lanzan a por mí.

Esta vez sí consigo moverme, aunque sé que no necesito huir más. Solo necesito concentrarme. Concéntrate de verdad, Asteria. Haz lo que Ligeia te ha enseñado. Piensa. Siente el cuerpo que está ante ti. No es tan diferente a una lucha cuerpo a cuerpo, a avanzar los movimientos, a intentar averiguar cómo puedes hacerle más daño. Es como pensar cuál será el siguiente flanco por el que atacarás...

Los ojos. Quiero atacar sus ojos.

Quiero cortarlos y que se queden ciegos.  
Quiero que nunca más puedan verme.

Esta vez veo exactamente lo que pasa: una gran herida cruza las dos miradas restantes. Las tres cabezas aúllan entonces, y mi cuerpo se alimenta de ese dolor mientras parte de mi conciencia. Mi poder es cruel, pero es lo que me está salvando la vida.

Cerberero lanza dentelladas al aire, enfadado, pero ya no puede verme. Aunque tengo que evitarle con cuidado y mucha rapidez, lo consigo: me meto entre sus piernas, por debajo de su cuerpo, mientras la bestia gimotea.

Cuando alcanzo la puerta que el can protegía, miro hacia atrás. Todavía

pelea contra el aire, aún olisquea, aún se queja.

Incluso cuando me marcho corriendo, Cerbero aún debe creer que sigo allí.



Ligeia también me explicó lo que me encontraría si conseguía traspasar la muralla y superar a Cerbero: los campos de Asfódelos. Una planicie seca y mustia donde, sin embargo, ya hay luz. Es una iluminación anaranjada, con un cielo extraño y descolorido, como un ocaso constante que quiere ser día y al mismo tiempo noche, pese a que no

alcanza ninguno de los dos puntos.

«Si Orión está en el Inframundo, Hades lo habrá enviado al Tártaro. Es allí donde se reciben los castigos más horribles... Camina hacia la izquierda, sigue siempre en esa dirección hasta que veas el Flegetonte, el río de sangre donde se consumen todos los criminales. Al otro lado estará el Tártaro, y quizá allí esté él».

No me lo pienso antes de seguir exactamente las directrices que me dio la bibliotecaria. Hacia la izquierda, siempre hacia la izquierda. La vida, a mi alrededor, vuelve, si es que se le puede llamar así. Aquí los espíritus no sufren, pero tampoco son felices. Vagan sin

rumbo, mirándome sin interés. Puede que hayan olvidado sus vidas, puede que me crean una más o que me consideren una extraña al sentirme viva. Sea como sea, no molestan mi camino, aunque algunos me traspasan y me obligan a ver su vida al hacerlo: son gentes sin maldad, pero que tampoco han sido siempre de comportamiento intachable. Son personas normales, que quizá en algún momento tuvieron que mentir o robar para ayudar a alguien, que no han hecho ninguna heroicidad, pero tampoco han provocado el mal.

Aquí es donde viene la mayoría del mundo, pues muy pocas personas son completamente buenas o completamente

malas.

Y, de pronto, lo siento.

Me atraviesa de una manera que me deja congelada. Dolor. Un dolor acuciante, tan intenso y lleno de desesperanza que no solo me alimenta, sino que me bloquea. Si había más voces, las elimina por completo. Alguien está sufriendo cerca, muy cerca, tanto que se está volviendo loca. Tanto que *me está* volviendo loca.

Me estremezco, sintiendo la súplica. Sintiendo que me ahogo, aunque yo puedo respirar con tranquilidad. Es una voz que no llega a pronunciar palabra, pero que al mismo tiempo resuena como si gritase con la fuerza de una catástrofe.

Es el dolor de alguien que vive sin poder morir. Y está muy cerca de mí.

De alguna manera, lo sé. Sé que ese sufrimiento, que se pone por encima de todos los demás, es de Orión.

Echo a correr lo más rápido que puedo.

Cuando llegue, quizá a la Vida ya no le queden ganas de vivir.



# ORIÓN

No soy capaz de recordar un tiempo anterior a mi castigo.

No soy capaz de recordar quién era antes de sumergirme en la oscuridad. ¿Era alguien, siquiera? ¿Era algo? ¿Existe un momento anterior al sufrimiento? Anterior a la vida y a la muerte...

¿Cuánto llevo aquí? Parecen siglos. Parecen muchas existencias juntas. Las de los espíritus que pasan por mi lado y me tocan y me hacen revivir sus

sufrimientos pasados. Las de los recuerdos que no son míos, pero que no puedo evitar. Aunque, para ser justos, ¿tengo memorias propias, acaso? ¿Me queda algo en el mundo? Las almas siguen su camino, son arrastradas por la corriente, pero yo no tengo ese placer. Estoy aquí, quieto, en esta negrura, anclado al suelo, resistiéndome al fluir del río, como si él también me ignorase.

¿Soy algo más que un cuerpo vacío, suspendido en este estado de entumecimiento? Aletargado físicamente. Aletargado mentalmente...

A veces, me obligo a recordar quién soy. Mi nombre es Orión. Soy un dios. Pero poco más queda, aparte de eso. Es

en esos momentos cuando abro los labios firmemente apretados y siento la sangre ardiente cayéndome sobre la lengua. Me acuerdo de que odio el sabor, y mi estómago se encoge y mi garganta se cierra.

En esos momentos, otra parte de mí agoniza y se muere.

Me están desgranando, y pronto no quedará nada de mí.

Al final, en medio de un tiempo que no pasa, en medio de la pesadilla de la que no despierto, el dolor parece remitir. Y sigue disminuyendo, hasta que no es más que un zumbido en alguna parte de mi cráneo. Abro los ojos, pero no hay nada que ver. Me muevo,

inseguro, pero no tengo a dónde ir. ¿Se ha cumplido mi deseo? ¿Estoy muerto, acaso? Me estremezco, pese a que mi piel arde por la sangre hirviendo que fluye a mi alrededor. A lo mejor es un truco. Me quedo muy quieto. A lo mejor Hades se ha aburrido del mismo castigo. Quiere hacerme creer que estoy a salvo. Quiere hacerme creer que todo va a terminar, solo para que la tortura vuelva con más fuerza. Quiere que termine por perderme.

¿Es eso...?

Aguardo, contando los latidos de mi inquieto corazón, pero nada ocurre. Los espíritus siguen rozándome y siguen lanzando visiones. Pero, de pronto, hay

un roce que no tiene nada que ver con ellos. Una caricia que no se parece a la que lanza la corriente por mi cuerpo. Una piel sobre mi piel, aunque no puedo decir mucho más. La oscuridad sigue siendo perpetua. Un roce sube por mis dedos como un escalofrío, hasta que encuentra las cadenas. Cuando siento el golpe en la cerradura, en un intento de liberarme, yo solo puedo cerrar los ojos. Estoy agotado. Estoy tan cansado...

Por favor, dioses, no me dejéis tener esperanzas. Las esperanzas se aplastan. Las esperanzas, como todo lo que hay en este lugar, mueren.

Noto las cadenas cayendo al fondo.

Noto cómo soy liberado y mi cuerpo trata de salir a flote. Alguien, de hecho, tira de mí. Una presión en mi muñeca me hace darme cuenta de que una mano me rodea. La sangre espesa casi parece vibrar cuando alguien patea, intentando nadar. Yo ni siquiera tengo fuerzas para eso, así que simplemente me dejo arrastrar hacia arriba. Hacia la superficie.

La primera bocanada de aire es la más dolorosa. Cuando saco la cabeza del líquido, las ampollas de mi rostro escuecen antes de desaparecer. Mis ojos se abren y, a pesar de que estamos en penumbra, me duelen como si hubiera visto el carro de Helios directamente.

Tengo que cerrarlos, demasiado sensibles como están. Toso y vomito la sangre de mi estómago y siento unos brazos bajo mis axilas, empujándome. Yo me concentro en respirar como si nunca antes lo hubiese hecho, llenando mis pulmones con un aire que huele a sangre y a Muerte. Por primera vez, sin embargo, me da igual. Es tan preciado. Lo he echado tanto en falta...

Cuando tocamos tierra, me empujan por encima del borde del río y yo me arrastro hasta quedar tumbado en la tierra árida y fría. Escupo. Entreabro los ojos, aunque me duela. Una figura se pone de rodillas a mi lado, tosiendo sangre del río. Su piel está roja, como

sus cabellos, y eso contrasta contra el color plumizo de todo lo que nos rodea. Parece fuera de lugar, demasiado viva, demasiado tangible. No sé por qué lo hago, pero alcanzo su mano. Ella alza la cabeza para mirarme. Sus ojos también son rojos, y yo me estremezco. Por suerte o por desgracia, no aparta sus dedos de los míos.

Se siente extraño tocar a alguien de nuevo.

Suspiro y me quedo aquí tirado, quieto, fingiéndome muerto. Preguntándome si lo estoy. Estaría bien. Estaría mucho mejor que ser una vida mancillada. Al menos, así me siento. Sucio y repugnante. Corrompido. Pienso



que ojalá pudiera deshacerme de esta piel. Cambiarme de cuerpo y fingir que nada de esto ha pasado. Cambiarme de mente, incluso. Ser solo espíritu, sin recuerdos crueles.

Con cuidado, mucho cuidado, me incorporo ayudándome de los brazos. Los siento temblar, pero consigo sentarme y enderezarme. El río de sangre que es el Flegetonte borbotea a solo unos centímetros de mis pies, demasiado cerca para mi gusto, así que me echo un poco hacia atrás, poniendo distancia entre los dos. No es rojo, sino más oscuro. Como vino. Del color de una costra. No es el fuego de los cabellos o los ojos de Asteria. Me

rodeo las rodillas, en un pobre intento de protegerme. Es una más de las aberraciones del Inframundo. Una más de las cámaras de tortura puestas para los criminales o, simplemente, aquellos que van contra los dioses...

Tengo que salir de aquí.

—Orión.

Doy un respingo. Ella me observa, pasándose las manos por el cabello, en un intento vano de limpiarlo. Aprieto los labios. Quiero decir algo, lo que sea, pero mis labios se niegan a moverse. Parece que haga una eternidad desde que pronuncié mi última palabra. Entreabro la boca.

Nada.

—¿Me oyes?

Yo no me muevo, y ella se inclina hacia delante, arrodillada ante mí, y toma mi rostro, con mucho cuidado, como si temiera que me fuera a romper. Pero, Asteria, yo ya no me puedo deshacer más. No queda nada de mí. Si has venido a salvarme..., creo que llegas tarde.

—Orión —repite—. ¿Sabes quién soy?

Sus dedos son cálidos. Sus dedos son amables cuando me aparta el pelo del rostro y trata de limpiarme la cara. Creo que no lo consigue. No sé qué aspecto debo tener, pero es lo suficiente malo como para que ella me mire con

inquietud.

Pruebo a mover los labios. Tengo que hacerlo unas cuantas veces, balbuceante, antes de que cualquier sonido coherente escape de ellos:

—Asteria...

Ella parece suspirar, al reconocer su nombre salir de mis labios.

Sé que está intentando ayudarme cuando siento el entumecimiento desaparecer. Cuando los pensamientos empiezan a llegarme con claridad... No. Me aparto, como si de pronto sus manos quemasen. Esa parálisis es lo que me mantiene a flote en estos momentos. Si incluso eso me lo quita... ¿Qué me quedará? Más que nunca, la consciencia

me parece un castigo.

La veo abrir la boca, pero no quiero que me tenga pena, y todas las palabras que vaya a convocar parecen de pronto demasiado pesadas y tristes.

—Has... venido a buscarme.

Cierra la boca. Me observa, con una expresión que no sé identificar. ¿Por qué está aquí? No logro entenderlo. Su presencia solo me empieza a parecer real ahora. Y tiene poco sentido. ¿Por qué ha venido a buscarme? ¿Por qué ella, de todos los dioses?

—Necesitabas que alguien lo hiciera.

Su voz suena tan suave que parece una mentira. Me echo un poco más hacia

atrás, lejos de su alcance. Aunque estoy sudando, en esta atmósfera opresiva, mis dientes castañean. El entumecimiento se está disipando finalmente, por muy fuertemente que me haya intentado aferrar a él. Siento temblores y calambres por todo el cuerpo, y no estoy muy seguro de si son legítimos o simplemente los está creando a causa de lo que ha sucedido.

—Necesito salir de aquí.

Me ahogo. La sensación es tan acuciante que me pongo en pie tan rápido como puedo. Soy torpe, y Asteria tiene que sujetarme para que deje de tambalearme y no me caiga. Me coge de los brazos. Me da la sensación de que

ella misma vuelve a la realidad al ver mi determinación.

—*Debemos* salir de aquí. Si Hades se entera de que te he liberado, será nuestra perdición.

Me quedo quieto, aunque mi respiración se acelera. Mi pecho intenta expandirse en vano. El terror me abraza las costillas y me clava las uñas en el corazón. Mi mente ha vuelto atrás, a la cara huesuda y blanca del rey de los muertos. A su poder. A su olor, quemándome por dentro. A su sonrisa... Cómo me sonreía cuando me trajo al Inframundo. Qué placer sádico, malsano, había en su expresión. Sus ojos brillaban. Sus dedos parecieron

deleitarse en el gesto que hizo para ponerme las cadenas mágicas que habrían de mantenerme hundido dentro del Flegetonte. Lo disfrutó. Probablemente, solo le habría gustado más si yo hubiera sido Eris, pero a falta de ella... Y su voz. ¿Cómo olvidar el deleite que emanaba?

—Lo que te ha hecho Hera durante estos años no es ni una mínima parte de lo que deseaba hacerle yo a tu madre — me confió, en un susurro. Justo en este mismo lugar. En esta orilla, con el burbujeo incesante de la sangre al hervir de fondo—. Pero ya que no me dejaron hacer con ella lo que quería cuando la castigaron, y tú la has liberado, me



tendré que contentar contigo por ahora. Y te aseguro que te arrepentirás de haber nacido, Orión.

Y me empujó.

Lo siguiente que supe era que la oscuridad me había envuelto. Lo siguiente que supe era que no servía de nada gritar ni mantener los ojos abiertos, ni tampoco intentar usar mis poderes para desaparecer.

Estaba seguro de que me volvería loco.

¿Y quién dice que no lo haya hecho?

Trato de desembarazarme de Asteria, en un intento de salir de este maldito lugar. Pero ella no me deja.

—Orión, mírame —exige. Siento

frío en el rostro, como si no quedase sangre bajo mi piel. Quizá la haya dejado en la corriente—. Estás libre. No voy a dejar que te pase nada, ¿de acuerdo? Te lo juro, como tú me lo juraste a mí.

¿Por qué me dice estas cosas? No creo entenderlo. No necesito esto. No necesito creer que soy libre. Nunca lo he sido. Solo ha habido cortos períodos de tiempo en los que creí que podría llegar a serlo. Siento la risa ascendiendo desde el estómago hasta mi pecho. Siento las lágrimas subiendo hasta mis ojos. Quiero preguntarle por qué cuida de mí cuando yo la he condenado. Quiero preguntarle quién la ha enviado. Si es

una ilusión. Porque estoy empezando a ceder. Estoy empezando a creer que es real. Que va a sacarme de aquí de verdad. Y no quiero eso.

Por favor, dioses, *por favor*. No más decepciones. Está bien si solo me dejáis morir. Está bien si me liberáis así.

Una parte de mí insiste en que esta no puede ser Asteria. Una parte de mí, la más racional, es consciente del despropósito que sería reconocer que esta chica puede ayudarme, después de lo que pasó con sus hermanas. Solo le he traído problemas. Le he traído... muerte a su vida. Hera misma me lo mostró. Hera me lo dijo: que cargaría con la culpa.

Nunca he salvado a nadie.

Ni siquiera a mí mismo.

—Vamos.

Asteria tira de mí, obligándome a alejarme del río y liberándome de mi prisión.



El tintineo de las monedas al caer sobre la piedra y la arena es demasiado ruidoso para este mundo de silencios. Desde que nos alejamos del Flegetonte —y llevamos caminando lo que me parecen horas—, el único sonido del que he sido plenamente consciente es el de la vida en nuestros cuerpos y los

lastimeros aullidos de Cerbero, que lloriqueaba cuando hemos pasado junto a él. Se había agazapado en un rincón de la estancia donde mora y había ocultado sus cabezas bajo sus patas. Asteria ni siquiera le dedicó una mirada. El suelo de la habitación estaba manchado de sangre negra. Me imaginé lo que había pasado.

Ni siquiera pude sentir pena.

Me siento en la arena, abrazándome el estómago, mientras esperamos a que llegue el Barquero. Mi postura es un pobre intento por protegerme, supongo, aunque no sé exactamente de qué. Tal vez siga teniendo miedo. Eurídice, al fin y al cabo, nunca llegó a salir del

Inframundo. Quizá a mí me pase lo mismo. Quizá Asteria mire hacia atrás en el último momento y Hades aparezca para cogermelo de la mano y arrastrarme de nuevo con él. O quizá Asteria se desvanezca. Quizá esto no sea más que un sueño. ¿He podido quedarme inconsciente, en medio de la tortura? ¿He sido abandonado por todos y esta es una visión provocada por el último resquicio de esperanza saliendo de mi cuerpo?

—¿Cómo te encuentras?

Yo no respondo. Ni siquiera la miro. Mi mirada está fija en la orilla contraria de la laguna, que no es más que un horizonte de un gris un poco más oscuro.

Me pregunto qué pasaría si cerrase los ojos, porque realmente estoy cansado. Me pregunto si al abrirlos despertaría o seguiría dentro del sueño. No soportaría volver a aparecer en la oscuridad del fondo del río. Pero no sé si soportaría tampoco descubrir que todo ha sido una pesadilla. Que sigo en la cama de Hera, que ella está viendo en el agua, que tira su pila al suelo y maldice a Zeus y a todas las mortales. Entonces, yo me levantaría y me arrodillaría ante ella, y le propondría el plan que llevo pensando durante lunas enteras...

No, no quiero dormir. Dormir es peligroso. Me llevo una mano a la cara. Me la cubro. Quiero llorar, pero no sé

siquiera si puedo hacerlo.

—¿Orión?

Sacudo la cabeza cuando ella se acerca a mí. La oigo acuclillarse a mi lado. El suelo cruje bajo sus pies. Una mano me roza el hombro. Yo me tenso, preparándome para recibir los recuerdos de la vida de un criminal. Pero... nada pasa. Ella no es un espíritu. Si esto es real, ella es de carne y hueso. Está viva. Presta atención, Orión, y verás que respira. Lo puedes oír. Su corazón late. Puedes olerlo... No, eso no. No podré oler nada hasta que salga de este maldito lugar, si es que lo hago.

Si es que alguna vez ha existido algo, aparte de este sitio.



—Puedo ayudarte —susurra. Me parece ver una sombra en la distancia, acercándose. Perturba la calma del lago. Percibo un chapoteo—. Sé cómo quitarte el dolor. He aprendido a usar mis poderes. No sé si sirve de mucho, pero...

¿Dolor? Yo no tengo dolor... No del físico, creo. Y si lo tengo, ya lo he olvidado. No recuerdo cómo se sentía. La miro, solo de reojo, con cuidado de no quemarme los ojos al encontrar sus colores rojos.

Ella me mira. Parece dudar. Durante una eternidad no vuelve a hablar, quizá esperando mi respuesta. Pero yo no tengo nada que decirle. Finalmente, con

un suspiro, su mano se aparta de mi hombro, solo para recorrer mi brazo. Atrapa mi muñeca. Yo ni siquiera tengo poder para desasirme. Así que dejo que guíe mis dedos hasta su cuello. No entiendo lo que está haciendo hasta que siento su pulso firme contra mi piel, como una vibración o un cosquilleo.

Me concentro en esa sensación. Aprieto los dedos con algo más de fuerza, aunque plenamente consciente de que la vida es delicada. Sé que parece que estoy desesperado. *Lo estoy.* Mi mano se desliza fuera de su agarre y mis ojos siguen el recorrido de venas azules, visibles incluso en la luz cenicienta. Abajo, y más abajo, hasta abandonar el

cuello. Hasta que veo sus clavículas. Hasta que llego al borde de su túnica. Antes llevaba una coraza, pero ahora esta descansa en el suelo. Solo entonces me muevo entero. Me inclino, con mucho cuidado, hasta que mi cabeza descansa contra ella. Hasta que mi oreja está contra su corazón y puedo escucharlo latiendo a centímetros de mí.

*Bum bum.*

Dejo caer los párpados. Ella no se mueve, y yo solo puedo rodearla con mis brazos y apretarme más contra la calidez de su cuerpo. Me aferro a su túnica. Quiero creer que es real. Quiero creer que no se desvanecerá.

Por primera vez en lo que parece

una eternidad, bajo la guardia. Las lágrimas me pican en los ojos.

*Bum bum.*

El cuerpo de Asteria rompe el silencio de la Muerte, y me llena de la vida que se me ha intentado arrebatarse.

Ella no se aparta. Aunque al principio parece tensa, muy quieta, al final sus dedos tocan mis cabellos y los acaricia. La dejo, porque nunca el contacto me pareció tan necesario. Nunca he anhelado tanto ser tocado. *Demuéstrame que estamos vivos*, deseo decirle, *júrame que somos reales*. Por supuesto, dejo que sean solo pensamientos. No quiero que me arrebaten este sonido, así que

permanezco callado. No puede haber nada más importante...

*Bum bum.*

¿Quién lo iba a decir? No habría creído a nadie que me hubiera asegurado que Asteria podría desprender vida. Que lo fuera, pese a sus manos manchadas de sangre. Pero ahora lo sé. Incluso si huele a muerte y causa y controla al Dolor, nunca me había parecido tan atrayente como en este momento. Y yo nunca había tenido la necesidad de quedarme al lado de nadie. Aprieto un poco más los párpados y me doy cuenta de que también mi corazón late.

*Bum bum bum bum.*

Juntos hacen un sonido extraño. Es

como si se superpusieran sus pálpitos, pero a destiempo. Puede que incluso parezca disonante, pero a mí se me antoja una auténtica melodía. Una que me indica que yo también estoy vivo. Que no he sucumbido a Hades. Que no he sucumbido al Inframundo.

Solo entonces me doy cuenta de algo: Asteria es real. Yo mismo soy real. Estoy despierto. Estoy... ¿libre? Ella me ha salvado. Ha desafiado a Hera y a Hades y me ha liberado. Y se está enemistando con ellos al hacerlo. Se está poniendo en el punto de mira por mi culpa. Lo mejor que puedo hacer es alejarme. Lo mejor que puedo hacer es explicárselo. Quizá ella misma no se

haya percatado, pero estar conmigo, desde el principio, no le ha traído más que problemas. Lo sé. Y ella tiene que saberlo.

Al final, sin embargo, solo callo. Al final, simplemente me quedo entre sus brazos, con mi cuerpo y el suyo tan pegados que debemos de parecer, desde lejos, la misma forma. Y en vez de una advertencia, en vez de decirle todo lo que se me pasa en este momento por la cabeza, solo puedo convocar una palabra. Una palabra corta, en voz muy baja. Pero salida directamente de este corazón tembloroso que me mantiene con vida:

—Gracias...

Asteria, por supuesto, mantiene su calma. Hoy no me parece tan fría, sin embargo.

—No tienes que darlas —susurra. Ni siquiera su voz parece tan dura, sino más suave—. Todas necesitamos a alguien que nos salve alguna vez. Y tú y yo estamos igual de solas, Orión...

Qué curioso. Es el primer abrazo sincero que doy alguna vez. Es la primera vez que alguien me sostiene entre sus brazos con algo parecido a cariño. Porque yo no he tenido un padre o una madre que me cuidasen. Yo no he tenido amigos fieles. No he tenido amantes, siquiera, aparte de Hera. Y sus abrazos solo eran los de la pasión y la



venganza. Los del resentimiento hacia su esposo, o los del capricho.

—No... —Mi voz suena extraña. Ronca. Muy baja. Puede incluso que ella no pueda oírme. Pero hay cosas que, aunque no sean escuchadas, solo necesitamos pronunciar para que se hagan realidad—. Por primera vez... yo ya no me siento tan solo.



# ASTERIA

No sé si el Orión que rescato es el que vino a suplicarme ayuda hace días o alguien completamente diferente. No sé, siquiera, si de verdad es consciente de lo que pasa a su alrededor o solo un cuerpo que se mueve por inercia. Puede que su alma, de hecho, se haya quedado atrás, en el Inframundo, cuando el Barquero nos deja en la otra orilla de Estigia y nosotras desaparecemos. Sea como sea, el dios de la Vida parece haber muerto en el río de sangre en el

que lo encontré.

Para cuando aparecemos de nuevo en el Mundo Medio, la noche ha caído, y la temperatura helada se nos clava en la piel como agujas. A mi lado, cuando lo miro, Orión no parece reaccionar. Sus dedos están bien apretados en torno a mi muñeca, y yo sé que no es solo una forma de agarrarse a mí, sino también de intentar no perder el pulso que late bajo la piel. Necesita vida, después de tanta muerte. Sin embargo, la del Mundo Medio debe de ser demasiado para él, porque tras un primer momento se tambalea como si lo hubieran abofeteado. Aprieta los párpados. Lo sostengo antes de que pueda caer.

—Está bien —susurro. Él me mira, con ojos entrecerrados. Es extraño ver la sangre roja en su cuerpo, en sus cabellos, en toda su ropa—. Ya estamos de vuelta. Ya puedes descansar.

El muchacho apenas cabecea. Parece muy confuso. Parece muy dolido. Como si estuviera agotado, se deja apoyar contra mi cuerpo y yo lo sostengo con firmeza, arrastrándolo conmigo hasta la entrada.

Dos figuras salen a nuestro encuentro. Raguel me ayuda a cargar con Orión y Ligeia nos ilumina con una vela. Su expresión, alumbrada apenas por el fuego que sostiene entre sus manos, parece de preocupación.

—Empezaba a pensar que os habían descubierto.

Ante la mera idea siento temblar al dios que se agarra a mí. Su mano vuelve a mi muñeca, con desesperación. Lo observo de reojo, con cierta lástima. ¿Qué han hecho con este chico?

—Fui todo lo rápida que pude...

Ligeia asiente. No me pasa desapercibida la mirada con la que recorre nuestros cuerpos. Sin más palabras, nos adentramos en la casa, donde al menos sabemos que nada ni nadie nos puede alcanzar.

—Os buscaremos ropa nueva para que podáis cambiaros y descansar, después de que os deis un buen baño —

me ofrece Ligeia, con una breve sonrisa que intenta ser comprensiva.

Raguel mira con duda a Orión, preguntándose si va a tener las fuerzas suficientes como para moverse solo para que él pueda ir a ayudar a su señora. Es en el mismo instante en el que parece que el dios empieza a reaccionar, porque se yergue con cuidado y mira a su alrededor. A mí no me suelta, sin embargo, sus dedos continúan aún presionando contra mi pulso. Sus ojos observan a Ligeia como si la viera por primera vez. Creo que dirá algo, pero al final solo baja la vista, no sé si abrumado o completamente ido. Ligeia abre la boca para hablarle, pero yo

niego con la cabeza y ella calla, con algo de ansiedad.

—Vamos —susurro a Orión.

Aunque me mira sin comprender, yo tiro de él suavemente, para llevarle hasta el baño, porque dudo de verdad que sepa cómo caminar sin guía. El dios no protesta, aunque siento sus ojos fijos en mí hasta tal punto que me parece perturbador. Son solo unos segundos antes de que baje la vista al suelo, centrándola en sus pies. Quizá cuente sus pasos.

—Sé... dónde están los baños...

—Ahora mismo dudo que sepas siquiera cómo quitarte la ropa... Sin ofender.



Creo que se avergüenza, porque se encoge sobre sí mismo. Incluso así, no se suelta de mí, y yo de pronto entiendo qué es lo que pasa: no es solo que se sienta saturado por la vida del Mundo Medio o por todo lo que ha ocurrido. No quiere estar solo.

—Gracias...

Lo ha repetido en varias ocasiones desde que lo saqué de aquel lugar. Una y otra vez, como si fuera la única palabra que supiese. Al principio le respondía, pero creo que simplemente le hace sentir mejor el poder decirlo. Quizá nunca haya tenido nadie a quien agradecerle nada. Desde luego, si todas las diosas son como Eris, no ha debido recibir

apoyo de verdad en toda su vida.

Los baños nos reciben con su calor sofocante. Solo entonces hago que Orión me suelte, con cuidado, y aun así parece estremecerse cuando lo obligo a apartarse. Lo observo, dubitativa, y él me mira a mí con los ojos castaños casi vacíos. ¿Eran tan oscuros antes...? Me angustian. Hay algo horrible en que la mirada de Orión sea tan opaca y que tenga tan poco sentido. Es como si tu vida misma te mirase y te dijese: «No valgo la pena».

Necesito remediarlo.

—Trataba de exagerar con lo de la ropa..., pero, teniendo en cuenta que no has respondido, quizá esperas que te

desnude.

Reacciona. Siento sus párpados separarse un poco más y sus labios entreabrirse. Su mirada despierta cuando la vergüenza la cubre y yo siento ganas de suspirar con alivio.

—Puedo yo, gracias —susurra, azorado—. Pero... ¿podrías...? —Duda—. ¿Podrías quedarte?

No sabría cómo decirle que no. Este Orión me recuerda a las amazonas más jóvenes cuando asaltaron nuestro poblado y las cogieron. No dejaban de llorar. No dejaban de mirar alrededor con los ojos muy abiertos, horrorizadas. Temblaban y se escondían en las mayores. No querían que nadie las

dejara solas ni un instante.

Intento no pensar en que aquellas niñas fueron las primeras en morir.

—Yo también tengo que quitarme toda esta sangre. No es nada agradable... —le digo en un intento de tranquilizarlo y decirle que me quedo con él.

Con un cabeceo ausente, el chico se separa de mí y yo aparto la vista para darle intimidad. Yo misma dejo caer las prendas que me cubren, una por una, sintiéndome liberada de su peso. Mis ojos se detienen inevitablemente en toda la sangre en ellas, a mis pies; en el destrozo en el que las ha convertido Cerbero y sus garras. Escucho el

chapoteo del dios metiéndose en el agua. Cuando me giro, solo veo su espalda, entre el vapor. No se sumerge, ni siquiera para lavarse el pelo. Solo se lo frota nerviosamente con los dedos. Entiendo al instante cuál es su miedo: no quiere hundirse por completo en la piscina, porque le parecerá estar de nuevo en el fondo de aquel río.

Si lo que Hades quería era romper por completo su mente, creo que lo ha conseguido.

Entro en el agua, sentándome en uno de los escalones. Mis dedos cogen una de las esponjas, mis ojos fijos en su espalda. Comienzo a limpiarme, sin perderlo de vista. Me preocupa lo que

vaya a ocurrir en cuanto parpadee. No sé exactamente qué temo, quizá que la figura ante mí vaya a empezar a resquebrajarse en cualquier momento.

Mira, Eris, lo que estaban haciendo con *tu hijo*, y no quisiste impedir. Mira, Eris, lo que le ha ocurrido por intentar salvarte.

—Deberías quedarte aquí —digo, casi sin pensar.

El dios no responde inmediatamente. Parece concentrado en limpiarse un brazo, solo un brazo, una y otra vez.

—¿Dónde es «aquí»?

—En el Mundo Medio. Incluso en esta casa. Ligeia te lo permitirá, si se lo pides. El lugar está protegido y ella es

amable. Me ha ayudado a mí, así que te ayudará también a ti.

Silencio. Solo se rompe por el agua que chapotea cuando mojamos las esponjas para seguir limpiándonos.

—Aquí no tengo nada —susurra entonces Orión, cuando pensé que ya no lo haría—. Este no es mi... lugar.

Me reiría si su estado no me provocase esta inquietud. ¿Cree que tiene algún lugar entre las diosas, acaso? ¿Allá donde ha sido siempre un esclavo, allá donde nadie ha considerado ayudarlo?

—¿Y qué tienes en el Mundo Superior, Orión?

Siento ser yo quien le arroje la

realidad a la cara, quien le diga que nadie se preocupa por él. Pero ¿no es mejor que lo sepa? ¿No es menos malo esto que seguir sin darse cuenta y arriesgarse por algo que no tiene sentido?

Orión no contesta. Siento que sus movimientos en torno a su brazo se vuelven un poco más rápidos. Aprieto los labios, levantándome de mi asiento, para acercarme a él.

—Orión.

Él no me hace caso. Sigue frotando, y de pronto ese movimiento se vuelve algo frenético. Al verlo me apresuro hacia él, obligándolo a darse la vuelta. Incluso cuando lo consigo, él no se



detiene, desesperado, casi violento. Parece obsesionado con su brazo y tiene los ojos cerrados. Incluso creo que contiene la respiración. Siento el nudo en el estómago y le robo la esponja. Solo entonces, como si despertase de un trance, coge aire y me mira, con los ojos muy abiertos, jadeante. Su expresión es una máscara de absoluto terror.

Ver así el rostro de la Vida es ver a la Muerte en todos lados.

—Mira lo que te han hecho por querer acabar con una injusticia. Eres demasiado bueno para ese lugar.

Él aprieta los dientes. Parece furioso de pronto, pero creo que no es conmigo. Sus cabellos cubren apenas su rostro

cuando deja caer la cabeza.

—Lo que en realidad quieres decir es que soy demasiado débil. Demasiado inútil.

Cojo aire, pero niego con la cabeza. Creo que ahora *está* débil, pero cualquiera lo sería en su situación. Es cierto que no creo que sea fuerte en el sentido en el que lo sería si fuera un guerrero, porque ni siquiera debe saber cómo se coge una espada, o un arco; pero hay fortalezas que no entienden de armas ni cuerpos. En mi pueblo también se valoraba la fuerza del espíritu, la de la voluntad, y todo lo que sé de Orión es que de esa tiene la suficiente como para haberse atrevido a ir contra todo lo

establecido para luchar por lo que él consideraba justo. Sí, ahora está roto, pero todas tenemos un límite, y a él lo han empujado hasta que lo ha rebasado. Ahora mismo apenas tiene fuerzas para andar. Necesita apartarse de lo que le está haciendo daño.

Lo comprendo porque me he estado sintiendo exactamente así.

Pero no se trata solo eso. Se trata de que en el Mundo Superior no deberían tener derecho a destrozar a una persona como han destrozado a esta que tengo delante. Pueden ser divinidades, pero eso no les da derecho a ponerse por encima de la vida.

Con cuidado, agarro la esponja y

cojo su brazo. Lo acaricio, intentando enseñarle que no tiene que maltratarse la piel para limpiarse, incluso si siente la sangre por todas partes. Recuerdo la noche que vino a buscarme y que me dijo que la odiaba. Recuerdo lo perturbado que parecía con ella. No me puedo imaginar lo que ha sido para él estar en ese río ardiente y escuchar a aquellas almas, que a mí me hacían fuerte con su sufrimiento eterno, pero que para él debían de significar todo lo contrario...

Supongo que somos muy diferentes. Yo me consagro a la muerte y él es toda vida. Y, al mismo tiempo, a las dos nos han roto en mil pedazos que ya nadie,

nunca, podrá volver a juntar.

—He dicho que eres demasiado bueno para el Mundo Superior y eso es, exactamente, lo que quería decir — explico, pasando la esponja hasta su hombro. La aprieto contra su cuello, limpiando la sangre, frotando con cuidado. Cuando levanto la vista a su cara, veo que me observa con ojos que parecen arder en llanto contenido, y que sus labios tiemblan en un sollozo anticipado—. No creo que merezca la pena que te pongas en peligro por quienes no se van a preocupar por ti, ¿comprendes?

—Tú te has puesto en peligro por mí —dice atropelladamente, martirizado.

Alza los dedos para detener la mano con la que le limpio—. ¿Sabes lo que has hecho al salvarme? Incluso, aunque soy culpable de todo lo que te ha pasado, tú...

Lo miro sin comprender. ¿Culpable? Intento seguir el hilo de sus pensamientos, y finalmente lo entiendo. Porque vino a buscarme, claro. Se siente responsable por haberme puesto en el punto de mira...

No esperaba que pudiera sentirse mal por ello. Supongo que me sorprende que un dios pueda pensar en las consecuencias que tienen sus actos. Me pregunto si Artemisa, que fue quien sugirió mi nombre, siente alguna culpa

al respecto.

Pero nada de lo que ha ocurrido es culpa suya. Ni siquiera de Artemisa, aunque a ella no la perdono por todos los años en los que no ha hecho nada por nosotras.

—Mis hermanas murieron a manos del Emperador. Puede que su final hubiera sido diferente si yo no hubiese aceptado ir a buscar a Eris, pero él las habría seguido asesinando, una por una, hasta que llegase mi hora. Y tú... juraste protegerme. Me permitiste seguir viviendo y después te preocupaste lo suficiente por mí como para llevarme al anfiteatro y asegurarte de que nada me pasara, ni a mí ni a las mías. Te cogieron

por eso. Tú no tienes la culpa de lo que ocurrió, Orión. No levantaste los arcos. No diste la orden. No las mataste.

Él no parece creerme. Baja la vista, y veo las primeras lágrimas caer por sus mejillas. No sé si es consciente de ellas, porque no se cubre el rostro y no parece ver nada. Ha detenido la presión en torno a mi muñeca, así que yo paso la esponja por su rostro, limpiándole el llanto. Cuando lo hago parece que lo que corre por su piel solo es el agua que le limpia.

—Escúchame. —Él no me mira, pero sé que tengo su atención—. Llevo toda mi vida luchando, y seguiré haciéndolo. Pero porque hay luchas que



merecen la pena. Yo... yo me la jugaba cada día por mis hermanas porque eran mi familia. —Tengo que coger aire con precipitación. Siento que las lágrimas también me queman a mí en los ojos, pero las contengo a duras penas—. Éramos una familia *de verdad*. Ellas habrían hecho lo mismo por mí. Y me he arriesgado por ti porque tú me juraste protección. Así que, incluso si fuera solo por esa obligación, tú habrías hecho lo mismo también. Pero tú ya no tienes que seguir luchando por nada, Orión. Ya está. Has liberado a Eris. Apártate de su pelea. Apártate de Hera, que no dudará en volver a cogerte. Date libertad, ahora que puedes.

El muñeco roto que tengo ante mí sacude la cabeza. Tiembla, de hecho, y yo no sé qué hacer para tranquilizarlo. No creo que esté en mi mano. Probablemente, ni siquiera esté en las tuyas.

—No lo entiendes. Creo... creo que merece la pena. Puede que te parezca estúpido, pero necesito saber que las cosas van a cambiar. Necesito saber que puedo ser libre *de verdad*, no solo por un rato. Que no voy a volver a pasar por eso... Que nadie más lo hará. Necesito que el Mundo Superior cambie, porque si no, creo que nunca podré tener paz.

Supongo que él desde el principio ha estado buscando su propio beneficio,

pero consciente de que eso podía suponer más cambios; yo ni siquiera me había planteado algo así hasta que he conocido a Ligeia. No me había parado a pensar en qué pasará cuando el Emperador desaparezca, pero Orión sí parece haber valorado las posibilidades de un Mundo Superior en el que Hera no tenga el control absoluto, y cree en ese mundo.

No seré yo quien le prohíba pelear por lo que cree que es justo. Las luchas que merecen la pena son aquellas en las que creemos de corazón.

Pero este muchacho no es un guerrero. La persona ante mí ni siquiera soporta la sangre. ¿Cómo va a soportar,

entonces, un enfrentamiento entre divinidades?

—Necesitas aprender a defenderte, entonces. Para que no vuelvan a cogerte al menos.

Orión coge aire. Una de sus manos pasa por los ojos, quizá para enfocarme mejor. Nos miramos unos instantes, hasta que él asiente, con lentitud. Cuando vuelve a hablar, lo hace muy bajito:

—¿Me enseñarías? ¿Me ayudarías para que aprenda a defenderme?

Intento sonreír con burla. No me sale todo lo bien que me gustaría.

—Terminarás arrepintiéndote de haberme pedido eso. Pero, si es lo que

quieres, te ayudaré.

Orión, por primera vez desde que lo he rescatado, esboza algo parecido a una sonrisa. Como a mí, tampoco le sale bien.

Lo único que dice es la misma palabra que, una y otra vez, no ha dejado de repetir:

—Gracias.

# ORIÓN

Lo peor tras salir de mi encierro fueron las primeras noches. La oscuridad, incluso cuando la luna está presente y el cielo cuajado de estrellas, ahora solo me trae ansiedad. La primera noche dormí con una vela sobre la mesilla, pero eso no se llevó la desazón, pues parecía que hubiera enemigos en las paredes, escondidos tras los escasos muebles de mi dormitorio, preparados para alcanzarme. Así que, cuando al día siguiente el sol se ocultó, me hice con

todas las velas que pude y traté de echar fuera las sombras de la estancia, con mejores resultados.

Los días son más sencillos. Paso la mayor parte del tiempo acompañado de Asteria y ella me enseña cómo defenderme. Llevamos ya siete días practicando. Siete días en los que me he caído mil veces y otras mil, al menos, he sido apaleado por su espada de madera. Por suerte para mí, en mi piel de dios no quedan marcas, pero eso no quiere decir que los golpes no duelan, o que mi orgullo no se canse de ser humillado constantemente. Aun así, Asteria resulta ser una buena profesora. Me señala todo aquello que cree que hago mal y me

obliga a repetir los movimientos de defensa hasta que se quedan en mi cabeza y los hago por inercia. También corrige mi postura. Y, para mi sorpresa, no solo es una maestra metódica, sino también paciente. Nunca alza la voz. Nunca pierde la compostura. No me atreví a preguntarle a ella, pero una noche, hablando con Ligeia sobre mis impresiones, me dijo que era normal: las amazonas, a medida que crecen, se convierten en las instructoras de las más jóvenes. Y supongo que yo, de alguna manera, soy su aprendiz ahora, como ella de alguna manera es la mía. Aunque yo no tengo tanto que enseñarle, de vez en cuando me pregunta cómo puede usar



sus poderes para una u otra cosa, como cambiar su apariencia.

También llevamos siete días esperando, lo cual no parece hacerle mucha gracia ni a Asteria ni a Ligeia. Día tras día, Asteria intenta aparecer en el palacio del Emperador, pero nunca funciona. Un día incluso pensó en hacerse pasar por soldado del Imperio y cambió su cuerpo para ello, pero en cuanto se acercó a la puerta el hechizo se rompió. Tuvo que desaparecer lo más rápido posible para que nadie la descubriera. Cada vez que la protección de Hera sobre el Emperador trunca uno de sus planes, ella parece oscurecerse. Entonces se aparta, solitaria, y pide que

nadie la moleste, y Ligeia y yo solo podemos acercarnos por la noche para hablar de historias que la bibliotecaria conoce o se inventa, dependiendo de la ocasión.

Por otra parte, todos estamos descontentos con Eris, quien ha desaparecido y nos tiene sin noticias de los siguientes movimientos, tanto para el golpe en el Mundo Medio como para el del Mundo Superior. En un mensaje Artemisa y Atenea nos han asegurado que mi madre está intentando cazar a Zeus. Al escucharlo no pude más que resoplar. Hera, al fin y al cabo, con muchos más recursos que los del Caos, lleva décadas haciendo lo mismo sin

obtener resultados. Entonces ¿por qué iba a ser diferente con ella?

Asteria llama mi atención al tenderme una espada. Una de las de verdad, no las de madera que hemos estado utilizando. Aunque el día está nublado, el filo lanza un destello argénteo con la luz. Yo ni siquiera estiro mi mano para cogerla. Me retuerzo los dedos y la observo, con una pregunta en la mirada.

—Es bastante estúpido que practiquemos con las de madera, teniendo en cuenta que somos inmortales. Dudo mucho que nos vayamos a cortar la cabeza por accidente. —Las armas que lleva ahora

tampoco parecen lo suficientemente afiladas para eso, pero no lo menciono —. Y nadie va a tener la consideración de usar un arma que no corte, eso te lo aseguro.

—Un dios no va a tener la consideración de usar un arma siquiera, Asteria. Solo lo hacen aquellos a los que les gusta jugar con la comida antes de llevársela a la boca.

Me cruzo de brazos, incómodo. Asteria alza las cejas y baja la espada.

—Entonces, digamos simplemente que quiero ver cómo reaccionas ante la sangre.

La simple mención me hace dar un paso hacia atrás. Se me encoge el

estómago.

—¿Cómo dices?

—Me preocupa que algo como la sangre vaya a detenerte, Orión. Porque a veces, para defendernos, tenemos que herir a nuestra contrincante. Y si te asusta su sangre, no lo vas a hacer.

Asteria se acerca un paso. Desde que me rescató del Inframundo, mis sentidos han estado a flor de piel. La vida parece rodearme en el Mundo Medio. Soy consciente de cada persona en esta casa, y soy consciente, también, de sus cuerpos. Pero con quien más ocupó mi tiempo es con Asteria. Me he acostumbrado a ella. A su manera de hablar. A sus gestos. A que nos

toquemos, por casualidad o a propósito. Y me gusta todo eso más de lo que probablemente debería. Sé que es todo cosa de mi mente, sin embargo. De la necesidad de sentirme vivo, que provoca que todo lo que percibo sea mucho más intenso. Todo lo que deseo, también... Cuando Algos estaba ante mí, en el laberinto, había algo de él que me atraía y repelía al mismo tiempo. Esa sensación, por supuesto, también está con Asteria. La diferencia es que ahora sé qué es. Se trata de nuestras naturalezas. Se trata de que el Dolor y la Vida están conectados. Porque si no sintiéramos dolor no estaríamos vivos, pero a la vez es lo último que en

circunstancias normales queremos sentir.

Me atrae y me repele.

Y sería mejor si la amazona misma no estuviera llena de vitalidad. Si cada movimiento suyo no me distrajese por su fuerza y por su energía. Si su corazón no latiese tan alto.

Soy demasiado consciente de ella.

Asteria me está mirando, esperando una respuesta, con una ceja enarcada. Intento recuperar el hilo de la conversación.

—La sangre me da arcadas, Asteria. ¿Cómo voy a enfrentarme a ella, si ni siquiera puedo soportarla?

Ella casi parece divertida, aunque no sonrío. Deja caer la espada que había

traído para mí y saca el puñal de oro de Hera, aunque este ya no es de la reina de los dioses, y dudo que lo vuelva a ser nunca más.

—Entonces, tendrás que acostumbrarte, novato.

Su expresión no cambia cuando se pasa el filo por la palma y las gotas doradas se deslizan por su piel. Veo cómo una cae al suelo, con los ojos muy abiertos, y me quedo paralizado. Ella aprovecha el momento y coge mi mano, poniendo su palma contra la mía. Todos mis músculos se tensan.

—¿Qué...?

—Sangre, Orión —murmura, apretando más mi piel para impedirme



que huya de ella. Quiero gritarle, preguntarle si se ha vuelto loca, pero ella tira de mí hasta que doy un paso hacia delante y agarra con fuerza mi codo, con la mano libre—. *Tienes* que acostumbrarte, y yo voy a enseñarte.

Siento la herida curándose contra mi piel, y un escalofrío me sube por la columna, enroscándose a ella como una serpiente.

—Así no vas a conseguir que me guste más. —Aprovecho que ella separa su mano de la mía para revolverme y escapar—. No sabes lo que es para mí, Asteria. No sabes lo que significa ese olor.

Me estremezco. El cuerpo se me

queda frío cuando pienso en el Flegetonte a mi alrededor, como una prisión en movimiento, pasando sobre mí. A través de mí. Destruyéndome. Me limpio la palma de la mano en la túnica, frotándola compulsivamente.

Ella se acerca con pasos de gata.

—Por favor. Mantén la distancia.

—Es por tu bien, Orión.

Cuando se lanza a por mí, yo me aparto todo lo rápido que puedo, con una exclamación de asombro. No. Que no me toque. Que no se atreva. Su mano sangra sobre el suelo. La herida se cierra y ella se la vuelve a abrir. Corro hasta el pozo y me escudo tras él. Me siento un poco ridículo, pero dentro de

los muros de la casa nadie puede aparecer o desaparecer, así que no puedo más que correr y esconderme. Y lo segundo parece más efectivo, ya que ella probablemente sea más rápida que yo, igual que es más fuerte; cuando era solo una mortal yo tenía ventaja, pero ahora eso ha cambiado.

—No me digas que es por mi bien, como si fuera un niño pequeño. Es vida que se escapa. Vida echada a perder.

Asteria empieza a rodear el pozo al mismo tiempo que yo me muevo para esquivarla. Tiene sangre en los dedos.

—Puedes poner de tu parte o no, Orión. Tú decides.

Echo a correr. Si consigo llegar a las

escaleras antes que ella y encerrarme en mi cuarto, no podrá alcanzarme.

Pero eso sería tener demasiada suerte.

Ella me coge de la túnica y tira de mí, haciéndome caer directo entre sus brazos, que se enredan a mi cintura desde atrás. Suelto una exclamación y trato de revolverme. Ella no necesita verme el rostro para encontrarlo con la mano que no me aprisiona y restregar la sangre por mis mejillas y mis labios. Gruño y trato de darle un codazo, en un acto reflejo, pero ella me inmoviliza, doblándome el brazo hacia atrás. Está tan cerca que siento su calidez. Su aliento me acaricia el cuello. El oído.

Sería más fácil concentrarme si no tuviese el olor justo debajo de las fosas nasales. Si al pasarme la lengua por los labios no reconociese el sabor a óxido y dorado.

—Sé que no te gusta. Pero no puedes pedir ir a la guerra y no olerla. Y si te acostumbras ahora a ella, cuando la huelas por todos lados te marearás menos. ¿De acuerdo? Piénsalo así. Como un entrenamiento.

Sus dedos parecen limpiarse de los últimos restos en mi propio cuello. Justo donde late mi pulso. La caricia es, pese a todo, tierna. Eso quizá es lo peor, porque una parte de mí disfruta del contacto. Una parte pequeña, quizá. Una

parte que sueña despierta.

Arqueo la espalda, intentando soltarme.

—La sangre también pertenece a la vida —me instruye. La noto apoyar su barbilla en mi hombro—. Sin ella no existimos, ¿no es cierto? No pienses que es vida desperdiciada. Piensa que es lo que hace que mi corazón lata. Una cosa no se entiende sin la otra.

Aprieto los párpados, deseando estar en cualquier otro lugar. Puedo sentir su corazón latiendo. Me pregunto si ella lo sabrá.

—Pero la sangre fuera del cuerpo no tiene ya cometido. Solo te debilita. Te acerca a la muerte.

Asteria me obliga a girarme entonces. El agarre en torno a mi brazo se afloja hasta soltarme. Nuestros ojos se encuentran. Como cada vez que miro en los de ella, el rojo parece hacerse con todo mi mundo. Sus manos se alzan. Se desliza una de las mangas de su túnica fuera de su hombro. Siento que el rostro empieza a arderme y entreabro los labios, pero ningún sonido sale de ellos. No sé de qué me sorprende, o por qué siento una súbita vergüenza. Al fin y al cabo, la he visto desnuda antes. Y no es como si no me hubiera dado cuenta de ella. De sus cicatrices. En especial, claro, de la del pecho, que ahora señala, con un ademán descuidado.

—En su día, esta herida también sangró —me instruye—. Pero era una costumbre entre las mías. Era nuestra manera de decirnos que pertenecíamos a lo mismo, y de hacernos más útiles para la familia, para poder defendernos mejor. Esa sangre no fue derramada en vano. Y todas las demás cicatrices... — Mis ojos vagan por su cuerpo. Está llena de todas las que recibió antes de convertirse en diosa. Una red de trazos claros sin arte aparente—. Todas han sangrado, pero que las tenga significa que sobreviví a las heridas, que sigo viva. ¿Y no fue nuestro juramento con sangre, Orión? Un juramento que nos ha traído hasta aquí hoy.



Bajo la vista a mis pies, mientras ella se vuelve a ajustar sus ropas. Doy un paso hacia atrás. Me paso una mano por la cara, intentando limpiarme, probablemente restregándome el dorado aún más por la piel. Quizá tenga razón, pero...



—No puedo sacármela de la cabeza. No puedo... dejar de pensar que estuve sumergido en sangre. En sangre malgastada. En sangre vertida injustamente. No puedo ver más que rojo, cuando cierro los ojos. No sabes

lo que es, Asteria. Los espíritus, hablándome de sus muertes. Su... oscuridad.

La oscuridad. Que se te mete en los huesos y no te da descanso. Que crea sombras y amenaza con cogerte. Con tocarte. Con llevarte lejos. Con crear pesadillas.

—Orión. —Sus manos en mis mejillas. Me obligo a enfocar su rostro. A veces, cuando hablo de lo que me duele, se vuelve ligeramente preocupado, como ahora. ¿Está mal que me guste ver esa expresión en su cara? —. No vas a volver allí.

Supongo que eso es cierto. Cierro los ojos. Me obligo a respirar y

calmarme. Cuando los vuelvo a abrir, ella sigue ante mí, todavía tocando mis mejillas. Es cálida, como siempre. Es extrañamente cariñosa, y he aprendido que es porque esta es la verdadera Asteria, la que vive más allá de su odio y su sufrimiento. La que después de todo solo luchaba por amor, y que ha querido con tanta rabia y pasión como nadie, y que sufre precisamente por haber amado. En momentos como este, no me acuerdo de la Asteria de la primera noche. La que me apuñaló en su cuarto. El recuerdo casi me hace sonreír. Ella parece interrogarme con la mirada, pero yo no quiero decir nada. Evito sus ojos rojos y bajo la vista, solo un poco. Sus

labios están muy cerca. Nuestros cuerpos lo están, en realidad. A la distancia de un abrazo solamente.

Tengo la súbita necesidad de echarme hacia delante. De quitarme la duda, de una vez por todas, de si Asteria está tan llena de energía como parece. De si esta atracción es un juego malsano creado por mi propia naturaleza, o hay algo más. De si es solo cosa mía...

Para mi sorpresa, esos labios que miro se curvan en un intento de sonrisa que resulta burlón.

—Supongo que vamos avanzando un poco si aun apestando a sangre quieres besarme.

Reacciono. Despierto. Por supuesto

que se ha dado cuenta. Soy demasiado evidente, y ella demasiado lista... Siento las mejillas calientes.

—Estás equivocada. Yo solo estaba...

Ni siquiera soy capaz de pensar en una buena mentira. Trago saliva y me obligo a cerrar la boca. Doy un paso hacia atrás, todavía agarrándome el estómago.

—Solo estabas ¿qué? ¿Tengo algo en la boca y por eso la mirabas?

Su mirada suspicaz es suficiente para obligarme a tragarme la excusa que estaba a punto de pronunciar. Cambio el peso de un pie al otro, incómodo.

—¿Puedo besarte?

Me arrepiento de decirlo un segundo después de hacerlo. Qué estúpido sueño... ¿Quién pide permiso para dar un beso? ¿Y quién va a decirme a mí que sí?

Descubro que aún soy capaz de sorprenderme cuando escucho su risa, que llega tras unos largos instantes de silencio. La risa de Asteria... No sé si me llena de vergüenza o de sorpresa. Puede que una mezcla de las dos. ¿La había escuchado reír antes? No lo creo, o me acordaría. Cuando lo hace, sus rasgos se destensan y parece menos retraída, y también más joven.

Si no fuera porque sé que se está carcajeando a mi costa, quizá sonreiría.

—Estoy seguro de que esta está siendo una reacción muy cruel, incluso tratándose de ti —me quejo.

El pecho de Asteria parece expandirse, en un intento de controlar sus risotadas. Aprieta los labios.

—Es solo que nadie me había pedido un beso nunca. Además, no es como si no me hubieras dado alguno ya, en realidad.

—Pero eso era... diferente. — Aquello solo era magia. Algo necesario. Solo era mi poder—. Y teniendo en cuenta que tienes un cuchillo en la mano, prefiero no tentar a mi suerte: ya me has apuñalado una vez. No quiero que sean dos.



Ella ya no ríe, pero no se puede decir que no parezca divertida. Cuando sus ojos destellan, parecen más claros. Me pregunto si algún día volverán a ser azules. Yo mismo vi, en la pila de Hera, cómo se tornaban rojos cuando la atravesaron de lado a lado en el anfiteatro.

—Entonces... no. No puedes. —La veo girar sobre sus talones. La sigo con la mirada, solo para darme cuenta de que retrocede sobre sus pasos. Toma la espada del suelo con una mano y se vuelve hacia mí—. Pero si va a motivarte, te dejaré darme un beso cuando me hieras.

Contra todo pronóstico, eso me hace

sonreír con algo de confusión. ¿Es eso un reto? Definitivamente, suena como un reto, aunque ni siquiera sé si habla en serio. Dudo durante un segundo, pero avanzo. Cuando cojo la empuñadura del arma entre mis manos, sin embargo, pierdo un poco de confianza. Es pesada, mucho más que una de madera. Y su filo parece peligroso. Trago saliva, pero intento que ella no vea mi inseguridad.

Me pongo en la posición de inicio que mi improvisada maestra me ha hecho repetir durante toda la semana. Ya apenas tiene que corregir mi postura, al contrario que los primeros días.

—Adelante.

Asteria se lanza sobre mí.



Ya ha atardecido cuando Asteria me desarma por vigésima vez en el día. Realmente he contado las veces que lo ha hecho, y eso es lo único que de vez en cuando me da fuerzas para continuar. Porque ayer mi espada voló por los aires en más ocasiones. Y hace quince días, cuando solo llevábamos un par de tardes entrenando, no conseguía mantener la empuñadura en mi mano más allá de un par de segundos.

Al menos, tengo constancia de que he mejorado.

Eso no significa que no haya perdido

muchas más peleas con ella. El suelo está —para frustración de los criados de Ligeia, aparte de para la mía propia— moteado de dorado por mi sangre. Puedo ver las gotitas incluso a la luz de las antorchas, del mismo modo que puedo ver lo rasgada que está mi túnica, aunque Asteria tiene cuidado de atacar mis brazos y mis piernas solamente. Yo hago lo mismo, aunque nunca consiga traspasar sus defensas. En cuanto acabe la lección, como cada día, me encerraré en los baños y me restregaré hasta quitarme la sangre seca. Se supone que ya estoy más acostumbrado a ella, pero mi tolerancia tiene un límite.

Me agacho, magullado, a recoger mi

espada del suelo. Me siento agarrotado y pesado, pero consigo que mi brazo levante el arma como si fuera la primera vez en el día.

—Una última vez —le pido, estirándome. Algún hueso cruje. Mis músculos se quejan.

Lanzo un vistazo hacia las luces del piso superior. Ligeia está sentada al lado de una de las ventanas que dan al patio y de vez en cuando nos lanza un vistazo. Al parecer, siente curiosidad. En realidad, da la sensación de que toda la casa aguanta la respiración hasta que consiga vencer a Asteria. Creo que incluso han hecho apuestas entre ellos.

Sacudo la cabeza y planto los pies

en el suelo, centrando mi atención. Asteria sonríe ante mi decisión. Últimamente lo hace un poco más. Sus sonrisas nunca son gestos grandes, y no duran mucho tiempo, pero yo soy consciente de ellas incluso si desaparecen cuando parpadeo.

—La última —asiente ella. Lo cierto es que es la tercera ocasión hoy que tenemos este intercambio de palabras. Y, como cada vez después de que acepte, ella salta hacia mí, sin darme tregua.

Yo me defiendo, como me ha enseñado, y detengo su golpe con mi propia espada. Doy un salto atrás para esquivar el siguiente y aprovecho una apertura que veo en su defensa en ese

momento para lanzar una estocada que la obliga a defenderse. Probablemente, esa sea toda la suerte que voy a tener hoy.

—No está mal —murmura ella por debajo de nuestras respiraciones. Acto seguido, por supuesto, está contraatacando.

Una vez más me muevo para esquivarla, ya que mis posibilidades con la espada son escasas. No siempre puedo hacerle frente, pero ella me ha hecho consciente de ello: ni tengo la habilidad ni la fuerza de alguien que lleva manejando armas desde la cuna, así que es mejor que no lo intente. Usar otros recursos tampoco le parece ningún deshonor, y en más de una ocasión me lo

ha demostrado con una patada o poniéndome la zancadilla. «¿Crees que quienes te ataquen van a jugar limpio, Orión?», me dijo un día, mirándome desde arriba, mientras yo gruñía por el golpe en mi espalda al caer. Para demostrarme que los dioses no tendrán reparos en emplear todo lo que puedan en un enfrentamiento, también usa sus poderes y me daña a distancia, abriendo heridas pequeñas pero que duelen igual; yo uso la poca magia que puedo en este lugar: mi don es otorgar vida o usarla a mi favor, así que lo máximo que he conseguido hacer para detenerla ha sido pedirle a las enredaderas de casa de Ligeia que la rodeasen, y aun así ella se



ha liberado siempre con insultante facilidad. También me dijo que debíamos practicar mis caídas. Y, por supuesto, lo hicimos. Se pasó la siguiente mitad de la tarde tirándome al suelo para que aprendiese a caer.

Sin pensarlo, en cuanto escapo de su alcance doy un paso hacia delante y alzo la espada. Lo hago tan rápido que el filo solo llega a la altura de su muslo, y decido que es ahí donde atacaré. Pienso rápido. Una raíz asoma entre los mosaicos del patio y yo le pido crecer, alzarse y rodear el tobillo de la amazona. Cuando la vida responde a mi llamada, yo contengo la respiración, como cada vez que creo que voy a

alcanzarla.

Y como cada vez, una parte de mí no cree que vaya a conseguir herirla.

Quizá por eso ambos nos sobresaltamos cuando vemos dorado contra su piel. La sorpresa atraviesa su expresión y Asteria hince la rodilla en el suelo, al perder el equilibrio. Me mira con los ojos muy abiertos, como si estuviera contemplando un milagro. Yo mismo creo que se trata de eso. Quizá ambos me hemos infravalorado.

O quizá haya sido un golpe de suerte.

Con algo de torpeza, aprovechando que se queda muy quieta, pongo la punta de mi espada contra su cuello. Intento

que la mano no me tiemble, pero es difícil.

—He... ¿vencido?

Quería que sonase con seguridad, pero es obvio que en eso fracaso completamente, por lo ahogada que sale mi voz. Ni siquiera soy capaz de pronunciarlo como una afirmación. Su herida, por supuesto, está curada para entonces, pero yo no puedo apartar la vista de las gotas de sangre que aún adornan su piel.

—Bien hecho.

Doy un respingo y aparto el arma. Nuestros ojos chocan y, por primera vez, veo orgullo en ellos. Orgullo sincero. Siento que me empieza a arder la cara.

Nadie... Nunca... Trago saliva,  
completamente aturdido. Bueno.  
Llevamos algo más de media luna con  
esto. En algún momento tenía que bajar  
la guardia, ¿verdad?

—Solo ha sido... un golpe de suerte.

Asteria sacude la cabeza. Tiene un  
asomo de sonrisa satisfecha en los  
labios.

—No te hagas de menos, Orión. Has  
avanzado mucho. Y tu esfuerzo empieza  
a dar frutos. Si sigues así, y con tus  
poderes, podrías enfrentarte al  
mismísimo Ares si fuera necesario.

Le tiendo la mano, para ayudarla a  
ponerse en pie, tal y como ella hace  
cuando soy yo el que acaba en el suelo.

Me coge del brazo y yo tiro con renovadas energías. Me siento sorprendentemente bien. Para mí, ha sido una hazaña. Aunque no sé si me refiero a haberla sorprendido o a haber conseguido herirla.

Nuestros cuerpos chocan cuando ella se pone en pie, la raíz soltándola y volviendo a quedarse quieta en su pedazo de suelo. Aunque soy perfectamente consciente de mi mano en su brazo, no la suelto. La promesa de un beso me burbujea dentro de la cabeza. ¿Puedo...? Se supone que si la hería... ¿Debería...? Abro los labios para preguntar, pero finalmente no hay palabras que salgan de mi garganta.

Así que simplemente la beso. Sin pensarlo. Sin respirar. Como si me zambullera en aguas profundas. Apenas soy consciente de la exclamación que deja escapar, pero, por supuesto, no puedo ver su expresión. Cierro los párpados con fuerza y presiono mi boca contra la de ella en un beso que intento que sea dulce. No sé por qué. No es como si algo pudiera hacerle daño a Asteria. No es como si pudiera romperla simplemente por acariciar sus labios con los míos.

Ella al principio duda, pero cuando corresponde no tiene tanto cuidado. De hecho, cuando me agarra de la túnica, para romper toda la distancia que pueda

haber entre nosotros, sus labios se tornan exigentes, y creo que pretende darme una lección. «Si vas a besarme, hazlo bien», parece decir con su voz de maestra. Eso no ayuda a que quiera apartarme. De hecho, solo enciende más mis sentidos, porque hasta su beso es vida. Hasta su beso es pura energía, palpitante, como toda ella. Por eso la saboreo, exhaustivo, perdiendo la respiración en el gesto. Es satisfactorio sentir cómo mi propio corazón aletea con más fuerza que nunca, embotando mis sentidos. La aprieto contra mí, ansioso de esa melodía disonante que formamos entre los dos y que me gusta apreciar. *Bumbumbum*. Su pulso

está mucho más tranquilo que el mío, pero no me importa. Yo estoy convencido de que nunca he tenido tanta vida en mi interior.

Cuando finalmente me aparto, lo hago arrastrando la tierna carne de su labio inferior, muy lentamente, entre mis dientes. Aun así, me quedo cerca, mirándola, analizando su expresión. Tiene los labios mojados, y enarca las cejas con cierta sorpresa. Hay un brillo de interés en sus ojos, pero pronto vuelve a esa expresión hecha para martirizarme.

—Vaya —susurra con sarcasmo—. Qué atrevido, esta vez no has pedido permiso...



Yo siento ganas de huir por la vergüenza, pero me quedo en mi sitio.

—Me prometiste un beso si te hería. Solo me lo estaba cobrando...

Ella se aparta un paso. Parece divertida.

—Ya veo. Para ser solo un novato puedes resultar... casi atractivo, cuando vas a por lo que quieres.

Ni siquiera puedo pensar en molestarme porque se burle de mí.

—Cualquiera diría que me estás dando alas...

Ella se encoge de hombros. Se aparta y se agacha, con cuidado, y recoge la espada del suelo. Debe de dar nuestra clase por acabada, porque la

envaina con un gesto sentenciador.

—¿Darte alas? ¿Y qué más podrías querer, Orión?

—Yo...

La miro de arriba abajo, pero no me atrevo a terminar la frase. Las mejillas me arden tanto ahora que mi cara debe de estar completamente dorada por la sangre. Nunca me he insinuado ante nadie. Hera simplemente exigía cuando quería algo y yo obedecía. Nunca fue al revés. Yo nunca le pedí ni uno solo de los encuentros que teníamos. Quizá por eso también Asteria me despierta tanto. Porque nunca me había sentido atraído hacia otra persona. Porque con Hera nunca sabía dónde terminaba su control

y dónde mi propio deseo, pero con ella...

Asteria aprieta los labios, y yo reconozco el gesto como esa forma que tiene de aguantar la risa.

—¿Quieres que te entrene también en otro tipo de luchas?

Eso consigue hacerme reaccionar, aunque no hace que desaparezca la vergüenza.

—Para tu información —farfullo—, en otras artes podría darte una paliza, Asteria.

Asteria arquea las cejas. Bajo ellas, sus ojos destellan y me recorren por entero. Me siento desnudo. Es como si me viera por primera vez. Cruza los

brazos sobre el pecho y entorna los ojos. Su actitud casi me parece de desafío.

—Oh, ¿de veras?

—Te lo demuestro cuando quieras.

Alzo la barbilla, en un gesto orgulloso que probablemente no llegue a ser todo lo grandilocuente que parece en mi cabeza. Además, me deshincho en cuanto la amazona se acerca, con sus andares de gata. Las yemas de sus dedos tocan mis labios y ella se acerca un poco más. Está tan cerca que parece que estemos respirando el mismo aire... Está tan cerca que parece que vaya a besarme...

—En tus sueños, novato.

Me pellizca la mejilla y yo, sin

esperármelo, doy un respingo. Como si me hubiera despertado. Como si, precisamente, hubiera salido de un extraño sueño.

Cuando se aparta y se da la vuelta, alejándose con toda la tranquilidad, yo me quedo en mi sitio intentando mantener el equilibrio.

Desde que la conocí no he dejado de caer. Y esta vez no es una excepción.

# ASTERIA

Empiezo a frustrarme.

Nunca me ha gustado perder el tiempo, y siento que lo estoy haciendo. Los últimos días, resguardadas en casa de Ligeia, han sido tranquilos, pero para mí ese es precisamente el problema: yo no quiero esta tranquilidad ficticia, en la que esperamos a que Eris encuentre a Zeus para poder ponernos manos a la obra con una revolución de la que, por otra parte, yo solo quiero sacar la cabeza del Emperador y la humillación

de Hera. Pero sin noticias de Eris o del resto de las diosas, solo vivimos aquí, encerradas, a salvo de quienes nos buscan arriba... y abajo. Al parecer, a Hades no le ha gustado nada que haya liberado a su preso de guerra y haya cegado a su perro, pero no puede encontrarme entre las paredes de esta casa o mientras lleve el brazalete. Del mismo modo, Orión no ha dejado de estar en el punto de mira.

La inactividad, por otra parte, está acabando conmigo. El Emperador sigue ahí fuera, respirando, y yo no veo mi venganza más cerca con el paso de los días. De hecho, me preocupa estar perdiendo la perspectiva. Me preocupa

estar relajándome entre estas paredes solo porque las habitantes de la casa son lo más amable y pacífico que he conocido después de muchos años de sangre y lucha. Ligeia cuida de nosotras incluso cuando pasa todo el día en su biblioteca, Raguel es callado pero servicial y Orión... Orión es un pequeño muñeco roto y recosido por todos lados que únicamente necesita no sentirse tan solo. Me da pena lo que han hecho con él, pero sobre todo temo que sus objetivos puedan ser inalcanzables. Yo solo pretendo buscar justicia por lo que me hicieron, pero él pretende cambiar Mundos.

He tratado de explicárselo, he



intentado decirle que incluso si Hera cae puede que el resto del Mundo Superior no cambie. Puede que simplemente la sustituyan y las cosas sigan siendo igual que hasta ahora: divinidades usando a las personas para sus intereses, moviendo las fichas de una partida de ajedrez que solo arriba entienden, pero que les funciona para ver cumplidos todos sus deseos. Sin embargo, cuando le digo eso, Orión no quiere escucharme. «Cuando te usé y tú sufriste me di cuenta de que no debí hacerlo. Los demás también reaccionarán, estoy seguro. Cambiarán. Cambiaremos, Asteria, para hacer algo mejor». Y lo dice con tanta firmeza que a mí me

parece cruel quitarle su esperanza.

Me pregunto si volverá al Mundo Superior cuando todo acabe.

Me pregunto si yo... al final... moriré.

Alzo la vista a las estrellas, observándolas. Tiltan sobre mi cabeza como si quisieran mandarme mensajes en respuesta a mis preguntas. Creo que espero que me guíen, que me digan cuáles son los siguientes pasos que he de seguir. Porque sigo sintiéndome vacía. Sigo sintiéndome triste. Las pesadillas no desaparecen, y la rabia tampoco. Pero, al mismo tiempo, en las últimas semanas no todo ha sido horrible: Ligeia tiene la capacidad de

contagiarme su serenidad cuando estoy a punto de volverme loca, y Orión consigue calmar mi ira trayéndome a la memoria días felices en los que entrenaba a las amazonas más pequeñas justo como lo entreno a él.

Cuando no me quedo sola consigo olvidar...

Supongo que, como Orión, yo también he terminado rota y recosida, y ahora lo único que pido es encontrar una razón para seguir adelante. Lo que daba sentido a mi vida era mi familia. Y ahora estoy desesperada por encontrar una nueva familia para no sentir que, una vez cumplida mi venganza, ya no tendrá sentido vivir.

¿Qué pensarían ellas? ¿Qué pensaría Lysandra? ¿Debo acabar con todo, o seguir adelante? Decidme, hermanas, ¿habéis encontrado la paz, al fin, con aquellas monedas? ¿Cómo la encontraré yo...?

¿Hay, siquiera, paz para mí?

Pasos sobre las tejas y un cuerpo que se sienta a mi lado. Ligeia lanza un vistazo a las estrellas y creo que empezará con una de sus historias en cualquier momento. Hoy, sin embargo, necesito un poco de realidad, además de sus vías de escape.

—¿Hay noticias? —le pregunto.

Me sorprende ver que Ligeia asiente, mirándome de reojo. Me

incorporo como un resorte, interesada, sentándome. Mi amiga —ya la considero como tal, después de una luna de historias bajo las estrellas— parece sorprendida por mi movimiento, pero no se hace de rogar:

—Se trata del Emperador.

—¿Va a salir de su escondrijo al fin?

Ella asiente, acomodándose el manto blanco sobre los hombros. El frío helado de la tarde ha dejado paso a una noche agradablemente templada.

—Las Heraias, las fiestas en honor a Hera, comenzarán en dos semanas, y todo el mundo espera la presencia del Emperador en el templo el primer día. No se arriesgará a que parezca que

insulta a los dioses, máxime siendo la celebración de la diosa que lo protege. Está asustado, y sabe que eres un riesgo que está ahí fuera, pero tiene que correrlo. El pueblo ya ha empezado a desconfiar de él después de...

Calla, pero las dos sabemos qué quiere decir: después de que lo ocurrido en el anfiteatro provocase la ira de la diosa del Dolor. El Imperio ahora teme las consecuencias de la crueldad de su dirigente, y no es para menos. Después de todo, clamé venganza contra todas las que consintieron que aquello pasara.

—Dos semanas —paladeo—. Bien, si Eris no aparece antes... es un tiempo razonable. Puedo esperar. —Vuelvo a

mirarla—. ¿Se sabe algo de Zeus?

Ligeia se encoge de hombros.

—No, y francamente pienso que no va a aparecer. Si no lo ha hecho hasta ahora, ¿por qué iba a hacerlo en los próximos días? Eris parece muy segura de que va a encontrarlo, pero yo no lo estoy tanto. Zeus lleva demasiado tiempo alejado del Mundo Superior. Quizá ya le traiga sin cuidado lo que pase arriba.

Chasqueo la lengua, molesta. Zeus... Por él se está retrasando todo. Porque Eris cree que lo necesitamos en nuestro bando.

—Estoy empezando a aburrirme de esperar.

—¿Y qué propones? ¿Salir tú misma en su busca?

Ligeia se está burlando de mí. Cuando ve mi rostro serio, sin embargo, la diversión desaparece por completo de su faz.

—No hablas en serio.

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros—. La idea de tener que esperar por la ayuda de un *hombre* no me hace ninguna gracia, pero si pensáis que es imprescindible tenerlo de nuestro lado... Orión me ha contado cómo empezó todo. Cómo engañó a Hera para conseguir bajar y buscarme. Le dijo que yo podía ser atractiva para Zeus, ¿no es cierto? ¿Y si fuera verdad? ¿Y si



pudiera capturarlo?

Ligeia enarca las cejas.

—Bien, Orión ha demostrado no ser la persona más objetiva del mundo en lo que a ti se refiere.

—¿Eso es algún tipo de indirecta?

—De hecho, no. Pretendía ser lo suficientemente directa. Es evidente que...

Alzo una mano, enseñándole la palma para detenerla antes de que su imaginación se ponga en marcha con historias que no existen. Sé que ha visto el beso, pero eso ha sido solo un juego.

—Céntrate. Hablamos de Zeus.

Mi compañera apoya la barbilla en sus rodillas, recogidas, y vuelve a

encogerse de hombros.

—Zeus quiere mujeres inalcanzables. Mujeres que llamen la atención y que sean... un reto para él.

—¿Te parece que he llamado poco la atención hasta ahora? —replico, con algo de burla.

Ella sonrío.

—Oh, seguro que el rey de los dioses se muere de ganas por acostarse con la mujer que le cortó la cabeza a uno de los suyos y convirtió el anfiteatro en un reguero de sangre, amenazando no solo al Emperador (su protegido también, por cierto), sino a todos los presentes. ¿Qué hombre o mujer no te desearía, bien visto? Eres el sueño de

mortales e inmortales por igual.

Dicho así puede que no suene muy atractiva, de acuerdo.

—Esa ha sido tu manera de decirme que estás loca por mí y las razones, ¿verdad? No tienes que disimular más, es evidente que quieres que te muestre los placeres de los que hablan tus preciados libros y que todavía no debes haber descubierto.

Ligeia enrojece, y yo no puedo evitar sonreír un poco al reconocer su expresión incluso en la noche. Deja los ojos en blanco, intentando demostrarme que tampoco le resulto atractiva a ella. Si es verdad, me parece una pena.

—Lo que quiero decir es que para

atraer a alguien como Zeus hay que ser inalcanzable.

Inalcanzable... La idea se queda en mi cabeza, bailando, intentando encontrar una respuesta, un plan.

—El rey de los Cielos parece muy simple.

—El rey de los Cielos es como todos los demás dioses. Y como todos los demás mortales, en realidad: diles que no pueden hacer algo y lo harán, sin pensar siquiera que algo podría salir mal. Prohíbeles la entrada a un lugar y lo asaltarán sin pensárselo dos veces.

Así que de eso se trata. Ladeo la cabeza, pensativa. Debe ser algo prohibido. *Debo* ser algo prohibido.

Algo imposible.

—Has sido muy poco sutil cambiando el tema de Orión, por cierto.

Parpadeo, sorprendida de que vuelva a sacarlo. ¿Hay algo más de lo que hablar en ese asunto? Ha sido un beso, por todas las diosas. ¿Tanta importancia le dan aquí a eso? En la tribu nos besábamos constantemente. Con quien queríamos. Cuando queríamos. Porque queríamos. Nunca he entendido a las gentes del Imperio, tan preocupadas por qué supone cada cosa y tan poco impulsivas...

El beso no ha estado mal. Pero ha sido solo eso. Un beso, como otros tantos. Admito que pensaba que él sería

más torpe, pero aparte de la agradable sorpresa de descubrir que sabe cómo besar, no ha habido nada más.

—¿Qué pasa? ¿Estás celosa? Si es eso te diré que no soy una mujer que entienda de ataduras. Si quieres un beso...

No me sorprende el golpe que me da en el brazo, completamente ofuscada.

—Hoy estás especialmente bromista, ¿verdad?

Supongo que sí. Supongo que en esta casa puedo ser de nuevo un poco más la persona que no he podido seguir siendo desde que me arrancaron de mi hogar. Intento recordar a aquella Asteria, la que era libre. Solía reírme...

Sacudo la cabeza, eliminando los pensamientos antes de que puedan dejar en mí el pesado poso de la añoranza.

—Orión es como un cachorro al que han maltratado —le explico a Ligeia, que abre mucho los ojos, con incredulidad. No entiendo qué le parece tan sorprendente de mis palabras—. Los animales que han sufrido a manos de la gente tienen miedo de acercarse, pero en cuanto una persona les trata bien pueden vencer ese miedo y se sienten agradecidos de recibir algo de cariño. Entonces empiezan a buscar la atención de quien les ha tratado bien todo lo que pueden, porque les agrada la novedad y establecen un lazo.

—Eso es bastante cruel por tu parte, Asteria. —Parpadeo, mirándola. No pretendía sonar de esa manera—. Es bastante condescendiente, también, aunque no sé si la condescendencia es hacia él o hacia ti misma. ¿No crees que se pueda sentir sinceramente atraído hacia ti? Tampoco eres *tan* desagradable...

Me niego a contestar a algo así en serio. No entiendo, de todos modos, por qué le parece tan importante.

—Me voy a tomar eso como una insinuación, Ligeia. De verdad creo que eres tú la que se siente atraída... Insisto: dímelo. Podemos solucionarlo...

Vuelve a golpearme y yo resoplo,



divertida, mientras ella se acomoda y se cubre más con su manto, turbada. Lo cierto es que ni una de las veces ha negado nada directamente.

—No con dioses. Nunca con dioses —replica.

—Pero yo soy una *diosa*— le sonrío a medias, aprovechándome de su manera de hablar, tan distinta a la mía.

—¡Y en nuestro lenguaje, decir «dioses» os incluye! —objeta, ofuscada. Yo suspiro.

—Esta inmortalidad cada día tiene más inconveniencias...

Pese al azoro, Ligeia sonrío, a medias divertida y a medias avergonzada. Ambas nos quedamos

calladas un buen rato, volviendo la vista a las estrellas. A veces lo hacemos. Hay noches en las que no decimos ni una sola palabra, mientras observamos los astros y reconocemos en silencio las leyendas que se cuentan de cada constelación.

Al final, es ella quien vuelve a romper el silencio:

—¿Realmente vas a dejar que él luce?

—¿Quién está siendo condescendiente ahora?

—Sabes que es incapaz de hacerle daño a alguien. Puede que entrene contigo y que haya empezado a acostumbrarse a la sangre, pero, a la hora de verdad, ¿crees que será

suficiente? Me preocupa lo que pueda pasarle. Es... demasiado bueno.

Suspiro, pasándome una mano por la nuca.

—Quiero proteger a Orión, pero no es justo que le apartemos, si es su deseo participar. No te voy a mentir: pensé que no aguantaría ni dos clases, y menos con sangre de por medio. Pero se está esforzando, y yo confío en él. —Bajo la vista, centrando los ojos en los dedos de mis pies—. Orión tiene algo que a mí se me ha acabado: esperanza. A mí ya solo me mueve el odio, la venganza, la rabia. Yo ya no tengo esperanzas de una vida mejor. Pero él sí. Y... creo que no hay nada más poderoso que eso.

¿No fue la esperanza, después de todo, lo que me hizo seguir adelante tantos años? Incluso si fue una esperanza traicionera, que al final no sirvió de nada... La esperanza fue también lo que me hizo derrotar a la Pena en el laberinto, y sé que ahora que la he perdido estoy más cerca de convertirme en la versión de mí misma que vi en aquel momento; es posible que cuando cumpla mi venganza solo quede eso y me hunda definitivamente. Cuando miro a Orión, en cambio, veo sus oportunidades de seguir adelante, porque hay esperanza en todo él.

El silencio vuelve entre nosotras, espeso. Ligeia vuelve la vista al cielo.

—Solo... protégelo, ¿de acuerdo?  
Tú puedes hacerlo.

Aprieto los labios. Las estrellas parecen observarnos, como si quisieran escuchar nuestra conversación. Como si también temieran por nuestros destinos.

—Lo protegeré —le prometo—. Una vez juré proteger a mi familia y fallé. Ahora... sois lo más parecido que tengo a algo así, ¿verdad? No voy a cometer el mismo error dos veces. Nadie va a quitarme otra familia.

No sé si se lo juro a mí o a ella.

Los dedos de Ligeia aprietan los míos, en un apoyo silencioso. No volvemos a hablar.



—Quiero que hagas correr un rumor sobre mí.

Ligeia y Orión alzan la vista de su desayuno para prestarme atención. Hasta Raguel, de pie al lado de la silla de su señora, parece fijarse en mí con curiosidad cuando hablo.

—¿Un rumor? —repite mi amiga—. ¿Qué clase de rumor?

—Que solo me gustan las mujeres.

La afirmación trae consigo un ambiente extraño. Ligeia parpadea y Orión... Orión se atraganta con una uva. Empieza a toser violentamente y yo lo observo con las cejas alzadas, mientras

Raguel, que se ha ruborizado, le da palmaditas en la espalda, como si pensase que va a perder la inmortalidad por eso.

—¿Eso es cierto? —exclama el dios, con voz ahogada, cuando consigue tragar.

Yo siento ganas de echarme a reír ante su expresión.

—Tranquilo, novato. —Apoyo la cara en una mano, divertida—. Es mentira. Mis gustos son... extensos. Sigue esforzándote.

El dios de la Vida pierde toda la grandiosidad que pudiera aparentar cuando se hunde en la silla, avergonzado.

—Entonces ¿por qué querrías que todos pensaran algo así...? —murmura, con la boca pequeña.

Ligeia da un respingo en ese momento. Su capacidad de deducción es, como siempre, excelente.

—Oh... Ya veo. Chica lista...

—Yo no veo nada —protesta Orión. Raguel y él comparten una mirada, pero el criado simplemente se encoge de hombros, tan confuso como el propio dios. Ambos se vuelven hacia mí con la pregunta en la mirada—. Explicaos.

—Quiero que se corra ese rumor porque, a veces, los hombres sois orgullosos y estúpidos, y si una mujer os dice que *solo* le gustan las mujeres, sois



tan pretenciosos que pensáis que lo que ocurre es que no ha probado a un hombre a la altura. Os creéis salvadores y pensáis que podéis iluminarle el camino y llevároslo a la cama. En fin: hay quienes consideran algo así un reto a superar, y espero que Zeus pertenezca a ese grupo.

Orión no parece muy contento con la explicación.

—¿Significa eso que pretendes atraer a Zeus hacia ti?

—A mí me parece brillante —media Ligeia, con una sonrisa de aprobación.

—Necesito, claro está, que la barrera de esta casa se levante para él: para que pueda encontrarme si me

busca. Atenea podrá hacer eso, ¿verdad?

A Ligeia no le gusta demasiado hablar de su madre por la relación que tienen, pero no duda en asentir y mirar a Orión, que todavía nos observa con confusión e incredulidad.

—¿Se lo comunicas tú?

—Pero ¿por qué es necesario todo esto? —replica—. Pensé que mi madre se estaba encargando...

—Los métodos de tu madre no han funcionado hasta ahora, así que hay que probar algo diferente. Estoy cansada de quedarme de brazos cruzados.

El dios frunce un poco el ceño.

—Pero obviamente todo es solo una trampa, ¿no es cierto?

Alzo las cejas con incredulidad. Claro que lo es, ¿qué otra cosa si no? No me pasa desapercibida la mirada que Ligeia me lanza. Parece recordarme la conversación de ayer. «Estás siendo condescendiente». Qué ridículo. Este chico está confundido.

—¿Estás celoso?

Orión se tensa. El color sube a sus mejillas y abre la boca y la cierra. Yo parpadeo, aunque no puedo evitar sentir ganas de reír de nuevo.

—¡Por supuesto que no estoy celoso! ¿De quién? ¿De Zeus? Qué tontería. Él... él no te conoce, no sabe nada de ti. Yo sí.

La última frase hace que se me

quede la risa atrapada en un nudo en la garganta. Lo ha dicho como si lo importante, lo más importante, fuera *conocerme*, y nada más. Como si fuera algo de lo que se siente orgulloso. Me quedo sin réplica, aunque hace un segundo iba a explicarle, con burla, que las amazonas nunca hemos creído en las relaciones cerradas.

Cuando me mira, con fijeza, me doy cuenta de que no solo se fija en mis ojos, sino también en mi boca. Sus labios se aprietan y de pronto se levanta, haciéndonos dar un respingo.

—Me pondré en contacto con Atenea  
—susurra.

No dice nada más antes de salir del

comedor. Entrecierro los ojos. Cuando miro a Ligeia, ella simplemente brinda a mi salud.

«¿No crees que se pueda sentir sinceramente atraído hacia ti?».

No, no lo creía.

Pero puede que me haya equivocado.

# ORIÓN

Cuando yo no entreno con Asteria, porque estoy cansado o hemos acabado con los ejercicios del día, muchas veces ella continúa sola. Esos días esgrime su espada contra un ejército invisible, salta y esquiva, y se lanza por el suelo y rueda. También usa el arco, veloz como la propia Artemisa, lanzando flechas que siempre aciertan en las columnas de madera que se pone como blancos. Parece una bailarina, más que una guerrera, rápida y huidiza, dando

siempre lo mejor de sí.

Y, en esas ocasiones, yo podría quedarme vidas enteras admirándola.

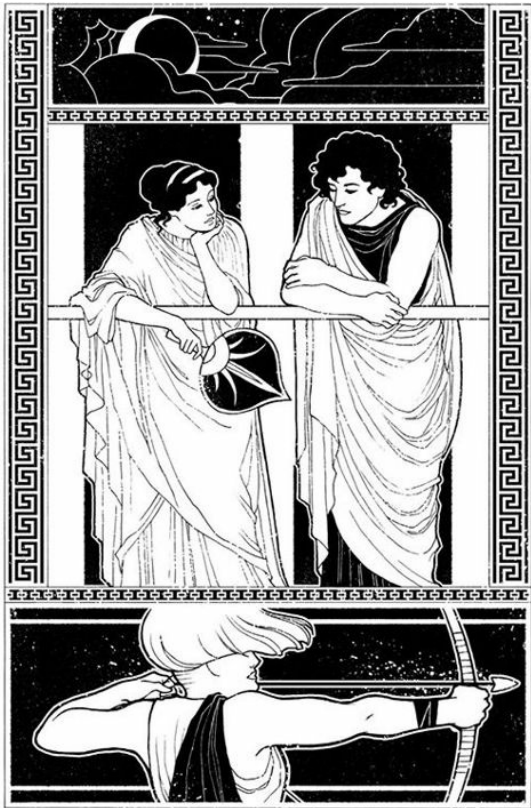
Eso pienso, al menos, mientras me inclino un poco más hacia delante y aseguro mi codo en la baranda, siguiéndola con los ojos. El segundo piso me parece un buen escondite, porque ella rara vez mira hacia arriba cuando practica, demasiado centrada en prestar atención a lo que la rodea. Además, las antorchas brillan en el patio, pero aquí, en este rincón, me camufla en la penumbra que sigue al atardecer.

—¿Se puede saber qué haces?

Ligeia de pronto está a mi lado y yo

doy un respingo. ¿Estaba tan concentrado que ni siquiera he notado que se acercaba? Tartamudeo, pillado por sorpresa, y me giro hacia ella, que me mira con suspicacia y con el asomo de una sonrisa que no me acaba de gustar del todo. Cuando aparta la vista de mí es solo para adelantarse hacia la barandilla de madera y observar a Asteria, que sigue ajena a nosotros.





—Solo estaba... Yo... Descansaba.

—Descansabas —repite mi anfitriona con algo que parece incredulidad—. Descansabas la vista, ¿verdad? Sobre Asteria, para ser más exactos.

—Yo no...

—No eres el más sutil de los admiradores, que se diga —me interrumpe.

Se aparta unos mechones del rostro y sigue mirando al patio. Hoy hace calor, y hay una humedad que nos pega los cabellos a la cara y me hace sentir perezoso y agobiado. Ligeia lleva un abanico en la mano, aunque no parece recordar que lo tiene, pues no lo

aprovecha para darse aire. Un triste consuelo, ya que la atmósfera está tan cargada que ni siquiera eso podría aliviarla. El cielo hoy no tiene estrellas, cubierto de nubes. Huele a tormenta.

—Da igual —digo, tras una pausa en la que solo oímos las flechas de Asteria volar por el aire y clavarse en la madera—. Creo que para ella soy una especie de hermano pequeño.

—Cachorro —me corrige—. Al menos yo la he oído utilizar esa palabra.

Ligeia, como su madre, parece tener un problema con cuidar de los sentimientos de los demás. Prefieren la sinceridad al tacto y, aunque sé que no lo hace con malicia y resulta difícil

enfadarse con ella, es un poco frustrante. Quizá por eso decido que no merece la pena contestarle. Ella de todas formas no está esperando por ello. Se da la vuelta y apoya la espalda en la baranda, apartando la vista de la amazona. Empieza a mover su abanico con ausencia. El aire a su alrededor arrastra un perfume suave, a canela y especias.

—Déjame que te dé un consejo, Orión. Porque probablemente seas uno de los pocos dioses que me caen bien, y porque considero que Asteria es..., bueno, lo más parecido a una amiga que he tenido nunca.

Yo frunzo el ceño, no muy seguro de que me vaya a gustar lo que va a decir.

—¿Qué consejo?

La muchacha me mira de reojo. Ha dejado de sonreír.

—Deja de dudar. No vas a conseguir nada de lo que deseas mientras lo sigas haciendo. Y es tan válido para tu intento de revolución como para *ella*. —Gira la cabeza, para señalar a Asteria sin necesidad de mencionar su nombre—. Piensa que es como si oliese tu miedo. Porque lo hace.

No estoy muy seguro de sobre qué está hablando, pero eso último no parece un halago, ni para mí ni para Asteria.

—Haces que suene como si fuera un animal.

—En realidad, cualquiera a tu alrededor puede oler tu miedo. Eres un papiro abierto, listo para ser leído. Todos vemos cuando dudas, y no quieres que los dioses lo vean también. No quieres que sepan tus puntos débiles, o habrás perdido a su juego mucho antes de haber empezado. ¿Crees que estás en igualdad de condiciones? Pueden ver dentro de ti. Y, al contrario que tú, no jugarán limpio. Harán lo que sea para sacarte de en medio. Incluso tus preciadas aliadas podrían echarte de la carrera si ven que no estás a la altura.

Aprieto los labios. Hace que suene como si me fueran a traicionar. Como si su propia madre fuese a hacerlo, de

hecho.

—Ves enemigos en todas partes, Ligeia. Artemisa y Atenea también quieren que esto salga bien. Cuentan conmigo. Somos compañeros.

—Contaban contigo para liberar a Eris, para convencer a Asteria y para convencerme a mí. Ahora que ya has hecho esas tres cosas, ¿qué sabes de ellas?

Abro la boca, pero la cierro. Nada. Las únicas noticias que hemos tenido han venido por medio del mochuelo de Atenea, que de vez en cuando se posa en los árboles o aparece a mi llamada cuando necesito ponerme en contacto; hace dos días fue el último cruce de

palabras, cuando recibimos una nota con la confirmación de que las barreras estarían bajadas para el rey de los dioses. Pero lo cierto es que ellas no se han dignado a pasarse por aquí, aunque quiero pensar que es porque están ocupadas en buscar aliados, como mi madre.

Antes de que pueda responder, Ligeia continúa:

—Ahora escúchame bien: las oportunidades se van si no las atrapas. Y las perderás si en vez de tomarlas te dedicas a hacerte preguntas sobre si estás o no a la altura. Sobre si eres o no capaz de hacer algo. Ese es mi consejo.

Frunzo el ceño, dubitativo. No sé si



me habla de la rebelión o de Asteria, o de ambas cosas. No hay mucho que pueda hacer con respecto a lo primero ahora, así que supongo que es lo segundo. Vuelvo la vista a la amazona.

—Se me ocurre al menos una pega a eso en el caso de Asteria, si de verdad dices que me tiene por su... ¿cachorro?

—Pues haz algo por cambiar su imagen de ti —resopla—. Deja de ladrar y muerde. No creo que quieras amor, ¿no es cierto? —Intento ignorar que me ruborizo, para que ella no se dé cuenta—. Y ella no lo está buscando tampoco. Pero he visto cómo la miras, y es obvio que un beso no fue suficiente el otro día. Pues bien, si quieres algo será

mejor que le demuestres que no eres ningún niño. Y eso se empieza caminando hacia ese patio en vez de quedarte aquí suspirando y mirándola.

Me quedo atónito. Sorprendido de que me esté hablando de esto, pero también de que lo haga con esa sencillez.

—¿Y si me rechaza?

—Al menos habrás hecho algo. No sabes si tu rebelión va a salir bien, Orión, pero has decidido intentarlo, ¿no? Con ella es exactamente lo mismo.

No muy contento, dirijo toda mi atención a la guerrera en el piso de abajo. Asteria tensa su arco en ese momento. Sus brazos, fuertes, de

músculos definidos, se estiran. Los pies los tiene firmemente clavados en el suelo. Mantiene esa postura por lo que me parece una eternidad, sin que las manos le tiemblen. Y cuando no aguanta más, lanza una flecha. La segunda vuela, no mucho después, cuando la saca del carcaj. Ambas dan en la diana que se había puesto, con las puntas tan juntas que no puedo imaginarme que no se toquen.

Con un par de zancadas, la muchacha se acerca a su objetivo y arranca las saetas, examinando las puntas antes de lanzarlas al carcaj de nuevo, en un gesto descuidado.

—No sé qué quiere de mí.

No me doy cuenta de que esas palabras son mías hasta que ya lo he dicho, pero no me importa. Supongo que esa es la razón por la que dudo, precisamente. Si supiera lo que piensa, lo que se le pasa por la cabeza... ¿Fantasea conmigo, acaso? Lo dudo. Al menos, dudo de que sea de la misma manera en la que mi mente lo hace con ella. En mi imaginación, al fin y al cabo, ya la he besado más de una vez. Ya la he provocado. Ya la he...

Siento el calor de nuevo en la cara, como una ola.

En mi imaginación, ya he desafiado a la realidad demasiadas veces.

—No creo que *quiera* nada de ti,

porque no sabe qué puedes o deseas ofrecerle. Ella piensa que solo estás confundido, porque eres demasiado bueno. O que simplemente le tienes cariño, porque ella se ha portado bien contigo, como nadie más lo ha hecho. ¿Qué es lo que quieres tú de ella?

No lo sé. Lo cierto es que... no lo sé.

—No puedes verlo, pero está rodeada de energía —susurro—. Está llena de vida. Sé que ella cree que no es así, que piensa que está... más muerta que viva, pero no es cierto. Me aturde. Me abruma. Hace que tenga la necesidad de sentirme vivo y de dejarme llevar, porque hace mucho tiempo que no lo

hago.

—Eso suena a que quieres usarla para sentirte bien, Orión. A que quieres que sea un consuelo, o algo semejante. Si vas a implicarte, al menos que sea porque sientes algo, aunque solo sea deseo, pero no la utilices para sentirte mejor contigo mismo.

No. Sé muy bien lo que es ser el consuelo de alguien y no quiero convertir a Asteria en algo así.

—No es eso. No es... —Gruño, sin palabras, y me llevo las manos a la cara. Sabía que me sería imposible encontrar la forma de decirlo—. Me atrae. Me...

Mi interlocutora alza una mano.

—No. No me lo digas a mí. Díselo a

ella. Y díselo con confianza. Y, sobre todo, no se te ocurra hacerle daño. — Ligeia entorna los ojos y apoya el abanico en mi brazo, dándome golpecitos con él—. Para ella, ahora somos su familia. Y no quiere perdernos a ninguno de los dos.

Me muerdo el labio, sin saber qué decir. ¿Su familia? En el Mundo Superior, la familia significa de poco a nada, pero sé que para ella siempre ha sido lo más importante. Daba lo mejor de sí para proteger a sus hermanas. Y ahora sé que daría lo mejor de sí para protegernos a nosotros. Para proteger esta casa y a las personas que hay dentro. Ya lo hizo para protegerme

cuando bajó a por mí hasta el Inframundo...

Suspiro. Abajo, Asteria se estira y recoge. Parece que se retira por hoy.

—No quiero hacerle daño...

—Y ella no quiere hacértelo a ti. —

Ligeia sonrío un poco—. En el fondo, no sois tan diferentes: ambos queréis paz y cosas por las que merezca la pena vivir.

La joven mortal se da la vuelta. Echa a andar, la mano en la barandilla, golpeteando con los dedos en la madera. La veo observar el patio y sonreír, aunque de pronto parece lejos de aquí. Asteria mira en ese momento hacia arriba y sus miradas se encuentran. La bibliotecaria hace un gesto de



reconocimiento con la cabeza, antes de desaparecer en una de las habitaciones. Entonces, los ojos de la amazona recorren la galería y tropiezan conmigo.

Cuando sonrío con su gesto habitual, me doy cuenta de que en realidad solo eso ya me hace sentir un poco más vivo.

# ASTERIA

Zeus no es tan estúpido como pudimos llegar a pensar, o quizá yo no he sido lo suficientemente atrayente incluso habiéndome sugerido como algo imposible. Hace ya cinco días que el rumor comenzó a correr por Élada, pero nadie ha visitado esta casa buscándome, así que la inactividad continúa y yo me siento cada día más frustrada. Tengo la impresión de que por cada jornada que pasa estoy alejándome de la promesa que le hice a Lysandra mientras la

sostenía en brazos. No estoy luchando. No estoy haciendo nada. Ni contra Hera, ni contra el Emperador. ¿Por qué tenemos que esperar a Eris, de todas maneras? ¿Por qué las diosas parecen confiar tanto en que solo el Caos puede liderar la rebelión contra la reina? ¿No son acaso todas igual de poderosas? ¿No lo *somos*?

—A mí no me parece mal, esta tranquilidad...

Alzo la vista hacia Orión. Esta noche es él quien me acompaña en el tejado. Aunque Ligeia estaba con nosotras hace un rato, finalmente se retiró tras su historia, exhausta después de un día agotador en la biblioteca.

Cuando me quejo de la inactividad que seguimos sufriendo es eso lo que el dios responde. No me mira, sino que tiene los ojos clavados en las tejas.

—No quería decir que estuviera mal. Pero...

—Pero un día más de tranquilidad no lo es para ti. —Solo entonces me mira. Lo hace con los labios apretados, y me parece que sienta lástima por mí—. Un día más de calma es un día más en el que no has vengado a tus hermanas, ¿verdad? Y eso... Eso te mata por dentro.

Callo. No hay nada que pueda decir al respecto. Sí, me martiriza, incluso si es estúpido. Sé que la venganza no me

dará la felicidad, pero la *necesito*. Necesito saber que al final hice algo por ellas... Que al menos no perdoné nunca.

Orión me sorprende cuando apoya su cabeza en mi hombro. Bajo la vista hacia él, alzando las cejas. Últimamente se acerca más a mí. Sus manos cogen una de las mías y entonces juega con mis dedos, repasa la palma, las líneas de mi piel...

—A veces siento que nuestro juramento está al revés —dice de pronto—. Que en realidad yo no puedo hacer nada por protegerte, pero tú no has dejado de hacerlo. Y tú... no dejarás que te proteja, incluso si tuviera la oportunidad.

—A mí no va a pasarme nada.

—¿Por qué no lo dejas, Asteria?

La petición es apenas un susurro, pero la escucho perfectamente. Su cuerpo se separa apenas para poder alzar la cabeza y mirarme. Me sorprende lo serio que está. No suelta mi mano, sino que la guarda entre las suyas como si fuera algo preciado. No me pasa desapercibido que algunos de sus dedos se aprietan en torno a la muñeca, sintiendo mi pulso. A veces pienso que Orión tiene una necesidad constante de sentir que estoy viva, incluso cuando me tiene delante. No sé si es que le teme demasiado a la muerte o que yo estoy más muerta de lo que pensaba y él lo

siente.

—No puedo dejarlo.

—Sí puedes. Lo he estado pensando.

En realidad, no tienes por qué involucrarte en la rebelión de los dioses. Ese no es tu problema.

—Hera...

—Hera pagará por mil cosas más — me interrumpe—. Contra Hera ya somos muchos: tú ni siquiera le importas. Ella misma me dijo que el castigo hacia ti no lo decidió ella, sino que fue todo un plan del Emperador. Déjanosla a nosotros. Cuando caiga, el Emperador será todo tuyo. Pero no te involucres más en esto. Has combatido contra muchos mortales y has salido vencedora, pero no sabes lo

que es involucrarse con dioses... Temo que llames demasiado su atención.

Lo observo. Sé que para Hera soy insignificante, solo alguien que estaba del lado equivocado en el momento equivocado. Soy consciente de que su culpa en el asesinato de mis hermanas es circunstancial, que como el resto de diosas solo miraba por sus deseos y mis hermanas y yo estuvimos en medio de ellos.

Orión sabe perfectamente que, en realidad, todo el Mundo Superior es exactamente así, y por eso anhela cambiarlo. Está tratando de protegerme, y sé que no lo hace solo por el juramento. Pero eso ya me parece una



buena razón por la que seguir combatiendo a Hera: a él, desde luego, sí le ha hecho daño de manera premeditada.

—No me importa. No voy a dejarte solo en esa lucha, sin nadie en quien confiar de verdad —le digo encogiéndome de hombros—. Quiero ayudarte a conseguir tu propia paz. Mereces convertirte en alguien libre, alguien que pueda vivir de verdad, sin miedo, y quiero ver cómo lo haces. Voy a permanecer a tu lado.

Orión entreabre los labios, mirándome. No sabría definir su expresión. No sé si se siente avergonzado o feliz. También parece

culpable y frustrado. No me espero el momento en que tira de mi mano para hacerme inclinar hacia él, ni el momento en que coge mi rostro. Abro mucho los ojos, pero cuando quiero darme cuenta ya me está besando. No pregunta. Esta vez no nos hemos jugado nada. Se lanza, sin más, y su boca sabe a vida cuando se presiona contra la mía. No es un beso exigente, ni apasionado, ni juguetón. No es un beso como los que yo solía dar porque me ayudaban a olvidar. Solo es una presión de sus labios contra los míos, y llega y se va tan rápido que a mí ni siquiera me da tiempo a pensar en rechazarla o aceptarla.

Incluso cuando su boca se aparta,

Orión se queda muy cerca, su frente apoyada contra la mía, los párpados caídos.

—Vas a volverme loco —protesta.

Casi parpadeo. ¿Qué he hecho? No lo entiendo. No entiendo tampoco por qué se siente tan atraído hacia mí, porque ahora es obvio que lo hace. Soy el Dolor. ¿Qué persona en su sano juicio se sentiría atraído por eso? Se supone que la Vida debería huir de él, aunque supongo que en realidad ninguna vida consigue hacerlo. ¿Es por eso? ¿Somos dos caras de la misma moneda, destinadas a conformar un todo, a no separarse jamás?

Cuando Orión abre los ojos, nos

miramos en silencio. No sé qué decir, ni cómo comprenderlo. Él aprieta los labios, y parece que volverá a echarse hacia delante, lanzándose de nuevo. Bajo la vista a su boca, pensativa. El beso de hace una semana no estuvo mal, aunque solo fuese un premio. Aunque no me lo tomase en serio. Su aliento me golpea los labios y yo los entreabro, entornando los párpados. Siento algo de curiosidad, en realidad... ¿Cuánto puede besarme sin desgastarse, sin quedarse sin aire? ¿Puede hacerme olvidar, como siempre me han hecho olvidar las caricias? Intento no pensar en Lysandra, en cómo me aferraba a ella y a su cuerpo cuando no podía más. ¿Puede darme

Orión esa distancia con la realidad que sentía entonces? Eso estaría bien. Se acerca. Alzo la mano para coger su túnica. Necesito dejar de contar los días, necesito no sentirme inútil, necesito dejar de soñar con *ellas*...

Cuando el beso llega parece responder a todas las preguntas que no he formulado. Llega en una caricia lenta, tentativa, solo un roce de dos bocas que se reconocen por primera vez. El segundo encuentro dura un segundo más. El tercero se mantiene y crece, y él acepta mi exigencia cuando lo acerco y le robo un contacto más real; no me gusta la delicadeza, no la quiero ni la necesito. Quiero locura. Quiero

perderme. Nuestras manos corren a agarrarse a la ropa del otro entonces, a tirar de ella para pegarnos más. Esto. Necesito esto. Lo necesito más cerca. Orión deja escapar un gemido de satisfacción, y no sé si es por el beso o porque mi pulso se acelera y él puede notarlo. Nos saqueamos el aliento y yo reconozco la sensación cómoda de la mente nublándose. De los sentidos despertando y el vello erizándose. Los dedos de Orión se presionan contra mi espalda y los míos se enredan en sus cabellos, para que no se separe. Nuestras lenguas luchan, se enredan, se separan, vuelven a abrazarse...

Eso es. Nada de pensamientos...

Cuando me siento a horcajadas sobre él, nos separamos para coger aire. Nos miramos, los ojos llenos de deseo y confusión al mismo tiempo. Probablemente no esperábamos esto..., como si importase, ahora que ya ha empezado. Orión traga saliva, pero no dice nada. Tiene la mirada encendida y de nuevo está serio, aunque su respiración parece agitada. Se relame los labios mojados y yo sigo con la vista su lengua cuando lo hace. Sus manos corren entonces a atraparme la cintura y su boca se alza, pero no lo hace para encontrar mis labios, sino mi cuello. El escalofrío llega, familiar. La sensación del frío y el calor mezclándose, el

placer, distinto al que llevo semanas sintiendo al percibir dolor. Cierro los ojos, mientras sus palmas se amoldan a mi cuerpo para aprenderse mi silueta. Sus dientes rasgan mi piel y yo entreabro los labios.

Algo intenta traerme de vuelta a la realidad. Un susurro lejano, como un zumbido que se extiende. Es algo que podemos obviar. Algo que no existe mientras los dedos de Orión buscan mis piernas y sus yemas suben por mis muslos, mientras mis manos descienden para subir su túnica y...

Y, después, algo mucho más real:

—¡¡Socorro!!

Orión y yo damos un respingo y



despertamos, volviendo la vista más allá de los límites de la casa. Al principio, en la oscuridad, no veo nada, pero luego discernimos una sombra que se acerca con rapidez, corriendo. Parece tropezar, y entonces siento el dolor de esa persona como un latigazo repentino que me hace dar un respingo.

Mi mirada y la de Orión vuelven a encontrarse entonces. Nos observamos un segundo, sus manos todavía sobre mi piel, mis brazos aún rodeándole. Por supuesto, el Orión serio ha desaparecido ante la interrupción y parece azorado, pero no lo culpo. En esta situación, hasta yo me siento avergonzada. Por eso me separo con un carraspeo y me levanto,

arreglándome la ropa.

Mejor fingir que esto no ha ocurrido.

—¿Deberíamos ir a ver? —  
pregunto, no muy segura. No hemos salido juntas de la casa para nada desde que estamos aquí, aunque no debería ocurrir nada con los brazaletes.

—Parece... Parece en problemas —  
susurra Orión, arreglándose la túnica y frotándose la mejilla.

Asiento. Supongo que, además, puedo ayudar a esa persona a que el dolor remita. Y estaba pidiendo socorro. ¿Por qué? No parecía haber nada cerca...

Al final, nos apresuramos a bajar del tejado. Ligeia aparece en el pasillo,

habiendo oído el grito o alarmada por nuestros pasos a la carrera, no lo sé.

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien fuera. Gritaba por auxilio.

Ligeia detiene a Orión antes de que este pueda dar dos pasos.

—Quedaos aquí. Yo me encargo. Podría ser una trampa. No sería la primera vez que un dios pretende colarse en la casa de un mortal tomando otra forma. No sé si sois demasiado buenos o demasiado estúpidos, preocupándoos tan inocentemente por desconocidos, en vuestra situación.

Orión frunce el ceño, en desacuerdo.

—No siento a ningún dios cerca. —

Me mira, como si yo pudiera corroborarlo, pero solo puedo encogerme de hombros. Nadie me ha enseñado a percibir la presencia divina a mi alrededor, aunque supongo que se trata de esa sensación de reconocimiento que parece rodear a Orión a veces. No me había dado cuenta de que estaba ahí hasta que lo ha mencionado.

—Será mejor que vaya contigo —le sugiero a mi amiga—. Si tanto desconfías, yo puedo hacer algún daño, tú no.

Ligeia duda, pero asiente. Orión parece molesto por que se le deje de lado.

—Yo también voy, y no me importa

lo que digáis. Dejad de considerarme el débil de aquí.

Se adelanta sin darnos opción a réplica. La bibliotecaria parece a punto de protestar, pero yo lo entiendo. Por eso le hago un ademán a Ligeia para que calle y las tres salimos primero al patio interior y después al jardín. Apenas lo hemos pisado cuando lo volvemos a escuchar.

—Ayuda...

Esta vez es solo un gemido lastimero, que parece lleno de miedo. Pero... no hay dolor. Entrecierro los ojos mientras nos acercamos. Aunque vi caer a esa sombra y el dolor vino en un momento, la sensación ha desaparecido.

Intento buscarlo, intento incluso liberar mi mente y hacer más potentes las voces que siempre están martillando mi cabeza, pero ninguna viene de cerca.

Cojo a Orión del brazo, deteniéndolo, y tiro de él. Me mira sorprendido.

—Detrás de mí —le exijo. Él parece a punto de protestar, pero cambia de opinión cuando le dirijo una mirada helada.

Cuando salimos de los límites de la casa siento la protección cayendo de nuestro alrededor. Es como si siempre hubiéramos llevado un velo y de pronto se nos arrebatase. No pesaba, no era especialmente notable, pero cuando

desaparece lo echas en falta.

En el camino hay alguien que no se mueve y parece temblar.

Es Ligeia quien se acerca primero a la figura. Yo me quedo unos pasos por detrás, cerca de la puerta.

—¿Estás bien? —le escucho preguntar.

La figura se mueve. Parece la de una chica, aunque en la penumbra y en la distancia es difícil decirlo. Me concentro en ella. Si está tirada en el suelo debería dolerle algo, aunque solo fuera un rasguño. Debería estar sufriendo..., pero no lo hace, de ninguna manera física o psicológica.

Entrecierro los ojos. Ligeia tiene

razón. Es una trampa.

Me acerco todo lo rápido que puedo para apartar a nuestra anfitriona de la recién llegada. Pero esta última, al contrario de lo que esperaba, no hace ningún movimiento brusco. De hecho, se queda donde está, tratando de incorporarse. Con la cercanía puedo verla mejor. Es una chica joven, de apariencia delicada y ojos grandes. Su ropa, cara, está sucia y rasgada, y sus labios se aprietan en un gesto de sufrimiento.

Y de pronto... se echa a llorar.

—Por favor, necesito refugio...

Entrecierro los ojos. Miro a Ligeia, susceptible. Estoy convencida de que



esta persona finge. ¿Trata de que la invitemos a la casa? ¿Es eso? Pero si quisiera atacar, ¿por qué no lo está haciendo ya? Ahora mismo, mientras estamos fuera. Orión la observa con cierta compasión. Puede que yo no sea reconocible para las diosas, pero él..., su rostro sí lo conocen. Si alguien viniera a por él o a por mí, ¿por qué no atacar en este mismo momento, cuando estamos sin protección?

Doy un respingo.

A no ser que no pretenda atacarnos.

Me fijo más en la figura. Cabellos largos, que deben de ser claros, aunque en la oscuridad es difícil discernirlo. La forma del cuerpo es atractiva, y la

manera en la que están rasgadas las ropas parece dejar en evidencia sus muslos y algo de su pecho.

Oh.

Claro.

Ligeia debe de estar preguntándose qué hago cuando me acerco y me acuclillo ante la muchacha. Todavía soy precavida, pero creo que sé perfectamente quién ha venido a vernos. La joven alza el rostro hacia mí, con lentitud, y se muerde el labio. Yo busco en su cara, en sus manos, en todo su cuerpo. Ni un rasguño.

Por supuesto que no. Las diosas pueden fingir muchas cosas, pero sus cuerpos no permanecen heridos por

mucho tiempo..., y su sangre no es roja.

—¿Qué te ha pasado? —le digo con amabilidad.

La chica —oh, no es una chica, claro que no lo es— solloza y agacha la cabeza.

—Me perseguían... Unos hombres atacaron mi caravana, nos asaltaron, robaron todo... Y cuando se dieron cuenta de que huía, me persiguieron... —Se estremece, y yo intento mostrar mi mejor expresión de compasión—. Querían...

—Pobre niña —susurro yo, con lástima—. No te preocupes. Has encontrado un refugio.

—¿Qué? —dice Ligeia tras de mí.

Siento su desacuerdo, su nerviosismo.

La chica coge aire con precipitación, mirándome con ojos llenos de lágrimas. Sonríe y, por supuesto, resulta adorable al hacerlo. Yo le devuelvo la sonrisa y le tiendo la mano.

—¿Puedes levantarte?

Ella asiente, pero, cuando lo intenta, se queja y trastabilla.

—Creo... creo que me he torcido el tobillo...

Me mira entre las pestañas, llorosa. Yo casi me siento divertida por su actuación, pero decido ser la heroína de brillante armadura ante la desvalida dama.

—No te preocupes. Yo te llevaré.

Es muy delgada y pequeña, así que no me cuesta cogerla en brazos. No me sorprende que la «pobre muchacha» se agarre fuerte a mí y apoye la cara muy cerca de mi cuello. Hasta la siento aspirar mi olor, en medio de lo que parece otro sollozo.

—Gracias...

Ligeia y Orión parecen preguntarme qué estoy haciendo, pero yo solo echo a andar de nuevo hacia la casa. ¿Todavía no lo han entendido? Es lo suficientemente evidente como para que al menos Ligeia una las piezas como yo misma las he unido. Claro que, al contrario que yo, la bibliotecaria no puede sentir que todo ese dolor es

fingido, y tampoco ha debido de fijarse en que, para ser una mujer asaltada, no muestra herida alguna.

—No me dejes sola, por favor —susurra la chica en mi oído. Suspira contra mi piel y se agarra más a mí.

Siento tantas ganas de reír como de dejar los ojos en blanco, pero lo único que hago es apretar su cuerpo contra el mío.

—Seguro que tienes miedo —le digo—. Te quedarás en mi cuarto, si te parece bien... Así no estarás sola...

Por supuesto que le parece bien. Ha venido para eso. Por eso asiente, lentamente, sin apartar la cara de mi cuello. Dejo un beso en su cabeza, con

toda la intención, y su cuerpo reacciona: se acomoda, se arrima, y su mano baja con disimulo para apoyarse en mi pecho, con la excusa de agarrarse a mi túnica.

En algún lugar de este cuerpo que sostengo, Zeus da saltos de alegría por una conquista que le debe de parecer más que conseguida.



Creo que Ligeia y Orión finalmente comprenden cuando ven que me meto en mi cuarto con la muchacha y les deseo buenas noches con una sonrisa. Sé que Ligeia lo hace, al menos, porque nos dice que descansemos y que la avisemos

si nuestra «invitada» necesita algo. Respecto a Orión, solo tengo fe en que él también haya descubierto lo que ocurre, porque lo veo ceñudo e inquieto, y nos desea buenas noches con una sonrisa que es demasiado tensa para ser sincera.

Cuando entramos en el cuarto, la dejo sobre la cama, con cuidado. A la luz de las velas que las sirvientas de Ligeia encienden cuando oscurece, descubro que Zeus ha cuidado todos los detalles: cabellos rubios, ojos azules, labios finos. Si su cuerpo no fuera tan delgado y tuviera más músculo, y sus rasgos fueran más angulosos, se parecería a Lysandra. Eso consigue



hacerme daño y enfadarme, pero no lo hago notar.

—Debes de estar agotada —le susurro, con delicadeza, apartando unos mechones de su cara. No se puede negar que es preciosa. Sería un disfraz acertado, si yo fuese estúpida.

La muchacha me mira entre las largas pestañas. Se acomoda en la cama y asiente.

—Pero ahora estoy bien, gracias a ti. Eres muy amable... y ni siquiera sé tu nombre.

Mentiroso. Lo sabes muy bien.

—Asteria —le sonrío, y rozo su mejilla con dos dedos—. Mi nombre es Asteria.

—Asteria... —Ella sonríe en respuesta, con aparente timidez—. Yo soy Máxima.

Un nombre presuntuoso. Algo esperable de un dios.

—Será mejor que te deje descansar. Yo puedo dormir en el suelo.

Sé que va a negarse antes incluso de que me coja del brazo. Por supuesto, no se ruboriza, aunque me observa con aparente vergüenza. Sus dedos acarician mi piel con delicadeza.

—No quiero molestarte tanto, Asteria... Podemos dormir las dos aquí.

—Oh, ¿no te importa? —Claro que no.

—Es tu cama, al fin y al cabo.

Me humedezco los labios. Con cuidado, me inclino hacia ella, hincando una rodilla en la cama. Máxima abre un poco más los ojos cuando mis dedos rozan su mejilla. Mis ojos van a los suyos, y con un dedo rozo su boca.

—¿No te asusta lo que te pueda hacer, Máxima...?

—¿Qué? —susurra a media voz. Veo sus pupilas dilatándose, su cuerpo tensándose. Sus ojos repasan mi rostro —. No, claro que no... Me has ayudado... No me harías nada malo.

—No —susurro. Me subo a la cama, y mi cuerpo se sitúa sobre el de ella, a horcajadas. Máxima coge aire cuando acerco mi rostro al de ella, cuando tengo

que contener la sonrisa porque el dios es demasiado evidente en su deseo. De hecho, no puede aguantar las ganas de tocarme, olvidándose de su papel inocente, porque siento una de sus manos rozar mi pierna con la punta de los dedos—. No es algo malo lo que quiero hacerte, Máxima... Pero eres tan... bonita... y estás en mi cama...

La chica traga saliva. No sé si es parte de su papel o que el propio Zeus está sorprendido de que le arrinconé. Rozo mi nariz contra la de ella y siento el estremecimiento corriendo por su cuerpo cuando mis dedos bajan de su mejilla a su cuello, suaves.

—Me gustaría mucho besarte,

Máxima... ¿Me darías eso, como compensación por ayudarte?

Se muerde el labio. Sus ojos descienden a mi boca. Hasta se le escapa una media sonrisa hambrienta que le evidencia más todavía, pero que dura solo un segundo antes de que alce los ojos hacia los míos de nuevo.

—Un beso es un precio absurdo a pagar a mi salvadora...

Es ella misma quien estira el cuello para besarme. Y no lo hace como ninguna inexperta. Por supuesto, a Zeus ya se le ha olvidado que el papel que interpretaba era el de una mujer desvalida y triste por un ataque reciente. Por eso me besa con más pasión de la

que espero, y yo tengo que sobreponerme con rapidez si no quiero que me descubra. Correspondo, pero ni siquiera dejo caer los párpados. Pretendía hacerle daño antes, asegurarme de que es él, ver su sangre dorada, pero es tan obvio que lo es por la forma en la que sus manos se alzan para rodearme el cuerpo, que no lo necesito.

El puñal dorado aparece en mi mano en cuanto pienso en él.



Con seguridad, me separo. La sorpresa por la brusquedad con la que me aparto no es nada en comparación con la que siente cuando le clavo el puñal en el estómago.

El dorado le mancha la piel y me

salpica las manos.

Máxima lanza un grito que sin duda despertará a toda la casa. Es solo un segundo, antes de que su voz se convierta en un tono más grave. Un tono de hombre. Los cabellos también cambian: de ser rubios se tornan albinos. Su rostro gana unos años en edad y pierde cualquier fisonomía femenina. Los rasgos delicados se vuelven más duros, más angulosos. La mandíbula se ensancha, los ojos se hacen un poco más pequeños, aunque siguen siendo azules. Sus pechos, por supuesto, se aplanan. La imagen parpadea un momento, intenta aguantar, pero finalmente se disuelve: ante mí



queda un hombre de mediana edad, de cabellos por los hombros, ondulados, y barba incipiente.

Y que, además de sufrir por el puñal que aprieto contra su piel, parece sorprendido, con la incredulidad en cada trazo de su expresión. Abre la boca, pero de esta al final solo escapa un gemido. Baja la vista hacia la empuñadura que todavía aferro. Alza las manos para intentar arrebatármelo, pero entonces entrecierro los ojos y pienso en hacerle cortes en los brazos. Funciona. El dorado empapa las sábanas, mientras él emite un gruñido.

—¿Qué... crees... que estás haciendo? —Me mira, apretando los

dientes—. Apártate ahora mismo. No sabes quién soy, no sabes...

Yo retuerzo el filo en su estómago, disfrutando del nuevo grito, del dolor que me llena el cuerpo de energía, y sonrío.

—Bienvenido, Zeus. Te estábamos esperando.

# ORIÓN

Zeus está enfrente de mí, sentado, con las muñecas esposadas por un par de grilletes hechos por Hefesto. Una sonrisa se extiende por sus labios por alguna razón, y yo aparto la mirada, turbado. Asteria no le quita ojo de encima, apoyada contra la pared, con el puñal todavía en las manos; incluso se ha puesto el cinto con su espada, por si el cuchillo o sus poderes fueran poco. Ligeia, al otro lado de la estancia, permanece alejada de nosotros, como si

temiera contagiarse de algo. Su mirada no se detiene en nadie, sino que pasa por nuestros rostros pensativamente, tal vez sin llegar a vernos, siquiera. Las cadenas que aseguran que Zeus no pueda usar sus poderes son suyas, y yo me pregunto cuántas trampas para dioses tendrá por toda la casa. Como se ha portado tan bien con Asteria y conmigo, resulta fácil olvidar que nunca ha tenido al Mundo Superior en demasiada estima, y que no todos sus habitantes son recibidos aquí con los brazos abiertos.

—¿Y si no viene?

La pregunta se me escapa de los labios simplemente porque no soporto el silencio. Mis compañeras alzan la

mirada al mismo tiempo. Zeus se relame.

—Sí —dice, casi canturreando—. ¿Y si no viene?

Asteria entorna los ojos, acomodando los dedos alrededor de la empuñadura de la daga. Creo que si le da razones para usarla no dudará en hacerlo, incluso si encadenado no es ningún problema.

—Entonces yo misma decidiré qué hacemos contigo —repone en un tono ligero que no tiene nada que ver con la amenaza que vemos en sus ojos.

—Bueno, si eres tú quien decide, espero que también seas la que me castigue.

Zeus es más imbécil de lo que pensaba. Por suerte, no soy el único que lo piensa: Asteria enarca las cejas y Ligeia deja los ojos en blanco.

—Ahora entiendo que los dioses, con un rey así, estéis condenados a desaparecer. ¿Cómo alguien podría tomárselo en serio?

—Creo que este rey se olvida de que tengo un puñal que puedo volver a clavarle —interviene Asteria, antes de que yo pueda quejarme por el insulto de Ligeia.

—¿Por qué no dejas que ahora sea yo el que te clave algo, amazona? —ronronea el dios.

Yo gruño, descontento. La mortal

que nos acompaña hace un mohín de desagrado. Asteria se lleva una mano al rostro y me parece que oculta una sonrisa que no sé si es divertida o incrédula.

—Tu plan para conseguir eso no ha sido el más brillante, ¿no crees? Aunque ¿qué se podía esperar de alguien que se convierte *en toro* para acostarse con una mujer?

Zeus se encoge de hombros, probablemente sintiéndose muy orgulloso de sus extrañas estrategias.

—Mis planes siempre han funcionado antes. Y no me digas que no era una chica atractiva...

La amazona alza las cejas.

—Al menos podías haber pensado que puedo sentir el dolor.

—Un error de cálculo. No esperaba que supieras absolutamente nada de tus poderes, pero sí sabía que tienes cierto aire de heroína y que no podrías resistirte a cuidar de una desamparada. Pero ya que sabes usar tus poderes, puedes hacerme todo el daño que quieras, si te van esas cosas.

Me escucho resoplar. ¿Para qué necesitamos a alguien como él en nuestro plan? Deberíamos sencillamente dejarlo libre para que siga volando de flor en flor. Al fin y al cabo, dudo que este hombre vaya a inclinar la balanza hacia nuestro lado. Más bien se



convertirá en un lastre innecesario.

Estoy a punto de decírselo a mis compañeras cuando la puerta se abre. Raguel, pálido y aletargado, probablemente sacado de la cama por su señora, deja pasar a una radiante Eris. Cojo aire, porque no la he visto desde aquel día que abandoné la seguridad del antiguo templo de Deméter. Y ahora que la tengo delante... sus ojos pasan por encima de mí y solo parece caer en la cuenta de que Zeus está en la habitación. Me deshincho, sintiéndome ignorado. Por el rabillo del ojo veo a Ligeia dejar una pequeña llave dorada en las manos de Asteria. Comparten un par de palabras por lo bajo y una mirada.

Nuestra anfitriona nos advirtió de que se iría en cuanto la diosa del Caos se asomase por aquí. Dice que no va a estar en ninguna batalla entre las gentes del Mundo Superior. En este momento, por supuesto, su vida ya es lo suficientemente complicada, y tiene que cuidar a la gente que la sirve en esta casa.

Me mira y me dedica un asentimiento, dándome ánimos antes de salir.

La puerta se cierra y nos quedamos solo los inmortales dentro.

—Así que habéis atrapado a una lagartija escurridiza... —murmura Eris, acercándose al susodicho.

—Me pusieron un cebo demasiado apetitoso —murmura Zeus, volviendo a lanzar un vistazo a Asteria.

Mi madre entorna los ojos. No parece demasiado contenta.

—Llevo buscándote muchos días y muchas noches, *mi rey*.

—Es obvio que no te esforzaste lo suficiente. —Zeus aparta los ojos y se echa hacia atrás en su asiento. Mira al techo—. Pero si querías verme no era necesario todo este... teatro.

Asteria y yo intercambiamos una mirada elocuente. Estoy seguro de que Hera no pensaría lo mismo que su marido. Al fin y al cabo, lleva sin verlo un par de décadas, como mínimo.

—Le hemos explicado la situación, pero no quiere colaborar con nosotros. Lo ha dejado bastante claro —le aseguro a mi madre.

La mujer no aparta toda su atención del rey.

—Me sorprende que tengas la oportunidad de hacer justo lo que Hera no quiere que hagas y no la vayas a aprovechar. ¿O es que piensas unirte a ella?

—No está entre mis planes ir contra ella. Ni tampoco apoyarla. Soy demasiado listo para meterme entre dos gatas que luchan por el que las dos creen que es su territorio. —Pretende cruzarse de brazos, pero recuerda los grilletes y

se conforma con entrelazar los dedos—. Y, por otro lado, yo nunca te ayudaría, Eris.

—¿Ni siquiera por los viejos tiempos?

—Quizá para ti haya una línea muy delgada entre sembrar el caos y matar a los tuyos, pero para el resto del Mundo Superior, ese es un crimen imperdonable, sin importar quién o por qué lo haga. Y no seré yo quien te ayude a cometer más asesinatos. —Alza los brazos, mostrando sus muñecas—. Pero soy un hombre justo. Suéltame ahora y olvidaré esto. No te llevaré ante los otros Doce. Ese es el único trato privilegiado que recibirás de mí.

No sé cómo sentirme. Esperaba que su colaboración precipitase las cosas, pero tampoco me decepciona que no quiera entrometerse. Sin embargo, solo ha dicho que no va a unirse si son Hera y Eris las que luchan. Pero ¿qué pasará cuando vea que hay bandos? Porque algunos apoyarán a mi madre, y otros a su reina...

—Zeus. —Mi voz no suena tan segura como yo desearía, pero, aun así, doy un par de pasos hacia él—. Sé que no quieres meterte en esto, pero ¿no es tu deber, como rey de los Cielos, asegurar la justicia entre los nuestros? Hablas de Eris y de los errores de su pasado, mas ¿qué hay de Hera y todo lo

que hace mientras tú no estás? ¿Es que para los nuestros solo hay un crimen? A veces, me lo parece: todo el mundo recuerda que Eris degolló a Perséfone, pero Hera arruinó la vida de un montón de mujeres mortales. —Entorno los ojos—. Por *tu* infidelidad, no la de ellas. Por *tus* engaños, no por los de ellas. O que ha creado guardianes para defenderse y para ir contra todos cuando haga falta, o que considera que los otros dioses en vez de sus iguales son sus súbditos, y actúa con ellos a conveniencia, o...

—¿Error? —me interrumpe él, sobresaltándome—. Tu madre no cometió ningún error, chico. No puedes

cortarle la cabeza a alguien y tomar su forma *por error*.

—Ella solo...

No estoy muy seguro de por qué la estoy defendiendo. De por qué no se defiende la propia Eris. Cuando giro la cabeza para mirarla, no sé reconocer su expresión. Juraría que parece... curiosa. Como si no se hubiese parado a tomarme en serio antes. Como si me estuviese descubriendo por primera vez. Eso me molesta un poco. Me hace sentir todavía más ajeno a ella. Como si fuéramos dos desconocidos, en vez de madre e hijo.

*Somos* dos desconocidos, en vez de madre e hijo.



La aceptación trae consigo la vergüenza. El ridículo. Esta mujer no me conoce. Esta mujer manda a otros en mi búsqueda. Y puede que yo tampoco la conozca a ella, bien pensado. Solo así se explica la expresión de Zeus, cuando yo dejo la frase en el aire sin saber cómo continuar.

Él sabe exactamente lo que me está pasando por la cabeza.

—Un error habría sido enamorarse del hombre equivocado, chico. Un error habría sido estar en un lugar en el que no debía, en un momento desafortunado. Pero el único traspié de Eris fue intentar dos veces el mismo truco. Si se hubiera quedado en Perséfone y hubiera tomado

su forma hasta el final de los tiempos, quizá ni siquiera la habríamos descubierto. Pero intentar acuchillar a Hades... ¡Y en su propio reino! Y luego estás tú, claro.

Calla. Eris me ha cogido del brazo, pero yo me suelto de sus dedos.

—¿Yo? ¿Qué tengo que ver yo en esto?

—¿De dónde crees que vienes, Orión? Solo eras un recién nacido cuando la juzgamos...

¿Venir? Frunzo el ceño sin entender y titubeo. No tengo respuesta alguna a eso. Sé que Eris es mi madre y... poco más. No es como si fuera un mortal, que necesitase un padre y una madre. Para

los dioses es diferente. Atenea nació sin madre alguna, del propio cráneo de Zeus. Hefesto nació de Hera, sin padre, porque ella estaba celosa de la hazaña de su esposo. A veces dos dioses tienen un idilio, nace un niño y ya está. No se le da más importancia, igual que se ignoran las relaciones de consanguinidad. Zeus y Hera son hermanos, y aun así están casados. Y yo..., bueno, siempre supe que había nacido del Caos. No me preocupé de nada más. No me preocupaba nada más.

Hasta ahora, claro.

Miro a Eris, casi esperando verla bajando la vista. Pero, por supuesto, ella no es así. Sus ojos están entrecerrados,

pero alza la barbilla, muy digna. Vida...  
¿Cómo se crea la Vida? Siempre di por  
hecho que el Caos no necesitaba nada  
más para crearla.

—Orión.

Es la voz de Asteria la que me hace  
reaccionar. Se acerca a mí, con la  
expresión tensa y los ojos serios de  
cuando algo le inquieta. Creo que quiere  
defenderme, pero ¿de qué? Su cuerpo  
parece cubrir el mío de los dioses.

—Basta. No le hagáis más daño —  
les exige.

Daño... Entonces me doy cuenta de  
que ella ya ha unido todos los cabos  
suelos y sabe la respuesta. Es entonces,  
al ver sus ojos llenos de pena, cuando

yo mismo me doy cuenta. Mi corazón tropieza, y algo en mi mente se abre y mis pensamientos caen y caen... hasta encontrar el fondo. Hasta sumergirse en la oscuridad. En las profundidades del Flegetonte, o entre los pliegues de la capa de Hades.

Muerte y Caos.

—Hades —susurro, y siento que me atraganto con la palabra.

—Naciste de la sangre derramada en el intento de asesinato de la propia Muerte —sisea Zeus, lentamente, asegurándose de que cada palabra se me clava—. De la sangre de la Muerte y del Caos, mezcladas en la lucha que sobrevino... No eres más que una

aberración. No eres más que un plan de tu madre que salió mal. El recordatorio físico de todo lo que hizo.

—No.

—Orión, no escuches. —La mano de Asteria se cuela entre mis dedos.

—No.

—Orión, hijo...

—No.

—Orión...

—¡¡NO!!

Me tambaleo. Asteria trata de cogermelo, de agarrarme, pero yo no puedo ni mirarla. ¿Nací de una traición y un engaño? ¿Nací de lo que más me repugna, la sangre y la muerte? Me estremezco, sintiéndome súbitamente

sucio. Me miro las manos, los brazos, y me parece ver manchas doradas por todas partes. Una voz en mi interior me dice que solo son imaginaciones mías, pero la duda ya está plantada. Aprieto los dientes y me paso una uña por la piel. No ocurre nada. Nada, aparte de dejar una fina línea blanca allí donde me he arañado. Me llevo las manos a la cara. A los ojos, porque allá donde enfoque, todo lo que puedo ver son borrones dorados.

Y, así, vuelven las pesadillas. Así, no deseo otra cosa que quitarme la piel. Que deshacerme de este cuerpo, incluso si en los últimos días pensé que había superado la peor parte. Incluso si en los

últimos días no soñaba ya con aquella celda y aquel cuchillo dorado, o con el río oscuro de sangre roja. De pronto, no deseo hacer otra cosa que vaciar mis venas. Que limpiarme por dentro. El corazón me arde con el mismo sentimiento de destrucción que emana de Hades. La boca me sabe a la moneda de cobre que podría estar guardando bajo la lengua.

Y todo lo que quiero hacer es destruirme.

Ni siquiera soy capaz de clamar que es todo una mentira. Ni siquiera soy capaz de pedirle cuentas a Eris, que, cuando consigo enfocarla, me observa con rostro inescrutable. Los dioses son



egoístas, y solo piensan en sí mismos. ¿Por qué iba a ser diferente con ella? Es como todos los demás. No merecía ser salvada. No merecía ser liberada.

Y entonces, como si la confesión de Zeus hubiera sido insuficiente..., Eris termina de romper mi mundo.

Asteria todavía está a mi lado, mirándome con ansiedad, pero no sé en qué momento mi madre echa mano de la espada de la amazona y se la quita de la vaina. La guerrera, demasiado preocupada por mí, ha bajado las defensas, pero en cuanto se da cuenta reacciona con rapidez. Vuelve a cubrir mi cuerpo y alza una mano, apretando los dientes. Ella es más lista. Ella nunca

confió en Eris, por eso puede dañarla sin dudar. Al instante siguiente, las heridas cubren el cuerpo de mi madre, bajo su túnica, pero también allí donde la tela no la cubre: en sus mejillas, en sus brazos. El dorado se desliza por su piel y yo doy un paso atrás, sintiendo el olor y la náusea, cuando mi cuerpo rechaza la visión.

Eris, en cambio, ríe.

Ríe tan fuerte, con tantas ganas, que yo sé que solo puede estar loca. Y sigue riendo, aun cuando la sangre se escurre hasta su boca, aun cuando los ojos de Asteria brillan rojos de todo el poder que el Dolor puede causar. Aun cuando alza la otra mano para mostrarle el

cuchillo, Eris sigue carcajeándose.

—¿Crees, recién nacida, que puedes vencerme?

Asteria sale volando y se golpea la espalda y la cabeza contra la pared. Cuando cae al suelo, como una muñeca desmadejada, temo que le haya hecho demasiado daño. No es así, por supuesto: la amazona gime y trata de incorporarse, sin resultado.

Yo ni siquiera puedo reaccionar. No creo que pueda hacerlo jamás.

Zeus se ha puesto en pie.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Asegurarme de que nadie, jamás, me vuelve a hacer daño.

*Me. No nos. No le. No piensa en mí.*

En ningún momento lo ha hecho. Incluso si yo la salvé. Incluso si hice todo lo posible por ayudarla. Incluso si me puse en peligro por ayudarla y luego lo pagué con mis propios gritos. Con mi paz y mis pesadillas. Incluso así, solo importa ella. Doy un paso hacia atrás. La escena vuelve a llenarse de puntos, pero esta vez son rojos. Rojos de la ira. De la llamada de la violencia.

—Éramos... tus aliados.

Eris se vuelve hacia mí con la espada en alto. No sé qué se le pasa por la cabeza, pero tiene los ojos entornados. Yo estoy temblando, aunque no sé en qué momento he empezado a hacerlo.

—Yo no tengo aliados, Orión. No los tuve desde el momento en que nadie se opuso a que me convirtiesen en piedra *para siempre*.

—Pero Hera...

—Hera es solo la cima de la montaña. Hera solo es un grano de arena más en la playa. ¿De verdad pensabas que me iba a conformar con darle una lección a ella? —Sus ojos se entornan. El castaño de sus iris se oscurece hasta convertirse en casi negro—. Eres más tonto de lo que pensé, si tú sí te conformabas con escarmentar a una reina. ¿Tuvieron ellos algún remordimiento en hacer que te postraras acaso? ¿En esclavizarte? Y lo harían con

cualquiera, Orión. —Sus dedos se posan bajo mi barbilla, acariciándome—. ¿Qué tiene de malo entonces que lo haga yo también?

Doy un paso atrás, horrorizado. ¿Por qué pensé que ella sería mejor que Hera? ¿Por qué pensé que traería justicia al mundo?

Caos. Has despertado al Caos, Orión. No puedes esperar otra cosa.

Mira lo que estás desatando.

—Estás loca.

Eris se gira hacia Zeus, sopesando la espada. No creo que necesite más que eso y fuerza para cortarle la cabeza. Él está indefenso ahora, al fin y al cabo. Lo estará mientras lleve los grilletes.

—¿Y de quién es la culpa de que lo esté? Mírame, Zeus. Mírame y ve lo que te has perdido. Mírame y decide, porque no te voy a dar una segunda oportunidad. Responde: ¿estás conmigo..., o estás contra mí?

El rey de los dioses abre la boca para responder, pero yo no espero a escuchar lo que tenga que decir. Eris tampoco, y algo me dice que nunca pensó de verdad en tomarle como aliado. No, desde el principio quería matarlo y quedarse con su poder. La veo alzar la espada y entonces me lanzo sobre ella, derribándola, incluso si me arrastra a mí en la caída. Me escucho gruñir y ambos rodamos por el suelo.

Siento un dolor agudo en el hombro cuando el filo me alcanza. La cabeza me da vueltas, pero intento inmovilizarle las manos hasta que suelta su arma, que tintinea contra el suelo de piedra en algún punto por encima de mi cabeza. Desarmada, sin embargo, no significa que sea inofensiva: sus dedos se clavan en mi cuello y trata de hundir las uñas en la carne. Siento el dorado deslizarse por mi piel y me pregunto si puede arrancarme la cabeza con sus propias manos. Si se atreverá... Forcejeo, pero ella ni siquiera pestañea. Me mira con fijeza. Con odio...

Y con sorpresa cuando la daga se clava en su espalda.



Asteria está sobre ella, habiendo caído arrodillada a su lado, y tiene el puñal todavía entre los dedos, aunque el filo se clava en la espalda de mi madre hasta la empuñadura. Las manos de Eris se aflojan de alrededor de mi garganta y yo toso y me revuelvo, apartándome de la diosa, que me deja ir sin oponer resistencia. Me separo todo lo rápido que puedo y me pongo en pie, pese a que mis piernas apenas me responden.

—¿Estás bien?

Asteria me está mirando, pero yo aparto la vista a mi mano, porque es ahí donde están sus dedos. Sobre la palma deja un objeto pequeño y dorado como el charco que se extiende bajo el cuerpo

de mi madre: la llave que liberará a Zeus. Me hace un gesto con la cabeza y yo, con movimientos entumecidos y temblorosos, me acerco al dios lo más rápido que puedo. Bajo su atenta mirada, encajo la llave en la cerradura.

Zeus deja caer los grilletes al suelo. Algo cambia en la habitación al instante siguiente. El ambiente se carga con la energía de una tormenta. Chispas azules empiezan a formarse alrededor de su cuerpo. Sus ojos mismos parecen centellear, como si su espíritu fuese un relámpago guardado en su cuerpo.

—Hemos jugado suficiente —dice.

Un viento se levanta y entra por las ventanas abiertas. Un viento helado,

cortante, que me obliga a escudarme con los brazos. La túnica se sacude a mi alrededor. Un rayo cae sobre una silla, calcinándola al instante, y Zeus sonrío, como si fuera un divertimento. Asteria quita el cuchillo de la espalda de Eris, que deja escapar un gemido de dolor. La amazona se acerca a mí y parece querer escudarme. El viento nos azota la cara nos pongamos donde nos pongamos, como si de un ciclón se tratase, pero ella me atrae hacia sí y nos aferramos el uno al otro. Las tejas repiquetean en el tejado, por encima de nosotros. Un mueble se rompe en astillas. Alguien grita, en la casa. Yo mismo creo que lo hago, aunque no puedo oírme con

claridad.

—¡¡Es suficiente, Zeus!! —chilla Asteria, por encima del alboroto. De la destrucción.

Pero los dioses nunca han sido conocidos por saber cuándo parar. Él ni siquiera parece escuchar el consejo, de hecho.

—Eris. —La voz del hombre es diferente, más grave y temible—. ¿De verdad creías que podías quedar impune tras intentar matar a tu rey?

Por entre mis párpados entreabiertos veo a Eris sentarse en el suelo. Su pelo crea la ilusión de que su cabeza está en llamas. Su herida ha empezado a cerrarse, pero no lo suficientemente

rápido. No va a poder escapar. Después de esto, deseará haberse quedado convertida en piedra.

Cuando Zeus empieza a brillar, yo no puedo apartar la vista. Cuando el aire parece calmarse un poco, yo sé que estamos justo en el ojo del huracán. Cuando el hombre habla, sé que puede que sean las últimas palabras que Eris escuchará.

Mis dedos se aferran con aún más fuerza a la túnica de Asteria.

—¿De verdad creías que podrías salvarte? Tu traición se perdonó una vez con un justo castigo, pero ahora... —El rey da un paso hacia delante. Me parece que Eris se ha movido. No puede

caminar, pero reptar por el suelo, intentando huir—. Ahora no seré clemente.

Sé que no quiero ver, pero no puedo apartar la vista. El rayo alcanza a Eris de lleno, y en ese momento se convierte en un títere en una macabra danza que mueve sus extremidades sin su permiso. Sé que no quiero oír, pero taparse los oídos no sirve de nada: el grito llega con tanta fuerza, con tanta desesperación, que me atraviesa los tímpanos y continúa incluso cuando ya ha callado. Estoy seguro de que lo escucharé incluso cuando la calma vuelva y no haya viento ni tormenta, ni la casa parezca venirse abajo a nuestro

alrededor.

Finalmente, me deshago del hechizo.

Finalmente, cierro los ojos.

—¡Basta!! —suplico.

Asteria se estremece contra mí. Su cuerpo está frío y tembloroso, y creo que tiene miedo, pese a que siempre se muestra tan valiente, tan segura de sí misma. Sus brazos me guardan con más fuerza. Ella es la única que siempre me ha protegido, y lo hace incluso ahora:

—¡Zeus, basta!! —grita por encima del ensordecedor ruido—. ¡No te hemos salvado para que lo soluciones así! ¡Déjala! ¡Va a quedarse sola! —Asteria no me deja ver si Zeus se vuelve hacia nosotros. Si lo hace, ¿qué pensará al

vernos así, náufragos en medio de la tempestad, abrazados y olvidados por los demás dioses?—. Ve, cuenta en el Mundo Superior lo que pretende y tendrás la razón. —La voz de Asteria está casi ahogada, pero al mismo tiempo es sorprendentemente firme—. Mátala y no serás mejor que tu mujer, o que ella misma. Asesínala y conseguirás que se levanten contra ti también. Tú lo has dicho: en vuestro mundo, que un dios asesine a un igual, sin importar quién sea o por qué, es un delito imperdonable. Te juzgarán como la juzgasteis a ella, y te castigarán como la castigasteis a ella, por más rey que seas. ¿Es eso lo que quieres?



El vendaval se vuelve brisa. El trueno se vuelve un zumbido en mis oídos. Me siento débil, como si la tormenta se hubiera llevado una parte importante de mí. Fuera de la casa ha empezado a llover. Ese es el poder del señor de los Cielos... Si Eris se hubiera quedado con esta magia...

Solo entonces me aparto del refugio del abrazo de Asteria, para ver. Eris se está poniendo en pie con dificultad, entre espasmos. Lo hace con una sonrisa torcida en la boca y mirada de lunática. Su ropa humea. Su piel misma lo hace, con ronchas rosadas que se curan a duras penas. El olor me marea. Le falta parte del cabello, así que podemos ver

su cuero cabelludo, liso, con más pintas rosadas.

—Si no acabas conmigo ahora —tose—, yo acabaré contigo. Acabaré... con todos.

Se echa a reír, de nuevo. Asteria se aparta de mí y se agacha para coger los grilletes de Hefesto, pero las cadenas se deshacen entre sus manos, probablemente alcanzadas por uno de los rayos. Me estremezco, a medias lleno de frío, a medias horrorizado.

Zeus se adelanta para cogerla, aprovechando su debilidad, pero ella se suelta y corre. Hacia mí. Me quedo muy quieto, con los ojos muy abiertos. Creo que viene a matarme, incluso si no tiene

ningún arma. Mi compañera me grita una advertencia, preocupada, pero Eris pasa de largo, yendo directa hacia la ventana, y se lanza por ella. Escucho las exclamaciones de Zeus y Asteria, y ambos se asoman.

Eris no puede morir así, por lo que yo supongo que la ha considerado la forma más rápida de escapar.

Yo, por mi parte, prefiero la puerta. Voy dando traspié tras traspié hacia ella, aprovechando la distracción, y la atravieso.

No sé si alguien me llama, porque no puedo oír nada.

No sé si alguien me sigue, porque no miro atrás.

En cuanto traspaso el velo que nos protege, desaparezco.

# ASTERIA

—¡Orión!

Él no me escucha. Él no se detiene. Él simplemente... se marcha. Y yo sé que, aunque sea por unos momentos, debo dejar que lo haga. Sé que no ha seguido a su madre porque no hay nada que pueda hacer contra ella, pero también porque dudo que quiera verla. Si se ha ido debe de ser porque quiere estar solo. Esto ha sido demasiado para él. Suspiro pasándome una mano por la cara, agotada. Ante mí, han vuelto a

romper al dios de la Vida un poco más. He sentido su dolor como si fuera propio al darse cuenta de quién era su padre y percatarse de verdad de qué clase de mujer era su madre. Hasta yo estoy sorprendida. Hasta yo estoy enfadada. Esperaba que Eris fuese una egoísta, pero esto...

—Gracias.

Alzo la vista hacia Zeus. Él sigue mirando por la ventana, con los ojos entrecerrados, y se gira a medias hacia mí. No entiendo por qué me agradece nada, si he sido yo quien le ha capturado.

—Por supuesto, no por atraparme y entregarme a una desquiciada —añade,

como si pudiera leerme el pensamiento —. Pero sí por hacerme entrar en razón: estabas en lo cierto. Si la hubiera matado, por mucho que eso me hubiera complacido, habría sido juzgado y castigado.

—Digamos que te lo debía, por cogerte.

Mis ojos van hacia el rastro de sangre dorada que ha dejado Eris en el suelo, y a los rastros de quemado sobre la piedra. Si hubiera sido por mí, la habría matado yo misma. Por usarnos a todas. Por jugar con nosotras. Por el daño que le ha hecho a Orión. Él ha tenido que pagar por sus pecados sin tener nada que ver con ellos; él fue

torturado por su propio padre solo por lo que Eris le hizo a Perséfone. Y ahora le ha vuelto a dejar destrozado al demostrarle que no le importa en absoluto.

Pero Orión... Él gritó que era suficiente, y yo estaba sintiendo su dolor, tan lleno de angustia... Solo quería que terminase. Que todo acabase de una vez.

—No sabíamos lo que Eris pretendía —susurro. Vuelvo la mirada a Zeus—. Creíamos que solo te buscaba para que te unieras a nuestro bando. Orión tampoco lo sabía. Él creía en ella. Y solo deseamos ir contra Hera, nada más. No queremos acabar con todo el



Mundo Superior, como Eris. Orión solo quería cambiar las cosas. Hacerlas mejores. Tienes que perdonarlo.

El rey del Mundo Superior me observa con ojos que parecen contener el cielo mismo. La seriedad hace que su rostro sume años.

—Supongo que el chico no tiene la culpa de ser idiota. O iluso. O las dos cosas. Olvidaré esto por vuestra parte, pero Eris...

Mi mirada va hacia la puerta por la que se ha marchado Orión, pero pronto vuelve al dios que me acompaña.

—Puedo ayudarte a atrapar a Eris, visto el problema que supone. Y después la juzgaréis y haréis lo que queráis con

ella. Pero tú tienes que pararle los pies a tu esposa. El cuchillo no lo tenía yo por simple casualidad: Hera se lo dio a Orión para que yo te lo clavase, y así ella pudiera capturarte y llevarte de vuelta.

Zeus sonrío. Al contrario de lo que esperaba, no se molesta ni se ofende por el atrevimiento de su mujer. Solo se encoge de hombros.

—Sé cómo es Hera, y sé que adoraría cogermte y torturarme. Pero es inofensiva. Al menos, lo es para mí.

Frunzo el ceño. Por supuesto, de nuevo un dios pensando solo en sí mismo.

—No es así para *todas*. Está

haciendo y deshaciendo en el Mundo Superior como quiere. —Eso tampoco parece importarle. Supongo que solo hay una manera de llamar la atención de las diosas: convirtiendo todo en un asunto personal. Por eso cruzo los brazos sobre el pecho—. ¿No será que le tienes miedo a tu propia mujer, Zeus?

El soberano de los Cielos se carcajea de mí. Me sentiría avergonzada si no estuviera demasiado concentrada en encontrar la fisura que hará que me tome en serio. Que lo ponga de nuestra parte o, al menos, haga justo lo que necesito.

—¿Miedo? —repite la palabra como si no la conociera. Como si le pareciera

un chiste en sí misma—. ¿Sabes siquiera quién soy, Asteria? Soy padre de dioses y héroes. Soy soberano del Mundo Superior, rey del Cielo, y poseo poder sobre el rayo y el trueno. ¿Y crees que tengo *miedo*? Y de mi esposa, además... —Otra carcajada—. En el Mundo Superior, mis órdenes son la ley, así como en este.

—¿Estás seguro?

Ahí está la fisura, cuando parece fruncir un poco el entrecejo, solo un segundo. No sabe de lo que hablo, pero mi tono es suficiente para hacerle dudar. Sus ojos, de pronto, pasan de verme como algo atrayente a algo con lo que ser precavido. La sonrisa se extiende

por mis labios con lentitud, y sé por su expresión que no le gusta nada el gesto.

—¿Es eso lo que te dices a ti mismo para eludir tus responsabilidades y dedicarte a vivir como un hedonista en el Mundo Medio, Zeus? ¿Te repites todo lo que te deben, una y otra vez, porque así es más fácil pensar que haces algo? La realidad es que yo no veo a alguien a quien obedecer, sino a alguien a quien se le tuvo respeto una vez, pero cuya palabra ahora no tiene ningún poder, porque hace mucho que nadie desea escucharla. —Zeus abre la boca, pero yo alzo la voz para que no se le ocurra interrumpirme. Me acerco a él, uno, dos pasos—. No cuentan contigo. No creen

en ti. Empezando por Hera. ¿Crees que soy la única que piensa que le tienes miedo? —Sonrío algo más, y la tormenta parece desatarse en la mirada del dios —. ¿Crees que solo yo opino que eres un cobarde? Eso solo denota lo poco que conoces a las diosas sobre las que supuestamente gobiernas. Nadie cree ya en Zeus, porque Zeus hace mucho que para ellas dejó de existir. Aquí mismo ya no eres un gran dios al que temer...

Él aprieta los dientes. El aire a su alrededor parece chispear, pero yo no dejo que vea que tengo miedo, incluso si lo siento. He visto hace solo unos minutos cómo convocaba al rayo y a la tempestad. Por supuesto que temo su

poder. Incluso si soy la diosa del Dolor, no sé cuánto puedo soportar. El dios vuelve a hacer ademán de hablar, pero yo me planto ante él y lo observo a los ojos con los míos, tratando de parecer controlada.

—Fue una trampa —paladeo la declaración con aparente placer—. No sé si te has dado cuenta de lo que significa, pero te hemos cogido con un truco barato. No es cierto que no me gusten los hombres, siquiera. Hicimos correr ese rumor porque sabíamos que vendrías. Con algo tan... estúpido. Porque eso es lo que único que sabemos aquí de ti: que te vuelven loco las mujeres. Del resto de tu poder, ya nadie

habla.

Sabe que es cierto. Eso es lo que le molesta, precisamente: que no he mentado en nada. Puede que trate de provocarle, pero si mis palabras no tuvieran una base de verdad esto no funcionaría. Ante mí, el rey aprieta los dientes por su orgullo herido. Incluso entonces, incluso cuando sus ojos se oscurecen, alza la barbilla con la dignidad que solo poseen quienes tienen el Mundo en sus manos.

—Si no había subido ya al Mundo Superior era porque nadie me daba razones para ello. Pero si hay dioses pensando como tú, si permito que me falten así al respeto, no me haría valer.



—Su mano entonces se alza, para cogirme del pelo. Contengo el aliento, pero no aparto la mirada, desafiándole. No puede verme aterrorizada, o todo se irá por la borda—. Voy a cazar a Eris —sisea—. Ataré en corto a Hera, si creo que se lo merece. Y después, pienso volver aquí y castigarte por tu insubordinación.

—Tiemblo —siseo. Es sarcasmo, aunque no sé si sale con toda la fuerza que espero. Zeus entrecierra los ojos y yo alzo la barbilla—. Apuesto a que ni siquiera eres capaz de decirle a Hera que se acabó lo de esclavizar, o lo de castigar sin consenso. Ella se reirá de ti. —Sonrío, como si yo misma estuviera

riéndome—. Te dirá que está por encima de eso... Por encima de ti. De cualquiera. Me pregunto si conseguirá vencerte... Puede que sí. Quizá te torture, como ha hecho con Orión, y tú acabarás arrastrado y besándole los pies.

Zeus entrecierra los ojos con rabia. La tormenta sigue desatándose en esos ojos que contienen el Universo.

—Espera y verás.

No dice nada más. El rey del Cielo desaparece.



Ligeia apareció poco tiempo después,

con signos de inquietud y miedo tras haber sentido la ira de Zeus golpeando los muros de su propia mansión. Puso el grito en el cielo al ver el desastre en el que se había convertido la estancia, aunque a mí me pareció precisamente un intento de mantenerse controlada, de agarrarse a algo que sí podía gestionar. Le dije que se fuera a dormir, que todo había pasado ya, pero ella se negó: se puso a recoger con nerviosismo, ayudada por Raguel, y yo no pude hacer otra cosa que callar y ayudar. Esta casa es lo único que Ligeia ha tenido durante años, y es evidente que tiene valor para ella. Al principio debió de ser una cárcel más, cuando la apartaron de

palacio, pero con el tiempo se ha convertido en el único lugar en el que se siente libre.

Mientras limpiamos, les explico lo ocurrido y, a su vez, no puedo evitar lanzar miradas a la puerta, con la esperanza de que Orión vuelva a aparecer. No me gusta que esté solo ahora mismo. Aunque tiene el brazalete todavía puesto, tengo miedo de lo que pueda pasarle, o quizá de lo que él mismo pueda hacerse.

Cuando siento la mano de Ligeia sobre la mía, comprendo que ella se ha dado cuenta de mi ansiedad.

—Deberías ir tras él. Incluso si se ha ido solo, agradecerá tu presencia.

Estoy segura.

—No sé a dónde ha podido ir. Y no sé si es mejor dejarle tiempo. Ha debido de ser muy duro para él... Si se ha marchado es porque no quiere ver a nadie.

—Si se ha marchado es, probablemente, porque está asustado. Porque no debe de saber ni quién es en este momento. Por eso necesita a alguien que se lo recuerde.

Suspiro hondamente. Miro el destrozo, a nuestro alrededor, que Ligeia y sus sirvientes intentan solucionar con empeño. Raguel frota con fuerza el suelo, concentrado en borrar la sangre dorada. Vuelvo los ojos a mi amiga y

aprieto su mano.

—Siento todo esto. —Ella niega con la cabeza, quitándole importancia, o quizá simplemente queriendo quitarme cualquier culpa—. ¿Estarás bien?

—La limpieza no me matará. Ve.

No es una sugerencia, sino una orden, y yo obedezco. Dejo un beso en su mano antes de soltarla y me encamino hacia la salida, solo para desaparecer en cuanto pongo un pie fuera de la casa. Convoco en mi cabeza el recuerdo del único lugar en el que se me ocurre que pueda estar. Para bien o para mal, Orión no ha estado en muchos sitios desde que llegó al Mundo Medio. Solo mi antigua escuela, la casa de Ligeia... y el templo

de Deméter.

Cuando aparezco entre las ruinas, suspiro aliviada al ver su figura encogida contra uno de los rincones.

—Orión...

Él no responde. Quizá ni siquiera se haya dado cuenta de que estoy aquí; quizá ni me haya oído. A medida que me acerco, siento el dolor. Odio el dolor que no es físico, porque es mucho peor que el que pueden provocar unas heridas. Te coge por sorpresa, porque no es visible ni medible, y es mucho más complicado arrebatarlo. Mientras que una herida puede sanar, las llagas en el corazón no pueden ser evitadas o acalladas.

Me arrodillo ante él. El dios está encogido sobre sí mismo, rodeándose las piernas, la frente apoyada en sus rodillas. Incluso entonces, cuando estamos a solo un suspiro de distancia, no parece darse cuenta de mi presencia. No habla, ni se mueve ni un centímetro. Su sufrimiento me llena el cuerpo y los sentidos. Es de nuevo esa sensación agridulce. Me gustaría no sentirme tan poderosa. Me gustaría no sentir esto. Ojalá pudiera hacer algo...

Apoyo mi mano en sus cabellos, rozándolos. Mis dedos se enredan en el pelo negro y, solo en ese momento, Orión hace un movimiento. Es apenas perceptible, pero se abraza más el



cuerpo. Como si quisiera protegerse del mundo. De *mí*. Pero yo no quiero hacerle daño. Apoyo mi frente contra sus cabellos, mis brazos alzándose para rodearle con torpeza en un abrazo. Intento coger el dolor, incluso si va a arrastrarme a mí. Él ya ha sufrido demasiado.

—No he hecho nada más que equivocarme.

La voz del dios es de cerámica. Al menos, suena igual de frágil. Ni siquiera puedo contestarle, porque siento la garganta cerrada. Mis brazos se aprietan a su alrededor.

—Pensé que liberar a Eris sería una buena idea —se lamenta. Creo que llora,

pero no es fácil decirlo. Por cada palabra que pronuncia, el nudo que siento en el pecho se aprieta más y más —. Pero solo he empeorado las cosas...

—No tienes la culpa, tú no podías prever...

—Soy un necio —gime, interrumpiéndome. Se encoge más sobre sí mismo. Su dolor es todo lo que puedo sentir. Es incontenible. Consigue que las lágrimas suban a mis propios ojos—. Un estúpido. Siempre lo he sido. Y ni siquiera soy mejor que ellos. En realidad, soy exactamente *igual*. Soy egoísta. He condenado a mucha gente por mis propios deseos. A ti, al principio. A todos los dioses, ahora.

Pero estaba tan desesperado, Asteria. —  
Lo sé—. Tan solo... —Lo sé—. Tenía  
tanto miedo...

Lo sé. Lo sé, Orión. Basta. No te  
hagas esto.

Un sollozo escapa de mis labios,  
aunque trato de contenerlo. Me cuesta  
respirar. Solo entonces el dios alza la  
cabeza. Su llanto es furioso, imparable.  
Mis manos corren a su cara para intentar  
limpiarla. Quizá si elimino cualquier  
rastro de tristeza le quite también este  
pesar que no me deja respirar. Quizá  
así...

Pero esta es una de esas heridas que  
nunca van a cerrar. Como la de mis  
hermanas para mí. Quizá mis propias

lágrimas comienzan a caer por eso. Quizá lloro porque lo entiendo. Porque yo también creí hacer algo bueno para mí y para mi familia, y entonces..., entonces eso solo significó una condena para todas a las que quería proteger.

—Solo tratabas de escapar... —lo consuelo. Mi frente se apoya contra la de él y veo cómo cierra los ojos—. Puede que fueses egoísta, sí, pero al menos querías luchar por algo justo. No eres culpable de las decisiones de Eris... Si eres culpable de algo es solo de desear tu libertad.

—Quizá eso sea más que suficiente para que me condenen... He intentado cambiar el orden del mundo. He traído

*el Caos...* —Su risa, cuando surge, es una nota disonante en medio de una melodía, un papiro rasgado en medio de una leyenda. Es cruel—. Soy un digno descendiente de Eris, ¿verdad? Digno descendiente de algo tan malo como el Caos y la Muerte...

—¡Orión, basta! —Creo que mi grito le asusta, porque se encoge más sobre sí mismo y aprieta los párpados con más fuerza. No me importa. No me importa asustarle, si así va a reaccionar—. Tú no eres el Caos... Eres Vida. Eso es, al menos, lo que me has dado a mí.

El dios abre los ojos para mirarme con la desesperación del descreído ante una estatua a la que debe rezar para

salvarse. Yo sigo intentando limpiar su rostro, nerviosamente. No soporto oírle hablar así. Necesito traer de vuelta al Orión de siempre. Al que se avergüenza y se emociona cuando da un golpe, el que desprende inocencia y al mismo tiempo esperanza. Quiero volver a ver el brillo en sus ojos, no este vacío. No quiero que seamos dos carcasas vacías... Yo ya estoy perdida, pero a lo mejor él es lo último que puedo salvar. Lo único que puedo salvar.

—Cuando... todo pasó, yo estaba decidida a morirme. A ofrecer mi cabeza a la primera diosa que desease mi poder, o a cualquier mortal que quisiera convertirse en inmortal. No

faltarían candidatas. No iba a vivir más, una vez que hubiese vengado a las mías, porque un mundo sin ellas no tenía sentido. Pero estos últimos días... el mundo no parece tan vacío. Sigue siendo triste, y sigue teniendo mucho dolor que nunca desaparecerá..., pero al menos creo que puedo seguir viviendo. Es posible que pueda crear un nuevo futuro. Y en parte... es por ti, Orión. —Sus ojos se abren un poco más, aunque las lágrimas no dejan de caer ni siquiera entonces. Una y otra vez, mis dedos acarician sus mejillas—. Con tu manera de avergonzarte o maravillarte por lo más absurdo, con tus ganas de esforzarte y de soñar... Tú me has dado vida entre

tanta muerte, Orión. Entre tanto dolor...

Creo que me escucha por primera vez en toda la conversación. Mis argumentos no son suficientes, sin embargo, porque baja la vista. De pronto parece muy cansado. Su rostro se mueve hacia una de mis manos, apretando la mejilla contra ella.

—¿Y quién me va a instar a vivir a mí, Asteria? Me siento tan... *débil*. Tú seguiste luchando, incluso después de todo, pero yo, ahora...

—No estás solo, Orión. Ya no vas a estar solo nunca más.

Eso hace que se tense. Que me mire de nuevo, cogiendo aire. Está aterrado. No necesito ningún poder para sentir



eso.

—Nos tienes a Ligeia y a mí, ¿verdad? —Trato de sonreír. Su llanto parece haberse calmado, así que me resulta más sencillo limpiar su cara—. Puede que yo no sepa nada de dar vida, porque llevo mucho tiempo arrebatándola. Y no sé ser inspiradora, porque soy bruta y violenta e impaciente. Pero sé de proteger a quienes quiero. Sé lo que es formar parte de una familia de verdad, y no tiene nada que ver con la sangre...

Orión entrecierra los ojos. Es como si tratase de ver algo más allá de mi propio cuerpo. Como si buscase algo desesperadamente.

—¿Soy... parte de tu familia, Asteria?

Esta vez consigo sonreír un poco mejor.

—Mi familia desapareció, Orión. Pero creo que puedo haber encontrado una nueva. —Cierro los ojos, mi frente todavía contra la de él—. Una nueva razón por la que luchar. Estos días han sido casi como volver a casa, con entrenamientos bajo el sol e historias bajo las estrellas. Y ya me quitaron un hogar una vez: no dejaré que nadie vuelva a arrebatármelo. Por eso..., por eso haré que quieras vivir. —Abro los ojos de nuevo. De las pestañas de Orión cuelgan lágrimas todavía—. Porque el

mundo necesita Vida, sí..., pero también porque las que te queremos te necesitamos a ti.

Los párpados del dios se entrecierran. Es como si escuchase un acertijo y tratara de descifrarlo con todas sus fuerzas.

—Asteria... —susurra. Aprieta los labios, pero sea lo que sea que vaya a decir, calla. Entonces, mira mi boca con el mismo anhelo que le he visto en otras ocasiones.

Sé que va a besarme, y sé que una vez más voy a permitírselo.

Cuando sus labios acarician mi boca son tiernos pero seguros, y me piden sin palabras que corresponda. No es solo

una presión, sino un beso de verdad, que espera respuesta. Y yo se la doy. Correspondo, aunque lentamente. Reconozco demasiado bien qué es esto. Sé que Orión me besa ahora no solo porque se sienta atraído por mí, sino porque quiere olvidar. Guardo su rostro entre mis manos. Yo también quiero hacerlo, en realidad. Necesito no pensar en divinidades ni recuerdos por un rato.

Las manos de Orión despiertan entonces. Sus piernas se estiran solo para poder abrazarme contra su cuerpo, con tanta premura que parece desesperado. *Está* desesperado. Desesperado por poder aferrarse a algo. Por poder sostener a alguien, aunque sea

a mí. Por sentir algo real. Le doy mi contacto porque es todo lo que tengo. Es el único rescate que puedo darle...



Puede que solo trate de darse vida a sí mismo con este beso.

Cuando acaba, Orión me mira con el

rostro todavía cerca, su frente contra la mía. Intento acompasar mi respiración y mis latidos, mientras los labios aún nos cosquillean.

—Vas a volverme loco... —se queja, como hizo en el tejado—. Creo que no me tomas en serio, pero al mismo tiempo no me impides hacer cosas como esta...

Bajo la vista, aceptando el reproche. Supongo que es cierto, que durante unos días no tomé en serio su atención. Ligeia me dijo que estaba siendo condescendiente, y ahora sé que es verdad.

—No quiero hacerte daño, Orión —le explico—. ¿No lo ves? No te tomaba

en serio porque no pensaba que tú..., que nadie... pudiera sentir atracción por el Dolor. Porque eso es lo que soy, ¿no es cierto? Eso es lo que he sido siempre, desde antes incluso de convertirme en inmortal...

Intento reír, pero no me sale. No es fácil. No es fácil saber que eres alguien condenada a no ser feliz, a no poder hacer feliz. No es fácil saber que toda tu vida, siempre, va a girar alrededor del daño que le vas a hacer a otras. No es fácil... No quiero que nadie más lo sufra. No quiero provocar más lágrimas, más muerte...

Mi cabeza trae el recuerdo de Lysandra muriendo en mis brazos. De

nuevo, los cuerpos de mis hermanas alrededor...

—Tú... Tú no eres eso. —Orión me sorprende cuando habla, cuando de pronto es él quien toma mi rostro para obligarme a mirarlo. Parece incrédulo, como si no pudiera creer de verdad que piense así de mí misma—. Al menos, no es dolor lo que me has dado a mí... Tú... Tú eres esperanza, Asteria. Siempre, desde el principio... has sido mi esperanza. Mi esperanza de llegar a mi objetivo, mi esperanza de no estar solo... Incluso ahora, cuando siento que me pierdo a mí mismo. No me importa qué poderes tengas. No me importa el daño que creas que haces. Para mí eres



la esperanza que siempre se mantiene escondida entre todos los males del mundo...

Me quedo sin aire. Quiero decirle que eso es, exactamente, lo que él representa, no yo, pero Orión ni siquiera me permite decir una sola palabra. No quiere oír nada más. Él necesita otra cosa, por eso sus labios vuelven a los míos, más seguros que antes. Creo que cuando se acerca a mí pretende mostrarme que no puedo hacerle daño, que no se va a romper como si fuera un jarrón demasiado frágil. Sus brazos se aprietan alrededor de mí, afianzándose, acercándome más a su cuerpo. Y yo, aunque dudo, al final no soy capaz de

hacer otra cosa que responder. Es un beso como el que yo le exigí al principio de la noche, profundo y apasionado, pero más lento. Está lleno del deseo de dejar el pesar atrás y quizá volver al momento en el que estábamos a punto de dejarnos llevar, en el tejado. Quizá queremos pretender que nada nos interrumpió entonces, y que lo siguiente nunca ocurrió. Quizá incluso queramos eliminar todo lo anterior. A lo mejor no nos importaría ser solo dos personas desconocidas que se han encontrado con sus cuerpos enredados desde el principio, y nada más.

Mientras nuestro beso se vuelve más profundo, creo que nos agarramos para

no terminar de caer. Él, en toda su confusión y su asco por sus orígenes. Yo, en esa pena que tira de mí hacia abajo cada vez con más fuerza, y en el odio hacia mí misma.

Los dedos de Orión se pegan a mi túnica, a mi cuerpo. Los míos repasan su pecho, lo descubren, tiran de su ropa.

Esta vez, cuando nos separamos, jadeamos.

Nos miramos, en silencio, todavía cerca. Un segundo, dos...

Nuestros labios vuelven a encontrarse. Sus dedos bajan por mi cintura, se aprietan contra mis caderas, encuentran la carne de mis muslos que la ropa deja al descubierto. Las caricias

consiguen lanzar un estremecimiento por todo mi cuerpo, que busca el suyo y se amolda. Orión se tensa debajo de mí y siento su respiración truncada cuando su boca rueda hasta mi cuello. Cierro los ojos. Así, justo así, es como estábamos antes de que todo se rompiera. Así, con sus dientes raspando mi piel y sus dedos buscando. Así, con una de mis manos enredadas en su pelo y mis piernas apretándose contra las suyas.

Nadie va a interrumpirnos ahora.

Cuando nuestros labios se encuentran de nuevo, arden más que nunca.

Cuando nos quitamos por completo la ropa, nos convertimos en locura.

Cuando somos solo dos cuerpos que se hunden en el olvido, nadie puede hacernos daño.

# ORIÓN

Entreabro los ojos al tiempo que intento recobrar la calma y la cordura. La luz del día se cuele por las grietas del techo, pero también lo hacen unas gotas que caen al suelo con un rítmico repiquetear. Huele a lluvia y a verano, a cielos grises y silencios que se alargan cómodamente.

Asteria descansa sobre mí, con el rostro apoyado en mi cuello. Tengo el atisbo del rojo de sus cabellos. Su respiración todavía está agitada, como

la mía, y el latido de su corazón, bajo su piel, parece acompañarse al ritmo de las gotas estrellándose contra el suelo.

Deslizo mi mano por su espalda desnuda, sintiendo bajo los dedos las cicatrices de mil batallas. Su sabor languidece en mis labios y yo tengo la tentación de inclinarme de nuevo y besarla. Pero no quiero destruir este momento. No quiero moverme, o quizá me encuentre pensando. Quizá todo se rompa y resulte haber sido solo un sueño.

No sé cuánto tiempo pasamos así, intentando tranquilizarnos. No sé cuánto tiempo me quedo repasando su espalda, contando cicatrices. La luz va

cambiando a medida que lo hago. Las alteraciones son pequeñas, imperceptibles. Las sombras se mueven. Un poco más de luz. Un poco más de oscuridad. En el cielo, al otro lado del techo, las nubes siguen su rumbo y dejan su impronta sobre el sol antes de marcharse a tierras lejanas.

—Orión...

Asteria se ha separado un poco, acomodándose sentada sobre mis piernas. Yo ni siquiera la he sentido, hundido en mi esfuerzo de no pensar y dejar pasar el tiempo. ¿Cómo sería dormir para siempre, sin malos sueños? ¿Sin preocuparse de asuntos que no me conciernen y olvidando los que sí lo



hacen...?

—Deberíamos volver.

No respondo. No me muevo. Siento un poco de frío en el pecho, sobre el que antes se apoyaba mi compañera. Me fijo en una planta en la pared, aferrada a una triste grieta, desafiando a esa fuerza que tira de todas las cosas hacia el suelo. La vida verdaderamente no conoce de probabilidades o de leyes superiores. Aparece en el sitio menos esperado y se aferra con todas sus fuerzas a donde sea necesario.

No me siento a la altura de ese pensamiento.

La mano de Asteria se posa sobre mi mejilla y me obliga a girar la cara. Está

sobre mí, con los ojos rojos fijos en los míos y una expresión de preocupación. Trato de sonreír, sin mucho éxito. El escarlata de su mirada es perturbador. Está fuera de lugar, y al mismo tiempo es un justo recuerdo de toda la sangre que derramó en su momento.

—Volver. Sí.

Pero no quiero hacerlo. No quiero volver. Estoy bien aquí. ¿No lo está ella? Cierro los ojos y alzo los brazos para mantenerla contra mí. Mis labios buscan los suyos, porque lo único que quieren es volver a empezar todo desde el principio. La beso como he descubierto que disfruta: a ella le gusta la locura, los besos llenos de rabia y

pasión, los que queman. Asteria se estremece. Su respiración se trunca, y un segundo después corresponde. Sus manos se enredan en mi pelo. Su boca sabe a olvido, dulce y redentor.

Volvemos a ser nosotros solos en el mundo, y nada más importa...

Cuando deslizo mi mano entre nuestros cuerpos, sin embargo, ella me coge de la muñeca. El beso se rompe. Sus ojos encuentran los míos, y yo me veo en sus pupilas de lo cerca que estamos. Parezco asustado. Parezco... derrotado.

—Orión—susurra. Su tono es ligero pero firme. Hay cierta preocupación en él, y sé entonces que lo ha visto: todo el

miedo, todas las ganas de escapar que me guardo dentro—. No podemos quedarnos aquí para siempre. —Su mano guía a la mía hasta sus labios, para besarme la muñeca con delicadeza.

—¿Por qué? —protesto—. ¿Qué nos lo impide? Este es el único lugar donde no existen los problemas. Este es el único lugar en el que nadie nos buscará. Nadie quiere pisar las ruinas que deja un dios tras él cuando muere.

—Parece irónico, entonces, que tú sí lo hagas.

Sus dedos se deslizan por mi pecho, hacia arriba. Aunque en otra situación su frase podría haberse considerado un ataque, yo sé que no lo es. Esta no es la

misma Asteria que era fría y tan directa que dolía. O puede que sí sea la misma, y lo que ha cambiado en los últimos días es nuestra relación: como dijo antes, ahora soy parte de su familia. Ligeia ya me lo había dicho y aun así escucharlo de sus labios fue mil veces mejor.

Me abrazo a ella con todas mis fuerzas y apoyo mi frente contra su hombro.

—Donde ha habido vida una vez —repongo— puede volver a haberla.

—Sabes que no es de eso de lo que estábamos hablando...

—Solo quiero paz, Asteria. Solo quiero descansar. Sin dioses. Sin luchas. Me preguntaste que por qué no lo dejaba

todo. Que por qué no me quedaba en el Mundo Medio. Pues bien..., ahora quiero hacerlo. Quiero dejarlo todo. Ya no quiero saber nada del Mundo Superior. Ya no... —Callo—. Sí, todavía deseo cambiarlo, pero sé que no voy a poder hacerlo. Que yo solo no soy suficiente. Que el cambio empiece por querer llevarlo a cabo, y quizá arriba estén ya demasiado corruptos para eso. Siempre supe que no encajaba en ese lugar, pero ahora tengo la confirmación de que nunca lo haré, tampoco.

»Al fin y al cabo, ¿quién desea que las cosas mejoren? Atenea y Artemisa. E, incluso así, no puedo estar realmente seguro de que anhelan el cambio. Más

bien solo quieren vengarse. Artemisa por lo que el protegido de Hera les hizo a sus amazonas y porque cuando pidió a la reina que le parase los pies al Emperador, Hera solo se rio de su preocupación; Atenea por lo que ese hombre le hizo a su hija, y porque quiere poner a Ligeia en el trono del Imperio y ser quien conecte un nuevo Mundo Medio con el Mundo Superior. — Suspiro. Sé que suena derrotista, pero si realmente las cosas están así... prefiero alejarme. Prefiero no saber nada. Que se queden con sus problemas arriba. Yo me ocuparé de los míos.

Cojo aire y alzo la vista. Mi compañera se ha quedado callada, y yo

trato de sonreír, sin mucho éxito.

—¿No quieres paz tú también?  
Simplemente... olvidar.

Asteria aprieta los labios y se echa hacia delante. Lo justo como para apoyar su frente contra la mía en un gesto que ya es conocido entre nosotros. No aparta los ojos. Ella siempre mira directamente, sin miedo, y yo la envidio por eso. En comparación, yo he estado toda mi vida intentando mirar hacia otro lado.

—Sabes que yo no puedo hacer eso. No *ahora*. Quiero descansar tanto como tú, pero no creo ser capaz de hacerlo hasta que el Emperador esté muerto. Solo tendré un poco de paz entonces.



Cuando me haya vengado y ya no pueda hacerle daño a más gente. ¿Lo entiendes?

No es muy diferente a lo que yo sentía con Hera. La diferencia es que yo no quiero la destrucción de nadie. Quizá porque soy demasiado blando, o quizá porque me conformo con muy poco. Espero que Zeus vuelva ahora al Mundo Superior y haga algo por todos. Incluso si es un imbécil, tengo la esperanza de que a nuestro rey aún le quede un resquicio de honor y responsabilidad.

Cierro los ojos con un suspiro y asiento.

—Lo entiendo.

—Quizá después podamos... crear

un hogar juntas —murmura, sorprendiéndome. Cuando vuelvo a mirarla, ella tiene la vista baja por primera vez, y no sé si se atreve a creer en lo que me ofrece—. Tú, yo..., Ligeia. Quizá podamos ser una familia. Podemos vivir como hemos vivido estos días. No han estado mal, ¿verdad? Y Ligeia necesitará ayuda si va a ser emperatriz. Podemos crear una nueva vida. No necesitamos a nadie del Mundo Superior.

Libres. Seríamos... libres. El pensamiento consigue animarme. El pensamiento, de hecho, lanza un escalofrío de placer por mi cuerpo. Mi mente no se atreve a imaginarse lo que

sería no volver a tener miedo de las sombras. No volver a preocuparme de cometer un error. Se me escapa una sonrisa, algo tímida. Algo temblorosa. Algo incierta.

—Me gusta esa imagen...

Ella sonrío en el gesto más sincero que le he visto hasta ahora, sin burla ni sarcasmo. Es una sonrisa pequeña, muy débil.

—Puedes esperar aquí si quieres apartarte de todo hasta entonces. Puedes...

—No —la interrumpo—. Es lo mismo que me dijiste tú, ¿recuerdas? Quiero ver el momento en el que seas libre al fin. Quiero estar a tu lado.

Nos miramos, en silencio. La veo asentir, casi imperceptiblemente.

Cuando finalmente se aparta, para vestirnos y marcharnos, la calidez de su abrazo permanece a mi alrededor.



# CANTO VI

## LOS REYES DEL CIELO

*Háblame, Mundo, de quienes te  
gobiernan.*

*Háblame de un amor que se quebró  
entre engaños y traiciones,  
entre mentiras y huidas.*

*Háblame de tus reyes y su reencuentro,  
del corazón roto de una reina  
y del rey que por deseo propio tomó  
destierro.*

Zeus supo que la Amazona Roja había hablado con acierto cuando llegó al palacio de Hera y no se le recibió. Los guardias de su esposa, que él nunca había visto hasta ese momento, ni bajaron la cabeza ante él ni le permitieron pasar de inmediato. Nadie lo temía ya en los Cielos, de la misma manera que seguramente nadie lo temía ya en la Tierra. Así pues, el rey tuvo que esperar ante las puertas hasta que los guardias de oro informaron de su presencia a su mujer. Pensó que eso sería suficiente. Hera, al fin y al cabo, lo amaba. Cuando supiera que había vuelto, saldría a recibirlo como si nada

hubiera ocurrido, como si no hubieran sido décadas sin verse. Quizá se enfadase, quizá lo obligase a suplicar su perdón, pero con algunas palabras aquello quedaría olvidado.

Sin embargo, no fue así. Cuando el guardia regresó, anunció al soberano que habría de esperar hasta que la reina lo ordenase. Zeus, por supuesto, se sintió insultado, pero aceptó. No pasaría mucho. Ella no lo humillaría teniéndole horas ante su castillo.

Pero lo hizo.

El tiempo pasó. Tras la primera hora, Zeus se hartó y trató de entrar por la fuerza, pero fue en vano: su poder no fue suficiente para colarse en el palacio

de la reina y además, cuando lo intentó, los gólems se enfrentaron a él. Solo le hizo falta un gesto de su mano para convocar al rayo y convertir en cenizas a los guardias de su esposa que se atrevieron a acercarse. Aun así, tuvo que seguir esperando. La noche, oscura, dio paso finalmente al día, y solo cuando eso sucedió las puertas se abrieron para el rey, que había sido abochornado y abandonado como un perro. Pensó en marcharse muchas veces durante su tiempo allí de pie, pero, cada vez que el pensamiento de regresar al Mundo Medio pasaba por su cabeza, las palabras de la amazona le impedían desaparecer. Si se marchaba, se estaría



rindiendo. Y había asuntos más importantes que la indignación de Hera en ese momento. Debía acabar con Eris, y era muy consciente de que para eso no necesitaba confrontaciones con su propia esposa.

Así pues, finalmente la reina recibió al rey. No lo recibió como a su esposo, sin embargo. Ni siquiera como a alguien de su categoría. En cuanto nuevos guardias de los que custodiaban el interior del palacio lo llevaron a la sala del trono, una fuerza invisible lo obligó a postrarse, como si no fuera nadie.

Quizá porque, de alguna manera, había dejado de ser todo lo que un día fue.

Porque, como le habían advertido, ya nadie lo tomaba en serio.

Cuando Zeus alzó la vista, con los dientes apretados y los ojos encendidos por la humillación, Hera estaba allí. Brillante y hermosa como siempre, poderosa como nunca. Se sentaba en el trono con las piernas largas cruzadas, una copa de oro en sus manos, la mirada cruda y fría. Ante él ya no estaba la mujer que un día lo había mirado con amor y admiración, sino una que, aunque se parecía físicamente, nada tenía que ver con su consorte.

—Esposo. —La voz de Hera, cuando sonó, contenía el Cielo en ella, pero ya no era un cielo calmado de

verano, sino un cielo encapotado que anticipaba tormenta—. Qué visión más extraña; estas paredes ya apenas te recordaban...

—Hera, mi fiel esposa... —Zeus habló con truenos en sus cuerdas vocales. Se sentía insultado. Trató de erguirse, de luchar con su magia contra la de ella, pero apenas pudo hacerlo—. Veo que sigues tan rencorosa como siempre. Hay cosas que no cambian, por mucho que pase el tiempo...

—Otras, sin embargo, han de cambiar para que los tiempos avancen.

Con esa frase, la reina abandonó su trono. Se puso en pie con elegancia, y con pies descalzos recorrió los pasos

que le separaban del rey. La mujer tomó su rostro entre los dedos, y Zeus pensó que lo besaría. Su esperanza de seguir siendo el hombre que ella amaba se desintegró tan pronto como ella empezó a apretar su mentón, tan fuerte como para convertir huesos mortales en polvo. Era como si quisiera aplastarlo.

—Se acabó, Zeus —siseó ella—. No vas a volver a humillarme.

Podría haber sonado como una amenaza, pero ni siquiera fue eso. Era, simplemente, una seguridad. Un hecho tan irrefutable como que el Sol gobierna el día y la Luna, la noche. Así le mostraba Hera que ya no era la joven que un día su esposo había abandonado.

Zeus supo en ese momento que iba a torturarlo. Lo había sabido antes, pero solo al ver en los ojos de su mujer la fría calma del invierno y, al mismo tiempo, la abrasadora rabia del verano, supo que su castigo no sería solo un pasatiempo. Supo que duraría toda la eternidad.

Y no tenía ningún aliado ni en el Mundo Superior ni el Mundo Medio para evitarlo. Nadie estaba de su parte. Nadie se opondría a Hera. Nadie iría a ayudarlo.

Eso era, exactamente, a lo que la Amazona Roja se refería. Eso era, exactamente, lo que durante años debió de sufrir el hijo de Eris.

Eso era de lo que se aprovechaba el Caos.

—Hera —la llamó, en cuanto vio que ella alzaba la mano. En cuanto vio que sus uñas crecían y se convertían en filos que podían atravesarlo, arañarlo, punzarlo hasta convertirlo en un cuerpo que gotearía sangre por todos lados—. He venido a buscarte. Hay algo que tenemos que hacer. Los dos. Los Doce, en realidad. Eris está libre y viene a por nosotros. A por todos. Tenemos que atraparla y decidir su destino de nuevo. Está loca, y acabará con todos los dioses si tiene oportunidad.

La reina se detuvo con una de sus manos en el aire. La que sostenía el

rostro de su esposo, sin embargo, no se separó. Las uñas de esos dedos habían crecido también y se clavaban sin piedad en la piel. Los dedos se le llenaban de sangre, y la sangre de su esposo era un placer que llevaba demasiado tiempo ansiando probar.

Zeus pensó que había conseguido llamar su atención hasta que vio su sonrisa. Hasta que los labios se le curvaron como si hubiese escuchado un buen chiste, o acaso él fuese la propia broma.

—Es curioso... No te preocupó Eris cuando te acostaste con ella, hace años. Cuando te creíste todos sus cuentos y la considerabas interesante por desafiarte,

pese a que yo siempre te dije que ansiaba algo más que tu cama. Que ansiaba tu poder, o el mío, y que te arrepentirías de darle alas al Caos... Y lo hiciste, ¿verdad? Te arrepentiste de haber sido tan iluso. Por eso desapareciste, porque los mortales no pueden dar problemas... ¿No te excitan ya sus retos, esposo?

Zeus apretó los dientes cuando las uñas se clavaron más en la piel. Cuando descendieron hasta su pecho y amenazaron su corazón. Estaba seguro de que, si quería, podía arrancárselo para enseñarle cómo lo estrujaba.

El aire en la habitación comenzó a cargarse. Hera miró alrededor, a las



chispas que comenzaban a chasquear en la estancia. El poder de su esposo volvía a llenar su palacio después de demasiados años.

—¿Entiendes siquiera lo que estoy diciéndote? Olvida tu ira hacia mí por un instante y escúchame: Eris ha estado a punto de cortarme la cabeza. Está completamente loca y piensa destruirnos a todos. Tú fuiste quien dijo que nouviéramos piedad con ella, desde el principio: tú serás la primera tras la que vaya.

—Hace años Hades y yo dijimos que su castigo tenía que ser más duro, pero decidisteis que no había manera de que escapase siendo una escultura por el

resto de la eternidad. Esto es culpa vuestra y de vuestra compasión. A mí ya me ha amenazado, Zeus. Contra mí, por si no lo sabes, ha empezado una revuelta. ¿Y dónde estabas tú, mientras aquí Ares se frotaba las manos ante la perspectiva de una guerra entre dioses? Abajo, retozando. Abajo, sin actuar como se esperaría del rey de reyes... — Las uñas se clavaron en la piel, atravesándola. Parecían querer encontrar el pulso que latía debajo, de pronto acelerado—. No vuelves por el bien de todos, vuelves porque temes *por ti*. No vuelves como un rey, vuelves como un cobarde.

Zeus sintió el dolor cuando la mano

de su esposa se posó sobre sus costillas. Tuvo que coger aire, temiendo que su esposa las agarrase y las rompiese. Tembló, porque Hera siempre había sido dura, siempre había sido vengativa, pero contra él nunca había atentado. Ahí estaba ahora, sin embargo, haciéndole sufrir.

Él no iba a permitirlo. Un rayo irrumpió en la estancia entonces, cayendo muy cerca de Hera. La diosa entrecerró los párpados y observó a su esposo. Las uñas se clavaron más en su interior y retorcieron, haciéndolo gemir de sufrimiento.

—Me obligas a quitarte tu poder, querido.

Le bastó un chasqueo de dedos. Eso fue suficiente para que un grillete apareciera alrededor del cuello de Zeus. Dorado y grande..., y forjado para poder anularlo por completo. Para debilitarlo, de hecho, cada vez que intentara algo. Hera había tenido años para prepararse para la vuelta de su cónyuge. Para planear y cuidar cada paso de la tortura a la que le sometería cuando regresase.

Zeus se sintió mareado y vacío de pronto. Comprendió al fin que ya ni siquiera él estaba a salvo de la reina.

Por primera vez en siglos, tuvo miedo.

—Hera... Recapacita. He vuelto, mi

reina —siseó. El interior de su cuerpo estaba siendo destrozado. Intentó mantenerse sereno, pero no lo consiguió —. He vuelto..., y eso es lo importante. Tenemos que hacer algo... Todos. Sin ti, no soy nada, mi señora. Sin ti el trono a mi lado estaría vacío. —Trató de sonreír, sin demasiado éxito. Sudaba frío—. Sin ti el cielo estaría triste, porque la mujer más hermosa del mundo estaría lejos...

Hera rio. No lo hizo de manera zalamera, como tiempo atrás. Tampoco fue la risa de cuando era feliz, algo que ambos habían olvidado ya. Fue una risa venenosa, llena de crueldad. Y, sin embargo, apartó la mano. Zeus

agradeció el momento en que sus heridas empezaron a cerrar y él pudo volver a respirar.

—Tienes razón, Zeus... Sin mí no eres nada. Pero yo, sin ti, he aprendido a serlo todo. El trono a mi lado lleva años vacío, y al Cielo ya no le importa. A los dioses mismos ya no les importa. *No te necesito* —paladeó la afirmación con placer—. Nadie te necesita ya... Así que, dime, ¿qué debería hacer contigo? —No solo una mano se movió entonces, sino las dos. Las uñas se clavaron en el cuello, y Zeus supo que, en ese momento, más que nunca, un movimiento en falso podía costarle la vida. No dudaba en que esa mujer despechada

fuese capaz de arrancarle la cabeza—. Quizá podría matarte. Quedarme con tus poderes... Así realmente gobernaríamos los dos, pero en un único cuerpo.

—No lo harás. —Cuando el rey habló, no supo si estaba seguro de lo que decía, o quería convencerse. Respiró hondo y volvió la vista a los ojos de su mujer. Parecían oro fundido —. Tú me amas. Y si me mataras, sería tu condena definitiva. Ya te odian... Si matas a tu propio esposo, serás una traidora. Sabes que es *pecado* para nosotros, y ni siquiera los reyes estamos exentos de pagar...

—Yo ya no te amo, Zeus.

En aquella frase no había tormenta.

No había temblor, ni rabia. No había nada, y eso era lo peor. Solo había vacío. A Zeus, incluso cuando pensó que sería imposible, aquello le dolió. Quizá porque siempre la había tenido. Quizá porque siempre había contado con su amor. Quizá porque, mientras seguía castigando a sus amantes, sabía que seguía teniéndola a su merced. Pero aquella mujer ya no estaba bajo su mano. Aquella mujer ya no tenía nada que ver con él.

—No se puede amar aquello que solo te hace daño —explicó Hera, con una calma que era fría e insoportable. Que hablaba de un sufrimiento pasado, ya asimilado y superado—. No se puede



amar a quien te insulta, te desprecia y te humilla todos los días de tu vida. ¿Crees que todo este tiempo solo actuaba por celos? Puede que al principio fuese así, pero después..., después solo me movía el desprecio. Yo *te odio*. Esperaba que algún día te sintieras culpable por todo el dolor que provocabas, no solo en mí sino en otras. Esperaba que algún día realmente quisieras a alguna de ellas para poder destrozarla, y destrozarte a ti con ella por el daño que me hiciste. Pero, por supuesto, eso nunca ha ocurrido. Me vengaba de ellas mientras no podía vengarme de ti... Eran un pobre consuelo. ¿Y crees, acaso, que los otros dioses me dan miedo? Ellos me

*temen*. Por eso no han hecho nada hasta ahora. Por eso han tenido que recurrir a Eris. Porque necesitaban a una suicida. Incluso así, ¿cuántos apoyos crees que ha conseguido? Nadie ha venido a enfrentarse directamente a mí... Son casi tan cobardes como tú.

Zeus se quedó sin palabras. Observó el rostro de su esposa y deseó verla enfadada. Deseó verla llena de rabia o de ese odio que decía que sentía, pero no encontró nada de eso; solo la satisfacción que le provocaba verle sufrir. No había nada de la mujer que había sido la diosa más brillante del Mundo Superior. Puede que yaciese con otras, sí, pero nunca creyó que hubiese

nadie más capaz. Nadie más inteligente.  
Nadie más digna del lugar de reina.

—¿En qué momento te has convertido en una tirana...?

Apenas lo susurró, pero Hera lo escuchó y sonrió. Fue como si hubiera estado esperando esa pregunta todo el tiempo. Todas las décadas, de hecho, que estuvo sin ver a quien ahora se arrodillaba sin posibilidades ante ella.

—En el momento en que me abandonaste, Zeus. —«Es tu culpa», parecía decir—. En el momento en que todos me vieron como la pobre mujer de la que su esposo se reía cada día. En el momento en el que me quedé sola y tuve que seguir adelante así. Tuve que

hacerme respetar, porque si no me respetaba mi propio esposo, ¿quién lo haría? Tuve que demostrar quién era la reina..., incluso si me había convertido en una reina abandonada y sin rey.

Zeus sintió que las manos se retiraban de su cuello, dejándole respirar de nuevo, solo que apenas podía hacerlo por el nudo en la garganta que se había formado. Hera, de todos modos, no quería escuchar nada de él. Se inclinó sobre el dios, rozando sus mejillas, haciendo pequeñas marcas con las uñas.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto, *mi rey*? —susurró, con una sonrisa de placer—. Que tú no puedes culparme

por nada de lo que haya podido hacer. Al fin y al cabo, ¿dónde estabas para impedirlo, esposo mío? Eres mi cómplice. Cómplice de todo lo que he hecho, bueno o malo, a mortales o inmortales, porque nunca viniste a detenerme. No eres mejor que yo. Les has dado la espalda a todos...

Y era cierto. El rey supo que Hera, como Asteria, tenía razón: había sido un chiste de monarca. Durante demasiados años, había vivido ajeno a todo y no tenía disculpa por ello. Se retiró cuando se sintió culpable de las muertes de Perséfone y Deméter, cuando sintió que debió haber hecho más para detener a Eris, para descubrir sus planes. Se

marchó cuando no se sintió a la altura..., y al final, eso solo fue lo peor que pudo hacer. No solo había abandonado a su mujer cuando tomó la decisión de desaparecer: los abandonó a todos.

Zeus dejó caer la cabeza, rendido ante su esposa, sin palabras. No había nada que pudiera decir ante su acusación. Decía la verdad. Todo era verdad.

—Voy a darte la posibilidad de resarcirte, sin embargo.

Era una trampa. El rey lo sabía, e incluso así alzó la cabeza. Incluso así apretó los dientes y escuchó. Hera sonrió. Se llevó los dedos manchados de sangre dorada a la boca, chupándolos,

como si encontrara un placer secreto en paladear ese líquido espeso:

—Te perdonaré por estos años si me juras lealtad. Con tu sangre, Zeus. Jurarás compartir el peso de la corona conmigo. Jurarás velar por mis intereses, como yo siempre velé por los tuyos en el pasado. Jurarás no marcharte de nuevo, no volver a desaparecer. Seré compasiva y te permitiré descender..., digamos..., una vez cada treinta días al Mundo Medio. No me importa si te dedicas a acostarte con todas las mortales que encuentres entonces, o con todas las diosas aquí arriba el resto del tiempo. No es ese tipo de fidelidad la que espero de ti. Ahora solo demando

respeto. Me honrarás y me tratarás como tu igual, porque eso es lo que he sido siempre; puedes buscar cuantas mujeres quieras, pero ambos sabemos que yo soy la única que de verdad puede medirse contigo.

El dios observó en aquel oro poderoso y brillante que su esposa tenía por mirada. De este modo supo que esa era la manera en la que le ofrecía salvación. De lo contrario, lo mataría. Sabía que lo haría, y que ella tenía razón: si los dioses ya la temían ahora, nada podría con la fuerza de su poder unido al de ella. Entonces todo estaría bajo su control. Haría y deshacería a su antojo, tendría todo el poder que



quisiera en sus manos.

Se preguntó, de hecho, por qué no lo hacía entonces. Por supuesto, encontró rápido la respuesta: Hera no anhelaba poder. Hera no era como Eris, hambrienta de más y más fuerza. Hera solo quería venganza hacia él. Solo quería arrebatarse la libertad, verlo atado de por vida a sus deseos. Solo quería demostrarle a todos que, de los dos, ella había sido la vencedora; que había sido más inteligente que el dios que parió a la Sabiduría de su propio cráneo.

Quiso reír. Quiso insultarla. Quiso odiarla.

Al final, sin embargo, decidió que

solo podía aceptar. Pero no dejaría que solo ella consiguiese lo que quería. La Amazona Roja le había lanzado un reto, y ahora comprendía que era un reto justo. Uno que necesitaba conseguir.

—Juraré —aceptó, con ojos entrecerrados—. Si tú juras dejar al hijo de Eris en paz. En realidad, has de jurar que nunca volverás a tomar la justicia por tu mano, sino que te atendrás a los designios de los Doce.

Eso sorprendió a la reina por primera vez en toda la conversación.

—¿Orión? ¿Por qué importa él? Es hijo de un delito. Y ahora un traidor, tras haber liberado a Eris. Debe ser castigado. Él y quien lo acompaña.

Pensé que lo de sus hermanas sería suficiente condena para ella, pero fue capaz de desafiar al propio Hades...

—Tú obligaste a Orión a liberar a Eris con tu actitud. Puede que sea hijo de un crimen, pero él no lo cometió, y tus abusos fueron los que lo incitaron a buscar una forma de liberarse. Respecto a la muchacha, ella es ahora una de los nuestros.

—Una de los nuestros que es capaz de desafiarnos sin dudar. Una de los nuestros que incluso desea matar al Emperador. A nuestro protegido, esposo. Puede que se te haya olvidado, pero uno de nuestros deberes para mantener el orden es proteger a aquel que lleve la

corona en el Mundo Medio, como nuestro representante allí.

—Y quizá a ti se te haya olvidado que muchos Emperadores han sido asesinados antes, y que nuestra protección no ha de estar por encima de los pecados que cometan o de la justicia del pueblo.

Hera calló. Observó a su esposo con renovado interés. Aquella era su relación, en realidad. Aquella había sido siempre: las dos fuerzas más poderosas del Mundo Superior midiéndose entre ellas continuamente.

—¿Eres consciente, acaso, de que no estás en disposición de negociar?

—Iguales, Hera. Tú misma lo has

dicho. Si eso es lo que vamos a ser, lo seremos desde este mismo momento. Yo te doy lo que quieres, tú me das lo que pido.

No hubo palabras. Hera observó de nuevo en silencio el rostro que tantos años había visto solo en agua. Pudieron haberse mirado por una eternidad, de hecho, y no habrían sido conscientes de que esta había pasado. Al final, la mano de Hera se acercó a la de Zeus. Su uña cortó la piel mucho más profundamente de lo que era necesario. El rey siseó, pero no se quejó. Ella se rasgó su propia palma y la puso por encima de su esposo.

—Jura —reclamó, con la voz fría.

Zeus apretó los dientes, pero tomó aire y alzó la voz:

—Yo, Zeus, señor de los Cielos y la Tormenta, rey de los dioses, juro mi lealtad y respeto a Hera, diosa entre diosas, reina y esposa mía; juro también que no descenderé al Mundo Medio más de un día de cada treinta. Mientras mi esposa cumpla sus propios juramentos, y mientras su corazón siga latiendo, reinaré a su lado como su legítimo y entregado compañero.

Hera sonrió cuando sintió el cosquilleo del juramento recorriéndola. No fue una sonrisa feliz. Fue una sonrisa de satisfacción. El precio a pagar por eso le parecía ridículo: ¿qué era Orión

para ella? Un juguete. ¿Y aquella chica? Ni siquiera se había molestado en aprenderse su nombre. Eran dos entretenimientos de los que podía prescindir, porque en compensación tenía otro mucho mejor... para toda la eternidad.

—Yo, Hera, reina de los dioses, tu esposa, juro que mis manos no castigarán nunca más a la Vida y al Dolor, y que me atenderé a la justicia de los Doce en las penas que en adelante se decidan. Mientras mi esposo cumpla sus propios juramentos, esta será mi palabra eterna.

De nuevo, el cosquilleo. Los recorrió a ambos, atándolos,

obligándolos a cumplir con lo mencionado. Hera apartó los dedos la primera, y los grilletes que sostenían a su esposo cayeron con un único ademán de su mano.

—Ya ha habido suficiente lucha entre nosotros, Zeus. Ahora, como reyes, hemos de detener el Caos.





HERA



ZEUS





CANTO VII  
EL CÓNCLAVE DE LOS  
DOCE

*Cántame, musa, de los Doce que  
deciden:*

*de Atenea y su Sabiduría,  
de Artemisa y su Caza,  
de Apolo y su Poesía,  
de Afrodita y su Amor,  
de Hestia y sus Hogares,  
de Hermes y su Comercio,*

*de Ares y sus Guerras,  
de Hefesto y su Fuego,  
de Poseidón y sus Mares,  
de Hades y su Inframundo,  
de Zeus y sus Cielos,  
de Hera y su reinado.*

*Cántame de todos ellos,*

*de sus desavenencias y sus acuerdos.*

*Cántame de sus palabras y de cómo se  
reunieron,*

*cuando a luchar contra el Caos todos  
se dispusieron.*

Cuando Zeus explicó ante los Doce que Eris había decidido aprovechar su liberación para vengarse de todos, el silencio se hizo por primera vez en un

cónclave de los Doce. Aunque estos siempre eran ruidosos y se llenaban de discusiones, en aquella ocasión todos callaron. Aliados o contrarios, por un preciado instante no importó, pues todos estuvieron igual de amenazados. Al fin y al cabo, Eris había dicho ir no solo a por Hera, no solo a por Hades, sino a por cualquier dios que pudo ayudarla y nunca la ayudó. Había jurado acabar con todos los que aceptaron castigarla en una reunión semejante a la que en aquel momento se llevaba a cabo.

Atenea y Artemisa fueron, por supuesto, las más afectadas por la noticia, pero no lo demostraron: ante los demás, solo se miraron un segundo y

aceptaron en silencio su parte de la culpa de que el Caos ahora estuviese libre. También Hefesto enmudeció, pues suyo era el brazalete que protegía a la diosa de ojos de cualquiera. Incluso Ares, que había estado atento a la idea de una gran batalla, por primera vez se mostró silencioso y taciturno como solo sabe serlo el final de una guerra.

Nadie se reveló como aliado del Caos. Nadie deseaba ser castigado por traición.

En silencio, todos los que una vez consideraron luchar de su lado abandonaron a Eris una vez más.

—Debimos haberla matado.

Aquellas fueron las palabras que

rompieron la calma. Vinieron, por supuesto, de Hades. El rey de los Infiernos tenía su rostro blanco sumido en tinieblas. Su mirada era tan oscura como todo su reino.

—¿Y quién se habría quedado con el poder del Caos? —razonó Atenea—. ¿Tú, Hades? Una decisión así solo habría acabado en más discordia, que era lo que Eris quería: nadie habría estado contento con la elección del verdugo. Encerrarla fue una buena idea.

—No tan buena, cuando se liberó —protestó Poseidón, con la fuerza de los mares en la voz—. Eris no es la única que debe pagar. Si su hijo no la hubiera librado de su castigo, esto no estaría

sucediendo.

—Quien la liberó no sabía lo que estaba haciendo; las circunstancias lo obligaron —terció Zeus—. El muchacho estaba desesperado.

Todos miraron a Hera, pero nadie se atrevió a decir que las circunstancias las había provocado ella. Al fin y al cabo, en una reunión igual a aquella, todos le habían cedido a la reina aquel recién nacido, incluso sabiendo el desprecio que la mujer sentía hacia la madre de la criatura.

—El chico debe pagar —apoyó Hades, con el frío de la muerte en las palabras—. También la guerrera.

Ares sonrió ante la mención de



aquella muchacha que estaba tan consagrada a la lucha y a la sangre como él mismo. Qué espectáculos podrían crear juntos, llenos de color rojo y gritos...

—De la guerrera, si queréis, me encargo yo.

—Tú quieres darle otro tipo de guerra —murmuró Apolo. A él, todo aquello no le interesaba. Solo estaba preocupado por su melliza: Artemisa callaba y miraba sus propias manos en completo silencio. Él sabía que ella había ayudado. Sabía, también, que se sentía culpable.

—Puede ser. En cualquier caso, la chica es inocente: han jugado con ella.

—También con Orión.

—El chico sabía lo que hacía.

—No debiste haberlo maltratado,

Hera.

Entonces comenzó el caos, como si la propia Eris hubiera entrado en la estancia: todos comenzaron a clamar culpables, todos empezaron a decir, según sus propios intereses, quién debía pagar y qué precio. Según algunos, Hera era culpable por maltratar a Orión; según otros, Orión era culpable por liberar a Eris; según unos terceros, Asteria era culpable, pues sin ella jamás habría alcanzado el dios de la Vida a su madre; según el resto, los culpables eran los que permitieron que Hera se quedase

con el bebé. Todos eran culpables y, al mismo tiempo, nadie lo era; todos habían de pagar y, de igual modo, nadie estaba dispuesto a hacerlo.

La algarabía creció.

Finalmente, se rompió con un estallido que sonó como un trueno:

—¡¡SILENCIO!!

Ante el rugido del rey de los dioses todos callaron. Zeus se había alzado, con los ojos chispeantes y encendidos. Sus manos habían golpeado la blanca mesa redonda alrededor de la que todos se sentaban.

—No os he reunido aquí para escucharos discutir —siseó el soberano.

—Nos has reunido porque te sientes

amenazado —protestó Poseidón.

—¡Todo el Mundo Superior lo está!  
¡Y todo el Mundo Medio! —clamó el  
rey—. Pensé que podía pedir vuestra  
colaboración ante un tema tan grave...

—¡¿*Ahora* es grave, Zeus?!

Todos contuvieron el aliento cuando Hades se alzó. Cuando encaró a su hermano, incluso cuando se situaban en lados opuestos de la mesa. Las sombras parecían arremolinarse ante el rey de los muertos. Su rostro parecía más cadavérico que nunca. Estaba consumido.

—Fue grave hace muchos años, pero no quisisteis verlo —gruñó, con la voz de mil espíritus—. Vosotros no habéis

perdido *nada* a manos de Eris, pero yo sí. Me robó a mi esposa y me engañó, y os conformasteis con encerrarla. ¡Ahora os tendréis bien merecido todo lo que os pase! Pero yo... Oh, yo no pienso volver a permitir un castigo simbólico. —No estaba pidiendo permiso. Hades solo estaba anunciando un hecho—. Será la cabeza de Eris, o no será nada. Voy a vengarme. De ella, y de ese engendro que nunca debió nacer.

El frío se adueñó de la estancia. Un frío intenso que los dejó a todos clavados en el sitio y con ganas de temblar. Fue Zeus el único que no se amedrentó ante la presencia de la Muerte, que podía asustar hasta a

aquellos que no podían morir.

—¿Qué vas a hacer, Hades? ¿Vas a cortarles las cabezas? ¿Te adueñarás del Caos y de la Vida? ¡Por encima de mi cadáver! —clamó. Un trueno sonó a lo lejos—. ¡Nadie te permitirá tal abuso de poder!

Entonces llegó la risa. Fue como un presagio, como una maldición. Todos supieron que no auguraba nada bueno, todos supieron que Hades había callado por muchos años y se había cansado de esperar.

La risa de Hades era como la propia muerte: sorpresiva y cruel.

—Soy el rey del Inframundo, hermano —anunció. Su calma solo

podía traer desgracia—. Pasar por encima de cadáveres es a lo que me dedico... No me obligues a pisar el tuyo.

No dijo nada más. Le bastaron aquellas palabras, y entonces desapareció.

El silencio volvió a llenar la estancia. Esta vez era el silencio que solo podía dejar tras de sí el final de la vida.

La muerte había decidido actuar. Y a la muerte ni siquiera los dioses pueden detenerla.



# ORIÓN

—No sabemos qué planea, pero ha dejado muy claro que no estás seguro en ningún sitio, Orión. No si se trata de Hades.

Me estremezco y bajo la vista a mis manos, apoyadas sobre mis muslos. Intento evitar la mirada de Atenea, que espera mi respuesta. ¿Qué quiere que le diga a eso? Ya lo sé. Era consciente de que me odiaba sin necesidad de saber que era su hijo, pero ahora... Ahora sé que, además, soy un hijo no deseado. El



bastardo de la mujer que mató a su esposa. Me llevo una mano a la cara. Asteria, a mi lado, me pone una mano sobre el hombro.

—¿Para qué nos contáis esto? — pregunta. Cuando alzo los ojos, veo la molestia en su expresión—. ¿Vais a ofrecerle vuestra protección a Orión? ¿Vais a hacer algo por nosotras?

—Nuestra protección no significa nada contra él, Asteria.

Artemisa, cuando habla, parece incómoda ante mi compañera. Por supuesto, han venido las dos diosas, inseparables como siempre. Han bajado al Mundo Medio para decirme que estoy más amenazado que nunca, pero es solo

eso: información. Un favor en señal de los días en los que fuimos aliados.

Estoy esperando el momento en el que me digan que no pueden volver a verme, porque no quieren pasar a estar en el punto de mira de Hades.

—Vuestra protección no significa nada para él ni para nadie. Ni para inmortales ni para meras mortales. El Emperador, al fin y al cabo, no tuvo ningún problema en acabar con mis hermanas, pese a que te jactabas de que estábamos bajo tu amparo.

Asteria tiene la lengua lo suficientemente afilada como para hacer sangrar a cualquiera. Incluso a la diosa de la Caza.

—Lo ocurrido con las tuyas me ha dolido, Asteria. Me lleva doliendo desde hace años.

—En el orgullo —repone mi compañera—. Un precio bajo para ti, mientras nosotras pagábamos con nuestras vidas. —Sus dedos se aprietan en torno a mi hombro—. Podéis marcharos.

Ninguna de las dos se mueve, por supuesto, de pie ante nosotros. Atenea suspira.

—Orión. Lo sentimos. Yo... puedo reforzar la barrera alrededor de esta casa, si eso te hace sentir más seguro, pero...

Pero no servirá de nada. Tarde o

temprano, nos atrapará.

Me levanto. Pues bien. Que venga, si quiere. Suyo será el castigo, si me mata. Mía será la paz.

—Asteria tiene razón, Atenea. Deberíais iros. Será mejor que ahora no nos veamos. Rompo nuestra alianza. Gracias por lo que habéis hecho por mí.

Me doy la vuelta y empiezo a subir las escaleras que llevan a la galería del segundo piso. Nadie me sigue. Nadie se marcha. Percibo el viento que se levanta sacudir las faldas de sus túnicas.

—Orión...

La voz de Atenea es casi un ruego.

—¡No! —Me detengo y me vuelvo. Las veo desde arriba, y de pronto me

parecen muy pequeñas. Muy lejanas—. No sigas. No sé lo que vas a decir, pero puedo imaginarlo. ¿Apelarás al hecho de que una vez me ayudasteis? Y, por supuesto, obviarás que me ofrecisteis auxilio solo porque os convenía a vosotras. Pero, pese a que éramos aliados, no me tratasteis nunca como igual.

Ambas diosas fruncen el ceño. Se miran. Dudan.

—¿De qué estás hablando? — pregunta, cauta, Artemisa.

—¡Hablo de que nunca supe lo de Hades! Hablo de que podríais haberme contado de mi procedencia —siseo—. Y, en cambio, eso nunca lo

mencionasteis. ¿A qué estabais esperando?

—No nos correspondía a nosotras —susurra Atenea.

—No queríamos que sufieras más, Orión. No lo merecías —interviene su compañera.

—Merecía *saber* —replico, alzando un poco más la voz. Creo que la alzo, al menos. Lo cierto es que tengo que hablar por encima de un insistente zumbido que siento en los oídos—. Pero en realidad vosotras nunca pensasteis en mí. Solo os importaba vuestro objetivo.

—¡Igual que a ti el tuyo!

Doy un respingo, sorprendido. Atenea no alza la voz nunca. Ella

siempre trata de ser neutral, comedida. Pero ahora, de pronto, me fijo realmente en ella y descubro que tiene el rostro arrebolado. La sangre en sus mejillas tiñe su piel de dorado, como si tuviese dentro una pequeña luz.

—Sabéis que no pretendía despertar a Eris solo por mí.

—¿Cómo de seguro estás de eso, Orión? Es tu madre. No sabías cómo era, pero querías conocerla. Estabas desesperado por alguien que te salvase. Y decidiste volcar todas tus esperanzas en ella. ¿A quién crees que engañas, diciendo que quieres un Mundo Superior mejor? Solo querías un Mundo Superior mejor *para ti*. Y por eso ahora estás

aquí. Por eso ahora lo abandonas a su suerte. ¿O acaso vas a ir a buscar a Eris para volver a encerrarla en el laberinto? ¿Acaso vas a hacer algo para enmendar tus errores?

Aprieto los puños. Está siendo injusta. No sabe que cada una de sus palabras se me clavan en la piel como agujas. No sabe por lo que he pasado. Hago rechinar los dientes.

—¿Y qué has hecho tú para aprisionar a Eris de nuevo? —Es Asteria la que habla ahora, defendiéndome—. Tú también la liberaste.

Atenea se vuelve hacia ella con fuego en la mirada, y yo temo que vaya a



hacerle daño. Un instante después, por supuesto, recuerdo que no puede. Que Asteria, con sus poderes, podría torturar a cualquier dios y hacerse más fuerte con su sufrimiento.

—Yo no estuve jamás en ese laberinto. Lo único que hice fue entregarle a Orión un brazalete que lo ayudaría a escapar de Hera.

Entorno los ojos. ¿Así es como lo ve? ¿Eso es todo? Artemisa misma parece algo sorprendida con las palabras de su amiga. Una parte de mí puede entender a Atenea: quiere olvidarse de todo. La otra, sin embargo, se niega a seguirle el juego. No sé en qué momento lo he hecho, pero de

pronto me veo con el brazalete en la mano. Lo aprieto entre los dedos y luego lo lanzo, con fuerza. Se estrella contra el suelo y rebota, con un sonido que se hace eco en mi cabeza. Aún rueda un poco más lejos antes de detenerse. Me doy cuenta de que estoy jadeando.

—Pues ya está. Ahí lo tienes de vuelta, Atenea. Te recomiendo que lo destruyas. No creo que quieras dejar pruebas de tu traición por ahí.

Creo que nunca nos habíamos mirado con tanta fijeza como en este momento. Creo que nunca había perdido la calma tan descaradamente delante de ella. Pero la creía mi amiga. Lo más cercano a una amiga, al menos, que

podía tener entre los dioses. Ella y Artemisa solían cuidarme. Artemisa me dio mi nombre. Solían darme su apoyo en todo, incondicionalmente. Cuando lloraba, ellas me consolaban. Cuando no soportaba las órdenes de Hera, ellas me daban ánimos. Me confortaban.

Y yo creía que iban a estar conmigo hasta el final, si es que eso existe para los dioses.

Pero ¿qué esperaba exactamente? Son todos iguales. No les importa nada más que ellos mismos.

Y quizá yo sea la prueba de ello también.

Me doy la vuelta, descorazonado, y termino de subir las escaleras. Decido

que mi cuarto es el lugar más seguro y me encierro allí. Me siento sobre la cama, abrazado a mis rodillas, y cierro los ojos.

Dejo que los minutos pasen en un silencio en el que trato de no seguir pensando. En el que trato de olvidar.

Ni siquiera la oigo llegar. No sé cómo ha podido entrar en un silencio completo. No sé cuánto tiempo ha pasado. Solo sé que Asteria se sienta a mi lado y busca mi mano, con suavidad, y la sostiene en la suya.

—¿Se han ido? —murmuro, bajito.

Ella no responde. En su lugar, ajusta el oro en torno a mi brazo. El brazalete vuelve a su sitio. Por supuesto, como era

de esperar de una de las obras de Hefesto, no ha sufrido ningún daño, incluso tras haber rebotado contra el suelo un par de veces.

—No sé cómo se tomará Ligeia que le haya gritado a su madre.

Trato que mi tono sea descuidado, pero no me sale exactamente como quiero. Me ha quedado un poco lastimero. Aunque, bien mirado, es justo así como me siento.

—Francamente, creo que le traerá sin cuidado. No es como si Atenea se hubiera preocupado mucho por ella.

Asteria suelta mi mano y me frota el brazo, como si quisiera hacerme entrar en calor. No es hasta que lo hace que me

doy cuenta de lo helado que estoy. Cierro los ojos de nuevo y me concentro en su caricia.

—¿Estás bien? —susurra.

Lo cierto es que no, pero no puedo dejárselo ver.

—Estoy preocupado —mascullo tras un silencio que parece que no vaya a romperse—. Temo lo que pueda causarte por ser mi aliada..., mi amiga.

Apoyo mi cabeza en su hombro. Justo cuando había pensado que podría alejarme de todo, alguien se mete en mi camino. Y una parte de mí, aunque no lo quiera, me dice que esta podría ser la última. No sé qué pretende Hades, pero no me extrañaría que el castigo que me

puso la última vez le pareciese poco.

—Nadie irá a por mí, Orión. Es Eris la que les importa a todas. Hades va a por ella.

—Y a por mí.

—Las diosas no lo apoyan. Puede que dejen que tenga su venganza sobre Eris, pero contigo...

Se me escapa una carcajada. Un sonido envenenado, ácido, que me quema en la lengua. Sabe a bilis, a miedo.

—Conmigo ¿qué? ¿Crees que alguien lo va a detener? ¿De verdad piensas que algún dios va a preocuparse por mi suerte? ¡Les doy igual!

—¡A mí no me das igual, y te

recuerdo que ahora soy una diosa también!

Alzo la vista, sorprendido. Asteria me mira con dureza. Bajo la mirada, arrepentido por mis palabras. Es cierto. No todos los dioses son iguales, ahora que ella forma parte de nosotros. Ella ha estado a mi lado todo el tiempo. Me ha enseñado las bases para que no esté desprotegido. Me sacó del Inframundo y me ha acompañado en mis días más oscuros.

Asteria me ha enseñado lo que significa ser parte de una familia.

Alzo los brazos casi de forma inconsciente para abrazarla. Ella me pasa uno de los suyos por encima de los



hombros. La siento suspirar. Sus labios se posan sobre mi frente. Es un gesto tan tierno como protector, y el corazón me da un vuelco y me empieza a latir más rápido. Sé que no puede oírlo, pero a mí me preocupa lo fácil que es que ella desestabilice mi mundo. Me preocupa lo que puedo llegar a sentir.

—Gracias... —me escucho susurrar, con voz ronca, contra su hombro. No sé si me oye, pero da igual—. Gracias por todo.

Por cuidarme. Por protegerme. Por salvarme. Por abrirme los ojos. Por darme olvido. Por darme lo más parecido a la paz que he tenido jamás.

—No he hecho nada...

La miro. Parece confundida. Yo no dejo que diga nada. Estiro el cuello y poso mis labios en los suyos, dispuesto a dejar atrás la escena con las diosas o todo el peligro que nos acecha. No quiero pensar más, y ayer, en el templo... Ayer ella me demostró que eso es posible cuando estamos juntos. Cuando puedo perderme en su piel, y ella en la mía, y nos dejamos llevar por lo más instintivo, tanto para dioses como para mortales.

Al principio, temo que ella me separe. Sé que sería lo lógico. Que se niegue a seguirme la corriente. Que ponga fin a esto. Pero contra todo pronóstico... corresponde. Lo hace tras

un segundo de duda, pero tras ese instante sus labios se mueven contra los míos con seguridad. Eso me da alas. Alas para acariciarla, para subir una de mis manos y apoyarla en su cuello, donde puedo sentir su pulso latir con fuerza. Donde parece que la vida corre bajo su piel.

Tengo la certeza de que encajamos, pese a nuestras naturalezas. O tal vez, precisamente, por ellas.

Cuando mis dedos se deslizan hacia abajo, por su pecho, y tratan de encontrar el punto exacto donde está su corazón, apartando la tela de su túnica, ella se separa. Lo hace con suavidad pero firme, cogiendo mis manos para

guardarlas entre las suyas. La veo tragar saliva un segundo antes de que sus ojos me observen con fijeza, enfrentándome con serenidad pese a que tiene la respiración perdida por nuestro beso.

—¿Crees que es sensato seguir jugando a este juego, Orión?

Trago saliva. Su corazón me late con tanta fuerza en los oídos que apenas puedo distinguir el sonido del mío propio. Creo que no la entiendo. Esto no es ningún juego. Sé perfectamente lo que estamos haciendo. Mis manos se aferran a sus dedos, porque no sé qué hacer con ellas.

—¿Juego...? —repito.

—Puede que estuviera bien ayer,

pero no sé si debe convertirse en una costumbre. No conmigo, al menos. — Escapa de mí, dejándome las palmas frías y con un cosquilleo—. Hay muchas personas ahí fuera que estarían dispuestas a ofrecerte olvido. Pero yo... Ya te lo dije: no quiero hacerte daño, Orión.

Sacudo la cabeza, sin llegar a entender del todo de qué está hablando. ¿Qué quiere decir con otras personas? ¡Yo no quiero a otras personas! No confío en nadie. No puedo hacerlo. Yo no soy como Zeus, que se dedica a ir de mortal en mortal, probando cada cuerpo como si siempre tuvieran que estar a su disposición. Yo no soy un hedonista. Es

Asteria la que me atrae. Su vitalidad, incluso su furia. Y aunque pensé que toda esa atracción se marcharía una vez que nos acostásemos, ha sido al revés; desde ayer, lo único que hago es ser todavía más consciente de su presencia, de sus latidos, y de cómo encajaron nuestros cuerpos.

Y, por supuesto, sé que no quiere hacerme daño. Y no tiene por qué.

—Asteria, sé lo que hubo entre nosotros —le aclaro, por si su miedo es que haya malinterpretado los besos y las caricias—. Y sé, también, que ambos buscamos lo mismo. Que no somos tan diferentes, después de todo. Que en este momento no encontramos paz en ningún

lado... Excepto ayer, ¿no? Ayer, por primera vez en mucho tiempo, lo olvidamos todo. Quiénes éramos, o qué problemas nos perseguían.

Bajo la vista. No creo que esté tan mal. Los dos nos merecemos un descanso, y quizá podamos encontrarlo en un montón de caricias, ya que no lo hallamos en otro lugar.

—Te dije que quería protegerte, Orión. También de mí. Hasta ahora, todas las personas que se han relacionado conmigo...

No termina la frase. No hace falta. Sé que está pensando en sus hermanas. Siento su corazón latiendo más rápido, su ansiedad. Incluso el escalofrío que la

recorre cuando recuerda.

Ante mí tengo a la primera diosa que rechaza su naturaleza. Que ha decidido que no quiere ser lo que su poder le dicta.

Asteria está harta del dolor.

Cuando alzo la mano para tocar su mejilla, ella se estremece. Por primera vez temo que sea ella, y no yo, la que se rompa. Creo que puedo ver las grietas. Asteria se mantiene unida a base de fuerza de voluntad. De una fuerza después de haberlo perdido todo que me hace envidiarla y sentir pena por ella al mismo tiempo. Porque, al fin y al cabo, ¿cuánto más puede aguantar, hasta explotar y deshacerse en un millón de



pedazos?

Esta vez, cuando me inclino, no es para besarla en la boca, sino para posar mi frente contra la suya. Asteria tiene en sus ojos un millar de miedos y remordimientos, y no sé cómo no los había visto antes. Aunque siempre me ha parecido que tiene sangre en la mirada, hoy me doy cuenta de que nada más lejos de la realidad: lo que tiene es fuego. El fuego de la lucha, de la resistencia, que se mantiene encendido pese a la tormenta y se alimenta de resolución.

—He aprendido a conocerte, Asteria, y sé que todo lo que alguna vez has hecho ha sido por proteger a quienes

quieres.

—Eso no cambia el resultado...

—Sí, sí que lo cambia. Puede que no pudieses salvar a las tuyas. —Cojo su rostro entre mis manos cuando sus labios se aprietan—. Pero al menos intentaste cuidar de ellas hasta el final. Y por eso, porque hiciste todo lo que pudiste por ellas, murieron sabiendo cuánto significaban para ti. Y si muero, si Hades se vuelve loco y termina con todo para mí, al menos sabré que le importé al menos a una persona.

Suena muy derrotista. La garganta se me cierra y no puedo continuar, pero dejo que mi expresión diga el resto: que nunca pensé tener a nadie a mi alrededor

de la manera en la que ella lo está.

—No vas a morir, Orión —me reprende ella de pronto, reaccionando. Parece enfadada por mi seguridad—. No voy a permitir que Hades, o quien sea...

Me apresuro a poner el índice sobre sus labios, obligándola a callar.

—Aunque te duela, no eres rival para Hades. Si viene a por mí, prométeme que no te meterás. Prométeme que no harás ninguna locura.

Ella, por supuesto, no lo hace. Frunce el ceño y deja de ser solo Asteria para convertirse en la Amazona Roja, la luchadora, la que nunca se rinde. Las grietas, abiertas a mis ojos hasta hace un momento, desaparecen. Se

recompone, no sé cómo, y aleja el dolor para mirarme con severidad. Se lo guarda todo dentro y de nuevo vuelve a ser la fuerte de los dos.

—Nunca prometo aquello que no voy a cumplir.

Yo aprieto los dientes, casi suplicante.

—Asteria, no vuelvas a ponerte en peligro por mí. Ya lo has hecho suficientes veces. No podría perdonarme que lo hicieras una vez más.

—¿Y crees que yo podría perdonarme el quedarme de brazos cruzados?

Se hace un silencio entre los dos, porque no tengo palabras para responder

a eso. Si todavía se culpa por lo de sus hermanas, cuando hizo todo lo posible, ¿cómo podrían ser sus remordimientos si algo me pasara y ella no hiciera nada para evitarlo?

Ella suspira, finalmente, y es la primera en apartar la vista. Casi sonrío con ironía, aunque es una ironía triste.

—Somos dos idiotas.

—¿Qué?

—Que somos dos idiotas, porque vamos a hacernos daño de cualquier manera. —Nuestros ojos se vuelven a encontrar y yo entiendo exactamente lo que quiere decir—. Ya es demasiado tarde, ¿no? Si algo te pasa sufriré por ti, y tú harás lo mismo si algo me sucede a

mí. Si no podemos ayudarnos, vamos a sufrir por ello. Si nos ayudamos, nos sentiremos culpables por arrastrarnos.

Supongo que tiene razón. Es demasiado tarde. Por eso vuelvo a apoyar mi frente contra la de ella, en silencio, porque si va a ser así, al menos quiero aprovechar su cercanía. Mis dedos acarician su boca, arrastrando su labio inferior bajo su tacto. Nunca me había dado cuenta de que hay una pequeña cicatriz en su comisura izquierda.

Asteria casi parece frustrada, pero también mira mi boca. No soy el único que se sintió bien ayer. Solo me estaba deteniendo para que no nos aferrásemos

entre nosotros como si así pudiéramos salvarnos.

Ella también quiere besarme. Ella también quiere la paz que probamos ayer.

Puede que seamos dos cobardes huyendo al único rincón del mundo en el que podemos sentirnos a salvo, pero qué más da.

—Creo que en este tiempo contigo he aprendido que ninguna vida tiene mucho sentido si no se acepta el dolor como parte de ella, Asteria.

Esta vez no se separa. Estamos tan cerca que cuando responde nuestros labios vuelven a rozarse:

—¿Crees que por eso no podemos

alejarnos?

—No. Creo que, simplemente, en el fondo, no queremos hacerlo.

No espero su respuesta. No sé, de hecho, si llego a pronunciar las últimas palabras, porque, cuando me quiero dar cuenta, estoy besándola. Ella no se aparta, confirmando mis palabras.

Caemos en la cama.

Si ya estamos perdidos, al menos que pueda perderme en ella también.



# ASTERIA

Mañana mataré al Emperador.

Aunque hacía unas semanas el tiempo de espera me parecía frustrante, ahora me parece que ha sido demasiado corto. Los últimos días han pasado como una espiral extraña en la que todas contábamos los días y al mismo tiempo preferíamos no pensar. Ligeia sigue pasando los días en su biblioteca, pero los aprovecha para revisar documentos sobre el Imperio, para ponerse al corriente de cada pequeña cosa útil que

puede descubrir desde su limitado espacio. Después, en el tejado, dejamos las historias ficticias para hablar de la persona en la que se convertirá cuando sea emperatriz. La primera noche que hablamos en aquel lugar no supe identificar si ella de verdad quería el destino que le había tocado, así que una noche, cuando Orión ya se había retirado, se lo pregunté. Ligeia tardó unos segundos en responder:

—Quería a mi padre —me dijo, en un susurro—. Me dolió su muerte porque me quiso y me cuidó, pero también porque era un buen hombre y un buen soberano. Nunca le importó que Atenea no se hiciese cargo de mí, que ni

siquiera bajara nunca a vernos. Él siguió queriéndola, y quizá por eso me adoraba a mí también. Pero si algo adoraba, Asteria, era Élada. Sé que no conoces el Imperio, pero tus días felices también fueron los de este lugar. Mi padre no arrasaba pueblos, como hace su hijo. No esclavizaba gentes y aplastaba culturas. Conquistó territorios, sí, pero no lo hizo con la guerra como bandera, sino a partir de la sabiduría y el diálogo. Cuando él murió, todo aquello se perdió. Todo lo que él amaba fue enterrado. A mí me metieron en una biblioteca, pero a Élada también la condenaron. La Élada que él quería ya no existe. Y me gustaría traerla de

vuelta.

—¿Crees que es posible?

—Creo que tengo que intentarlo. —

Me miró con resolución—. ¿Recuerdas la primera noche que pasamos juntas aquí arriba? Me dijiste que tenía el poder de cambiar las cosas. Y creo que es verdad. Que puedo acabar con la sangre y con otras injusticias. Que puedo evitar que alguien vuelva a sufrir lo que has sufrido tú. Y si tienes ese poder, ¿no es tu responsabilidad usarlo?

No le respondí. No creo, de todos modos, que esperase una respuesta, porque ella ya había decidido luchar su propia batalla. Tomé su mano y me la llevé a los labios para darle un beso en

el que esperaba que viese que me sentía orgullosa de ella.

—Me gustaría ver el mundo que puedes alumbrar.

—¿Y te quedarás cerca para proteger ese mundo?

Casi sonreí. Me pareció que lo que Ligeia realmente me pedía era que me quedase a su lado, pero cuando la miré ella solo observaba las estrellas, como siempre.

—Sí.

No se lo prometí, porque no hay seguridades ya en nuestras vidas. Pero eso le bastó. La historia que me contó Ligeia aquella noche fue la del futuro que quería crear.

Respecto a Orión, él y yo ocupamos los días volviendo a entrenar, aunque ahora es más una rutina para distraernos que una manera de prepararnos para algo. Me enseña lo poco que podría faltarme saber de mis poderes, como a ver cualquier lugar del mundo en el agua. Al parecer, es así como las diosas espían a las mortales sin involucrarse en sus vidas. Cuando lo descubrí, lo primero que pedí fue ver mi poblado, y cuando este apareció fue casi como volver atrás en el tiempo. Como un sueño y, al mismo tiempo, una pesadilla. Seguía siendo un mundo verde y azul, tal y como lo recordaba, pero vacío. Las casas, que antes ocupaban las copas de

los árboles, estaban llenas de musgo y derruidas. El manantial era lo único que permanecía igual, y casi me pareció escuchar los cantos de las ninfas resonando en los rincones.

—¿Quieres... ir? —me preguntó Orión—. Todavía tenemos los brazaletes. No pasará nada si...

—No —susurré yo. Negué con la cabeza. Cerré los ojos—. No hasta que las haya vengado.

No podía volver a ese hogar sin sentirme digna de él. Orión lo comprendió. No dijo nada e hizo desaparecer la imagen antes de besarme. Creo que lo hizo para que olvidara, pero con el paso de los días ya no sé cuándo

nos acostamos para buscar paz y cuándo jugamos a un juego en el que parece que estamos condenadas a quemarnos. Así es como intentamos escapar de un mundo en el que no sabemos qué es lo que pasará la hora siguiente. Así hemos estado viviendo: esperando que algo horrible sucediese; que Eris volviese, que Hades asaltase la casa...

Pero nada de eso ha pasado, y la quietud solo ha traído consigo la ansiedad, porque sé que el hecho de que nada ocurra significa que solo se están preparando para dar un golpe maestro.

Y mañana..., mañana yo me expondré a la vista de todas.

Les he prohibido a Orión y a Ligeia



acompañarme al desfile, aunque sé que querían estar conmigo en el momento en que acabe al fin con la vida de quien me lo quitó todo. Pero seríamos demasiado fáciles de interceptar si algo sucede. Si estoy yo sola, no tendré que preocuparme de proteger a nadie más. Si estoy yo sola, pase lo que pase tengo oportunidades. Ligeia me ha dicho que lo deje estar. Que me rinda o busque otra ocasión. Pero no puedo hacerlo. Sigo despertándome en medio de pesadillas en las que ese capullo corta cabezas sin ton ni son y se burla de mi pueblo. Se burla *de mí*. En algunas, pisotea los cuerpos de mis hermanas. En otras, veo mi propia cabeza en sus

manos. No soporto que esté vivo y ellas estén muertas. No estaré satisfecha hasta que no sepa que lo he destruido para siempre. Y mañana es mi única oportunidad de hacerlo.

Suspiro, apoyando mi barbilla contra las rodillas. No he bajado a cenar. Las diosas no necesitamos algo como eso, pero Orión y yo siempre desayunamos y cenamos con Ligeia, para acompañarla y quizá sentirnos más parte de este mundo. Esta noche, sin embargo, no me he sentido con fuerzas. No me encuentro bien. Siento ganas de vomitar y el nerviosismo no me deja respirar. Tengo un mal presentimiento, y sé por qué es.

Todo el mundo sabe que odio al Emperador. Todo el mundo sabe que aprovecharé cualquier oportunidad para asesinarlo. Así pues... mañana seré un blanco fácil. Mañana podrían atraparme, y lo peor es saber que podrían hacerlo antes de que cumpla mi venganza.

Mañana podrían matarme, quitarme para siempre del medio, y todo lo que he hecho no habría servido *para nada*.

—Nos has abandonado.

Aparto la vista de las estrellas, en las que he tenido la vista fija hasta ahora, casi imaginando cómo sería la constelación que contase esta historia. Ligeia y Orión se mueven por el tejado y se sientan ambas a cada uno de mis

lados. Ha sido la bibliotecaria quien me ha acusado, pero el dios parece apoyarla.

—No tenía apetito —me excuso.

—Como todos los dioses —protesta ella.

Sí, ha sido una mala excusa, Asteria. Trato de disculparme con un intento de sonrisa.

—¿Estás bien?

Miro a Orión, que no tiene sus ojos en mí, sino en el cielo. A él no le ha gustado la idea de dejarme ir sola mañana. Cuando se lo dije a Ligeia y a él, las dos protestaron, pero el dios pareció sentirse especialmente traicionado. Supongo que lo entiendo.

Yo, después de todo, le dije hace días que no le prometería no involucrarme si algo ocurría y ahora lo obligo a hacer justamente eso.

—Lo estoy. No os preocupéis por mí. Todo pasará rápido.

Siento la mano de Ligeia posarse sobre la mía y vuelvo la vista hacia mi amiga. Ella me observa con los labios apretados.

—Asteria, puedes dejarlo estar, puedes... rendirte con esto. Él no es tan importante, no es...

—¿Cómo puedes decirme tú eso? ¿No prefieres la vida de emperatriz a la de presa?

—No sé si la prefiero a cambio de

perderte, Asteria.

Suspiro. Siento la mano de Orión, también, encima de mi otra mano. Ahora sí, él me mira.

—Tus hermanas tampoco querrían una venganza a riesgo de tu vida. Yo... Yo me rendí en mi batalla. ¿Por qué no lo haces tú con la tuya?

En el fondo, saben que no lo voy a hacer. Me parecen intentos desesperados por protegerme, pero no se dan cuenta de que si no lo hago nunca tendré ni un asomo de paz de verdad.

Cierro los ojos, dejando caer la cabeza.

—Si algo me pasa... —Sus manos se aprietan sobre las mías, y yo me

estremezco. De pronto siento ganas de llorar. Son unas ganas estúpidas e imprevistas, pero me recorren el cuerpo hasta subir a mis ojos, que pican.

—No te va a pasar nada. Lo sé. Y yo lo sé todo, ¿recuerdas? —susurra Ligeia. Su frente se apoya en mi hombro. Su mano se agarra con fuerza a la mía.

—No puede pasarte nada —sigue Orión. Su cabeza se apoya contra la mía, su voz sonando cerca de mi oído—. Te hice un juramento. Te dije que te protegería. Si algo te pasa, me estarás condenando, ¿verdad? Y tú nunca dejarías que eso ocurriera...

Me encojo sobre mí misma.

—Si algo me pasa —repito—,

quiero que no lo penséis. Si alguien aparece, no hagáis locuras. No os entrometáis. Dejad que yo lo enfrente. Y seguid adelante. Cuidaos. Tú, Ligeia, tienes que arreglar lo que ese hombre ha hecho. Elimina el anfiteatro y sus batallas y crea ese mundo que quieres. Y tú, Orión...

—No —me interrumpe él. Su voz suena a quejido, a gruñido—. A mí no vas a decirme qué debo hacer sin ti, Asteria.

—Orión...

—Calla —exige con la voz más fuerte que le he oído hasta ahora—. No queremos oír esto. Ni Ligeia ni yo. No *tenemos* que oírlo, porque mañana no



pasará nada.

Ligeia asiente, pero no dice nada más. Simplemente se acomoda, escondiendo su cara contra mi brazo. Creo que tiembla, y no es de frío.

Vuelvo la vista al cielo, apretando los dientes. Quiero insistir, pero ya no me veo con fuerzas. No puedo decirles nada. No puedo hablar, como si mis cuerdas vocales se hubieran olvidado de cómo vibrar. Todavía tengo ganas de llorar, y ya no reconozco si el temblor que siento es el de Ligeia o el mío.

Cuando me convirtieron en gladiadora, nunca tenía miedo antes de luchar. Cuando estaba en la arena, simplemente miraba a mi alrededor y

pensaba que no me gustaría morir allí, pero no había *terror*, porque vivía una vida que ya no me pertenecía. Incluso teniendo a mis hermanas vivas, no era feliz. Pero los últimos días he vuelto a conocer algo de paz y libertad, aunque haya sido teniendo que escondernos en una casa. He vuelto a conocer algo de alegría, incluso si ha sido con la desconsuelo de la pérdida sobre los hombros.

Por eso ahora sí siento el terror. Por eso me atrapa y me martiriza y me deja muda.

Porque ahora tengo una familia con la que he vuelto a aprender a sonreír. Con la que he recordado cómo sentir

algo más que odio. Es una familia pequeña, imperfecta, pero Orión y Ligeia se han convertido en lo único que me ha seguido dando ganas de vivir después de que se me arrebatase todo lo que tenía antes.

Por primera vez en muchos años, siento miedo de la muerte.

Mañana mataré al Emperador.

Mañana quizá también me maten a mí.



# ASTERIA

La llegada del Emperador al templo de Hera está planeada para el ocaso, y él solo puede imaginar que el rojo del cielo se va a mezclar con el rojo de su propia sangre.

Hasta entonces, yo espero, convertida en invisible.

La ciudad está llena de gente, de cerca y de lejos, venida de todos los rincones del Imperio. Los templos están decorados y las estatuas de las divinidades se engalanan con telas de la

mejor calidad y joyas de oro puro. Las ladronas se llenarían los bolsillos, si pudieran, pero nadie se atreve a desafiar a las diosas profanando los tributos que se les hacen.

Ligeia me ha explicado que las Heraias son las fiestas más importantes de todas las que se celebran en Élada: durante una semana, personas de todos los lugares, algunas incluso de más allá de los confines del Imperio, pero creyentes de nuestra fe, honran a la reina de las diosas con canciones y funciones de teatro que la tienen como protagonista —siempre, por supuesto, en papeles de benefactora, nunca de mujer vengativa—, y miles de peregrinas

pasan por su templo para pedir su favor. Estos días son también los que muchas parejas escogen para casarse, creyendo que así la diosa les obsequiará con un matrimonio duradero y feliz. Me parece cuanto menos irónico, teniendo en cuenta que el matrimonio de Hera es duradero, sí, pero parece cualquier cosa menos feliz.

El comienzo de las festividades lo marca el Emperador. Según la tradición, él ha de ser quien, con el atardecer, haga la primera ofrenda a la reina, para que lo salvaguarde a él, a esta ciudad, y a sus habitantes. Miro al cielo, por el que pasan algunas nubes, protegiendo el velo que separa este mundo del Mundo

Superior. Me pregunto si Hera, desde allá arriba, seguirá protegiéndolo hoy, pese a todo. Me pregunto si me impedirá llevar a cabo mi venganza... Sé que Zeus intercedió por Orión y por mí, porque Artemisa y Atenea nos lo dijeron en su última visita, pero eso no significa que se me vaya a perdonar la afrenta de matar a un Emperador. Quizá esto vuelva a ponerme en el punto de mira, si es que lo consigo.

El sol comienza a descender y los colores a mezclarse en el cielo. A mi alrededor la gente celebra, ríe y canta. Me dan asco. Es la misma gente que se divertía en el anfiteatro. Personas que disfrutaban con la muerte... Bien, hoy les



daré el mejor espectáculo que puedan imaginar.

Entonces comienzan a escucharse los vítores. Élada clama por su soberano y yo siento ganas de sonreír, aunque sé que es una sonrisa cruel. Llamad, llamad por él. Llamad con alegría. Pronto lo haréis con pánico.

Alguien le desea una larga vida. No. No la tendrá. A su vida le quedan minutos. Aunque hasta ahora estaba aterrorizada por lo que pudiera pasar, ese pensamiento me consuela. Ese pensamiento me quita el miedo, porque al fin voy a vengarme. Al fin, después de tantos días, después de tanta rabia...

Al fin voy a devolverle a ese

hombre todo el sufrimiento que él nos dio.

Entonces lo veo. El Emperador, vestido de púrpura, con su corona de laurel alrededor de la cabeza, monta un caballo blanco engalanado con bridas doradas y flores entre sus crines trenzadas. Se abre paso por el camino principal, rodeado de toda una tropa de guardias que lo protegen. Pétalos blancos llueven sobre él, que saluda a sus súbditas. Está firme sobre su montura, con la espalda envarada y sin sonrisa. Sus ojos pequeños miran de uno a otro lado, buscan entre la multitud. *Me* buscan. Sabe que estoy aquí. Sabe que he venido a por él. Me preguntaba si me

habría olvidado, pero no lo ha hecho. Tiene miedo. En sus pupilas se dibuja la seguridad de quien sabe que no le queda mucho tiempo.

Que empiece la función.

Ni siquiera me hago visible antes de lanzar el primer ataque. Antes de fijarme en su pecho. Me gustaría que su piel se llenase de cicatrices con los nombres de mis hermanas. Lysandra, la primera. Oh, tenía un nombre tan bonito, con tantas letras... Ocupará mucho espacio. A ella será a la primera que vengue.

Entonces ocurre. Mi poder aparece y cae sobre él. Directo, impío, sin consideración. Recuerdo el momento en el que yo misma fui una muñeca en

manos de Algos. Cuánto sufrí, mientras las cicatrices se abrían por todo mi cuerpo. Cuánto va a sufrir el Emperador.

Su grito, cuando llega, es música para mis oídos.

El caos comienza y yo no puedo evitar preguntarme si Eris estará viendo esto. Si es así, sin duda lo disfrutará; se relamerá ante el miedo y la incomprensión en los rostros de la gente, ante los chillidos entre la alarmada multitud al ver cómo la túnica de su gobernante se tiñe de rojo. Observo desde lejos el rostro contorsionado, mientras los estremecimientos de placer comienzan a apoderarse de mí. Ah, esto es solo el principio.

Creo que había echado de menos mi mundo rojo.

Doy un paso hacia delante, saliendo a la vía, y me hago visible.

Las gentes de Élada gritan mi nombre, y no es como cuando lo clamaban en el anfiteatro. Lo hacen con miedo. Pero a mí no me importan sus gritos, ni siquiera sus caras, ni cómo algunas personas echan a correr para huir de mi ira y del castigo que les prometí. Solo me interesa el rostro del Emperador, que abre mucho los ojos al verme. Su expresión es la del moribundo que sabe que la muerte le sobreviene, la de aquel que dedica sus últimos ruegos a Hades y prepara las monedas para que

las coloquen sobre su lengua.

Sabe que he venido a por él.

Sabe que esta vez no lo dejaré escapar.

—Tú...

La guardia se echa sobre mí antes incluso de que el gobernante dé la orden. Imbéciles. Solo tiene que morir alguien hoy, no os sacrificéis en vano. Solo necesito un par de vistazos para que quienes se atreven a ir a por mí caigan. Ni siquiera necesito alzar las manos. Ni siquiera necesito moverme. Las réplicas de su sufrimiento me alimentan, pero eso me enfada también: no quiero que ninguna sensación me distraiga del dolor del Emperador.

Quiero ser consciente solo *de él*. Quiero disfrutar como él disfrutaba mientras nos observaba morir desde su podio. No me importa si eso me convierte en el mismo monstruo que ese hombre ha sido siempre: al fin y al cabo, ya hace mucho que perdí mi humanidad.

Los gritos crecen a mi alrededor, pero es el alarido del Emperador ante un nuevo ataque el que me hace realmente feliz: un hueso roto. El *crack* que nadie oye excepto yo me arranca la sonrisa, tan sádica como feliz. Su dolor podría volverme completamente loca de placer.

Lo veo intentar coger las bridas de su caballo para retroceder. Quiere huir.

Cobarde... Solo es un cobarde.

Por eso le corto las manos, para que no pueda escapar.

Una primero. La otra después.

El Emperador cae al suelo con un aullido que contiene el horror indescriptible de ver un millar de cadáveres amontonados a tu alrededor: todos los que han provocado sus órdenes deben ocupar ahora su cabeza. O quizá no lo hagan: quizá ni siquiera ahora se arrepienta. Pero si es así, haré que eso cambie. Puede estar seguro.

La montura sobre la que se paseaba se alarma y se encabrita. Las manos del hombre quedan colgando de las riendas del caballo, que sale corriendo por entre la gente que retrocede y le abre paso,



temiendo ser pisoteada. Río ante la visión.

El sufrimiento de ese engendro, del hombre que me jodió la vida, que nos jodió la vida a todas, me atraviesa como un latigazo y yo dejo escapar un suspiro de regodeo, de pura satisfacción. Oh, Algos, cómo te entiendo ahora, cuánto tuviste que gozar con el pobre Orion...

Ni siquiera puede levantarse. ¿Cómo va a hacerlo? No tiene manos. Bajo él, las extremidades cortadas dejan un reguero de sangre sobre la alfombra de pétalos, tornando su color blanco y lleno de pureza en mi adorado rojo. Me relamo. Es como si de pronto tuviera sed. Como si quisiera beber esa sangre.

—No es este el recibimiento que esperaba, Emperador... ¿No vas a decirme nada, después de tanto tiempo?

—Un paso hacia él. Luego otro. Ainia será la siguiente en ser vengada. Que su nombre aparezca en su frente, porque le cortó la cabeza. Los cortes empiezan a aparecer, muy lentamente—. ¿No estás contento? Mira toda la sangre que tienes a tus pies. No es la arena, pero... ¡mira! ¡Todo tu pueblo está presente! ¡Todas van a ver el espectáculo!

«Que Hera nos guarde», oigo que dice el pueblo de Élada a mi alrededor. «Va a matar al Emperador».

«El Emperador ha insultado a los dioses».

«Es horrible, se desangra».

«¿Hera lo permite? En su día, a su protegido...».

«Ha de merecerlo, entonces».

Sonrío. Así que ese es el poder de la fe. Si una diosa lo hace, está bien hecho. No importan sus motivos, no importa qué lo lleve a ello. Ese es el poder de la religión: el hacer creer a sus fieles que sus ídolos siempre actúan con justicia. Maten, mutilen o desprecien, siempre será porque es lo que debe ser. A las diosas nadie las contraría. A las diosas nadie puede discutir las. Las diosas siempre tienen la razón.

Qué engaño...

El Emperador apenas puede alzar la

cabeza. Sigue gritando, revolviéndose en el suelo. La túnica se le enreda alrededor del cuerpo. Hace un rato ya que no parece púrpura. Se incorpora como puede con los antebrazos, temblando. Su rostro está roto por las lágrimas, rojo por la sangre, y la rabia y el sufrimiento. Tiene los ojos encendidos. Tiembla.

—Tú..., maldita zorra... Maldita... salvaje..., como todas las demás...

—¿Cómo quiénes, Emperador? ¿Te refieres a mis hermanas? —Me acucillo a su lado, apoyando mi cara en una mano. Siento su padecer con tanta claridad como si fuese mi cuerpo el que se llenase de cicatrices poco a poco.

Como si fueran mis manos las cortadas. Es glorioso—. ¿Recuerdas sus nombres? Voy a hacer que los recuerdes, uno por uno. Voy a tatuártelos en la piel con cicatrices, para que nunca los olvides. Con tantas cicatrices como las que nos provocaste tú.

Y lo hago. Uno por uno, los nombres van abriéndose paso en su piel. Cleta. Aracne. Circe. Helena... Todas, absolutamente todas, una por una. A ellas les regalo sus gritos, su horror, su pavor y su angustia más absoluta. Un nombre por cada hermana caída, un nombre por cada día en la oscuridad, un nombre por cada lágrima y por cada voz hundida en la desesperación.

Ismene.

Hipólita.

Electra.

El cuerpo del Emperador se llena con los recuerdos de todo nuestro dolor.

¿Cuánto puede sangrar un solo hombre? La ciudad calla, o quizá yo ni siquiera soy capaz de oír nada más que los alaridos de ese cuerpo que se convierte en un amasijo de carne sanguinolenta y un rostro lleno de marcas que se mezclan las unas con las otras.

Qué visión más hermosa. Qué sensación más maravillosa, esos estremecimientos, ese palpar furioso en su pecho y en el mío.

—Pide perdón —le digo, deteniéndome un segundo. Él apenas puede moverse ya. Sé que está al borde de sus fuerzas, y por eso sonrío, mientras se retuerce como el gusano que es—. Pide perdón, Emperador... Pídenos perdón a todas. Laméntate por habernos arrebatado nuestro hogar. Discúlpate por haberlas matado. Por habernos arrebatado nuestra vida y nuestra libertad. Discúlpate, y acabaré con esto pronto... Vas a morir de todas formas, pero al menos así permitiré que sea rápido. Si no..., seguiré cortándote en pedazos, hasta que no quede nada de ti. Le daré tu cuerpo a los perros, desmembrado. Ni siquiera te reunirás

con la tierra, porque no mereces ni ese honor, sino que terminarás en el estómago de cualquier animal...

Pero él no se disculpa. Su cuerpo se estremece y casi parece una risa. Una risa que hace que toda mi felicidad desaparezca, que todo mi cuerpo se tense, que la ira vuelva a consumirme. ¿Cómo se atreve a reír, ahora? Cuando alza el rostro sonrío con una sonrisa rota, de mentira. Su rostro ya ni siquiera es reconocible, empapado de lágrimas y sangre y lleno de heridas.

—Yo al menos me reuniré con ellas..., y tú no lo harás... Nunca más.

Aprieto los dientes. El grito de ira me desgarró la garganta, porque es



verdad. Pese a esto, yo nunca me volveré a reunir con mis hermanas. Pese a mi venganza, él ha ganado, porque nos ha separado para siempre. Porque nos quitó la vida a todas. Porque jamás volveré a verlas...

Cabrón. *Cabrón*. CABRÓN.

Cuando corto el aire con una mano, deseo también cortar su cuerpo.

Y eso ocurre.

El dolor desaparece cuando el cuerpo del Emperador yace en el suelo en dos mitades.

Así muere nuestro enemigo. Así muere el soberano del Imperio de Élada. Así muere el hombre que condenó a mi pueblo.

Me levanto, temblando. Con la furia y el poder poseyéndome todavía. Tengo los puños tan apretados que si pudiera sentir algo quizá me hiciera daño. No voy a dejar que esto quede así. Ese hombre no se merece ni siquiera el descanso de la muerte. No se merece nada.

Me giro hacia el poco pueblo que no ha huido. Hacia las personas que, con ojos abiertos y horror en la cara, me observan. Se abrazan entre sí y parecen tan pálidas como si viesan a un ejército de espíritus tras de mí. Yo las observo, apretando los dientes. El ambiente a mi alrededor es de tormenta, espeso, y yo no sé si tomármelo como una más de las

irregularidades del tiempo desde la muerte de Deméter o como una señal de que Zeus aprueba todo lo que ha ocurrido.

—A este hombre nadie le ha protegido. Diosas y dioses reniegan de él —siseo, apretando los dientes—. Desde hoy, su hermanastra, Ligeia, dueña y señora de la biblioteca de Élada, será ahora vuestra emperatriz. A ella deberéis servir y honrar, por designio divino. Ella es nuestra nueva elegida.

»¡Respecto a este hombre, que es un traidor a los nuestros y a la paz, nadie le ofrecerá ritos! Su cuerpo quedará insepulto fuera de las murallas, a

merced de los carroñeros. No tendrá honor funerario alguno. Nadie le obsequiará con una sola moneda. Nadie quemará su cadáver. Nadie hará *nada*. Este hombre merece pasar la eternidad vagando, recordando sus pecados, y solo cruzará la Estigia cuando el Barquero decida mandarle al Tártaro, porque no hay otro lugar para él.

Nadie protesta: las cabezas se agachan, los ruegos por perdón y rezos para demostrar su fe llenan las calles con un coro de murmullos. Así se acaba con la fidelidad de todo un pueblo: con terror. Eso es lo que hay en sus expresiones.

Y de pronto, sorpresa. De pronto,

miran a todos lados y empiezan a murmurar, aunque yo no comprendo lo que dicen:

«Ha desaparecido».

«Eso era todo lo que tenía que decir».

«Lo ha matado de verdad...».

Pero yo no he desaparecido. Yo sigo justo aquí...

—Veo que te sientes con poder sobre el Inframundo también, muchacha, para decidir quién accede a mis dominios o no... Claro que también decidiste que quien estaba en ellos debía salir.

El frío llega como un latigazo. La euforia del sufrimiento ajeno y el poder

desaparece. Unas manos se posan sobre mis hombros y yo me quedo paralizada, blanca, completamente helada. No es solo una sensación: es como si realmente mi cuerpo se convirtiese en hielo, petrificado. De pronto, un dolor que nada tiene que ver con el que me hace fuerte me inunda el pecho. Es un dolor que ralentiza mis latidos. El frío se extiende por mi piel. No puedo ver, no puedo girarme, pero sé quién está tras de mí; esa presencia, ese olor a cuerpos en descomposición...

Nunca lo he visto antes, pero sé que es él.

Hades.

—Esperaba que vinieras

acompañada, Asteria —susurra la voz. Es cortante como una guadaña, afilada como las fauces de Cerbero—. Esperaba que lo que has provocado atrajese a Eris, pero no ha venido... Y ese bastardo nacido de la sangre tampoco está aquí... Dime, ¿tendré entonces que conformarme contigo?

No respondo. De pronto, no puedo. Todo el poder que había tenido hasta el momento se queda en nada. Se enfría, como todo mi cuerpo. Mis dientes comienzan a castañear. La respiración me pesa. Estoy alerta, pero al mismo tiempo se me caen los párpados. La angustia me atrapa y ya no me deja escapar.

¿Así que esto es lo que se siente al morir, incluso cuando no puedes hacerlo?

«No eres rival para Hades», me dijo Orión hace días. Es cierto. No hay nada que pueda hacer contra él.

La seguridad hace que el terror crezca. Va a matarme. Va a acabar conmigo.

Al menos, he acabado con el Emperador. Al menos, las he vengado...

Aprieto los párpados. No quiero pensar en los rostros de Orión y Ligeia. No quiero pensar que están viendo esto. Por favor, Ligeia, detén a Orión. No dejes que aparezca aquí. No dejes que venga. No miréis. No veáis cómo acaba



conmigo, porque no quiero que sea eso lo último que recordéis de mí.

—En realidad, por alguna razón imaginaba que él no estaría aquí. —La presencia a mis espaldas se mueve. Las manos dejan de presionar mis hombros, pero el frío no desaparece. Cuando Hades se muestra ante mí, está sonriendo, y yo me echaría a temblar si pudiera ante ese gesto—. A ti te importa mi hijo, ¿verdad, Asteria? Oh, por eso fuiste a rescatarlo de *mi* castigo. Hiciste sufrir mucho a mi guardián, muchacha... ¿Qué debería hacer yo? Parece que crees en la justicia de devolver el daño: el Emperador mató a tus hermanas, y tú lo matas a él. Entonces... ¿debería

dejarte ciega, Asteria? ¿Debería arrancarte los ojos?

Cuando extiende las manos hacia mí, creo que lo hará. Me sacará los ojos con sus propios dedos y los aplastará. Quiero gritar por el miedo, pero ni siquiera esa voz consigo convocar. Quiero huir, pero sigo paralizada. Cada vez me cuesta más respirar. Apenas siento ya los latidos de mi corazón.

La mano de Hades, sin embargo, coge mi barbilla. La aprieta. Me obliga a mirarlo de nuevo. No hay nada más allá de nosotros dos.

¿Cuándo he empezado a llorar?

—Pero ¿de qué me serviría eso? Ahora eres una diosa, y podría torturarte

hasta lo indecible, pero te recuperarías —susurra—. No... No, Asteria. Tú vas a serme muy útil, muchacha. Como rey del Inframundo sé que la Muerte tiene que pensar a lo grande. Tiene que pensar en cómo llevarse siempre a los que quiere llevarse. ¿No lo has oído nunca? Cuando la Muerte se fija en una persona, esa persona no puede escapar.

—No voy a...

—Tus hermanas están en el Tártaro, querida.

Y, así, mi mundo pierde cualquier pincelada de color.

No hay rojo, ni verde, ni azul, ni negro, ni dorado. Deja de haber tonos a mi alrededor porque todo se rompe.

Abro mucho los ojos, horrorizada ante la idea. Eso es mentira. Mis hermanas no han hecho nada malo para merecer una eternidad de castigo y sufrimiento: fueron benevolentes en nuestro hogar, y después de que nos lo quitaran fueron mártires. Matamos, sí, a incontables, pero éramos víctimas, obligadas cada día a ello.

Recuerdo a Orión, lo que sufría cuando fui a rescatarle. No. No. Creía que mis hermanas al fin habían alcanzado paz, incluso si era en otra vida. Yo misma le di las monedas al Barquero para otorgársela, incluso si no pude despedirme. Creí que por fin estaban descansando, que por fin...

—No es cierto...

Ni siquiera sé si la voz me sale, porque solo soy capaz de escuchar un sonido agudo en mis oídos. El sonido de lo imposible, del vacío más absoluto. Y después, su risa, tan punzante como su voz. Me devuelve al mundo, pero es un mundo en el que yo no quiero estar.

¿Todo lo que he hecho, incluso matar al Emperador..., ha sido en vano?

—¿No me crees? Deja que te lo muestre, Asteria.

Quiero huir cuando sus dedos se alzan hacia mi frente, pero soy incapaz. Entonces, un montón de imágenes sustituyen lo que tengo frente a mí. De pronto solo soy capaz de ver a mis

hermanas. A todas ellas..., sufriendo cada una un castigo diferente. Ni siquiera les ha permitido estar juntas. El espíritu de Lysandra se consume en una cárcel de fuego que la abrasa mientras ella no deja de gritar. Ainia está enterrada entre un montón de cadáveres y huesos, y cada vez que trata de huir se hunde un poco más en la putrefacción. Helena es pisoteada por mil caballos cada día. A Hipólita la estrangulan serpientes...

Todas, todas... Todas tienen un castigo que no merecen. Y todas sus torturas pasan por mi cabeza en un momento.

Todo por mi culpa.

Me doy cuenta de que estoy gritando con la locura de la desesperación. De que estoy llorando con todas mis fuerzas, de que la garganta se me desgarran, de que el dolor que siento está muy lejos de hacerme poderosa. Intento debatirme, luchar, desaparecer para ir a salvarlas. Tengo que liberarlas. Tengo que liberarlas a todas. Necesitan paz. Quiero su paz. He llegado hasta aquí por su paz.

No he dejado de condenarlas, en realidad.

—Horrible, ¿verdad? —susurra Hades, con aparente pesar. Pero está sonriendo. Deseo hacerle daño, pero nada ocurre. Quiero cortarle en pedazos,

arrancarle la cabeza, pero no pasa nada. Ha anulado por completo mis poderes, solo con su presencia. Tal es la autoridad de la Muerte, capaz de hacerte desaparecer por completo incluso cuando sigues viviendo—. Puedes salvarlas, Asteria. Puedes salvarlas..., si haces exactamente lo que yo te diga.

Abro mucho los ojos, comprendiendo. Quiere usarme. Está usándolas a ellas, para usarme a mí. Palidezco. No. No. ¿Qué quiere que haga? ¿Por qué yo...?

Hades sonríe al ver la incomprensión en mis ojos.

—He pensado mucho en esto. Dime: ¿debería exigirte que mates solo a Eris o



que mates a los dos? También a ese bastardo por el que *tanto* te preocupas. Nunca debió existir, ¿sabes? —Su rostro se oscurece. Comienzo a respirar agitadamente. No. No puede obligarme a matarlo. No puede pedirme su paz a cambio de la vida de Orión. Eso es... Yo no... No puedo—. Nunca debí tener un hijo si este no era de Perséfone. De *mi mujer*. La mujer que la madre de ese engendro asesinó.

—Él no tiene la culpa... —Mi voz es apenas un gemido lastimero. Una súplica. No puede obligarme a eso. No puede—. No voy a matarlo. Ni siquiera..., ni siquiera por ellas. No puedes obligarme a ello.

Lo siento, hermanas. Lo siento. Lo siento, no puedo. No soy capaz. Si ese es el precio, *no puedo*. Consagraré mi vida a liberaros, viajaré al Tártaro a salvaros una por una, nunca alcanzaré la paz, pero no puedo matar a Orión. Igual que no podría haberos matado a ninguna de vosotras, no puedo matarlo a él. No puedo...

—Sabía que dirías eso, Asteria. Me crees cruel, pero, oh, yo también he amado. Yo también he querido proteger a alguien a toda costa, y de todas las personas de todos los Mundos había alguien a quien ni siquiera yo podría haber matado. Tú quieres protegerlo, ¿verdad? Quieres que nada le pase. Que,

por fin, después de tantos y tantos años pueda vivir en paz... —Sonríe. Lo hace con un placer horrible, de necrófilo. Parece burlarse de mí—. Cuando me di cuenta de eso me percaté también de que realmente *no necesito* matar a Orión. Solo a Eris. Pero yo no puedo matarla, ¿sabes? Es una ley estúpida de los de arriba. Castigan a todo dios que mate a un igual. Lo harán conmigo, si le arranco la cabeza. No importa que todos la odien, no importa que sea una amenaza para nuestro orden... Dará igual, porque es una diosa. Se verá como un abuso. El poder sobre el Inframundo y el Caos en el mismo cuerpo... No, no me lo permitirán. Me castigarán. Y yo no

deseo que me castiguen, ¿sabes, Asteria? Me gusta mi vida, eterna y triste, cruel y llena de muerte. Me gusta mi reino, y en él solo yo puedo gobernar. Así que tú lo harás. Tú matarás a Eris por mí, y será en menos de una luna. Cuando su cabeza esté a mis pies, entonces yo liberaré a tus hermanas, y nunca más iré a por Orión.

Es una trampa, Asteria. Te lo dicen sus ojos. Te lo dice todo él. Te estás condenando. Van a castigarte. Como mortal no pagaste por matar a Algos, pero como diosa supondrás un desafío. Estarás guardando en tu cuerpo más poder del que se considera aceptable en el Mundo Superior.

Van a castigarte. Si aceptas, no vivirás más. Ni siquiera sabes cómo te condenarán, ni siquiera sabes lo que harán contigo. Podrían torturarte de por vida.

Van a castigarte...

—Quiero tu palabra —gimo. Aprieto los párpados. Me pican los ojos. No soy capaz de respirar ya. Me pregunto si tengo latidos o si mi corazón ha estallado por completo—. Quiero tu palabra de que ellas descansarán al fin, y lo harán en los Elíseos, donde puedan ser felices. Y Orión nunca más, *nunca*, tendrá que sufrir bajo tu mano.

—Por supuesto, Asteria. —El hecho de que Hades ni siquiera dude es

todavía peor. La alegría en su voz es venenosa—. Y tú me darás la tuya.

Ni siquiera siento nada cuando Hades empuña una daga de filo negro que me abre la palma y él hace lo propio con la suya. La sonrisa no desaparece de su boca cuando me da la mano. Yo me siento con ganas de vomitar, mareada, cuando nuestras sangres se mezclan.

—Yo, Hades, señor del Inframundo y de las almas de todos los Mundos, juro ante ti, Asteria, diosa del Dolor, que cuando me traigas la cabeza de Eris, las amazonas que ahora sufren en el Tártaro serán enviadas a los Campos Elíseos, y Orión para siempre liberado de mi odio.

No siento nada. Estoy llorando, pero

ni siquiera siento el frío en mis mejillas.

—Yo..., Asteria... —comienzo con voz cansada. Un jadeo. Un sollozo. Si la magia de Hades no me sostuviese helada y en pie, ya hace mucho que habría caído. No puedo verme y sin embargo sé cuál es mi apariencia: la Pena me la enseñó en el laberinto. Se me rompe la voz—. Diosa del Dolor, juro... asesinar a Eris en el plazo de una luna, y hacerme cargo del castigo que por ello... se me otorgue.

El tirón llega. Nuestras sangres se unen y el brillo nos ciega solo por un momento. Lo haría, si yo no estuviera apretando los párpados por el llanto.

Entonces, escucho la risa de Hades.

Fuerte, histérica y terrible. Su mano tira de mí, para arrastrarme hacia él, y su voz suena en mi oído:

—Estúpida... Orión habría preferido morir bajo tus manos que una vida eterna sin ti, sabiendo que te condenó. Me has dado en bandeja su sufrimiento... por toda la eternidad.

Cojo aire, abriendo mucho los ojos. El golpe es certero porque ni siquiera había podido pensar en algo así. Sus palabras me llevan directamente a los días en los que yo anhelé la muerte cuando mis hermanas murieron en la arena. En los que pensé que no me quedaba nada en el mundo...

Me doy cuenta de por qué no



necesitaba matar a Orión. Solo quiere hacerle sufrir de la misma manera que Eris le hizo sufrir a él cuando mató a Perséfone. Quiere que sepa lo que es tener a alguien querido y perderlo. Quiere que conozca el dolor de quedarte vacío y en soledad.



«Para mí eres la esperanza que siempre se mantiene escondida entre todos los males del mundo».

«No te pongas en peligro por mí. No podría perdonármelo».

«A mí no vas a decirme qué debo hacer sin ti, Asteria».

No...

Cuando Hades desaparece, yo caigo de rodillas, sin fuerzas.

He pactado con el demonio. Y ahora nadie tendrá paz.

# ORIÓN

Estaba dispuesto a creer que todo iría bien.

Estaba dispuesto a creer que podríamos poner un punto y aparte en nuestras vidas.

Estaba dispuesto a creer en finales felices.

Estaba dispuesto a creer y, como cada vez que lo he hecho, alguien ha tomado mis sueños y los ha pisoteado. Alguien, como siempre, ha derruido lo que había creado con tanto esfuerzo.

Y ahora estoy hecho ruinas.

Por eso, a veces, la única manera de mantenerte a salvo es no creer.

Por eso, a veces, la única manera de mantenerte a salvo es no sentir.

Y, aun así, por mucho que he intentado convencerme de ello, he cometido el error de creer. De sentir, incluso si solo ha servido para hacerme daño. Mi cabeza me dice que deje de hacerlo. Que tengo poder sobre cualquier sentimiento humano. Soy un dios. El corazón no debería dolerme. El sufrimiento puede tocarme, pero mi cuerpo se cura al instante.

Pero ¿qué pasa cuando tienes dolor aunque no haya ninguna herida?

Mi cuerpo no sangra. Lo sé porque mi túnica está seca y no huele a dorado. Huele, en cambio, a gris. El sol se ha ocultado en el horizonte y mi pequeño cuarto se ha quedado en sombras. Por primera vez desde que volví del Inframundo, no me molestó en encender las velas. La oscuridad ya no me da miedo. Sé que Hades no va a venir a por mí. Los monstruos que habitan este Universo ya no me persiguen, porque sus ojos se centran en Asteria. Porque sus ojos, negros, llenos de malicia por el desconsuelo de todos los muertos, han sabido leer dentro de mí y descubrir lo débil que soy en realidad. Lo poco que vale mi cabeza. Mi poder no ha traído a

nadie a la vida. No soy un contrincante a tener en cuenta.

Solo soy alguien a quien torturar.

Me paso las manos por la cara, en un intento de detener las lágrimas. Las puntas de mis dedos están tan húmedas que ni siquiera me secan ya las frías mejillas. Estoy entumecido. Las voces dentro de mi cabeza suenan hoy demasiado altas.

«Ayúdame».

«Revive a mi hijo. Es apenas un bebé. La Muerte no se lo puede llevar».

«¿Por qué permitiste que mi esposa muriera?».

«Oh, Orión, bendice nuestra unión con unas vidas largas para que podamos

seguir amándonos».

Basta. Basta. ¿Es que no os dais cuenta? No puedo salvaros, como no puedo salvarme a mí. Dejad de creer en mí, porque ni yo mismo puedo creermé a esta broma de dios. No me recéis. Guardad silencio en mis templos. Olvidaos de que existo. Dejad de desperdiciar vuestras ofrendas. Dejad de pronunciar mi nombre. Dejadme, y yo simplemente desapareceré. Me marcharé.

Quizá, así, alcance el descanso que tanto deseo.

Alguien golpea la puerta con suavidad. Yo ni siquiera levanto la cabeza. De todas formas, aunque no



respondo, Ligeia entra en la habitación. Lo sé por el sonido de sus pasos. Por el olor suave de su perfume, enmascarando su mortalidad.

—Orión.

La puerta se cierra tras ella. Cuando se sube a la cama y se sienta conmigo, a mi lado, yo solo apoyo la cabeza en su hombro, derrotado. Ninguno de los dos intenta empezar una conversación. Puedo imaginarme lo que le pasa por la cabeza. Cuando vimos en el agua lo que estaba ocurriendo, intenté ir con Asteria, pero ni ella ni Raguel me dejaron. Ella me alzó la voz, de hecho, y me dijo que mi actitud solo pondría más en peligro a la amazona. Después de todo, si hubiera

aparecido junto a ella, Hades no habría perdido la oportunidad de cogermé.

Ahora no sé qué sería mejor.

Ligeia me rodea los hombros con un brazo, suavemente. Parece un poco torpe con ese gesto, supongo que algo acostumbrada.

—Vamos a tener que ser muy fuertes —susurra. Su voz suena un poco rota. ¿Ha estado llorando también?—. Por ella.

—Van a castigarla, Ligeia. La encerrarán, como hicieron con Eris, si no algo peor. Puede que esta vez ni siquiera sea algo alcanzable para dioses o mortales.

—La salvaremos. Siempre hay una

alternativa.

Aprieto los párpados. Los ojos me arden, como si fueran a derretírseme. Como si fueran a desaparecer, convertidos en lágrimas. Me acuerdo de Lete, mi hermana, llorando, siempre llorando. Olvidando y haciendo olvidar. Me pregunto si con ella podría curarme. Me pregunto si podría dormir mis recuerdos y así entumecer también mis sentimientos.

Nos quedamos callados. Abro los ojos. Los muebles y los rincones de la habitación se retiran a descansar entre las sombras. Las paredes mismas parecen suspirar y caer dormidas. El sol ha desaparecido por completo. Más allá

de la ventana, las primeras estrellas se encienden y empiezan a titilar. La luna se despereza y sale a recorrer el mismo camino de cada noche.

—Va a hacernos prometer que no iremos tras ella. Que no trataremos de detenerla. Y sabes que no podemos. Es el destino de las almas de sus hermanas lo que está en juego.

—También es *mi* destino el que ha decidido sin mi permiso. —Intento con todas mis fuerzas enfadarme. Sentirme iracundo, o airado. Pero no soy capaz. Lo está haciendo por mi bien—. El problema de todo esto es *mi* madre. La mujer que yo mismo liberé. ¿No debería ser yo el que me encargase? ¿No debería

ser yo el que empuñase la espada que la mate?

Ligeia se aparta de mí. Su mano se desliza sobre mi espalda antes de soltarme también.

—Tú nunca podrías hacer algo así.

—No lo sé. Nunca lo he probado.

—Te lo expondré de otra manera,

Orión: Asteria ha *jurado* matar a Eris.

—Creo que le cuesta decirlo. Que le cuesta aceptarlo—. Sabes que no hacerlo la convertiría en mortal, pero seguiría conteniendo el Dolor en su cuerpo, y viste lo que estuvo a punto de pasar cuando era solo una humana con todo ese poder dentro. Para ella, incumplir ese juramento es lo mismo que

morir.

—¡Yo *juré* protegerla! ¿Por qué mi promesa tiene menos valor que la suya?

—Porque nadie va a hacerle daño si cumple con su palabra. —Se estremece, bajando la vista. No sé si teme que cumpla o que no lo haga—. Y porque ha decidido por propia voluntad que aceptará el castigo que los Doce le impongan.

—¿*Propia voluntad*, Ligeia? — Ahora sí, la ira es cálida cuando empieza a crecer dentro de mi estómago. Cuando se esparce y llega a mis extremidades. En mi boca, sobre la lengua, noto el sabor a bilis, ácido y venenoso—. ¡La han *obligado* a ello!

¡No hay libre albedrío cuando se trata de los dioses! ¡Ellos no saben de libertad! ¡Si te dan dos opciones, es probable que las dos te maten, incluso si una lo hace en cuerpo y otra en espíritu!

Me levanto. De pronto la habitación, aunque siempre ha sido pequeña, me parece que se cierra a mi alrededor. Las paredes amenazan con caérseme encima. Ligeia alza una mano, pero yo no dejo que me atrape. Me escapo, de ella y de sus razonamientos. De sus intentos de hacerme entender. No quiero nada de eso.

No sé qué quiero.

Pero *necesito* ver a Asteria. Voy a buscarla. Ahora ya no pueden

detenerme.

Por eso salgo del cuarto tan rápido como me dan las piernas, pese a que Ligeia me llama. Incluso cuando estoy a punto de caerme por las escaleras, de tan rápido que las bajo, no me detengo. La luz de las antorchas, en el patio, no ayuda. Puntos de colores aparecen ante mis ojos. Finalmente, jadeante, llego al portón de salida, que empujo.

La brisa del jardín me golpea en la cara. Huelo las flores, la tierra revuelta, la sangre...

Asteria está ahí, arrodillada, tan quieta que parece una estatua. Trago saliva, sin saber cuándo ha vuelto. Trato de tranquilizar los rápidos latidos de mi



corazón y me apresuro hacia ella un segundo más tarde. ¿Es ella de verdad?

La veo intentar levantarse, pero no lo consigue a la primera. Yo, de todas formas, no le permito que vuelva a probar suerte. Me dejo caer arrodillado a su lado y lanzo mis brazos alrededor de su cuerpo. Incluso si mil agujas parecen clavármeme en la piel por culpa de lo fría que está. Incluso si apesta a Hades, a Muerte, a heridas abiertas. Cierro los ojos con fuerza y la aferro como si fuéramos las únicas dos personas vivas en el Universo. No lloro, pero creo que solo es porque estoy tan aliviado de que esté aquí que todo mi cuerpo deja de responder.

La muchacha no parece ser consciente de mi presencia hasta que he caído sobre ella y no tiene escapatoria. Hasta que la apoyo contra mí. E, incluso entonces, no me devuelve el abrazo. No me dice nada. Se queda ahí, quieta y callada. Si no sintiera su corazón latir bajo la piel, creería que mis miedos se han hecho realidad y los Doce la han condenado ya a ser una estatua por toda la eternidad.

—¿Asteria...? —Su nombre sale de mis labios en forma de ruego, más que de pregunta. No sé si quiero que sienta mi desesperación, porque hasta a mí me asusta la fuerza con la que la angustia me aferra el corazón, pero ella no

parece reaccionar—. Asteria, dime algo...

Me aparto un poco, y busco en su rostro, alterado. Apenas puedo verla, porque el día ha muerto ya y con él el sol, así que rozo con mis dedos su cara, tratando de discernir su expresión.

—¿Lo habéis visto...? —Asteria mueve los labios, pero la voz que resuena en mis oídos no parece la suya. La forma misma en la que permanece contra mí no parece ser parte de la Asteria que yo conozco: ella siempre está llena de energía, siempre es fuerte.

Quizá esta ni siquiera sea la mujer que yo conozco.

Quizá Hades se ha quedado con algo

más que la sangre necesaria para su juramento.

—Lo hemos visto todo —le aseguro, aunque ella ya lo debe de saber. Al fin y al cabo, le dijimos que lo haríamos, antes de que se marchase. Nos vio llenar la pila de agua. Nos vio inclinarnos. Ella misma pudo observar al Emperador, antes de marcharse.

Asteria cierra los ojos y apoya su frente contra mi hombro. No tiene fuerzas. La siento rendirse entre mis brazos.

—Te dije que al final te haría daño...

Yo me quedo mirando al frente, a donde estaba su rostro, pese a que ahora

no hay nada más que oscuridad. Trato de concentrarme en los latidos de nuestros corazones. En el suyo, débil, agonizante. En el mío, fuerte y acompasado, pese a que me duele el pecho y me cuesta respirar. Me lo advirtió, es cierto. Me avisó de que esto pasaría.

Y yo le dije que no pasaría nada. Me dije que valdría la pena. Que encontraría la forma. Que tenía que haber una forma. Me dije que quería olvidar, pero lo único que he hecho es aferrarme más a ella. Lo suficiente como para ganar algo que podía serme arrebatado. Que ahora va a desaparecer.

O peor: algo que no va a desaparecer incluso si la pierdo, y que

va a seguir matándome por el resto de la eternidad.

Otra razón más para tener fe. Otra razón más para dejar de tenerla.

La aprieto un poco más contra mí. Ojalá pudiera arreglarlo todo. Ojalá pudiera hacer algo más por ella, aparte de desear que se quede conmigo. Aparte de ayudarla a cumplir su juramento para luego verla desaparecer.

¿Por qué me hacéis esto, dioses? Me arruinasteis la vida en el Mundo Superior. ¿Por qué no podéis dejar de hacerlo ahora también, que estoy aquí abajo, sin llamar vuestra atención? Lo he dejado todo atrás, pero, aun así, insistís en seguir martirizándome;

martirizándonos, incluso si Asteria nunca os hizo nada. Incluso si ella lo ha tenido todavía más difícil que yo.

¿Dónde está ahora vuestra misericordia?

—Lo siento...

Su voz se rompe del todo. No sé si llora, porque esconde el rostro contra mí. No sé si tiene los ojos cerrados o abiertos. No sé si me lo dice a mí o está hablando con sus hermanas amazonas.

—Encontraremos una solución. Tiene que haberla...

Callo, porque ni siquiera yo puedo estar seguro. Mi mano roza su mentón. Me separo apenas y la insto a alzar el rostro. Tiene los ojos cerrados: es lo

único que puedo ver. Cuando poso mis labios sobre los suyos, los noto helados contra los míos. Le cedo mi energía, una parte de mi poder, para que vuelva a sentir el calor de la Vida. No soporto escuchar su corazón tan débil, no soporto no reconocer nuestra melodía. Con mi beso, intento apartar la pesadilla de las frías manos de Hades sobre la tuyas.

A la hora de la verdad, mi beso no podrá salvarla por romper las leyes divinas.



# ASTERIA

No dejo que Orión me bese más de un segundo. Dejo que crea, de hecho, que no me siento con fuerzas para corresponder, y en parte es cierto. En parte me siento arrancada de la vida, me siento más un espíritu que una persona. Ni todo el dolor del mundo conseguiría hacer que me sintiese poderosa ahora. Ni siquiera la calidez de Orión, que me recorre todo el cuerpo partiendo de los labios. Lógico, por otra parte. Al fin y al cabo, ¿cuándo ha sido la Vida más fuerte

que la Muerte? Al final, la Muerte siempre vence. Al final...

Me separo, dejando caer la cabeza. No quiero que me mire ni que me consuele. No soporto el dolor que palpita a su alrededor, porque no es del físico. Es de ese que resulta muy difícil quitar.

—Asteria...

—Necesito un baño —susurro. Es mentira. Lo único que necesito es estar sola. Lo único que necesito es apartarme de él y de lo que he provocado. Lo único que necesito, en realidad, es que me diga que va a estar bien. Necesito a alguien que me diga que he hecho lo correcto. Necesito que él me diga que

Hades no tenía razón, que no sufrirá por lo que me pase...

Pero no soy capaz de pedírselo. Quiero escucharlo, y al mismo tiempo no puedo soportar la idea. Me levanto, tambaleante; sus brazos caen de mi cuerpo. No soy capaz de mirarlo a la cara cuando me levanto y echo a caminar hacia la casa. Orión, por suerte, no me sigue, aunque puedo sentir el daño que le hago al alejarme de antemano. Incluso ahora sigo haciéndole sufrir.

Cuando abro la puerta de la casa, otra figura me recibe. Tampoco quería verla a ella. Intento pasar por su lado, sin mediar palabra, pero no me lo

permite. Sus dedos se agarran a mi brazo. Aprietan la piel con toda la fuerza que alguien que solo maneja libros pueda tener.

—¿Ni siquiera vas a decirme nada, después de lo que has hecho?

Callo. Su presión se hace más fuerte sobre mi piel. Si fuera humana, quizá me dejaría la zona enrojecida. Creo que me está clavando las uñas.

—Ibas a ser mi protectora —susurra. Dolor. Otra víctima más. Dejo caer la cabeza, derrotada. Es cierto, esa podría haber sido nuestra nueva vida. Orión y yo la apoyaríamos en su reinado y la protegeríamos. Íbamos a tener un hogar todas juntas. Íbamos a ser una

familia—. Ibas a capitanear la guardia de la emperatriz, y a entrenar a cientos de mujeres para batallar y luchar por justicia. Ibas a quedarte a mi lado. Íbamos a estar juntas, Asteria. Y ahora que eso no va a suceder, ¿ni siquiera vas a decirme nada?

¿Crees que quiero renunciar a todo eso? ¿Crees que quiero separarme de ti o de Orión? Pero estábamos soñando demasiado alto. He acariciado un espejismo durante los últimos días, una esperanza leve. Creía que el tiempo sanaría y nos daría un refugio, pero es obvio que eso no va a ocurrir. Quizá incluso si Hades no hubiera aparecido... eso no habría pasado nunca. Ha sido el

rey del Inframundo con su trato ahora, pero podría haber sido el Caos volviendo a nuestras vidas, o cualquier otra diosa..., o yo misma, sin necesidad de nadie más, estropeándolo todo una y otra vez. Haciendo daño a las que quiero una y otra vez...

Pero no le digo todo eso. No tengo tanta voz. No encuentro tantas palabras. Necesitaría más fuerzas de las que siento para hablarle así.

Abro y cierro las manos. No he dejado de temblar.

—Lo siento —susurro. Es lo único que puedo convocar. Es lo único que puedo decirle sin terminar de romperme o volverme completamente loca.

Ni siquiera puedo mirarla, por miedo a lo que vaya a encontrar en sus ojos. Si fuera odio estaría bien. Puedo soportarlo. Me lo merezco por no pensar en el daño que mi castigo podría provocar. Por pensar solo en mí y en la manera en que me sentiría mejor.

Pero sé que no voy a ver eso en los ojos de Ligeia. Sé que hay tristeza, por eso no puedo enfrentarla.

—Lo sientes... —repite ella—. No... No lo sientes. Sientes hacernos daño, pero no estás arrepentida de tu decisión. Porque los has salvado. A Orión. A ellas. Porque sigues creyendo que tu paz es un sacrificio válido por las vidas de otros. ¡¡Maldita sea, Asteria!!

—estalla, encogiéndose sobre sí misma  
—. ¡No has aprendido nada!

Aprieto los dientes. Te equivocas. Ya sé lo que vas a decir. Lo he comprendido, aunque ha sido demasiado tarde. Siento que los ojos se me empañan cuando ella me suelta para golpear mi pecho, sin fuerzas. Dejo que lo haga. Dejo que me golpee una y otra vez. Creo que se ha echado a llorar.

—¡Tú también eres importante! ¡Tú también vales la pena! ¡Sufrimos por ti igual que tú sufres por la gente que quieres! ¡No lo has entendido! ¡No debías olvidarte de ti misma para proteger a los demás! ¡No debías olvidar que también podíamos quererte!



Aprieto los párpados, encogiéndome sobre mí misma. Lo siento, lo siento, lo siento... Tiene razón. Tiene demasiada razón, y yo no he sido consciente hasta que ya ha sido demasiado tarde. A mí nunca me había pasado nada, así que nadie había sufrido por mí. Por eso... Por eso no pensé..., por eso no creía...

No quería haceros daño. Por favor, no quería haceros daño.

Que alguien me diga que he hecho lo correcto. Que alguien me diga que pese a todo está bien...

Cuando la voz se me rompe en un sollozo y me echo a llorar, Ligeia se detiene. Me mira, y veo las lágrimas también en sus ojos. Entonces sus brazos

se alzan y me rodea con ellos. Me abraza, con fuerza, y yo me escondo en su cuello. Me ha estado cuidando desde que la conocí, incluso si es callada y taciturna, o a veces demasiado directa y cínica. Incluso si odia a las diosas, a mí solo me ha dado cariño.

—Tengo miedo —le confieso con voz rota—. Tengo mucho miedo, Ligeia... Tengo miedo de no conseguirlo, pero también de conseguirlo. —Mis brazos la rodean. Ella se aprieta más contra mí—. Dime que he hecho lo correcto. Por favor. Necesito saber que he hecho lo correcto... Dime que si lo consigo vas a cuidar de él. Vais a cuidaros... Dime

que lo aceptaréis, porque es lo que quise... Dime que dejo paz, no más dolor, Ligeia. No quiero más dolor... Estoy tan cansada del dolor...

Ella calla, y creo que no me mentirá. Que ni siquiera me dará ese consuelo. Pero al final... Al final, Ligeia también es demasiado buena. Por eso, aunque sigue llorando, me abraza con fuerza.

—Has hecho lo correcto —susurra, con voz rota, entre sollozos—. Has hecho lo que cualquier persona buena haría. Eres... la persona más leal que he conocido nunca. Y te..., te quiero muchísimo. Los dos lo hacemos. Por eso vamos a aceptarlo. Por eso, porque es lo que has elegido, nosotros... estaremos

bien. Estaremos bien...

No dice nada más. Yo tampoco me veo con fuerzas.

Aferradas la una a la otra, lloramos por un futuro que yo nunca veré.



—Quiero dormir contigo.

Eso es lo primero que dice Orión cuando llama a la puerta de mi cuarto y yo le abro. Nunca hemos dormido en la misma cama por muchas veces que nos hayamos acostado en estos últimos días, pero no hay duda en su rostro cuando lo pide.

Aprieto los labios, bajando la vista,

apoyando las manos en la madera.

—Orión...

—Quiero pasar contigo todo el tiempo que pueda, Asteria —susurra—. No puedes negarme eso. Ya me has negado demasiado tiempo contigo. Déjame al menos las noches hasta que te vayas.

Lo observo, en silencio. Sus ojos están llenos de tristeza, pero también de determinación. Cuando le permito pasar, él se queda plantado en medio de la habitación. Ni siquiera me mira, mientras cierro la puerta de nuevo.

Nos quedamos en silencio unos largos segundos.

—¿Sabes? Nunca he dormido con un

hombre —le digo, como si acaso esa tontería fuese importante. Siento que se fija en mí y yo me encojo de hombros—. Las Amazonas nos acostábamos con hombres de vez en cuando, pero no teníamos costumbre de dormir con ellos, porque no pertenecían a nuestra sociedad. Las que dormían con un hombre lo hacían porque... se marchaban, normalmente. Creaban otra familia con ellos, en otro sitio donde sí se les aceptase...

Ni siquiera sé por qué le cuento eso, pero Orión aprieta los labios y se acerca a la cama. Se sienta. No sé siquiera si me ha escuchado. Pero entonces susurra:  
—Sigue hablando.

—¿Qué?

—Sigue hablando. Dime..., dime todas esas cosas que no sé. Quiero escucharte. Sobre ti, sobre tu vida antes de que te conociera. Quiero..., quiero saberlo todo. —Alza la vista. Tiene los labios apretados—. No quiero perderme nada, Asteria.

Me acerco a él, titubeante, y me siento a su lado. Entiendo lo que está haciendo. Quiere saber todo lo que todavía no sabe y lo que quizá no llegue a saber nunca si no lo pregunta ahora. En cuanto me acomodo, su mano va a la mía. Nos miramos, en silencio.

—Nuestro poblado se encuentra en lo más profundo de un bosque muy lejos

de aquí, allá donde los árboles son más altos y perennes —susurro, intentando sonreír—. ¿Recuerdas las maderas llenas de musgo y plantas que vimos a través del agua? Eran nuestras casas, situadas en las copas de los árboles. Desde ahí podíamos verlo todo. Si alguien se acercaba a nuestro poblado, lo asustábamos con flechas. Sobre todo, si era hombre; era bastante satisfactorio ver cómo huían. —Le dedico una sonrisa de disculpa—. Y luego..., luego estaba el manantial, enorme y precioso. Lo viste también, ¿verdad? En él solíamos jugar con las ninfas. Tenía una gran cascada, y cuando éramos pequeñas Lysandra y yo descubrimos una gruta



detrás de ella. Cuando queríamos escapar de los entrenamientos, nos metíamos allí, y nadie podía encontrarnos. Era nuestro pequeño refugio de paz...

Callo, mirándolo. Orión sonríe un poco, con esfuerzo, y se inclina para apoyar su frente contra la mía. Yo aprieto su mano.

—Así que fuiste una niña traviesa en algún momento.

—Nunca se me ha dado muy bien obedecer...

—Y yo creyendo que siempre habías sido esa mujer seria y responsable que ahora eres.

—Bueno, cuando crecí y tomé a mi

cargo a las amazonas más jóvenes, te aseguro que era bastante dura. Pero solo porque entonces era a mí a quien se debía obedecer.

—Qué tirana...

Sonreímos. Es apenas un gesto pequeño, pero supongo que está bien hablar del pasado para no tener que pensar en el presente o en el futuro. Sin embargo, cuando callo y nos miramos, todo vuelve con demasiada fuerza. Orión aprieta los labios, y solo un segundo después toma mi rostro y lo besa.

No lo rechazo.

Caemos en la cama poco después. Aunque nuestros besos normalmente

siempre arden, porque yo no estoy acostumbrada a la paciencia, esta vez dejo que Orión me bese con calma. No le exijo pasión o desenfreno, así que lo que me regala es calidez. Un beso profundo, lento, quizá, de hecho, premeditadamente lento. El fuego entre nosotras esta vez arde poco a poco.

Cuando nos separamos, y él me observa desde abajo, con una de sus manos descendiendo por mi cuerpo tan lentamente como su boca me ha besado, hay pesar escondido entre el deseo. Yo no puedo soportarlo. No puedo mirarlo sin recordar las palabras de Hades diciéndome que lo había condenado.

—Dime que me perdonarás, Orión.

Sé que mi voz suena a súplica, pero no me importa. Puede que sí se lo esté suplicando, aunque no tenga derecho a pedirle nada. El dios aprieta los dientes, quizá habiendo esperado no tener que hablar de esto. Pero yo... necesito saberlo. Sé que Ligeia lo hará. Necesito saber que él también.

—Lo único que no podría perdonarte es que murieses, Asteria —susurra. Baja la vista, pero cuando vuelve a mirarme hay una nueva seguridad en sus ojos—. Lo demás puede tener solución. Voy a encontrarte. No van a apartarte de mí. No van a quitarme lo máspreciado que he tenido nunca. Hades cree que puede hacerme

sufrir así toda la eternidad, pero no ha contado con que yo quiera luchar por ti. Y voy a hacerlo.

Abro mucho los ojos, sorprendida. ¿De qué está hablando?

—No sabes qué van a hacer conmigo, si consigo...

—Lo conseguirás —protesta apretando los dientes—. Sé que lo conseguirás, y te castigarán por ello. Pero solo será eso: un castigo. Y entonces no me importará lo que hagan, porque yo lo desharé. Drenaré el mar, si te ocultan en el fondo. Excavaré el desierto entero, si te entierran en algún lugar de él. Si te duermen, te despertaré; si te convierten en piedra, no pararé

hasta convertirte en carne y piel de nuevo...

Vuelve a besarme antes de que pueda protestar. Pero yo me siento mareada, y cuando correspondo lo hago con torpeza, sin saber tomar el ritmo. ¿Cómo puede decir eso? ¿Cómo puede hablar todavía con nuevas esperanzas, cuando nos las han pisoteado tantas veces? Ni siquiera sé si quiero ser salvada...

Entrecierro los ojos, confundida, y aparto el rostro para separarme con delicadeza.

—Escúchame —susurro, mirando a la pared. Él no se mueve, escondiendo la cara en mi cuello. Sus dedos se

crispan sobre mi pierna—. Puedes olvidarte de mí...

—¿Podrías tú olvidarte de mí?

Me gustaría mentirle. Decirle que sí, hacerle la herida definitiva, hacerle más daño del que pueda soportar. Eso haría que se levantase, traicionado, y se marchase. Abro la boca, de hecho, dispuesto a decirle que no es tan importante. Que se ha equivocado conmigo. Que me olvide, porque yo no dudaría en hacerlo.

Pero no es cierto. Y él lo sabe.

Por eso callo. Por eso aprieto los párpados, pero un solo instante después Orión me coge el rostro y me obliga a mirarlo. Parpadeo para no llorar. Es

absurdo, pero me consuela ver que él también está al borde de las lágrimas.

—No voy a olvidarte, Asteria. He pensado en hacerlo. He pensado en ir en busca de Lete y pedirle que lo borrara todo. Pero no quiero hacerlo. No quiero borrarte. Y estoy cansado de ser un cobarde. Por eso..., por eso voy a recordarte. Todos los días, hasta que te traiga de vuelta. Incluso si duele, me da igual. No me importa, porque prefiero sufrir por perderte y recordarte que el vacío de no haberte conocido nunca. Soy el dios de la Vida, pero nunca he vivido de verdad hasta que te conocí. Al menos eso nadie puede quitármelo.

Incluso si se me ocurriese cómo



replicar, él no me permite hablar: su beso vuelve, y esta vez no se va a separar ni va a dejar que yo lo interrumpa. Es más profundo, creo que también más desesperado. Su cuerpo se pega al mío, y el mío responde.

Por primera vez, cuando nos agarramos el uno al otro, no es para olvidar.

Cuando nos convertimos en caricias y perdición, lo hacemos para recordarnos.



Hay una última herida que he de hacerles a Ligeia y Orión. Es una herida

pequeña en comparación con todo lo que ya ha ocurrido, apenas el último rasguño a un cuerpo lleno de cicatrices.

Sé que es una herida cruel e injusta. Pero será la última.

Me marcho sin decirles nada.

Tengo una luna para matar a Eris. Días en los que he de encontrarla... Días en los que no quiero que se involucren. Ya ha sido suficiente. Ahora me toca cumplir mi parte del trato, y es mejor si se quedan al margen. El Caos es incontenible, y nunca sabes cómo va a responder. El Caos podría hacer cualquier locura, y eso incluye hacerles daño. Pero si les dijese que me voy, no me lo permitirían: insistirían en ayudar,

arriesgándose así a que algo les pase. Y si algo les sucediese al final..., entonces ¿de qué habría servido todo?

Por eso dejo a Orión durmiendo en mi cama y le doy un último beso antes de marcharme del cuarto. Por eso paso por la habitación de Ligeia, para observarla cómoda entre sus sueños, ajena a mi traición. En su cuarto, porque sé que la bibliotecaria siempre ha sido la más sensata y por tanto será la que mejor pueda comprenderlo, dejo una nota donde me despido. En ella, les pido que se cuiden. En ella, les digo que las quiero. En ella, le digo a Ligeia que algún día le contará a alguien esta historia bajo las estrellas, y entonces

podrá inventarse cualquier final. Uno que sea bonito y apacible. Uno que sea justo.

Desde algún lugar, pase lo que pase, yo estaré escuchándola.

Todavía queda tiempo para que amanezca cuando traspaso el portón y desaparezco.

Así, me alejo por última vez del segundo hogar que pierdo en mi vida.

# ORIÓN

Quando despierto, con el cuerpo helado y el colchón a mi lado vacío, sé que se ha marchado. Sé también que no va a volver. Que va a ir a buscar a Eris, y a matarla, y luego recibirá su castigo con la cabeza bien alta. Con orgullo, como siempre ha vivido.

El sol empieza a teñir el cielo de alba cuando yo me deslizo entre las mantas y me pongo en pie. No corro. El cuerpo me pesa como si cargase un gran peso sobre los hombros. Cuando me

visto y salgo fuera de la habitación, el mundo me parece desteñado. Hace frío.

—Orión.

Ligeia sube las escaleras de dos en dos, con la respiración entrecortada. Está más pálida de lo que la he visto nunca. Ni siquiera se ha peinado todavía: su cabello cae en ondas oscuras sobre sus hombros. Se cubre los hombros con su manto. En el puño cerrado parece guardar un trozo de papiro que amenaza con romperse en cualquier momento, de lo fuerte que lo estruja. Cuando se detiene ante mí, sin aliento, me fijo en que tiene los ojos enrojecidos de llorar.

—Se ha ido —susurra. Sé que habla

bajo porque a veces es la única forma de evitar que la voz se te rompa.

Me obliga a tomar el pedazo de papiro. Yo lo hago, por inercia. Lo despliego. Casi se me deshace en las manos. Escucho el sollozo de Ligeia.

—Se ha ido, esa estúpida, así, sin más... —repite.

Trago saliva, con los ojos fijos en los trazos temblorosos y descuidados. El tipo de letra de alguien que no está acostumbrado a escribir. El tipo de letra de quien hace años que no plasma nada sobre un papiro o, acaso, de quien aprendió a hacerlo muy tarde y tiene poca práctica a sus espaldas.

Leo, sin llegar a comprender. Que

nos cuidemos. Pestañeo, intentando que los ojos dejen de picarme. Que nos quiere. Cojo aire. Una historia para contar.

Asteria habla de justicia como si realmente creyera que puede existir, incluso si solo es en las historias.

Abro la mano y dejo caer la nota. Espero que caiga al suelo, pero la sombra blanca de Ligeia la atrapa al vuelo. Da con las rodillas en el suelo y me mira desde abajo, incrédula. Como si hubiera cometido un error. Un pecado imperdonable. Se abraza al pequeño trozo de papel. Las lágrimas amenazan con desbordarse. La veo entreabrir los labios, para decir algo, pero no me



quedo para escucharla. No sé, de hecho, si llega a llamar por mí mientras me alejo.

Bajo las escaleras. El patio está hoy silencioso y vacío sin ella. Veo a Raguel por el rabillo del ojo, observándome. Su mirada va a su señora, tras pasar por encima de mí. Al menos, ellos se tienen el uno al otro. No estarán solos.

Abro el portón y salgo al jardín desierto. Sigue como anoche. Las flores duermen en sus parterres, todavía cerradas. Su fragancia no inunda el aire todavía. A cambio, huele a vida. A vida y a muerte por igual, porque todo en el Mundo Medio tiene un final. Todo se acaba pudriendo. Todo acaba

desapareciendo.

Solo entonces soy realmente consciente de que se ha marchado.

No va a volver. Sus palabras y sus besos anoche fueron toda la despedida que me ha dado.

Me apoyo contra la pared, resbalando por ella. Me dejo caer porque eso es lo que he estado haciendo siempre. He estado cayendo desde el primer momento. Desde mi nacimiento. Y ojalá supiera cuándo voy a tocar el fondo.

Se ha marchado. Realmente se ha marchado. Va a matar a Eris, pero en lo único que puedo pensar es en el castigo que le espera por cometer ese pecado.

No le he dicho cuánto la quiero.  
Me echo a llorar.



CANTO VIII  
LA CAÍDA DE LOS  
DIOSES

*Predecid, oráculos, la suerte que les  
espera a los dioses  
cuando la fe se derrumbe y la piedad  
no tenga cabida.*

*¿Caerán, como creyó el Caos,  
y abandonarán el Mundo,  
o dejarán sus templos y dormirán la  
afrenta,*

*hasta que vuelvan tiempos más  
espléndidos?*

Vientos de cambio se levantaron sobre Élada, barriendo el Imperio de este a oeste, como los carros del Sol y la Luna cada día y cada noche.

En primer lugar, Ligeia I de Élada fue coronada con el laurel de la victoria y declarada emperatriz. Grandes fiestas se celebraron en su honor a lo largo y ancho de sus dominios. Enviada por los dioses, sentada en su trono con las bendiciones de los Doce e incluso el Dolor, nadie se atrevió a contradecir sus designios, incluso si lo primero que hizo fue dejar libres a todos los gladiadores

que no lo fueran por propia voluntad. Quien quisiera podría seguir luchando en el anfiteatro, pero no habría más muertes.

Algunos dijeron que eso había sido un designio de la Amazona Roja, y no de la emperatriz.

Algunos dijeron que eso había sido un designio de Orión, dios de la Vida, que se erguía, invisible, al lado de su trono, y la convencía para ser misericordiosa con aquellos que tanto habían sufrido. Incluso hubo quien aseguró haberlo visto besando la frente de su señora para concederle sus dones. Fuese cierto o no, todos le deseaban una larga vida, y estaban convencidos de

que los inmortales también lo hacían.

Mientras tanto, el Caos andaba suelto. Desatada y furiosa, Eris había jurado vengarse, y no perdió la oportunidad de hacerlo: sabía exactamente cómo acabar con todos, y el primer paso era debilitarlos. No tenía con ella ninguna arma de Hefesto, o cadena alguna que limitase los poderes de sus congéneres, pero la diosa sabía de otras maneras igual de efectivas para hacerlos postrarse a su merced.

Su rebelión empezó como un susurro. Como una voz en las cabezas de la gente que plantaba la duda. Seguramente, empezó incluso antes de que huyese de las garras de Zeus,

durante aquellos días en los que estaba desaparecida aparentemente buscando a su rey. Fue silenciosa y cuidadosa, rápida saltando de región en región bajo mil formas y murmurando con mil voces, todas ellas atractivas y tentadoras: «¿Por qué le pides por un matrimonio feliz a una diosa cuyo esposo nunca le ha sido fiel? ¿No temes que vaya a pasarte lo mismo?»; «¿Por qué Zeus es el rey de los dioses, si solo se dedica a mancillar a vuestras mujeres? ¿Por qué le pides protección, si no ha hecho nada por ningún mortal en *décadas*?»; «¿Por qué le rezáis a los que viven en el Mundo Superior? Si tan poderosos son, ¿por qué el Caos sigue suelto?».



Todo había estallado cuando el Emperador cayó muerto. Eris sabía que aquello sucedería, y ahí estaría su golpe maestro: «¿Por qué el Emperador fue torturado y asesinado por una diosa, si era el máximo protegido de los reyes divinos? Si él no estuvo a salvo..., ¿quién lo estará?».

«¿Por qué?».

*¿Por qué?*

Eris plantó la duda en la cabeza de los creyentes mezclándose entre ellos y, después, cuando las primeras semillas germinaron, comenzó a visitar los templos. Empezó por el de Hera, pero le siguió el de Zeus, y después el de Poseidón, y más tarde todos los demás.

Y la gente empezó a hacerse preguntas. ¿Por qué pese a los ruegos a Hera había tantos matrimonios infelices, llenos de infidelidad, desconfianza y soledad? ¿Por qué Zeus no parecía calmar los cielos cuando el poder de Deméter se revelaba contra el mundo y los mantenía sin lluvias durante demasiadas semanas? ¿Por qué Poseidón seguía hundiendo los barcos que zarpaban con un montón de plegarias para buenas travesías? Habían creído siempre que la culpa era de los mortales, por incumplir los ritos o hacer sacrificios que no eran de su gusto. Pero ¿y si se habían equivocado?

El cambio en el gobierno solo ayudó a Eris: ¿por qué habían de elegir los

dioses a quien se sentaba en el trono? Los aspirantes al mismo, que no eran pocos, se cuestionaron por qué una *simple bibliotecaria*, por muy hija del Emperador Aurelius que fuera, debía gobernar, solo por tener el apoyo de los de arriba. Lo había tenido una vez su hermanastro, al fin y al cabo, y ellos mismos lo habían matado. Entonces ¿por qué habría de ser mejor aquella nueva elección?

Por supuesto, nadie dejó de creer en ellos. Todos sabían que los dioses *existían*. Lo que se cuestionaban era su poder. Sus decisiones. Su misericordia. Comenzaron a pensar que, tal vez, si dejaban de rezarles y volcaban sus

esfuerzos en otras cosas, les iría mejor. Si el esfuerzo de creer en otros lo empeñaran en creer en sí mismos, quizá avanzasen, y al menos serían solo ellos los responsables de lo que les sucediera.

Algunos dejaron de rezar, y las voces en las cabezas de los dioses, esas que todos ignoraban, pero que siempre estaban ahí, empezaron a apagarse.

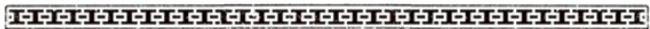
Algunos estaban tan cansados, tan llenos de odio y represalias, que no se conformaron con volverle la espalda al Mundo Superior: las estatuas fueron destruidas, los templos fueron vandalizados, muchos sacerdotes y sacerdotisas fueron atacados sin piedad.

Los dioses no aparecieron para poner orden, y eso no hizo sino darles alas a aquellos que se rebelaban y predicaban la caída del Mundo Superior. La destrucción de un sistema injusto que se cimentaba sobre el humor cambiante de un grupo de seres supuestamente superiores. Pero, a cambio de lo que Élada les daba, ¿qué recibían? Solo desplantes. Solo silencio. Solo castigos divinos. Porque eran su diversión. No eran más que hormigas, a sus ojos, que ver desde arriba y aplastar cuando se aburriesen.

Mientras la destrucción se desataba, los dioses se volvían más débiles.

Mientras la destrucción se desataba,

el Caos se hacía más fuerte.



# ASTERIA

Eris ha sido más inteligente que todas nosotras, y yo temo que nunca llegaré a cumplir mi juramento. No estoy en disposición de vencerla, porque ella es ahora fuerte, y yo siento que cada día mis fuerzas menguan más. Aunque a mí todo el mundo me ha visto actuar, los murmullos sobre mí no han cesado: soy una diosa que utiliza sus dones solo en beneficio propio, una inmortal impía que nunca se ha compadecido del sufrimiento del mundo, que solo provoca

dolor en vez de arrebatarlo. Así pues, si bien antes escuchaba en mi cabeza súplicas de salvación, ahora estas son cada vez menos, y solo quedan las que están llenas de odio. Las que piden torturas, como la que vieron que le daba al Emperador; algunas son para mortales, pero otras muchas son para inmortales.

La gente del Mundo Medio ha empezado a desear la desaparición del Mundo Superior.

Sé, sin embargo, que soy de las menos afectadas por lo que el Caos está provocando. Al fin y al cabo, está creando un mundo lleno de dolor: un mundo en el que, en nombre de la



religión, algunas personas por derrocarla y otras por salvarla, se cometen atrocidades y delitos. La gente sufre, la gente tiene miedo, y al mismo tiempo está llena de odio que vuelcan en deseos de venganza que me llegan. Son muchos los gritos que resuenan en mi mente y muchas las historias que escucho por las calles. El otro día, un grupo de antirreligiosos entró en el templo de Zeus riéndose de las novicias que allí rezaban: «¡No podéis ser vírgenes con un dios que solo se dedica a follar!». Así que, queriendo insultar al rey, las violaron. Quienes caen en el fanatismo no son mejores: a lo largo y ancho de Élada se predica la fe hacia las

divinidades y se quema o mutila a quien se atreve a discutirla. Lo hacen en nombre de las diosas, como si estuvieran bajo su iluminación o hubieran recibido órdenes explícitas de acabar con quien no confiase en su poder.

Como si las diosas fueran a bajar aquí solo para eso.

Como si ellas no estuvieran atemorizadas, arriba, viendo lo que sucede y sin saber cómo detenerlo.

Porque eso ha sido lo brillante del plan de Eris: ha atacado a la fuente de su poder y ha creado un movimiento lo suficientemente grande como para que nadie la pueda detener ya. Incluso si ella

muere, la duda está sembrada, y crecerá hasta convertirse en un árbol que dejará caer sus frutos al suelo, de los que saldrán más semillas. Al final, la falta de fe se convertirá en un bosque inmenso que quizá acabe con el Mundo Superior.

No puedo decir que lo lamente.

Me preocupa Orión, sin embargo. Me preocupa que él también vaya a desaparecer, aunque no he oído murmuraciones sobre él en las tres semanas que han pasado desde que abandoné la casa. A veces deseo volver a su lado, porque este tiempo no ha servido solo para que tema, sino para que me dé cuenta de lo acostumbrada

que estaba a su presencia. Las pesadillas han vuelto cuando cierro los ojos, y comienzo a echar en falta el suave color dorado de sus mejillas al ofuscarse, la sonrisa pequeña, o la mirada anhelante. Echo de menos los besos, y sus palabras llenas de esa esperanza que a mí me falta.

Echo de menos su cuerpo, pero sobre todo echo de menos todo el resto del tiempo que pasamos juntos. A veces, cuando entreno sola, me imagino que estoy luchando contra él y vuelvo a los días tranquilos que tuvimos, cuando él trataba de robarme un beso a cambio de una herida. Otras veces finjo que él me observa desde algún lugar cercano,

creyendo que yo no lo veo, pero siendo consciente en realidad de cada mirada.

No pienso solo en él. También en Ligeia, de quien echo en falta sus historias y sus consejos. Durante los primeros días después de que perdiera a mis hermanas éramos solo ella y yo y ese tejado donde las dos nos sentíamos más libres: yo de mi tristeza, ella de su cárcel llena de papiros. Cuando cada noche miro las estrellas, finjo que está a mi lado y se hace la dura, como siempre; también me pregunto si estará haciendo lo mismo: si desde su palacio sigue observando el firmamento y susurra leyendas como si yo pudiera escucharlas. En mi piel se ha quedado el

último abrazo que me dio, mientras las dos llorábamos. Creo que ella sabía en ese momento que no me quedaría mucho tiempo en la casa, y por eso me estrechó con tanta fuerza. A veces pienso que me habría gustado robarle un beso y decirle que yo, antes que diosa, siempre fui humana. Me pregunto si habría correspondido o solo se habría puesto roja y me habría preguntado si me había vuelto loca.

Me pregunto si alguna vez supo que ella de verdad me gustaba.

Supongo que nunca lo sabré.

Ella ahora es emperatriz y el mundo que tiene que gobernar es un mundo en caos en el que se la cuestiona. Sé que

piensa en mí porque ha dado la orden de eliminar los combates a muerte. Sé que es su manera de decirme, pese a la distancia, que lo hará bien, y que buscará ese final feliz que le pedí en la carta en la que me despedí.

Y yo..., yo simplemente espero. Aguardo en el lugar al que sé que Eris vendrá tarde o temprano: no puedo anticipar su siguiente movimiento — nadie puede—, pero sé que en algún momento querrá atacar directamente a Hades. Él, junto a Hera, es su mayor enemigo. Por eso, cuando supe lo que estaba haciendo no dudé en venir hasta el templo del rey del Inframundo para esperarla el tiempo que hiciera falta.

Los últimos días, sin embargo, empiezo a sentirme insegura, porque ella no viene. No ha aparecido todavía aquí, aunque pensé que sería de los primeros lugares que visitaría, y a mí empieza a acabármeme el tiempo: solo me quedan días para que expire el trato que hice con Hades, y el miedo a fallar por algo tan estúpido como una fecha no se me quita de la cabeza.

Me hago pasar por alguien que no soy, para que nadie sospeche de mí, y lo hago bajo otra apariencia: mis ojos azules han vuelto —aunque ya no son mis ojos—, y mis cabellos se han tornado morenos. He sumado también años a mi cuerpo, para aparentar ser una



mujer viuda en constante luto. Todos los días me arrodillo en el suelo fingiendo rezar y espero, pero nunca pasa nada nuevo. En realidad, lo único que hago es escuchar las plegarias que me llegan, prestarles atención e intentar ayudar a quien solo suplica por piedad o un dolor hecho en justicia, aunque empiezo a ser consciente de que ese nunca soluciona nada: el dolor como respuesta al dolor solo da una paz momentánea, una satisfacción que desaparece rápido. La realidad es que el dolor de otra persona no hace más feliz a nadie. Yo misma creí que la muerte del Emperador me liberaría, pero solo pude saborear esa libertad durante unos pocos minutos.

Es difícil encontrar causas con las que quiera colaborar entre todo el odio que recibo, pero de pronto me siento en la obligación de hacer algo. Siempre hemos protestado por la injusticia y el egoísmo de las diosas, pero yo..., yo no estaba haciendo nada por ser diferente, quizá porque nunca he llegado a sentirme diosa de verdad. Solo soy Asteria, y por más poderes que haya adquirido, sigo sintiéndome solo la amazona que siempre he sido.

—Vuestros ruegos son inútiles, pues le rezáis a quien no pudo impedir la muerte de su propia esposa.

La voz rompe por completo el hilo de mis pensamientos. Me hace tensarme

y abrir mucho los ojos. Todas las fieles de Hades que ocupan el lugar alzan la vista hacia la entrada. Los murmullos comienzan.

El Caos comienza. Porque *ella* está aquí.

Eris está más brillante de lo que nunca la había visto. Viste de rojo y dorado, y por un momento pienso que incluso el color de su ropa es una declaración de intenciones, porque piensa derramar sangre de los dos Mundos. Su cabello forma ondulaciones tan caóticas como toda ella, y su piel está más pálida y tersa que nunca. Los ojos se le han tornado dorados, quizá por todo el poder que ahora posee, y yo

me ahogo en la ansiedad solo con esa visión. No hay manera de que pueda conseguir vencerla. Incluso cuando lo intento en cuanto la veo, sé que no va a funcionar. Entrecierro los ojos, pensando en su cabeza cayéndose de su cuerpo, pero nada ocurre. Mi poder no está a su altura, o quizá sus defensas estén alzadas.

En cualquier caso, el miedo me llena cuando por primera vez soy consciente de que puedo no conseguirlo.

—¡¡Todos sabemos aquí que tú mataste a Perséfone, Eris!! —reclama una voz. Es una muchacha joven, vestida de negro, quizá una novicia—. ¡No culpes a nuestro dios por aquello que

solo tú causaste!

—¡Tú provocaste la ira de Hades!  
¡Y la desgracia de todos nosotros, que tras la muerte de Deméter ya no vivimos con la seguridad de poder tener cultivos, y sufrimos que el tiempo sea tan caótico como tú!

Callo, sin meterme en la disputa. Las fieles lo son siempre al principio. Algunas defienden aquello en lo que creen, pero otras..., otras dudan, después de todo lo que han oído. Otras no tienen tanta confianza en algo que jamás ha interferido en sus vidas, que pese a ruegos y ruegos nunca ha escuchado su llamada.

—¿Acaso no pudo saberlo? —

murmura un hombre—. ¿Acaso no pudo evitar las dos muertes? Si tan poderoso es, si tanto poder tiene sobre la muerte...

—¡¡No escuchéis!! —exige uno de los sacerdotes, en pie de guerra. Se gira hacia Eris, que solo sonrío y recorre la estancia con calma. Pasa por mi lado un segundo, y yo vuelvo a intentar atacarla, pero nada ocurre—. ¡Trata de engañarnos! ¡De confundirnos! Hades vela por nuestros muertos. Velará por nosotros, cuando llegue el momento. No podéis dudar de aquel al que un día todos conoceremos.

La risa de la Discordia es como el sonido del cascabel de una serpiente.

Igual de siseante y anticipatoria de su veneno.

—¿Creéis que significa algo rezarle? ¿Creéis que os escucha, siquiera, apartado en su reino? No tendrá un trato diferente con vosotros, por más horas que os congreguéis bajo su estatua... A la hora de la verdad, el señor del Inframundo solo se preocupa por su propia vida. Y hasta él... puede morir.

Su dedo corta el aire y la estatua de oro que representa a Hades, situada al final de la estancia, pierde la cabeza. El metal, cuando golpea el suelo, hace un ruido que alerta a todo el mundo. Muchas personas echan a correr, aunque

yo me quedo justo donde estoy.

—Si no lleváis vuestras monedas, os quedaréis cien años en la orilla —susurra Eris. Se acerca al sacerdote que ha protestado y roza su mejilla. El hombre parece paralizado—. No importa cuánto os hayáis dedicado a honrarle. No seréis diferentes para él. Solo seréis... almas. Una más en su vasto reino... No le importáis. No oye vuestras plegarias, ni mira en dirección a vuestros sacrificios. Se alimenta de vuestros ruegos, pero nunca os ha devuelto a ninguno de los vuestros. Se alimenta de vuestro dolor...

—En realidad, el dolor me alimenta a mí, no a él, Eris.



La diosa se gira con sorpresa hacia mí, que me levanto. Mi cuerpo cambia, revelándose de nuevo el que es: cubierto de cicatrices, con los cabellos cortos y los ojos llenos de sangre. Eris sonrío, relamiéndose. Las mortales lanzan exclamaciones de asombro, y muchas retroceden. Algunas más salen corriendo del templo sin dudar. Supongo que nadie quiere ver al Caos y al Dolor juntas.

—Sentía la presencia de un dios aquí, y tenía la esperanza de que fuese el propio Hades..., pero solo eres tú. ¿A qué vienes, Asteria? ¿Estás sola? ¿No ha venido mi hijo contigo? ¿Es que a él también le has hecho daño? —Sonrío, enseñando sus dientes. Sus pasos se

acercan a mí, y yo no me muevo, permitiéndoselo—. Esa eres, ¿no? La diosa del Dolor que ni siquiera puede dejar de hacer daño a los que ama...

El golpe es certero, pero no dejo que lo vea. Necesito fuerza, no que comiencen a renegar de mí. Necesito que sea *ella* la que pierda fuerza.

—¿Vas a acusarme de impiedad, Eris, cuando tuve que rescatar a tu propio hijo del Inframundo, porque tú eres incapaz de hacerlo? Porque Hades es más fuerte que tú... Porque sabías que acabarías conmigo en cuanto pisases sus dominios. ¿Cómo es ser una cobarde? Quedarse aquí, sin poder plantar cara de verdad a nadie... —Mis

ojos observan de soslayo a las pocas creyentes que quedan presentes: han retrocedido, pero son incapaces de dejar de escuchar—. La diosa del Caos solo puede plantar desconcierto entre vosotras las mortales, que se lo permitís. Ataca al Mundo Medio porque nunca podrá con el Mundo Superior. Nunca podrá con las divinidades que quieren castigarla...

—Te equivocas —responde la diosa. Sonríe con placer, y eso solo la hace parecer más bella y peligrosa—. El Caos ya está plantado y su semilla está destruyendo a los dioses. ¡Esos dioses que vosotros tanto amáis! —clama, mirando a las presentes. Muchas de

ellas ni siquiera saben a quién escuchar —. Pero ellos nunca se presentan ante vosotros. ¿Dónde están, ahora que el Imperio sufre? Ahora que los fanáticos han aparecido y las estatuas han empezado a caer...

Aprieto los dientes, porque eso le sirve. Hay un silencio, y yo sé que no la venceré rodeada de todas estas personas a las que su voz puede cautivar. No puedo hacer nada contra ella cuando con cada palabra se vuelve más fuerte. Tampoco tengo nada que ganar atacándola directamente. Siento el puñal dorado apretado contra mi muslo, y pienso en lanzarlo hacia ella, pero estoy convencida de que lo repelará. Necesito

ser cauta. Necesito pensar.

—Marchaos —exijo a quienes todavía nos miran—. No tenéis permiso para presenciar una reunión entre dos diosas. —Algunas obedecen, otras dudan, así que yo clamo—: ¡Marchaos, u os aseguro que imploraréis a Hades para que os arrebate el dolor que os haré sufrir!

Eso les quita todas las dudas. Asustadas, huyen en tropel, saliendo en un desconcierto de susurros y pavor. Es una música disonante que parece encantar a Eris. Ella, al menos, no deja de sonreír.

Nos quedamos solas en el amplio templo. La cabeza caída de Hades

parece observarnos desde el suelo.

—Se acabó este juego, Eris —le digo—. Puede que creas que esto es un gran plan, y sin duda te hará más fuerte, pero eres demasiado ambiciosa. Ni siquiera el caos más completo puede acabar con cualquier resquicio de fe. Aunque supongo que no es eso lo que pretendes, ¿verdad? Lo único que quieres es que bajen. Sabes que estás atacando a su orgullo, y que cuando se den cuenta de lo que están perdiendo querrán recuperarlo. Entonces ¿qué harás, Eris? ¿Comenzarás a cortar cabezas? Solo quieres poder... No has aprendido nada del castigo que te impusieron.

—¿Y tú no quieres poder acaso, Asteria?

La pregunta me coge desprevenida. Más lo hace el hecho de que Eris de pronto está justo ante mí, mirándome con sus ojos dorados, con una fijeza que me perturba. Su sonrisa es la sonrisa de la tentación. Su risa sigue sonando a cascabeles.

—¿De qué estás hablando?

—Piensa, Asteria, en todo lo que podrías haber hecho con un poco más de poder. Piensa... en cómo podrías haber salvado a tus hermanas. Piensa en cómo podrías, ahora, proteger a los que todavía viven. —Un estremecimiento me recorre cuando ella comienza a dar

vueltas a mi alrededor. Su voz suena a promesas de un futuro mejor—. Podrías protegerte. Podrías asegurarte de que nunca nadie más te usa, nunca nadie más te pisotea. Nunca nadie te quitaría nada más. Con más poder conseguirías la vida que quisieras. ¿Una con Orión? Sería tuya. ¿La paz en el Mundo Medio? ¿Un reinado feliz para Ligeia? Estaría a tu alcance. El poder abre puertas, Asteria. Cuando nadie es más poderoso que tú, nadie puede seguir haciéndote daño...

Cojo aire, entrecortadamente. No quiero escucharla, pero lo estoy haciendo. Sé que sus palabras son capaces de provocar caos, que eso es lo



que ha estado haciendo desde el principio. Pero también sé que no ha mentido en absoluto. Su caos funciona porque siempre se basa en la verdad, igual que funcionaron mis palabras con Zeus cuando le dije que ya no era un dios al que respetar. Eris no me está mintiendo ahora...

No está diciendo ninguna locura.

Si tan solo tuviera un poco más de poder, entonces...

Su voz suena en mi oído como una melodía que me insta a descansar. A dejarme llevar. Nunca me había dado cuenta, pero la voz del Caos es tan seductora como toda ella. De alguna manera, resulta casi erótica.

—Piensa, Asteria... Piensa de qué lado quieres estar. Tú estás tan harta de ellos como yo. Nunca miraron hacia ti. Ni siquiera Artemisa, que os protegía... Piensa en todo el poder que ganaste tras matar a Algos. Antes no eras nadie, pero ahora... Ahora eres más fuerte, ¿verdad? No podrías haber matado al Emperador siendo solo Asteria, la Amazona Roja. Pudiste porque tenías poder. Piensa en todo lo que podrías conseguir, matando a algunos más... Yo soy solo una, pero contigo... Oh, piensa, Asteria, lo invencibles que seríamos...

Sus labios me tocan la piel del cuello y yo trago saliva. De pronto, me siento mareada. De pronto..., no sé si

recuerdo qué estaba haciendo aquí. Es cierto. Tiene... tanta razón. Solo un poco más de poder es lo que necesito para ser completamente libre. Solo un poco más de poder es lo que podría darnos a todas la paz. No tendría que seguir haciendo daño a quienes quiero. No tendría que sufrir más...

Las manos de Eris me atrapan. Siento su sonrisa contra mi hombro, desde atrás. Sus dedos suben por mi cuerpo, acariciándome. Me recuerda a las caricias de Orión, pero son aún más seguras y buscan otra cosa de mí. No va a mi pecho izquierdo, cortado, buscando solo mis latidos para sentir mi vida latiendo bajo sus dedos, sino al derecho,

acariciando por encima de la ropa, tentándome, seduciéndome. Me estremezco, el vello erizándose...

Entrecierro los párpados, ladeando la cabeza, dándole acceso a mi cuello. Permittedole que siga hablando, que siga diciéndome qué podríamos hacer. Qué *podría* hacer, con ese poder... ¿Qué mundo podría crear...?

—Un mundo entero para nosotras solas, Asteria... —susurra la diosa, su otra mano rozando mi estómago, descendiendo por él. Es como si escuchase mis pensamientos. Supongo que el Caos siempre se alimenta de los deseos—. Un mundo desierto de enemigos y de personas que solo quieren

hacernos daño. Solo aliados. Solo paz.  
Para siempre, Asteria... Paz.

No sé si es la palabra la que lanza un estremecimiento de placer por mi cuerpo, o la suave presión de sus dientes sobre mi cuello. Por un momento recuerdo la manzana que le vi morder aquella vez, en el templo de Deméter, y creo que yo soy esa manzana. Que puede devorarme de la misma manera.

Giro entre sus brazos, mirándola. Eris sonríe, anticipándose a mi respuesta.

—Quiero... Quiero ese mundo... —  
susurro.

Eris sonríe con más seguridad. El gesto se extiende por su boca y hace

brillar sus ojos. Quiero el mundo que me promete. Quiero un mundo en el que nadie vuelva a tener poder sobre mí ni sobre las que quiero. Quiero un mundo en el que siempre sea fuerte y poderosa para proteger sin hacer daño. Quiero un mundo en el que nadie más sufra.

Quiero un mundo sin dolor.

—Pero ese mundo... es imposible  
—susurro.

La sonrisa de Eris se congela en sus labios cuando le clavo el puñal dorado en el estómago, rápida y sin apartar la vista de su mirada llena de magia y poder.

La diosa abre mucho los ojos.

Es lo último que hace antes de que

desea cortarle la cabeza.

Lo último antes de que mi magia funcione gracias al filo dorado que anula la suya y su cuello termine cortado en un tajo limpio.

Entonces, como una ola, su poder se mete dentro de mí. Me atraviesa como mil agujas, y aunque por un segundo quiero gritar, no lo consigo. Nuevas voces llenan mi cabeza, pidiéndome discordia y destrucción. Tengo una visión rápida del mundo que Eris ha empezado a crear. Estatuas que caen. Guerras que comienzan. Gritos y conspiraciones. Nuevos ídolos que pretenden surgir de la caída de los antiguos.

Caos. Mi mundo es Caos. Caos y Dolor.

Mi mano suelta el puñal, y el cuerpo de Eris cae, yendo a acompañar a la cabeza que ya besa el suelo. Su sangre me mancha los pies.

Me tambaleo ante los temblores de un cuerpo que trata de adaptarse a una nueva situación.

Un templo estalla en mil pedazos. Las diosas se retuercen de dolor. El mundo tal y como se conoce quebrándose y volviéndose oscuro y terrible. Familias peleando entre sí. Personas batallando por defender su religión como la verdadera, frente a otras. Guerras por el poder. Culturas



enteras aplastadas y desaparecidas.  
Hambre. Pobreza. Destrucción.

Que se detenga, por favor. No quiero ver nada más. No quiero sentir nada más. No quiero más dolor. No quiero más caos.

Eris me ofrecía más guerra a cambio de un mundo lleno de paz que en realidad nunca sería así. Un mundo que quizá nunca llegase a ver. Un mundo en el que solo seguiría arriesgándome a mí y a las personas que amo un día y otro y otro más.

Al menos Hades me ofreció salvar a quienes quiero.

Estoy cansada de pelear. Estoy cansada de sufrir.

Cuando me dejo caer de rodillas ante mi último cadáver, solo pido descansar.



Cuando me quito el brazalete dorado y llamo a Hades, diciéndole que he cumplido mi misión, la oscuridad me traga.

Al abrir los ojos descubro que estoy en una sala negra, calurosa, cuya iluminación depende de fuegos azules que arden en el suelo, sobre baldosas de obsidiana. Es una habitación redonda, de paredes de piedra irregulares y desnudas. Frente a mí, dos tronos. En

uno de ellos se sienta una estatua que representa a una mujer hermosa, con corona de flores y rostro dulce, casi añorado. Parece dormida, con una sonrisa cálida en los labios. Está casi fuera de lugar, en un sitio como este; parece demasiado buena, demasiado inocente y brillante. Los pliegues de su vestido están tan bien tallados que creo que en cualquier momento la tela se moverá, o ella se levantará. Solo que no puede, porque es solo una estatua. Es solo un recuerdo de la reina del Inframundo, que murió. Ahora, el poco poder que ella tenía también reside en mí.

A su lado, Hades. El señor del

Inframundo sonríe al verme, o quiz a no sea exactamente a mí, sino a la cabeza que guardo en mis brazos. Cuando la tiro al suelo, rueda hacia delante. La expresión de Eris se ha quedado para siempre congelada en una de sorpresa. Bajo la vista. No quiero volver a verla.

—Ahí la tienes —susurro.

El rey se levanta. Se arrodilla en el suelo y ríe al verla. La toma entre las manos con cuidado y acaricia su expresión.

— No crees, Asteria, que hay una inmensa belleza en la muerte?

No. En la muerte solo hay desesperación, tristeza y vacío. En la muerte no hay nada bueno, ni para quien

muere ni para quienes quedan vivas para sentirla. En la muerte lo único que hay es inevitabilidad.

E, incluso así, sigo deseando que haya también algo de paz.

—He cumplido mi parte del trato. Espero que cumplas la tuya. Orión será libre, y les darás descanso a mis hermanas.

Hades me mira, como si solo ahora se diese cuenta de mi presencia, demasiado obnubilado por el rostro de la mujer que asesinó a su esposa. Se levanta, dejando la cabeza en el suelo, solo para acercarse a mí. El frío vuelve a aprisionarme como lo hizo en el desfile del Emperador.

—Es curioso —susurra, creo que burlándose de mí— el respeto que sientes por la muerte, pese a todo lo que has matado. ¿A cuántos has mandado a mis terrenos, Asteria? ¿Cómo de manchadas están tus manos? ¿Y cómo es posible que te importe tanto la Vida, si desde el principio solo has servido a la Muerte?

Entrecierro los ojos, bajando la vista. No me siento orgullosa de las vidas que he tenido que segar hasta ahora; tampoco puedo lamentarlas de verdad.

—Quizá... es porque soy el Dolor —sonrío, sin ganas. Irónica. Cansada. Estoy tan cansada...—. Soy lo que une a

la Vida y a la Muerte, y estoy presente en las dos. Soy el dolor de todos los golpes que recibimos mientras vivimos, pero también soy el dolor de la muerte cuando pierdes a alguien o te pierdes a ti.

Hades alza las cejas. Ni siquiera sé si le estaba hablando a él. No sé si mis palabras tienen sentido. No sé ni siquiera si importa que no lo tengan.

—Pero crees que tras la muerte no debería haber más dolor. Si no, no clamarías por la liberación de tus hermanas.

—Creo... que el dolor de vivir y morir es suficiente para cualquier persona. Después de eso solo debería

existir... paz.

Los ojos oscuros del rey me observan por una eternidad, o quizá para mí el tiempo ya ha empezado a pasar muy lento. Muerta en vida: así es como me siento. Supongo que estoy en el lugar adecuado para ello, entre las paredes del Inframundo.

Entonces Hades alza la mano y yo creo que algo horrible pasará, pero ni siquiera me tenso para defenderme. Ni siquiera puedo sentir miedo de verdad.

Su palma se posa sobre mi cabeza, sobre mis cabellos.

—Ve con ellas. Es la única paz que tendrás, antes de tu castigo.

No me da tiempo a responder. De



nuevo, me siento caer en la oscuridad, hundirme, y ni siquiera puedo gritar.



Cuando abro los ojos, hay luz. No parece que este sea el Inframundo que recorrí hace tiempo, entre almas en pena y sombras. A mi alrededor hay campos de trigo dorados y árboles verdes y floridos. Es todo un prado inmenso, donde no se escuchan lamentos, sino risas. Me incorporo con cuidado. Hay canciones, suaves y alegres. El lugar parece brillante, iluminado con la luz de un pequeño sol. El aire está cargado de aroma a flores.

Las voces en mi cabeza han desaparecido por completo.

Y entonces..., entonces las veo.

Cuando me giro, todas están ahí. La respiración se me trunca, el corazón se detiene. Mis hermanas están reunidas. Nunca pensé que volvería a verlas libres en la naturaleza, con sonrisas en los labios o lágrimas de felicidad, pero ahí están. Incluso si sus cuerpos son translúcidos, son ellas. *Ellas*. Están todas. No solo las que murieron en la arena aquel día, sino todas a las que creí que salvaba y el Emperador mataba a mis espaldas. Ainia, por ejemplo, se encuentra aquí, y también las más pequeñas, algunas escondidas tras sus

mayores.

Las lágrimas me mojan las mejillas y llegan hasta mis labios antes incluso de que Lysandra se adelante. Verla es más de lo que puedo soportar. Está preciosa, con sus cabellos sueltos, su sonrisa de siempre y sus ojos capaces de contener mi cielo. Siento el sollozo rompiéndome la voz, partiéndome en dos. Sus dedos se alzan a mi rostro. No puedo dejar de mirarla. Cuando me toca, solo siento una sensación cálida en la mejilla. No quiero cerrar los ojos, o ella desaparecerá. Todas desaparecerán.

—Al final... nos salvaste, ¿verdad?  
—dice.

Aprieto los dientes. Soy incapaz de

responder, porque el llanto me captura entre sus brazos y me obliga a doblegarme ante él. Cuando me echo a llorar, con un gemido, no sé si lo hago de tristeza o de alivio. Al fin... Al fin van a tener a paz... Al fin están bien... Al fin son libres, juntas...

Me cubro el rostro, intentando esconder mi llanto o detener los ruidosos sollozos que me rasgan la garganta. Ojalá pudiera mirarlas sin llorar. Ojalá pudiera despedirme para siempre sin esta pena, y solo con felicidad...

—Lo siento —gimo, apretando los dientes—. Lo siento tanto... Os condené a todas...

—Estamos aquí juntas —susurra la voz de Lysandra. Sigue siendo tan calmada como siempre. Parece llevar el viento en sus palabras—. Luchaste hasta el final por nosotras. Aquí... no hay cadenas. Aquí somos libres al fin. Nos has dado paz, Asteria...

Duele tanto. Es más de lo que puedo soportar. Es como si me desgarrasen y quitasen para siempre una parte de mí. Y al mismo tiempo sus palabras son como un ungüento que lo calma todo.

Ojalá pudiera quedarme con ellas para siempre...

—Me gustaría haberos salvado de verdad. —Otro quejido en mi garganta—. Me gustaría... me gustaría...

Me rodean. Todas ellas se acercan y siento su abrigo. Siento sus voces incluso cuando no hablan. Es como si me tocasen, pese a que no puedo sentir su tacto. Cuando dejo caer las manos para mirarlas, sin dejar de llorar, Lysandra trata de limpiarme las lágrimas. No hay resultado, porque su roce apenas se puede considerar real.

—Protegeste a tu familia cuanto pudiste, Asteria —susurra.

—Y, al final, estamos bien —dice Ainia.

—Este lugar se parece a casa —confiesa Helena.

—Somos libres —repite Cleta.

—Nada ha sido culpa tuya... —me

consuela Hipólita.

Y ahora, todas hablan a la vez, y ni siquiera sé si lo hacen de verdad o solo en mi cabeza:

—Gracias por salvarnos, Asteria...

No puedo dejar de llorar. Las lágrimas me arden en los ojos tanto como la despedida me arde en el alma. E, incluso así, siento la felicidad, agrídulce y cruel, porque ellas han tenido que morir para encontrar esta tranquilidad. Pero al final... la tienen. Y valdrán la pena todos los castigos del mundo por esto. Por sus rostros felices, y por sus expresiones en paz.





Ha valido la pena perderlo todo.

—Os quiero...

Ellas ríen. Lysandra sonrío, y solo entonces me doy cuenta de que ella también parece llorar. Se inclina hacia mí y yo cierro los ojos.

No siento su beso. Solo aire golpea mis labios.

Cuando me obligan a desaparecer, me separan de mis hermanas para siempre. Esta vez, sin embargo, sé que al fin todas han alcanzado la libertad.

# ORIÓN

No esperaba volver a pisar el salón de Hera nunca más. No esperaba tener que volver a postrarme ante ella, pero no tengo más remedio que hacer una profunda reverencia cuando las puertas se cierran a mis espaldas y los reyes del Mundo Superior quedan ante mí.

—Mis señores...

Mis ojos se fijan en el suelo de mármol blanco. Mis palabras, pastosas, pesadas sobre mi lengua, parecen caer al suelo como piedras. Estoy agotado. El

cuerpo me pesa y mis músculos se quejan con cada movimiento. Si los dioses pudiéramos caer enfermos sabría que es eso lo que me pasa, y en parte probablemente así sea. La tristeza, por otra parte, tampoco ayuda. Está a mi alrededor desde el día en que Asteria se marchó, hace ya casi un mes. No es insoportable. Es una sensación molesta en el pecho, una mano fría, de monstruo, que me aprieta las costillas y me impide respirar cuando pienso en ella. Ligeia insiste en que se me pasará. En que todas las heridas curan. O al menos aprendes a vivir con ellas, desangrándote un poco cada vez. Ella también está afectada y creo que cuando

dice esas cosas lo hace también para convencerse a sí misma, pero al menos es más fuerte que yo: se ha volcado con su Imperio y no tiene tiempo para pensar. Demasiada gente. Demasiadas tierras. Demasiados problemas.

Y para mí, demasiada soledad. Demasiado tiempo libre. Demasiado silencio en mi cabeza, donde tantas voces se han ido apagando y drenándome de poder. Sé que hay muchos que ya no creen en mí y que han renegado de mi fe, pero ni siquiera me importa.

Cuando me yergo, por orden de Zeus, veo que los reyes, ante mí, también han perdido parte de su poder.

No están tan brillantes como recordaba. Los ojos de Hera se han apagado un poco del dorado que siempre ostenta y ahora solo parecen de una tonalidad cercana a la de la miel. Hoy, el rostro de nuestro soberano parece haber ganado años y arrugas por la preocupación. Y todo es obra de Eris. Estoy seguro de que se relamería si estuviera aquí.

Pero, por supuesto, mi madre ha muerto, dejando tras de sí un legado de discordia y destrucción que se hace notar en los dos Mundos. Que seguirá haciéndolo, porque la semilla que plantó antes de marchar no es una que se pueda erradicar fácilmente.

—¿Por qué querías vernos, Orión?

—pregunta Zeus. Su voz, al menos, no ha dejado de contener el trueno, pues parece retumbar entre estas cuatro paredes—. Has dicho que querías una audiencia.

Asiento. Cuando bajo la cabeza, una vez más, espero parecer humilde, y no solo desesperado.

—Deseo ver a Asteria. Me gustaría... hablar con ella.

Hay un silencio extraño en el que no me atrevo a alzar la vista. Quizá se estén consultando con la mirada. Quizá los reyes ante mí estén teniendo una discusión de la que no puedo oír ni una sola palabra. Fijo los ojos en mis manos, que se aferran a mi túnica casi

con desesperación. No me había dado cuenta. Intento relajar los dedos y respirar muy hondo.

—No solemos dejar que nadie vea a un reo antes de un juicio. Siempre se ha hecho así. —Las ropas de Zeus susurran cuando se mueve en su trono. Llevo la mirada hasta sus pies. Él los tiene firmemente apoyados en el suelo, inamovible. Hera, en cambio, tiene las piernas cruzadas. Tengo un atisbo de su piel pálida, casi translúcida—. Es una medida que evita que alguien se tome la justicia por su mano.

Como si yo fuera a hacerle algo a Asteria por matar a Eris, aparte de darle las gracias. Porque no solo ha arreglado

todo el desastre que causé al liberar a mi madre, sino porque me ha salvado. En parte está en esa celda por mí. Por librarme de Hades.

—Es... el último favor que le pido al Mundo Superior.

—¿Y qué te debe este Mundo a ti, Orión? —Si la voz de Zeus es el trueno, la de Hera es la lluvia, impaciente, fría —. No has hecho nada por él, aparte de traer el Caos.

Cojo aire. Necesito de toda mi fuerza de voluntad para mirarla directamente a los ojos. Parecen mucho más cansados de lo que los recordaba. Supongo que Eris ha sido una buena contrincante.



—Entonces, que sea un favor que os pido a vos, mi señor, mi señora. Un favor a los mismos que me condenaron a la esclavitud cuando nací, por un crimen que no cometí, y que me llevaron, precisamente, a liberar a Eris.

Los reproches saben amargos sobre mi lengua, pero sé que si no los digo ahora no lo haré nunca. ¿Van realmente a quitarme la última oportunidad de ver a Asteria? ¿Ni siquiera van a dejarme eso, después de arrebatármelo todo?

Hera chasquea la lengua.

—¿Por qué íbamos a concederle deseos a quien nos desafía tan abiertamente?

—Porque después me marcharé y

jamás volveréis a verme. Mis pies no volverán a pisar el Mundo Superior. No hay nada ni nadie aquí que me ate. Estoy cansado de los dioses y vuestras traiciones, vuestros conflictos...

Los ojos de Hera siguen atravesándome. Tiene la barbilla apoyada sobre la mano, y sé que seguiría declarándome la guerra incluso si me arrastrase ante ella y le suplicase. Como si no fuera ya demasiado tarde para volver a humillarme. Como si no hubiera tenido suficiente de eso.

—Quizá no vuelvas a pisar el Mundo Superior, Orión, pero no es cierto que no vayamos a volver a saber de ti, ¿verdad? —Descruza las piernas y

la veo echarse hacia delante. Creo que se va a levantar, pero finalmente no lo hace—. ¿O es que vas a decirnos que no vas a intentar liberarla, una vez la castigamos? Te conozco, y sé que irás a buscarla, como fuiste a buscar a tu madre. Volveremos a saber de ti, porque volverás a desafiarnos, queriendo liberar al Caos por segunda vez. Y, así, todo volvería a empezar.

No. Fue un error intentar cambiar un mundo que no quiere cambiar. Un mundo egoísta. Sería más fácil crear uno nuevo, desde cero. O simplemente marcharme a otro. Uno en el que no me recuerden a cada momento que fui un esclavo. Uno en el que no haya disputas que puedan

causar el curso de la Historia en otros lugares. Uno en el que pueda empezar de nuevo, sin sombras, ni olor a sangre.

No quiero un mundo dorado. Quiero un mundo de todos los colores. Un mundo que me haga sentir vivo. Que colapse mis sentidos hasta que no sepa a dónde mirar.

Y quiero ese mundo con Asteria, pero no será un desafío. Será todo por *mi* libertad. Por *mi* felicidad. Supongo que eso me hace tan egoísta como ellos, pero ahora ya me da igual.

—No quiero tener nada que ver con el Caos otra vez, en eso estáis equivocados. Y Asteria tampoco, pero Hades la obligó a matar a Eris. Le hizo

chantaje. —Guardo silencio. Sus rostros se mantienen ilegibles—. Pero, por supuesto, eso a vosotros os da igual. Incluso si Asteria os ha salvado de Eris..., vais a castigarla igualmente.

Zeus se remueve, incómodo, en su trono de oro macizo.

—Asteria cometió el único delito que no se puede consentir entre los nuestros. No podemos perdonarla.

—Pero en cambio perdonáis a Hades, que quería venganza y convenció a alguien con trucos y artimañas para que se la diese.

—Eso no...

—¡Es muy fácil olvidar que le debéis la vida! —exclamo,

interrumpiéndolo. Incluso si sé que me estoy hundiendo más. Y todo para nada, porque no voy a conseguir que abran los ojos.

—Suficiente. —El tono de Hera es cortante, como cada vez que pierde la paciencia—. No se te concederá tu deseo. Márchate.

Yo no me muevo. Con decisión, clavo mis pies en el suelo y aprieto los puños. Incluso me permito alzar un poco la barbilla. No le suplicaré. No le daré ese placer. Ya no soy su esclavo. Tampoco voy a marcharme sin conseguir lo que quiero.

—El chico... está desesperado —apunta Zeus. Intercambia una rápida

mirada con su esposa, que creo que le saltará al cuello. Pero cuando él alza las cejas, ella simplemente aparta la mirada, airada. No entiendo qué pasa entre ellos, pero Hera casi parece que quiera dejar correr cualquier asunto que tenga que ver conmigo. El rey se vuelve hacia mí—. Hermes te acompañará hasta su celda. Después, te irás del Mundo Superior. Y, como nos has dicho, nunca más volverás a subir. No más conspiraciones, Orión.

No protesto. No podría ni aunque encontrase la voz para hacerlo. No me inclino ante ellos porque puesto que voy a marcharme para siempre ya no son mis reyes. Ya no son nada que pertenezca a

la nueva vida que quiero tener. Me doy la vuelta, para salir del salón.

Este mundo nunca tuvo nada que ofrecerme, de todas formas.



La celda en la que está Asteria es la misma celda en la que yo pasé varios días cuando era más joven. Entre estas paredes grité, lloré y sangré. Entre estas paredes, cerré los ojos y traté de alimentar la esperanza de que, un día, todo cambiaría.

Si me hubieran dicho que algún día vería a la persona que iba a querer encadenada a la pared, cabizbaja y



quieta, silenciosa y pálida, ¿me lo habría creído? ¿Habría deseado salir de la tortura, o permanecer aquí para que ella no pudiera ocupar mi lugar?

Si pudiera hacerlo todo de nuevo, ¿me salvaría a mí, para llegar a este momento, o dejaría todo como está para salvarla a ella?

Cuando nuestros ojos se encuentran, sé de sobra cuál es la respuesta.

—Asteria...

Su nombre es poco más que un suspiro, cuando doy el paso que nos separa. Tiene el rostro sucio de lágrimas, pero, por lo demás, está entera. Recuerdo la noche en que se fue sin decir nada. Recuerdo su cuerpo

contra el mío, entre las mantas, y el vacío que sentí cuando me desperté. Un vacío que no ha desaparecido, desde entonces.

—Orión...

Mi nombre es una aspiración de sorpresa. Sus ojos se abren un poco más. No esperaba verme aquí. Probablemente, ni siquiera ha escuchado la puerta abrirse. Mueve los brazos, pero están inmovilizados, por encima de su cabeza. Los eslabones tintinean. Miro hacia atrás. Hermes, con su rostro joven e inexpresivo, se ha quedado al lado de la puerta. No dice nada, pero me mira. No sabría decir si hay lástima en sus ojos: creo que no; creo que hay simple

indiferencia, incluso hartazgo por, pese a ser ahora uno de los Doce, seguir siendo el recadero del resto de los dioses. El hecho de que lo hayan mandado a él para acompañarme, y no a uno de los guardias a los que yo mismo di vida hace años bajo las órdenes de Hera, me da una pista de cuánto se desconfía ahora de mí: los reyes son conscientes de que la vida que una vez di también puedo arrebatársela.

Un ademán apremiante de Hermes me recuerda que no tengo mucho tiempo.

Caigo de rodillas ante Asteria, que intenta sonreírme. Es un gesto pequeño, pero me conformo. Es más de lo que he tenido durante las últimas semanas.

Trato de devolvérselo, pero no tengo mucho éxito. Las sonrisas forzadas nunca se me han dado bien. Pero da igual, porque ella no puede ver mi rostro cuando me inclino hacia delante y la abrazo tan fuerte como puedo para recuperar la sensación de su cuerpo contra el mío. Apoyo mis labios contra la curva de su cuello. Su pecho se hincha contra el mío y luego deja escapar el aire, muy lentamente. Yo ni siquiera respiro.

La he echado tanto de menos...

Aunque ella apenas puede moverse, apoya su mejilla contra mi hombro. Es solo un instante.

—Siento la forma en la que me

marché...

Su disculpa hace que se me encoja el corazón. Cierro los ojos con fuerza, porque no quiero recordar esa pena, ahora que la tengo aquí delante. No quiero volver a las horas que me pasé en aquel jardín, sentado, simplemente dejando pasar el tiempo, hasta que Ligeia y Raguel me obligaron a levantar y me llevaron dentro. Me dieron vino caliente y me obligaron a dormir. Cuando desperté, al día siguiente, la busqué en vano de nuevo y volví a saborear la amarga soledad. La quietud del cuarto. El leve perfume que había dejado entre las mantas.

No se lo digo, por supuesto, como

no le digo que la estuve buscando entre el caos. Que cuando escuché lo que había pasado fui al templo de Hades, aunque no soporto ese lugar, y observé el cuerpo de mi madre sobre el suelo, que nadie se había atrevido a recoger. Pese a todo, me lo llevé de allí y lo enterré junto al templo en ruinas de Deméter, para que la tierra hiciese con ella lo que creyese conveniente. Que se lo trague o lo escupa. Que haga crecer malvas sobre su cadáver o que nunca nada más nazca de ella.

Pero todo eso no importa ahora. Ahora solo importa Asteria, cuyo rostro repaso con la punta de mis dedos. Creo que volverá a hablar, a disculparse, pero

yo le impido que lo haga. Me inclino hacia ella y la beso. Noto su sorpresa, pero, tras un suspiro que suena a lástima y perdición, deja que nuestras bocas vuelvan a reconocerse. Al principio es solo un roce. Un titubeo. Pero luego el gesto se vuelve real. Desesperado.

Me cuesta separarme, y por eso apenas lo hago. Lo justo para poder mirarla. Lo justo para apoyar mi frente en la suya.

—¿Estás bien...?

Creo que de nuevo intenta sonreír.

—Todo... ha acabado ya.

Nada ha acabado. Ni los dioses han elegido todavía su castigo ni yo la he salvado de lo que sea que vayan a hacer

con ella. Nada habrá acabado, para mí, hasta que estemos juntos de nuevo. Hasta que podamos ser una familia. Alzo las manos, con cuidado, tocando sus mejillas. No sé si puede sentir lo mucho que me tiemblan los dedos. Lo fríos que están.

—¿Están los espíritus de tus hermanas en paz?

Los ojos de Asteria me observan con demasiadas emociones en ellos. No veo el Caos, sin embargo. Solo veo el Dolor, por encima de todo. El dolor de los recuerdos. El dolor de quien ha vivido. De quien sigue haciéndolo, incluso con todo en contra. Pero por primera vez... también veo el asomo de la calma en



ellos. Casi hay felicidad.

—Ahora podrán descansar —me confía, muy bajito—. Y tú también...

No. Yo no.

—No tendré descanso si mañana te condenan injustamente.

—No digas eso.

Le paso el pulgar por la mejilla. Lo hago descender y recorro la línea de su mandíbula con la yema del dedo.

—Nada de lo que te dije antes de que te fueras era mentira, Asteria. Te iré a buscar allá a donde estés. Te liberaré. Mereces justicia. Y si nadie se va a molestar en reclamarla, yo te la daré con mis propias manos, cueste lo que cueste.

—No quiero que lo hagas si el

precio eres tú, Orión.

Nos miramos de frente. Ambos estamos decididos.

—Te daré paz, Asteria. Nos la daré a ambos. Pase lo que pase...

Ella sacude la cabeza, pero no me replica, y no sé si eso es señal de que no me cree, mas no quiere discutir, o de que se rinde a mi obstinación. Quiero pensar que es lo segundo. Quiero pensar que, cuando se echa hacia delante y me besa, lo hace para aceptar mi promesa de descanso.

Ambos viviremos sin preocuparnos de dioses ni poder. Viviremos como nadie nos ha dejado vivir hasta ahora.

Enredo mi brazo en su cintura por

última vez y bajo la mano desde su mejilla hasta su cuello, donde su corazón late con renovadas fuerzas. Cuando nuestras bocas se encuentran esta vez, por supuesto, también olvidamos. Quizá si olvidamos con la suficiente fuerza, cuando queramos recordar nos habremos encontrado de nuevo. Si nos olvidamos en el otro, quizá los demás tampoco nos recuerden, y entonces no habrá castigo. Entonces, tal vez, no haya separación...

Sé que estoy volviendo a soñar demasiado alto cuando escucho la voz de Hermes detrás de mí.

—Se acaba el tiempo.

Abro los ojos. Asteria se ha

separado de mí. Mira por encima de mi hombro. Escucho los pesados pasos alejándose para esperarme al otro lado del dintel. Yo, en cambio, solo tengo ojos para ella. Me obligo a recorrer su rostro con la vista y con los dedos, consciente de que esta puede ser mi última oportunidad en años. En siglos, quizá.

¿Y si no nos volvemos a encontrar...?

El nudo en la garganta es más de lo que puedo soportar, pero sé que tengo que hablar. Sé que tengo que decir algo.

—Ligeia me pidió que te dijera que quiere... contar una historia. Que la escribirá y la dejará en la biblioteca.

Que todavía no sabe qué final va a ponerle, pero que espera poder contártela un día, bajo las estrellas. — Me ahogo. Las lágrimas me escuecen—. Que por eso tienes que volver.

Sé lo mucho que le duele. Lo veo en la forma en la que cierra los ojos, como si le hubiera hundido el puñal dorado en el corazón. Puede que yo mismo lo sienta. Al menos, me parece escuchar un ruido de cerámica al romperse el mío.

Le doy otro beso. Sabe a sal. A despedida.

—Te... Te quiero, Asteria. Te quiero y ojalá todo hubiera sido diferente. Perdóname. Por todos los errores que cometí. Por todo lo que pasó. Yo...

Ella me corta. No puede ponerme la mano sobre la boca, pero puede dejar sus labios sobre los míos. Y contra ellos, precisamente, habla:

—Os quiero. Díselo a Ligeia. Dile que esperaré su historia y su final. —La escucho coger aire, con dificultad, como si tuviera algo encajado en la garganta—. Y tú recuérdalo. Esté donde esté. Hagan lo que hagan conmigo. Incluso si no puedes liberarme nunca... Te quiero.

Tambaleante, con la prisa del que sabe que tiene que emprender un largo viaje, me pongo en pie. La miro, desde arriba. Ambos tenemos el rostro mojado por las lágrimas que caen sin pedir permiso.

—Iré a por ti —le aseguro—. Y cuando te encuentre ya no habrá dios o mortal que me aparte de tu lado.

Un último beso. Me obligo a separarme, incluso cuando todo me pide que permanezca a su lado. Me obligo a caminar, tropezando, hacia la puerta. Me convenzo de que ya no hay nada más que pueda hacer, por ahora.

Lo único que me da fuerzas para seguir adelante es saber que cada paso que me alejo de Asteria es un paso que me lleva más cerca de nuestro reencuentro.



CANTO IX  
EL JUICIO DE LOS DOCE

*Disculpaos, dioses, por la justicia que  
nunca tuvisteis,  
por los sueños que bajo vuestra mano  
rompisteis.*

*Disculpaos por lo que nos hicisteis  
perder  
mientras vuestro egoísmo volvía una  
vez más a ganar.*



Dicen que hasta las estrellas querían desafiar al día cuando con la primera luz de la mañana llevaron a la Amazona Roja ante los Doce. Dicen que aquellas a las que ella siempre miraba y a las que preguntaba sin palabras sintieron pena, y por eso alguna se quedó para apoyarla incluso cuando el sol se plantó en lo alto. Hasta ellas pedían justicia para quien no la tendría. Hasta ellas lloraban su sacrificio.

Asteria, en cambio, no lloraba cuando se la hizo arrodillar en medio del círculo en el que se congregaban los dioses, sentados todos ellos en tronos de oro macizo. Ella estaba serena y

silenciosa. Ni siquiera parecía alguien a punto de ser sentenciado; ni siquiera parecía sentir las cadenas que le impedían huir o usar su magia contra todos los que la observaban. Quizá no hubiera vuelto de su visita al Inframundo, después de todo. Quizá solo había regresado su cuerpo, mientras su espíritu se quedaba atrás, con sus hermanas.

Incluso ante los Doce, la rea mantuvo la barbilla alta y los ojos tranquilos. Si alguno de ellos la hubiera conocido bien, habrían sabido ver la tristeza en lo más profundo, mezclada con la incertidumbre y el miedo de no saber qué harían con ella. Pero nadie la

conocía allí: de ella solo habían visto dolor y desafío, y eso despertaba en algunos admiración y en otros odio, cuando no temor. Allí estaba la mujer que había convencido a Zeus de regresar, había pactado con el propio Hades y había conseguido matar al Caos.

Allí estaba quien debían tratar como su heroína, y trataron en cambio de traidora.

—Dioses, diosas —llamó Zeus, alzándose. Asteria y él llegaron a compartir una mirada, pero fue el rey quien apartó la vista primero. Aquella mujer había sido, también, la primera a la que no pudo conquistar—. Estamos

aquí hoy para el juicio contra Asteria, diosa del Dolor. Eris cayó bajo su mano, como todos sabéis, y nuestras leyes son claras al respecto: todo dios que mate a un igual debe ser castigado. Así se hizo en el pasado con Eris... Y así ha de hacerse ahora.

El soberano de los Cielos no quería pronunciar aquellas palabras, pero un rey a menudo ha de anteponer el deber a sus deseos, y él había estado huyendo de esa máxima durante demasiadas décadas. Si se hubiera negado a aquel juicio y actuado por propia voluntad, ¿qué le habría diferenciado de la tiranía de Hera? Fue su esposa, precisamente, la que también se levantó, y se enfrentó

a la muchacha:

—Asteria, ¿cómo te declaras?

Aquella pregunta le pareció a Asteria absurda. Como si declararse inocente fuera a salvarla. Como si lo fuera. Asteria, de todos modos, nunca se había considerado a sí misma una heroína. Nunca fingió que sus actos fueran nobles. Era consciente de todo lo que había hecho, bueno y malo, y no intentaría negar nada. Así que simplemente dijo la verdad:

—Culpable de defender a quienes quiero hasta las últimas consecuencias.

Afrodita tomó aquellas palabras como algopreciado, pero otros las tomaron como un desafío más. Algunos

simplemente se sintieron incómodos, porque aquella muchacha era la evidencia de lo que ellos nunca harían: sacrificarse por otros.

—¡No podemos condenarla!

La voz que clamó en su defensa fue la de Artemisa. Su arco estaba colgado en el respaldo de su trono. No se levantó, porque solo los reyes podían hacerlo, pero no le hizo falta. A su lado, Atenea cubrió su mano en un intento de calmarla, pero la diosa de la Caza no quería estar tranquila:

—Hades la ha usado para esto. La cabeza de Eris está en el Inframundo, clavada en una pica.

El rey del Inframundo ni siquiera

fingió sentir remordimientos. Sonrió con calma y sus ojos negros se fijaron en el objeto de la discordia. La amazona no le apartó la vista.

—Nadie la obligó, sin embargo, a aceptar mi trato. Ni a cumplirlo. Yo ofrecí unas cláusulas, y ella las consideró adecuadas.

—¡Cláusulas crueles! ¡Chantajes!

—Pero solo cláusulas. —Hades se encogió de hombros—. Pudo negarse. Pero no lo hizo. Y estoy seguro de que no se arrepiente de ello.

Asteria no lo discutió. No podía arrepentirse cuando había visto a sus hermanas libres, cuando sabía que a Orión nadie más le haría daño. Le dolía

la despedida, le dolía dejar atrás un mundo que podía haber empezado a vivir de nuevo, pero le habría dolido mucho más una eternidad de castigo para las suyas, una eternidad de la Vida teniendo que esconderse de la Muerte, una vida sin tranquilidad.

—¿Es cierto eso, Asteria? — preguntó Hera—. ¿No te arrepientes? ¿Volverías a hacerlo?

—Se me prometió la paz de mis hermanas y la expiación de Orión. Sí, a ese precio, volvería a hacerlo.

Los jueces murmuraron entre ellos, pero la mayoría eran solo insultos de indignación porque ella ni siquiera agachaba la cabeza. Ni siquiera



temblaba o suplicaba, como habían hecho otros. Ella solo estaba ahí, arrodillada, esperando lo inevitable.

—¡Todo lo que hizo fue en nombre del amor! —protestó Afrodita.

Asteria la miró con sorpresa, pues no esperaba apoyo de aquella que no conocía.

—El amor no nos exculpa de nuestros crímenes —protestó su marido, Hefesto, a su lado, con el ceño fruncido.

—Tal vez —le rebatió ella—, pero, si vamos a cometer un crimen, al menos que sea por algo que creemos justo.

—¿No queríais deshaceros de Eris? —protestó Apolo, para apoyar a Artemisa. Su melliza lo miró con

agradecimiento por interceder en favor de la última de las suyas—. La chica nos ha ahorrado trabajo, no entiendo por qué ha de ser juzgada como enemiga entonces.

—Íbamos a *castigar* a Eris. No a matarla —matizó Hermes.

Ares había callado hasta el momento, esperando el momento en que el conflicto estallase entre quienes apoyaban o no a la presa. Solo entonces habló, y pareció disculparse con la muchacha antes de hacerlo. También parecía disculparse con Afrodita, quien en muchas ocasiones había sido su aliada, porque, como bien es sabido, en el amor y en la guerra todo vale.

—Si dejamos a la muchacha sin castigo, cualquiera de nosotros podría atreverse a matar al de al lado. Y me gusta la guerra, pero no soy un suicida; eso no quedaría en una batalla interesante, sino en la destrucción de todos nosotros. Suficiente guerra tenemos ahora con el Mundo Medio.

—Y no olvidemos —continuó Hades — por qué no perdonamos estas afrentas: por el poder. Miradla bien: bajo esa piel se encuentra la fuerza del Dolor, ya potente, junto con el Caos y los dones de mi difunta esposa. ¿Realmente permitiréis tal abuso? ¿Dejaréis que todo eso pertenezca a una sola persona que tenga libertad? Y

siendo tan... influenciable. Precisamente porque ama es débil. Ella misma ha admitido que bajo esos precios podría volver a matar. Cualquiera podría usarla para su propio beneficio...

—Como tú has demostrado —siseó Atenea.

—Oh, yo lo he hecho. —Hades ni siquiera se fingió culpable—. Pero ¿acaso alguien aquí se atreve a decir que no la usaría nunca, bajo ningún concepto? La fuerza de los dioses no reside solo en nuestro poder, sino en la capacidad de cubrir solamente nuestros propios intereses. Pero Asteria... Ah, la dulce Asteria no es así, ¿verdad?

La amazona apretó los dientes ante

la insinuación, pero no pudo negarla. Era cierto. Y si iba a ser así, si iban a seguir usando lo que ella amaba para usarla a ella, entonces..., entonces prefería ser castigada. Prefería que la matasen, de hecho.

—Hades, mal que me pese, tiene razón: cualquiera podría usar sus poderes. Incluyendo a Orión —razonó Poseidón.

—¡Orión nunca haría una cosa así! —defendió Atenea.

—Pero él liberó a Eris. Él nos metió en este lío.

—Y Asteria nos ha sacado.

—Y ella podría ser la instigadora de uno más grande.

—¡¡Suficiente!! —Todos callaron ante la voz profunda de Hera pidiendo orden—. Si hay disparidad de opiniones, se votará.

Asteria ni siquiera esperaba eso. No esperaba que alguno de los presentes fuera a interceder por ella, pero cuando se preguntó quiénes consideraban que ella no debía ser castigada, fueron cinco los que alzaron la mano: Artemisa la miraba con culpa cuando lo hizo, apenada por no haberle prestado ayuda antes y haberla metido en aquella historia; Atenea lo hizo por la justicia que creía que merecía; Afrodita, por el amor por el que Asteria había luchado; Apolo, por las canciones que podría

componer con su valor y por el apoyo que le debía a su hermana. Zeus habría sido el voto definitivo que la habría salvado, si tan solo un dios más la hubiera apoyado: como rey, él habría desempatado y solventado aquel problema. Pero fueron cinco, y no seis, los que se levantaron.

Fueron insuficientes.

E incluso así, Asteria casi sonrió. Era la primera vez que los dioses trataban de hacer algo por ella.

Cuando Zeus suspiró, parecía vencido. Cuando la miró y habló, ella creyó ver una disculpa en sus ojos de tormenta:

—Asteria será condenada por su

crimen.

Artemisa no dio ni un segundo de margen para que otros decidiesen el castigo. No volvió a sentarse, incluso cuando era un insulto que alguien más que los soberanos se pusieran en pie.

—El castigo por su crimen habrá de ser el mismo con el que se obsequió a quien lo cometió antes que ella.

Zeus entrecerró los ojos, mirando a la diosa de la Caza. Parecía dispuesto a aceptar, pero Hera se impuso:

—Ese no es un castigo sensato. El Caos ya escapó una vez de ese encierro. ¿Crees, acaso, que no volverá a huir de lo mismo?

—A Eris se la convirtió en estatua



por matar a una reina y crear el caos tanto aquí como en el Mundo Medio — replicó Artemisa, apretando las manos en puños—. Asteria ha matado por defender a su familia, y en el camino también nos ha librado de aquella que quería destruirnos. Sus acciones han sido más nobles que las de Eris, y por tanto su castigo no ha de ser más grave que el de su predecesora.

Hera entrecerró los párpados, en desacuerdo, pero había jurado no volver a ir contra aquella muchacha, así que buscó apoyo en los demás. Al resto de dioses, sin embargo, les daba igual: un castigo u otro estaría bien. Hubo murmuraciones que quizá valoraban

opciones, pero nadie clamó una sentencia en firme, solo Artemisa lo había hecho. Hades, sin embargo, no estaba de acuerdo. Algo tan sencillo... No podía permitirlo.

—Se la esconderá en otro sitio, no en aquel absurdo laberinto en el que ni siquiera reside ya el Dolor. Habrá de ocultarse mejor en esta ocasión, o quizá mañana mismo estaría liberada... Porque esperáis que la rescaten, ¿verdad? —Sus ojos se fijaron en Asteria, que no dejaba ver nada en su expresión, pero que no pudo evitar recordar el juramento de Orión—. Quizá ella misma espera que lo hagan... Así pues, yo...

—No —protestó Artemisa, cortándolo—. *Yo* decidiré el sitio.

Hades frunció el ceño, descontento. Zeus miró al señor del Inframundo con ojos entornados.

—No tienes a tu suerte, hermano. Estamos pasando por alto tu conspiración, pero quizá si sigues jugando con fuego nos demos cuenta de que también deberíamos juzgarte, incluso si no has matado a nadie.

Hades apretó los dientes y calló. Asteria y él se midieron con la mirada por un instante. Cuando volvió a alzar la vista a la diosa de la Caza, alzaba también la barbilla.

—Muy bien. Tú decidirás el lugar.

Pero todos estarán conmigo en que tendrás que jurar con tu sangre no revelar a nadie, mortal o inmortal, el secreto de su ubicación. No habrá pistas, no habrá palabras, no habrá nada que pueda llevar a otro a encontrarla.

Aquella parecía una demanda justa, y por eso Artemisa sabía que no podía protestar. Apretó los puños y dejó caer la cabeza, con rendición.

—Sea.

Se dejó caer sentada de nuevo en su trono y miró a la última de la tribu que un día estuvo bajo su protección. La tribu por la que no actuó. Ni siquiera había podido salvar a quien les había dado libertad y paz eterna. Los ojos de

aquella guerrera solo pedían descanso.

La Amazona Roja dejó caer los párpados mientras los Doce se alzaban con resolución.

La voz de Zeus sonó triste cuando enunció la condena:

—Asteria será convertida en estatua, y Artemisa la llevará a un lugar seguro tras haber prestado juramento. Así lo ha decidido este jurado de los Doce. Y así se hará. —Un silencio. Todos los ojos se fijaron en la condenada—. ¿Tienes algo que decir?

Asteria, entonces sí, sonrió. Lo hizo con calma, porque recordó el momento en que Eris había despertado de su encierro. Ella, durante años, no había

sabido absolutamente nada de lo que había sucedido a su alrededor. Durante más de dos décadas, para aquella mujer solo había habido silencio y quietud, una tranquilidad absoluta que nada corrompía. Protegida por un cuerpo de piedra, el mundo exterior no había podido afectarle.

Le pareció casi un alivio. Incluso cuando sus últimos pensamientos fueron para sus hermanas por no poder acompañarlas en su eternidad, incluso cuando también pensó en Orión y Ligeia para volver a pedirles disculpas por desaparecer de su vida, se permitió ser un poco egoísta por primera vez y pensó que eso estaría bien.

Al fin podría descansar. Al fin solo  
habría silencio. Al fin no habría dolor.

Al fin habría paz.

—Será como dormir...

Y aquellas fueron sus últimas  
palabras.





CANTO X  
UN MUNDO VERDE Y  
AZUL

*Este es, estrellas, el final de una  
historia  
de sangre derramada, dorada y roja.  
Y de cómo el Dolor tuvo la paz tras la  
guerra...*

El castigo de los dioses, o que nadie  
salvo Artemisa supiera del paradero de



Asteria, no disuadió al dios de la Vida, quien, como prometió, buscó a la Amazona Roja allá donde pudo.

Durante años, se perdió por bosques y desiertos, y hasta surcó el océano para ir a una isla lejana donde creyó que podría encontrarla.

En cada una de esas aventuras, fracasó. En cada una, estuvo a punto de rendirse. En cada una, se fue perdiendo un poco más.

Entre viaje y viaje, el dios volvía a la capital de Élada, que atravesaba un período de esplendor cultural bajo el gobierno de la emperatriz. Incluso si la mano de Eris había hecho estragos, y los templos y la fe sufrían sus peores

momentos, no era así con el resto de la sociedad: bibliotecas y teatros estaban abiertos a todos, había educación y opulencia, y allá donde su predecesor había buscado la gloria a través de la violencia y la guerra, ella comerciaba y creaba alianzas. La emperatriz era una mecenas de las artes, de la escultura y la arquitectura, de la literatura y de la música. Pero había algo que no era: inmortal. Por ella pasaban los años, y Orión, cada vez que volvía de sus viajes, veía los signos de la edad en su rostro. No se había casado, ni había tenido descendientes. Tampoco buscaba más compañía que la de su fiel sirviente, Raguel, que había estado a su lado toda

la vida.

Ella fue quien le dijo que debía dejar de buscar. Intentó convencerle muchas veces de que abandonase su obsesión, de que dejase de sufrir. Lo hacía porque sabía que Asteria no habría sido feliz sabiendo que lo único que había dejado en él era dolor. Le pidió en mil ocasiones que guardase los buenos recuerdos y dejase de torturarse, como había terminado haciendo ella misma para seguir viviendo, pero él nunca la escuchó. Quizá no podía hacerlo. Quizá, simplemente, no sabía cómo.

Había un lugar, sin embargo, en el que Orión aún sentía a Asteria junto a él.

Era un paisaje que ella le había enseñado mucho tiempo atrás y del que luego le había hablado con palabras impregnadas de un inmenso cariño. Cada vez que el dios se sentía vencido, cada vez que pensaba que debía rendirse, iba allí y la recordaba. Nunca se quedaba por demasiado tiempo, porque los recuerdos dolían. Nunca observaba demasiado aquellas casas de las que no quedaban más que ruinas, nunca se paraba a recorrer los claros o a recoger las armas recubiertas de musgo que habían caído, abandonadas, mucho tiempo atrás.

Orión solo visitaba aquel lugar para recordarse a sí mismo que debía hacer

que Asteria volviese al hogar al que nunca había podido regresar.

Cuando apareció en el poblado aquella noche, sin embargo, el dios se sentía demasiado triste y cansado, y aquel vistazo simple que siempre echaba no le pareció suficiente. Necesitaba robar algo de la presencia de Asteria, como fuese. Necesitaba encontrar el eco de su risa en algún rincón de ese lugar, una prueba de que ella había existido de verdad y él no llevaba años buscando un sueño. Por eso, aquella noche decidió caminar por aquel paisaje en el que una vez una tribu vivió libre y feliz.

Mientras se abría paso entre los arbustos crecidos y preñados de bayas

heladas por el frío de la tarde anterior, pensó en un día, mucho tiempo atrás, en una habitación muy lejos de allí. Pensó en besos desperdiciados —no, nunca desperdiciados, sino aprovechados— y en la calidez que siempre le habían dado aquellas otras manos. Aquel otro cuerpo, que tantas veces y tan cerca había sentido. Cuánto deseó a ese otro cuerpo. A ese otro espíritu.

Cuánto lo había querido.

Cuánto la quería, incluso entonces...

Sabía que Ligeia tenía razón cuando le decía que se estaba torturando. Que merecía descansar, de una vez por todas. Pero el dios quería creer. Le había prometido volver a encontrarla, y sabía

que rendirse era injusto. Ella nunca lo había hecho. Ella nunca se rindió por él.

Cuando salió de entre los árboles, descubrió un manantial. Unos chapoteos y unas risas le indicaron que no estaba solo, y creyó recordar haber oído algo, alguna vez, sobre unas ninfas que vivían allí. Le pareció ver una cabeza oscura sumergiéndose, pero cuando se giró no estaba allí. Probablemente preferían mantenerse alejadas de los hombres, y él no iba a imponerles su presencia. No le interesaban. Lo único para lo que tenía ojos era para la cascada que caía desde las alturas. Casi le pareció escuchar la risa de Asteria viviendo en aquel sonido.

Sabía que lo estaba imaginando.  
Sabía que no era real.

Pero también sabía que una vez Asteria había estado tras aquella cascada, y aquello bastó para que la esperanza gritase.

Quizá... Quizá...

Ni siquiera se molestó en quitarse la túnica: solo dejó atrás sus sandalias y se zambulló para nadar a través del agua templada. No había sentido latir su corazón tan rápido en años. No había sentido tanto miedo, tampoco. Sus pensamientos habían empezado a funcionar a otra velocidad, a un ritmo vertiginoso. Artemisa había escondido a Asteria, y a Artemisa ella le importaba.



La diosa había pedido explícitamente el poder de esconderla. ¿Por qué? Nunca se lo había preguntado, pero de pronto le parecía importante. De pronto, le pareció que tenía mucho sentido: que si la diosa de la Caza había sentido la culpa en algún momento sobre ella, habría buscado la manera de recompensar a la última de las que un día debió proteger.

Al otro lado de la cortina de agua encontró la gruta.

Y allí dentro, en la cueva, a ella.

No la vio nada más llegar. Al principio, lo que más le llamó la atención fueron las luces blancas. Vio la primera por el rabillo del ojo, cuando se

subió al borde y entró en la cueva. Pero después descubrió que había muchas, en el techo. Como diamantes. No... Como *estrellas*. Estrellas titilantes, velando el cuerpo que yacía bajo ellas. Protegiéndolo...

Porque ella estaba allí. Asteria, custodiada por los astros y de vuelta en su hogar. Alejada de la sangre, del dolor. Alejada de todo y todos, extirpada de su tribu, ya inexistente.

Asteria, en paz, en su mundo verde y azul.

La persona que tanto había añorado era ahora una figura tallada en mármol blanco. Estaba tumbada como solía hacerlo en el tejado de una casa ya

abandonada, observando el cielo en cuanto caía la noche: una mano sobre el estómago, la otra a su lado, con la palma abierta y hacia arriba, como si invitase a alguien a tomarla. Como si lo estuviese esperando... Pero no, claro que no lo hacía: ella estaba dormida, guardada por un cielo nocturno que jamás se apagaría. Ella estaba en calma, con su sonrisa serena y los párpados caídos. Sosegada, como Orión nunca la había visto, porque siempre la había atormentado algo. Siempre había tenido motivos para sufrir.

Hasta aquel momento.

La Vida se acercó entonces al Dolor, con pasos torpes. Ni siquiera era

consciente ya de la humedad de sus ropas o el frío del lugar. Solo la veía a ella, tan tranquila. Tan incorrupta. Sin las lágrimas que tenía en los ojos la última vez que se habían visto, sin la expresión de derrota de quien ha perdido mil batallas. En su cuerpo ni siquiera aparecían talladas las cicatrices, como si ella nunca hubiera sufrido. Él añoraba todo lo que allí parecía haber. La anhelaba a ella. Anhelaba el silencio y el olvido. Anhelaba su compañía.

Pero entonces se dio cuenta de que el mundo no le iba a dar nada de aquello.

Fue una conclusión dolorosa,

punzante e inesperada, pero lo supo. Quizá en un mundo en el que no existieran los dioses él podría haberla despertado para vivir como merecían, pero ese no era el mundo en el que vivían. El Mundo Superior, espléndido y dorado, jamás se lo perdonaría si volviese a liberar al Caos. Incluso si Asteria no quería usar esos poderes, alguno de entre los Doce, o incluso un dios menor, podía sentir la tentación de usarla. De usarlos, a los dos... Ella volvería a sufrir por él. Ella volvería a protegerlo, una y mil veces más, de quien hiciera falta y como hiciera falta. No solo a él: cada vez que Asteria amase, alguien podría querer usar su

amor como su debilidad. Y Asteria nunca renunciaría a amar. Nunca renunciaría al hogar que da una familia.

Era justo lo que había pensado hacía tan solo unos minutos: ella nunca se había rendido. Nunca lo haría, de nuevo, si volviesen a obligarla a luchar.

El dios alzó una mano temblorosa y acarició la fría mejilla pétrea. Estaban muy lejos de ser felices, pero la sonrisa de Asteria indicaba lo contrario. Ella parecía no tener preocupaciones, solo calma. ¿Y no le había prometido él paz? Si la despertaba ahora, quizá nunca más la tendrían. ¿Y no le había prometido que la protegería? Si la despertaba, tal vez no pudiera...

Supo que no podía hacerlo. Supo que, aunque la había estado buscando por tanto tiempo que el número de los años ya ni siquiera tenía sentido, no podía despertarla y obligarla a vivir de nuevo en un mundo lleno de dolor.

Pero no podía marcharse sin más. No podía olvidar, como Ligeia muchas veces le pedía. Si la dejaba allí, incluso descansando, nunca dejaría de pensar en ella.

Orión no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió la primera lágrima desprenderse de su rostro y caer sobre su propia mano. Hasta que escuchó el sollozo, que se hizo eco en la gruta vacía, pero muy por debajo del

sonido de la cascada. Era casi como si la catarata cantase. Como si la estuviese arrullando. Artemisa no podría haber elegido un mejor lugar para darle descanso. El lugar donde Asteria había nacido. El lugar donde había vivido los días más felices de su vida.

Él nunca habría podido darle eso.

Cuando volvió a mirarla, supo que nunca podría abandonarla. ¿Qué otro lugar tenía, de todos modos? El Mundo Superior nunca había sido para él; el Mundo Medio siempre estaba lleno de la muerte que él aborrecía: incluso Ligeia desaparecería, y a él solo le quedaría la desazón de perder a personas una y otra vez, por toda la



eternidad. No, eso no era lo que él quería. No podría soportarlo.

La Vida y el Dolor debían estar siempre juntos, unidos por la esperanza de salir adelante. En este caso, su última esperanza.

Cuando tomó la decisión, incluso si lloraba, se sintió tranquilo.

El dios puso su mano sobre la de ella y se inclinó hasta que sus bocas quedaron a un suspiro de distancia, sin rozarse, pero ansiando hacerlo. Sus frentes se tocaron, como habían hecho mil veces en el pasado.

Quizá los dioses sí habían escuchado su plegaria. Mientras sus lágrimas caían sobre el rostro de

Asteria, se dio cuenta de que había pedido un descanso junto a ella y lo iba a obtener. Incluso si era de aquella manera.

Cerró los ojos y suspiró, dejando salir el aire de su cuerpo al mismo tiempo que la magia lo envolvía y le daba una apariencia que no podría revertir.

Así, se convirtió en piedra junto a la única persona que alguna vez lo había protegido. La única persona que lo había querido.

Allí los encontré, tiempo después, congelados y apartados para siempre del paso de los días. Allí les lloré y les juré contar esta historia, con este final.

Porque, aunque así fue como les perdí, así fue también como ganaron la paz.

Y allí siguen, ocultos de los ojos de todos los Mundos, lejos de guerras y disputas por el poder. Lejos del egoísmo de dioses y mortales, allá donde ni siquiera la Muerte puede tocarlos.

*Y así, sin sueños, descansaron por siempre...*





# AGRADECIMIENTOS

Hay plegarias y agradecimientos que deben ser dirigidos a los dioses adecuados. Este panteón puede que no sea conocido, pero desde luego nuestra fe está puesta en cada una de las personas —divinas, todas ellas— que lo conforman:

Debemos dar gracias, en primer lugar, a la Santísima Trinidad que ha hecho posible que este ejemplar puedan sostenerlo ahora unas manos: los dioses de la Edición, Laia Zamarrón, Marta

Latorre y Álex Fernández. Gracias por acompañarnos en esta aventura, por creer en nosotras y por hacer que este libro exista.

También gracias a quien dio rostro y cuerpo a nuestros personajes, alguien que podría ser hija de Afrodita por su belleza y por todo el amor que ha puesto en los dibujos que acompañan a nuestro texto: Mar del Valle, diosa de la Ilustración; la historia de Asteria y Orión siempre será un poco tuya también.

Gracias a las diosas Esther, Loyda y Mer, y a los dioses Pepe y Khardan, que son quienes soportan nuestros ruegos en busca de la perfección (siempre tan

inalcanzable). Ellos escucharon esta historia prácticamente desde que se la contábamos a las estrellas.

Agradecimiento, por supuesto, a nuestras familias, ejemplos de divina paciencia con nosotras y nuestros nervios, nuestra autoexigencia e incluso nuestra falta de tiempo. Son los dioses que siempre están, que nunca nos abandonan, y que aparecen aunque no imploremos su presencia para llamarlos.

Y, sobre todo, gracias a quienes leéis estas líneas. A quienes seguís nuestros libros (o a quienes nos leéis por primera vez). No sabemos si existen las musas, pero no concebimos mejor inspiración que saber que estáis al otro



lado. Si tenemos que rezar por algo, rezaremos por no perderos nunca.



IRIA G. PARENTE (1993) y SELENE M. PASCUAL (1989) son dos jóvenes autoras de Madrid y Vigo respectivamente. En 2012 escribieron su primera novela juntas, *Pétalos de papel*, que colgaron gratuitamente en Internet. Gracias al éxito de esta historia dieron el salto a las editoriales y desde

entonces no han parado: después de *Alianzas* (La Galera), *Sueños de piedra* y *Títeres de la magia* (Nocturna Ediciones), llega su cuarta novela publicada, *Rojo y Oro*.